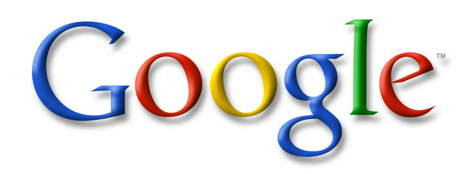




RESEÑA HISTORICA

DE LA GUERRA

AL SUR DE FILIPINAS.

RESEÑA HISTORICA

DE LA GUERRA

AL SUR DE FILIPINAS,

SOSTENIDA

POR LAS ARMAS ESPAÑOLAS CONTRA LOS PIRATAS

DE AQUEL ARCHIPIELAGO,

DESDE LA CONQUISTA HASTA NUESTROS DIAS.

POR EL CORONEL

DON EMILIO BERNALDEZ,

CABALLERO DEL HÁBITO DE SANTIAGO,
DE LA REAL ÓRDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA,
DE LA MILITAR DE SAN FERNANDO DE PRIMERA CLASE,
CONDECORADO CON LA CRUZ DE DISTINCION DE JOLÓ,
INDIVIDUO DE LA SOCIEDAD DE AMIGOS DEL PAIS DE FILIPINAS,
OFICIAL DE INGENIEROS DEL EJÉRCITO, ETC., ETC.



MADRID:
IMPRENTA DEL MEMORIAL DE INGENIEROS.

1857.

AL EXCMO. SR.

D. ANTONIO REMON ZARCO DEL VALLE Y HUET,

Caballero Gran Cruz de la Real y distinguida órden española de Cárlos III, de la Americana de Isabel la Católica, de las militares de San Fernando y de San Hermenegildo, de la muy noble y militar de San Benito de Avis de Portugal, de la del Aguila Ròja de Prusia, de la de Leopoldo de Austria, Gran Oficial de la Legion de Honor de Francia, tres veces caballero de primera clase de la espresada órden de San Fernando, y condecorado con otras varias cruces de distincion por acciones de guerra, dos veces benemérito de la Patria, Senador del Reino, Padre de provincia en la de Alava, Ministro plenipotenciario de S. M., Gentil-Hombre de Cámara con ejercicio, Presidente de la Academia Real de Ciencias de Madrid, y miembro de otras muchas corporaciones científicas y artísticas, nacionales y estranjeros, Teniente General de los ejércitos nacionales, Ingeniero general de los mismos, y de las plazas y fronteras del Reino, Inspector general del Regimiento de Ingenieros, etc., etc.

Con la mas alta consideracion, gratitud y profundo respeto

SU ATENTO SUBORDINADO

Q. S. M. B.,

EXCMO. SEÑOR.

Emilio Bernaldez y Fernandez de Folgueras.

OBJETO Y PLAN.

El objeto de esta obra es, el de presentar reunidos en un cuadro, con la verdad posible, los sucesos mas importantes ocurridos durante esa larga y sangrienta lucha no bien conocida, y por eso en lo general mal apreciada, que las armas españolas sostienen há mas de dos siglos y medio contra los piratas mahometanos que tanto mal hicieron á nuestra colonia filipina; sucesos cuyo exámen, así como el de su origen y resultado, son necesariamente de sumo interés para las personas que, encargadas de la tranquilidad y gobierno de las islas, han de velar por su seguridad y engrandecimiento.

Hemos dividido nuestro trabajo en tres partes:

1.ª Breve descripcion de la parte Sur del Archipiélago de Filipinas.

2.ª El ejército de Filipinas y los piratas mahometanos.

3.ª Reseña histórica de los acontecimientos militares mas notables.

De esta manera, si el éxito correspondiese de algun modo á nuestro deseo, de lo cual no es mucho que desconfiemos, habríamos dado á conocer:

1.° El teatro de las operaciones.

2.° La índole de los combatientes.

3.° El carácter de aquella guerra.

ESPLICACION

de algunas palabras que son peculiares á Filipinas y se hallan en el curso de esta obra.

ABACÁ. . . . . . Filamento de *musa textilis*; especie de *banano* que produce un fruto de mala calidad.—Es parecido al cáñamo, y se usa como él.

BALATE. . . . . Especie de lombriz de mar.—Se vende á buen precio á los chinos.

BARANGAYAN. . Barco ligero, bajo de bordo, en el que caben muchos remeros.

BEJUCO. . . . . Planta á manera de mimbre, muy larga y fuerte, que se cria entre los árboles y trepa por ellos enroscándose como una enredadera.

BOMBON. . . . . Trozo de caña de uno ó dos pies de longitud, y de dos á tres pulgadas de diámetro, el cual, cerrado por uno de sus estremos, sirve para varios usos, entre ellos el de conducir agua.

BONOTE. . . . . Filamento estraido de la corteza del coco.

DATTO. . . . . . Entre los moros equivale á Príncipe ó Grande.

GALEON. . . . . Bajel grande y de alto bordo que se manejaba solamente con velas.

JOANGAS. . . . . Embarcaciones con 20 ó 24 bogas, con cubierta, armadas de algunos pinzotes.

MANGLE. . . . . Arbol que se cria en las costas y lugares pantanosos invadidos por el mar; es corpulento en algunos parajes, y bajo y achaparrado en otros.

NIDO. . . . . . . Alimento muy estimado de los chinos; lo fabrican con su baba unos pajarillos que se asemejan al ruiseñor.

NIPA. . . . . . . Género de palma que se da principalmente en terrenos cubiertos de agua salada; su longitud es como de dos brazas. Tiene varios usos, pero el mas general es la construccion de techos y barracas ó camarines.

PATACHE. . . . Embarcacion pequeña y ligera, que se empleaba para servir los buques mayores, para hacer descubiertas, etc.

SACOPES. . . . . Vasallo ó esclavo del Sultan ó Datto entre los moros.

SANGLEY. . . . Nombre que se da en Manila al chino comerciante; es voz que viene de las palabras chinas *Xiang-Lay*, que equivale á *mercader*.

TABO. . . . . Taza formada con la corteza del *coco*.

TAO-MARAYAO. Entre los moros significa cabeza de familia.

TAGALO. . . . . Se llaman así los naturales de las provincias de Tondo, Bulacan, la Laguna y Batangas en el centro de Luzon.—La palabra *Tagala*, ó *Tagaylog*, quiere decir en lengua malaya, *hombre que habita las riberas ó sus cercanías*.

RESEÑA HISTORICA

DE LA GUERRA

AL SUR DE FILIPINAS.

RESEÑA HISTORICA

DE LA GUERRA

AL SUR DE FILIPINAS.

dieron á su vez aquellos pedazos en fragmentos desiguales y de todas dimensiones, desde la pequeña isla del Moro, que apenas alcanza una milla cuadrada de estension, hasta la grande de Luzon, cuya circunferencia mide 370 leguas.

Situado el Archipiélago en la zona Tórrida, entre las islas Batanes y el Norte de Borneo, es decir, entre los 5 y 20 grados de latitud Norte y 120 y 132 longitud Este del meridiano de Madrid, su clima tiene las propiedades de cálido y húmedo. La fuerza del sol, activa y eleva la gran cantidad de vapores que las aguas desprenden, y que se precipitan despues, ya en abundante rocío, ya en copiosa lluvia que cae á torrentes, alimentando los muchos lagos, estanques, fuentes, esteros é innumerables rios que fertilizan el suelo de aquel pais: y esta misma humedad de la tierra, combinada con las frescas y blandas brisas del mar, templan los ardores del sol hasta el estrémo de que el termómetro Reaumur, á la sombra, si bien no desciende de los 18° no pasa ordinariamente de los 30; al mismo tiempo, cuando en Europa caen 18 ó 20 pulgadas de agua, allí llega á 58 y 60; esto produce una constante primavera que mantiene todo el año los árboles cubiertos de hojas, pero fatiga y rinde al europeo, que no llega á sentir el frio á que su naturaleza está acostumbrada, sino muy raras veces el que produce, durante la noche, la penetrante humedad del rocío.

Los vientos periódicos generales propios de esta region son los Nord-Estes y Sud-Oestes; y se llama *Monzon* la temporada que reina cada uno de ellos; siendo la monzon del Nord-Este de noviembre á marzo, y la del Sud-Oeste desde junio á setiembre. En las épocas intermedias, vientos variables ó calmas. El paso de una monzon á otra se verifica con súbitas y violentas turbonadas, esperimentándose entonces esos furiosos huracanes llamados *Vaguios* que en pocas horas corren toda la ahuja, y conturbando de un modo espantoso la tierra y el mar, arrojan los buques á las playas, derriban las casas, devastan los campos y arrancan de raiz los árboles mas corpulentos.

Las estaciones son tres; fresca y seca, que principia en noviembre; calurosa, y seca tambien, desde marzo á julio, en cuyo mes empieza ordinariamente la tercera, que es la estacion de las aguas.

La constitucion del suelo es granítica y calcárea. Las islas pequeñas, comunmente bajas, están formadas por el hacinamiento de conchas y madréporas, ceñidas por cadenas de arrecife que se aumentan con la lenta pero constante acumulacion de las materias arrastradas por las aguas del mar en contínuo movimiento, ya á causa de las corrientes, ya por sus irregulares mareas que lo hacen variar de altura de nivel 14 y aun 18 pies.

Respecto de las corrientes, cuya causa es desconocida, diremos que su velocidad es tal, que suele ir hasta seis y siete millas; nosotros hemos visto en las aguas de Balanguingui, garrar un vapor de guerra hallándose fondeado sobre dos anclas, con 60 brazas de cadena cada una.

En las partes menos espuestas á los vientos generales, las costas son ordinariamente bajas, y cubiertas de vejetacion allí en donde el terreno es firme, ó de enmarañados y espesos mangles en los pantanosos.

II.

LA PARTE SUR DEL ARCHIPIELAGO.—MINDANAO, SUS PROVINCIAS.—GRUPO DE BASILAN.—GRUPO DE JOLÓ.—GRUPO DE TAVI-TAVI.—LA PARAGUA.—ASPECTO Y RIQUEZA DE ESTAS ISLAS.

En rigor, si por teatro de operaciones hubiésemos de entender todo aquel espacio en donde los mahometanos que habitan en las islas han ejercido el pirateo, seria preciso considerar, con ligeras escepciones, todo el Archipiélago filipino; pero nos reduciremos, para mayor facilidad y claridad, á describir la porcion de islas en que residen principalmente, en cuyos senos y escabrosidades tienen su guarida, y en cuyas aguas y playas han ocurrido los sucesos militares mas notables que vamos á referir.

Con este objeto, nos fijaremos en las principales islas y estension de mar comprendidas entre el Norte de Mindanao, el Sur de Tavi-Tavi, y la Paragua.

La situacion recíproca de aquellas islas y su número, que es crecidísimo, pueden verse en la carta que acompaña.

Hemos dicho cuál es el clima, en general, del Archipiélago, mas suave y benigno de lo que pudiera inferirse de tan baja latitud, y tambien cuál es su máximo de calor, humedad y lozanía; ahora añadiremos que las fuertes tempestades y vaguios que se esperimentan en estas regiones son sumamente raros en la parte meridional, debiéndose sin duda á la bondad del temperamento que el aumento de su poblacion se calcule en un 3 por 100, cuando es únicamente del 2 por 100 en la parte Norte.

MINDANAO(1). Esta hermosa isla, la mayor de las Filipinas despues de la de Luzon, es de figura irregular. Se estiende de Este á Oeste 85 leguas, 82 de Norte á Sur, y mide unas 350 de circunferencia. Tres grandes cordilleras de montañas, dos que corren del Norte al Sur y una de Este á Oeste, son las principales que la cortan y que se enlazan despues con otras mas ó menos elevadas y tendidas, formando un conjunto caprichoso de alturas, en donde tienen su orígen innumerables rios y riachuelos que bajan á buscar la mar, ó á morir á las grandes lagunas de *Malanao*, *Maguindanao*, *Liguasin* y *Buloan* en las que alguno de ellos recoje caudal en vez de verterlo. De todos estos rios que dejan entre sí deliciosos valles llenos constantemente de vejetacion y de vida, los mas notables son: el *Butuan* y el grande *Mindanao*. El primero, que nace en los ramales que se desprenden del nudo de *Calalan* y corre como unas 80 leguas al Norte recogiendo las aguas de otros menores que encuentra al paso; y el segundo, que es el desagüe natural de las dos grandes lagunas Liguasin y Buloan, formadas por los derrames de las dos altas cordilleras que se dirigen al Norte;

(1) O *Maguindanao*. De *Maguin*, tierra, y *Danao*, laguna.

corre al Sur, despues al Este como unas ocho leguas, y desagua en la bahía *Illana*, al Sur de la isla.

La poblacion se calcula en 815.000 almas, correspondiendo de este total algo mas del $\frac{1}{2}$ á los cristianos que habitan las provincias españolas; algo menos de $\frac{1}{3}$ á los gentiles que moran en las crestas de las montañas y en las espesuras, y los $\frac{1}{6}$ restantes á los moros que llenan la otra parte de la isla.

La mar del Norte es furiosa y de mucho fondo; sus costas son muy escarpadas. La del Este es menos brava, aunque de vientos mal sanos; la del Sur es mas benigna.

Las provincias españolas, son: *Misamis*, *Caraga*, *Nueva-Guipúzcoa* y *Zamboanga*, á las cuales hay que agregar el nuevo distrito militar de *Puerto-Pollok*, y *Calamianes*.

Misamis. Situada al Norte, comprende desde punta *Sipaca* á *Divaid* unas 80 leguas de costa. Tiene 7 pueblos y 16 visitas ó pueblecillos menores; en todo 42.365 almas. Su cabecera ó capital es *Cagayan*, pueblo grande con un fuerte de piedra fundado en la ribera de un bello y caudaloso rio que lleva su mismo nombre, á una legua de la mar y en medio de una llana y fértil campiña. Tambien hay fortalezas de piedra con pequeñas guarniciones en *Misamis* situado en una lengua de tierra que forma la estremidad Oeste de la desembocadura de la gran ensenada de *Panguil*; en *Yligan*, que se halla en el fondo de la buena bahia que se nombra del mismo modo y en donde hay un presidio, y en *Dapitan* al Oeste de Misamis. Tiene tambien un pueblo en la montuosa isla de *Camiguin*.

Caraga. Esta provincia se estiende desde punta Sipaca al Norte, hasta punta Cauit al Este, abrazando sobre 86 leguas de costa. Comprende 9 pueblos, 25 visitas y algunas misiones; en todo 32.500 almas. La capital es *Surigao*, situada en la estremidad mas Norte de la isla, en una pequeña llanura á la orilla de un rio que le da su nombre. Tiene un pequeño fuerte de piedra con guarnicion, lo mismo que en los pueblos de *Tandoc*, *Catel* y *Linao*. En el fondo del Seno de *Butuan* y en las már-

genes de un hermoso rio, fué donde desembarcó Magallanes para tomar posesion de la isla en nombre de la corona de Castilla, y en donde por primera vez, hace mas de tres siglos, se celebró en estas regiones el sacrificio de la Misa. Hoy el pueblo de Butuan, fundado en 1621, dista de la mar legua y media, y está sobre la derecha de aquel rio en terreno llano y despejado. En la islita de *Siargao* y en sus playas del Este, está el pueblo de *Caco*, cerca de la mar, en paraje montuoso.

NUEVA-GUIPÚZCOA. Empieza esta provincia en el rio *Caraga*, dobla el cabo de *San Agustin*, comprende el Seno de *Dávao*, y abrazando la punta *Panguitan*, mas Sur de la isla, termina en la bahía de *Sarangani;* un centenar de leguas de costa. Consta de dos pueblos y muchas visitas y caseríos, pero la mayor parte de sus habitantes son todavía infieles; los cristianos no pasan de 250. Su capital es *Vergara* ó *Dávao*, sobre la márgen derecha del rio que desagüa en la costa, al Este del seno de aquel nombre. Hay en ella un pequeño fuerte y otro á orillas del rio *Hijo*.

ZAMBOANGA. Ocupa esta provincia el saliente que forman las costas de la isla al Sudoeste, y abarca desde punta *Matanal* á *Dumalong*, ó sea 13 leguas de costa; tiene 3 pueblos y 6 caseríos; en todo 11.497 almas, comprendiendo el establecimiento de *La Isabela* en la inmediata isla de *Basilan*. Su capital ha sido siempre *Zamboanga*; pero se mandó últimamente que se trasladase la cabecera á La Isabela. En uno y otro punto hay buenos fuertes de piedra, bien artillados, y de cuatro años á esta parte da guarnicion en la provincia un regimiento de infantería de ocho compañías. *Zamboanga*, en donde hay presidio, está situada sobre la playa en terreno llano y descubierto, y la ciñe por la espalda una cordillera llamada de *Pulungbato*. A 13 millas al Sur están las islas de *Basilan* y *Malamawi;* sobre las costas de la primera y á orillas de la *silanga* ó gran canal que separa las dos está la poblacion de La Isabela; en las playas de la segunda el barrio de moros llamado *Pagsanhan*. En el pueblo de

la *Caldera*, situado en el fondo de un pequeño pero escelente puerto á siete millas al Oeste de Zamboanga, hay tambien un pequeño fuerte de madera.

Pollok. Nuevo establecimiento militar fundado en 1851 al Sur del puerto de *Sugut* ó *Pollok*, en las costas del Sur de Mindanao. Hay un fuerte artillado sobre la colina llamada *Panarán* y á su inmediacion un pequeño pueblo; en todo 262 almas.

GRUPO DE BASILAN. La isla de *Basilan* es la principal de este grupo, y tiene once leguas de Este á Oeste, siete de Norte á Sur, y unas 25 de circunferencia. Está rodeada de otras varias, siendo la mas inmediata la de *Malamawi* situada al Noroeste y separada solamente por un canal, cuya anchura media vendrá á ser de ¾ de milla escasos. Basilan, como hemos dicho, pertenece á la provincia de Zamboanga, y en ella está el establecimiento militar de *La Isabela* y el apostadero de *Pagsanhan*. Toda la restante poblacion de la isla son moros, cuyo número se calcula que asciende á 14.000 almas. En el fronton Suroeste de Basilan desemboca el rio *Maluso*, sobre cuyas márgenes habita la gente mas propensa al pirateo.

En medio de una pequeña reunion de 16 islas, algunas de ellas deshabitadas, y ocupadas otras por los moros, está la de *Pilas*, prolongada de Norte á Sur unas tres leguas, y de la que han hecho frecuentemente los piratas un abrigo, y el depósito de sus rapiñas. Al Sur de Basilan hay otro pequeño grupo de ocho islas habitadas por los moros, y la principal de ellas, *Tapiantauan*, ha sido tambien famosa en la historia del pirateo.

GRUPO DE JOLO. Unas 57 islas forman este grupo, siendo las principales *Joló*, *Tonquil*, *Belaun*, *Bocatuan*, *Balanguingui*, *Pangutaran* y *Pandacan*. La de *Joló*, centro de la cadena que en direccion Sudoeste corre desde Mindanao á Borneo,

es la mayor y mide de Este á Oeste, en su mayor longitud, 13 leguas; siendo de cuatro á seis la mayor anchura, y sobre 30 su circunferencia. Su suelo es muy accidentado, y al Norte y al Este se destacan grandes alturas. Forman sus costas grandes ensenadas, en algunas de las cuales ó al abrigo de las islas que tiene á su inmediacion, se encuentran buenos fondeaderos. A escepcion de algunos gentiles, los moros ocupan todas estas islas, calculándose que solamente en la de Joló hay 90.000 almas, repartidas en 80 poblaciones ó rancherías.

GRUPO DE TAVI-TAVI. En este grupo se hallan 55 islas de pequeña estension, escepto la que le da su nombre que, sobre 10 leguas de largo, tiene 4 de ancho y 22 de circunferencia. Se descubren en ella algunas alturas notables; en su centro se encuentran dos grandes lagunas, la mayor llamada de *Lanuntangang* tiene siete brazas de fondo y en su centro un islote: desagua por un ancho y caudaloso rio que desemboca al Sur. Su poblacion no pasa de 3.600 almas y son estos moradores mas pacíficos que los joloanos, porque se dedican al tráfico que sostienen con *Sandakan*, *Daruel* y otros pueblos de su inmediata, grande y fértil isla de Borneo.

LA PARAGUA. Gran isla de 170 leguas de circunferencia, 80 de longitud y 10 de anchura media. Su situacion es en direccion Nordeste-Sudoeste entre los 11° 39′ y 8° 17′ latitud Norte y 121° 3′ á 123° 29′ longitud Este de Madrid. Una cadena de alturas corre en sentido de su longitud de uno á otro estremo. Rodéanla muchas islas de mas ó menos estension, siendo las principales: al Sur y á distancia de 24 millas la de *Balabag*, de 5 y ½ leguas de largo, 3 de ancho y 12 de perímetro; al Norte, á unas 25 millas, las llamadas *Calamianes*, cuyas principales son las dos de *Burruangan* de 3 leguas de largo, 2 de ancho y 10 de circunferencia, y *Culion* ó *Calamian* cuyas dimensiones en el mismo órden son 4 y ½, 1 y ½, y 9 leguas, y

las dos están separadas por un estrecho canal ó *silanga;* su terreno es montuoso. Al Este de la misma isla de la Paragua, y á unas 75 millas, se halla el grupo de islas de *Cuyo*, que mide unas 8 leguas y media de costa. En la misma direccion, pero solo distante 10 millas, está la isla de *Damarán*, de 5 leguas de largo, 3 de ancho y 17 de circunferencia. La poblacion del grupo de la Paragua se calcula en 36.000 almas, de las cuales las 16 ó 17.000 ocupan las islas del Norte. La mayor parte de estos habitantes son infieles que viven en las montañas, y algunos cientos de moros que ocupan las playas del Este de la Paragua; las restantes 13,800 almas son cristianos, pobladores de la provincia española nombrada Calamianes, que comprende 22 pueblos y varias visitas. Los principales, y que tienen fortalezas guarnecidas, son *Cuyo* al Oeste de la isla de este nombre, *Taytay* en la Paragua, *Acutaya* en la isla llamada así, y *Culion* sobre un peñon de Calamian; hay además otros pueblos cristianos en *Busuangan*, *Coron* y *Linacapan.*

Cortadas todas estas islas por innumerables rios, algunos de ellos navegables; cubiertas sus playas de esbeltos cocales y de manglares espesos; sus valles de vejetacion lozana, y sus campos de fresca y menuda yerba; vestidas sus montañas con espesísimos bosques de árboles corpulentos y tantos, que en muchos parajes no han llegado á penetrar jamás los rayos del sol, y el todo iluminado por la fuerte luz de los trópicos, hace tomar el aspecto mas bello y pintoresco del mundo á esta porcion del Archipiélago, que, sin embargo, ha sido tan cruelmente castigada de los horrores de la guerra, por la locura y barbarie de una gran parte de sus moradores.

Nada mas rico que las producciones de este suelo; en sus montañas se encuentra el oro, el platino, la plata, el hierro, el plomo, el carbon de piedra, el azufre, el cobre; en sus bosques, la gutta-percha, la gutta-gamba, el copal y otras gomas, y abundantes y escelentes maderas de construccion, como el *molave*, el *ipil*, la *tecca*, el *mangachapuy*, el *pilucalao*, el *lumba-*

yao, el *banaybanay*, el *cedro*, el *guijo*, el *dongon*, el *acle*, el *palomaria*, el *yacal*, y el *baticulin*, ú otras para ebanistería, como la *narra*, el *tindalo*, el *ébano*, el *camagon*, el *alintatao*, el *malatapay*, etc.; en sus colinas y praderas, entre esquisitas frutas, el café, el cacao, la nuez moscada, el clavo, la pimienta, la canela, el alcanfor, el maiz, el arroz, el sagú; en sus aguas se cojen las perlas, el *carey*, el *balate*, el *nido*, el *ambar gris*, y finalmente, cuanto hay de mas apreciado en toda la Malesia.

SEGUNDA PARTE.

EL EJERCITO DE FILIPINAS Y LOS PIRATAS MAHOMETANOS.

I.

EJÉRCITO DE FILIPINAS.—SU UNIFORME.—CUALIDADES DEL SOLDADO INDÍGENA.—SU INSTRUCCION.—LOS MISIONEROS.—LA MARINA DE GUERRA.

La primera reunion de soldados que hubo en Filipinas, de paga fija, fué el campo de los 400 que de órden del Rey don Felipe II se estableció en 1591, organizado con seis compañías reclutadas en Méjico, por el Gobernador general Gomez Perez Dasmariñas; pero la tropa mas antigua de las islas, y que existe todavia, es la compañía de Alabarderos, creada en 1590, en virtud de Real cédula de 17 de agosto de 1589 (1).

Del campo militar tuvo origen el tercio de 1,200 hombres.

En 1730 recibieron aquellos soldados fusiles en vez de mosquetes.

A mediados del siglo pasado se creó el Regimiento fijo del Rey, de dos batallones, y se reformó el cuerpo de artilleros de

(1) Véase el *Apéndice* 1.°

cuatro brigadas, reglamentando aquel y estas, mas tres compañías de Caballería, el entonces Gobernador Sr. Arandia.

En 1790 se crearon los batallones de Milicias disciplinarias de Pangasinan, de la Panpanga y de Ilocos: y en 1796 los de granaderos de Luzon, Batangas, y el de Flecheros de Zambales.

Posteriormente, en lo que va de siglo, ha esperimentado aquel ejército muchas variaciones, creándose en 1804 los regimientos de infantería *La Reina* y *Príncipe Fernando* (despues *Fernando VII*), en 1823 los del *Infante* y *España*; en 1829 el del *Rey*, en 1851 el del *Príncipe* y la *Princesa*, suprimiéndose todos los batallones de Milicias disciplinarias.

En 1852 se creó el de *Borbon*, y, finalmente, en 1854 el de *Isabel II*.

La Caballería, en 1843 constaba de cuatro escuadrones de línea y uno de tiradores; pero en 1851 quedó reducida á dos escuadrones.

La fuerza de Artillería era en 1807 de cuatro compañías de veteranos, tres de á pié y una á caballo; y habia además ocho compañías de Milicias disciplinarias. Posteriormente ha sufrido esta arma varias reformas, hasta recibir la organizacion que en la actualidad tiene.

Por último, el ejército de Filipinas consta hoy de 9 regimientos de infantería con 874 plazas, y una reserva de 576; unos 300 caballos; dos brigadas de Artillería, una europea de 4 baterías, y otra indígena con 7, de las cuales una es de á caballo. Además hay una compañía de obreros de Artillería y otra de Fortificacion; la Artillería de marina y los Alabarderos; en total sobre 12.000 hombres de ejército activo, y 5.200 de reserva.

La oficialidad es española-europea en su mayor parte, y tambien lo es la clase de sargentos y cabos, á escepcion de algunos de estos que son filipinos.

El equipo del soldado es muy semejante, si no igual, al de las tropas de la Península; lo que ofrece bastantes inconve-

nientes para el servicio militar en un pais tan cálido, y en el cual los naturales no están acostumbrados á la sujecion de la casaca y las trabillas. Cuando en el año 1851 se creó el regimiento de Infantería de la *Princesa*, primero que se destinó á guarnecer la plaza de Zamboanga y los establecimientos militares de La Isabela y Pollok, así como á la persecucion de los piratas si necesaria fuese, recibió un nuevo y sencillo uniforme, muy á propósito para el servicio de campaña que debia desempeñar. Se compone de una blusa de tela azul con el cuello doblado, por bajo del cual se ata un pañuelo negro; mangas anchas con las divisas en el puño (que ciñe bien la muñeca) para los oficiales, y del puño al codo para los sargentos y cabos. Para la cabeza un *Salacot*, especie de sombrero de palma de forma cónica muy bajo, ligero, y cómodo para defenderse del sol y del agua, con una chapeta de metal en el vértice que cae sobre el medio de la cabeza. La blusa se sujeta con un cinturon negro de cuero, en el cual se apoya una canana: á la espalda un morralito de lienzo blanco para sustituir la mochila. Pantalon ancho, sin trabilla, y zapatos que algunas veces suprimen los soldados, y hacen bien, y se les debe permitir, pues andan mejor descalzos por aquellas breñas y manglares.

En nuestro concepto, este es un traje muy á propósito para aquella gente y aquel pais. Tal vez podria mejorarse, pero las mejoras solo se conocerán cuando la esperiencia las enseñe. Lo que no puede dudarse es, que tiene infinitas ventajas sobre la casaca y el chacó.

La cualidad dominante del carácter del soldado indígena, es la indolencia y la pereza; lo cual tiene su disculpa en el clima mismo en que nació y sirve. Sin embargo de esto, es muy buen soldado. Subordinado, ágil, sóbrio, sufrido é inteligente; aprende con mucha facilidad el manejo del arma y todo lo concerniente á su oficio; pero, poco reflexivo, echa frecuentemente á perder con su incuria la mejor de sus buenas propiedades. Por temor del castigo que le amenaza, ya porque

se durmió estando de centinela (lo que durante la noche no es muy raro), ya porque llegó tarde á la hora de la revista ó no ha limpiado alguna de sus muchas prendas, ya, en fin, por cualquier motivo, sea ó no de consideracion, se deserta una y otra vez aunque sepa que han de prenderle á la media hora, ó que piense él mismo presentarse tres dias despues; y téngase en cuenta que hablamos de tres y cuatro deserciones, porque las leyes penales sobre desercion, vigentes en el pais, basadas en la facilidad que tienen para cometer aquella falta y la ninguna malicia con que generalmente la cometen, son muy suaves, de modo que hay soldado desertado dos y tres veces y continúa, sin embargo, en el servicio.

Para la guerra es militar escelente; á sus pocas necesidades reune la muy buena propiedad de no quejarse nunca, de resistir bien la fatiga, el sol, la lluvia, la humedad y ser valiente. Sobre este último punto haremos observar que, con ligeras escepciones, cuando el Jefe que lo dirige es activo y arrojado, le sigue á todas partes y se bate con él; pero imitando siempre á quien le sirve de guia, será débil y aun apelará á la fuga en el momento en que aquel lo hiciere; es decir, que pocas veces hará nada por sí y de voluntad propia, por buena que la tenga, sino por imitacion ó por respeto.

Cuando á un cabo ó soldado se le encarga de una comision del servicio, confiándole el mando de una partida, de un destacamento avanzado, etc. se puede estar seguro de su buen desempeño, porque hará al pié de la letra cuanto se le ordene; pero el que deba darle el cargo ó comision ha de cuidar precisamente de que reciba instrucciones claras y terminantes para todos los casos en que se pudiere hallar, con el objeto de evitar que llegue un momento en el cual no sepa que hacer, pues entonces se decidirá por no hacer nada.

En resúmen, el soldado filipino es muy buen soldado; pero acaso mas que en otros paises necesita de jefes instruidos, que le enseñen, que le activen, y le den con el ejemplo leccio-

nes que, á pesar de su indolencia, esté dispuesto á recibir.

En cuanto á la instruccion que reciben aquellas tropas, diremos que hay dos cosas indispensables en que debian mejorarla los encargados de su direccion; el tiro al blanco y la esgrima de la bayoneta, cuya utilidad no necesitamos encarecer una vez reconocida, por lo que diremos mas adelante, la destreza con que el moro maneja el arma blanca.

Respecto del servicio de campaña que hace este ejército en las islas del Sur, baste decir que no solo han de operar en un terreno desconocido, tan quebrado, pantanoso, sin caminos y lleno de desfiladeros y malezas como es el que siempre eligen los moros para habitar ó combatir, sino que para emprender una marcha es preciso que lleven consigo las provisiones de boca y guerra, y no de otro modo que á hombros, pues no es posible meterse por aquellas breñas con acémilas de ninguna especie. En la espedicion de Joló llevaba la columna de ataque de la derecha dos obuses de montaña; y las cureñas y los obuses y las cajas de municiones, todo, al penetrar en el bosque, iba sobre los hombros de los artilleros, es decir, ocupando 14 ó 16 hombres que necesariamente habian de ir desarmados; y si esto era solo para dos obuses, calcúlese el número de conductores que exijirá una columna de 1.000, ó 2.000 soldados, para la cartucheria, los víveres, camillas, etc.. etc., é imagínese tambien cuán grande impedimento es llevar tanta gente sin armas, que por esta razon sola, únicamente puede servir para estorbo y confusion cuando se da en una emboscada, género de sorpresas á que se presta mucho la naturaleza del suelo y muy conocido y practicado por los enemigos. Si á todo esto añadimos el rigor del clima en ciertas estaciones del año, la falta de alojamientos, la circunstancia de no haber cuartel ni otra esperanza para el estraviado ó prisionero que morir matando, dirá cualquiera con nosotros, que el ejército de Filipinas contrae un mérito singular en la guerra que sostiene hace tantos años contra los piratas mahometanos.

No queremos dar por terminado este capítulo militar, sin decir cuatro palabras acerca de otra milicia no menos útil ni menos interesante; hablamos de la Milicia religiosa.

Verdaderamente es cosa digna de admiracion ver á los celosos misioneros, rodeados frecuentemente de riesgos y privaciones, internarse vestidos del tosco ropon y con su Breviario debajo del brazo por los bosques y espesuras, á conquistar con la predicacion, el ruego y la paciencia, á los mas tenaces infieles y á los salvajes mas rudos. Pero la desconfianza, la inmoralidad y la resistencia á todo lo que pueda alterar sus pervertidas costumbres, y mas que todo, el fanatismo por la ley mahometana que, aunque muy desfigurada, siguen, han hecho inéficaces hasta hoy entre la mayoría de los moros, los magníficos esfuerzos de los Religiosos, siendo así que no de otra manera, han contribuido estos tanto á la tranquilidad y conservacion del resto de la colonia, para cuyo Gobierno, y dígase lo que se quiera, han sido por espacio de tres siglos, son hoy y serán siempre, un brazo fuerte y poderoso.

Ellos tambien fomentaron las ciencias y las artes mecánicas y enriquecieron la literatura del pais, porque, en medio de sus árduas tareas, los mas celosos y entendidos se dedicaron al estudio con empeño y gran provecho; y publicaron vocabularios y diccionarios de los diferentes dialectos de las islas, enseñaron al indio el uso de máquinas sencillas para sustituir en parte el trabajo del hombre, escribieron la historia general de la colonia, y examinaron los productos naturales de su suelo, sobresaliendo en el ramo de botánica el diligentísimo P. Blanco (1) á quien modernamente ha sabido imitar con acierto el P. Llanos.

---

(1) «Yo no he tenido maestros ni herbarios, ni aun casi libros cuando empecé »por aficion á entender en estas materias.» —El P. Blanco en su *Flora de Filipinas*. «El Profesor Lindley le ha dedicado (al P. Blanco) un género nuevo con el nom»bre de *Blancoa*, y Decandole, hijo, otras como la *Ipomea Blancoi*, honrando su celo »y aplicacion.» —El P. Llanos en sus *Fragmentos de algunas plantas de Filipinas*.

Sabemos, sin embargo, cuanto se ha dicho en contra de la conservacion de las misiones filipinas; sabemos tambien que en dicha institucion, como en toda corporacion social, hay lunares que nunca pudo evitar la imperfeccion humana; pero no es fácil desconocer, ni poner en duda, el mérito de unos hombres que, como visible recompensa de su abnegacion y señalados servicios, suelen padecer grandes miserias, y á veces sufrir tormentos y perder en ellos la vida.

MARINA. Los navíos y galeones en que navegaron los descubridores de Filipinas, debieron ser los primeros buques europeos que surcaron las aguas de aquel vasto Archipiélago; pero los que primeramente se emplearon en la persecucion de los piratas, fueron algunas galeras y barcos menores armados con este objeto en 1564.

Creado en 1591 el empleo de *General de las galeras*, se mandaron construir todas las que fuesen necesarias para dicho servicio y comunicacion de las islas y provincias entre si. Tambien, pocos años despues, se organizó una armada de mas de cien embarcaciones llamadas *Joangas*, fabricadas en Bisayas y semejantes á las que usaban los piratas. Esta armadilla tuvo el nombre de *Los Pintados* (1).

En el año de 1730 habia en el apostadero de Zamboanga dos galeotas, y otras dos en el puerto de Cavite, á seis leguas de Manila; y asi en este arsenal como en los astilleros de Pangasinan y Zambales (provincias de la isla de Luzon) se construian buques para la marina de guerra, de manera que ya en 1771 tenia la fuerza siguiente:

---

(1) A la llegada de los españoles, los naturales de las islas Bisayas tenian la costumbre de pintarse, y de aqui el apodo de *pintados*.

BUQUES.	Cañones.	Falconetes.	Calibre de los cañones.
Fragata San Cárlos	18	»	6
Idem San José	22	»	8, 6 y 4
Paquebot Nuestra Señora del Rosario	12	10	2
Idem San José	10	16	2
Idem Nuestra Señora de Guadalupe	12	10	4 y 2
Idem San Telmo	10	10	4, 3 y 2
Bergantin San Cárlos	8	8	4, 3 y 2
Goleta Soledad	8	20	4
Idem Santa Clara	8	30	6
Idem Santa Rosa	6	24	6 y 4
Idem Santa Teresa	6	29	6 y 3
Idem Santo Niño	10	14	6, 4 y 2
Idem San José	4	22	6 y 3
Pontin Santo Niño	»	12	»
Lancha Soledad	2	10	4
Idem Señora	2	10	4

Y además varias falúas, botes y barcos menores.

Gobernando las islas el Capitan de navío D. José Basco y Vargas, Marqués de la Conquista, se creó en 1778 una armadilla de *Vintas*, y en 1795 se establecieron las Divisiones de lanchas cañoneras. Por este tiempo se hallaba en Manila la mayor escuadra que ha fondeado en aquellas aguas, la del General Alava, compuesta de tres navíos, una urca y cinco fragatas; pero no era su mision la de perseguir el pirateo, sino la defensa general de las islas en atencion al estado en que se encontraba la política en Europa, á donde regresó, por igual causa, en 1803.

En lo que va de siglo, han ido de España á Filipinas varios buques de guerra, como las corbetas *Descubierta* y *Atrevida*, que levantaron los planos de la bahía de Manila, puertos de Cavite, San Jacinto, Palapat, costa de Mindanao y otros; la corbeta *Ferrolana*, encargada de un viaje de circunvalacion; la

Villa de Bilbao y el bergantin *Ligero* que se hallaron en las operaciones contra Joló, y el vapor *D. Jorge Juan*.

Tambien en los últimos 50 años se han construido en Cavite y en las provincias de Catanduanes, Burias y Zamboanga, la fragata *Esperanza* y gran número de lanchas cañoneras y falúas; y comprado en 1847 tres vapores, uno de 160 y dos de 100 caballos.

Por último, hé aquí el

Estado actual de la marina militar de la colonia, su fuerza y destino.

BUQUES de vela y vapor.	Cañones.	Pedreros.	Tripulacion.	Destinos.
Bergantin Ligero. .	12 de á 32. .	»	6	Desarmado.
Vapor D. Jorge Juan	2 de á 68 y 4 de á 32. . .	»	174	Para todo servicio.
Idem Reina de Castilla.	2 gir. de á 32	»	116	
Idem Sebastian Elcano.	2 id de á 16	»	81	
Idem Magallanes. .	2 id de á 16	»	84	
2 Lanchas cañoneras y 6 falúas. . .	2 de 24 y 6 de 6	48	222	La Isabela.
5 Falúas	5 de á 8. . .	30	150	Pollok.
5 id.	5 de á 8. . .	30	150	Calamianes.
17 id.	12 de 8 y 5 de 6	102	490	Bahía de Manila, Cebú, Iloilo y capitanía del puerto.
2 Pailebots.	2 de á 8. . .	12	94	Reserva.
7 Falúas.	7 de á 8. . .	42	203	
13 Lanchas cañoneras. . . . . . . 6 Falúas.	»	»	»	Desarmados.
			120	Marinería del Arsenal.
	68	264	1890	

El indio es buen marinero; tiene pocas necesidades y aguanta mucho al remo. Acaso en 10 minutos adelanta, vogando,

menos que un europeo porque tiene menos fuerza; pero en una hora avanzará mucho mas, porque tiene mas paciencia y mas constancia.

La tropa de Artillería de marina, se ejercita con frecuencia en la instruccion y manejo del arma, pero carece de práctica y ejercicio del tiro al blanco.

Si se considera que, á pesar de los trabajos hábilmente practicados por la oficialidad de las corbetas *Descubierta* y *Atrevida*, de que hemos hecho mencion, y de los no menos delicados é interesantes de la Comision Hidrográfica que han venido á reemplazar las groseras cartas antiguas, hay todavía muchos trozos del Archipiélago, especialmente al Sur, que están mal conocidos para navegar por ellos con seguridad y confianza; si se toma en cuenta que se persigue á un enemigo práctico y astuto por un mar lleno de islotes y de escollos, en el que reinan los fuertes monzones, luchando contra las veloces corrientes y caprichosas mareas, y esto con pesadas lanchas y reducidas falúas que solo miden 55 á 60 pies de eslora por 10 ó 12 de manga, llevando á bordo artillería, 2 ó 3 meses de víveres y 5 ó 6 dias de agua para 30 ó 36 hombres, y cuyos buques, por calar de 4 á 6 pies, no pueden, ni con mucho, navegar por donde lo hacen las embarcaciones moras, se comprenderá fácilmente cuán penoso y meritorio es el servicio que presta la marina en aquel pais, y por qué salen á veces frustrados los planes mejor concebidos, é inútiles la actividad, perseverancia é inteligencia, de que han dado pruebas señaladas, en repetidas ocasiones, nuestros celosos marinos.

II.

LOS MOROS.—SUS FORTALEZAS.—ARMAS.—CUALIDADES.— MARINA Y GOBIERNO.

Todos los habitantes de Filipinas tienen un mismo origen, *el malayo:* á escepcion de los negritos ó *aetas*, que en pequeño número se encuentran en las montañas de Mariveles y en las cúspides de algunas islas. Pertenecen por consiguiente á aquella genérica raza los *Idólatras* ó *Infieles*, y los *Indios* en general. Los primeros, organizados en tribus independientes, habitan el centro de las islas, sin que hasta ahora haya sido dable sujetarlos en algunas partes; en otras, la paciencia y acertada direccion de los misioneros cristianos, van consiguiendo atraerlos á nuestra Ley. Entre ellos hay las diferentes castas de *Igorrotes*, *Tinguianos*, *Subanos*, etc., pero nosotros vamos á ocuparnos solamente de los indios cristianos y de los indios

mahometanos llamados *moros*; civilizados los primeros y viviendo bajo la proteccion y suave dominacion española, y aislados y, hasta cierto punto independientes los segundos, con su gobierno, costumbres y religion distintas.

Sabemos que estos últimos ocupan parte de las islas de Mindanao y la Paragua, y tambien la multitud de las que se estienden desde Basilan á Tavi-Tavi; pero los establecidos en las playas de Bahía Illana (al Sur de Mindanao) y los del archipiélago de Joló, han sido siempre los peores y mas crueles enemigos de la tranquilidad y sosiego de nuestras provincias, por mas que los Gobernadores todos de la colonia, unas veces con el rigor y otras con la templanza y el consejo, hayan procurado constantemente reprimir sus bárbaros instintos de pirateo y de robo.

Así por mar como por tierra, cayendo de improviso sobre descuidados é indefensos pueblos cristianos ó sobre embarcaciones desarmadas, talaban los campos, abrasaban los edificios, saqueaban los templos y haciendas, y daban muerte á los cautivos que por niños ó por ancianos no podian serles útiles, llevándose los otros para obligarles á trabajar, bien en las labores del campo, bien en la pesca, ó aplicándoles al remo para que condugeran aquellas mismas embarcaciones con que ejercian su infame profesion.

Las llanuras bajas y cercanas á la mar, las inmediaciones de los rios, de los esteros y pantanos, son las porciones de terreno que eligen para situar sus poblaciones, pequeñas ordinariamente, si bien hay varias en el distrito de Sibuguey, en las márgenes del rio Grande, y tambien en Joló, que tienen 800, 1000 y hasta 2000 habitantes.

En algunas, como *Cota-bato* (1) residencia del Sultan de Mindanao, á 7 millas de la boca del gran rio; en Buhayen, á orillas de la gran laguna; en Sibuguey y otros puntos, tienen

(1) De *cota* (fuerza) y de *bato* (piedra).

pequeñas fortalezas ó castillos cuyas murallas están formadas por un encajonado hecho con troncos de árbol bien unidos, y relleno de piedras, tierra y arena; la altura de estas murallas varía de 10 á 14 pies, y su espesor de 5 á 20: su planta, por lo regular, es un cuadrilátero con reducidos baluartes ó pequeños torreones en los salientes. Esta clase de muros resisten muy bien á la artillería aunque sea de grueso calibre.

Cada moro es un soldado armado siempre con el cris, el campilan ó la lanza, y á veces con una y otra arma; sin dejarlas nunca, ni aun en las horas de descanso, pues con ellas duermen.

Y este soldado moro es astuto, fanático por sus creencias, terco, cobarde en campo abierto ó cuando descubre serenidad y decision en su enemigo y vé fácil la escapada; pero valiente, arrojado y temerario hasta la ferocidad, cuando se considera encerrado y sin posibilidad de fugarse. Notablemente sóbrio, se alimenta con un puñado de arroz, con las frutas que coje en el bosque, las yerbas del llano ó los pescadillos del rio; bebe el agua de manantiales mas ó menos limpios y claros, y á falta de otra mejor, hallándose embarcado, satisface la sed con el agua del mar. Sumamente ágiles, trepan con celeridad por las montañas, suben á los árboles mas elevados, cruzan los manglares mas espesos y hondos, salvan los torrentes, saltan los barrancos, y se dejan caer con el mayor aplomo de una altura de 15 ó 20 pies. Acostumbrados desde que nacen á vivir en el agua, nadan como los peces, siendo para ellos el paso de un rio, por ancho y caudaloso que sea, la operacion mas sencilla y natural del mundo; y cuando por la rápida corriente de las aguas no quieren ó no pueden pasarlo á nado, una sola caña tendida de una orilla á otra les ofrece un puente bastante cómodo.

Su traje, que consiste en un ancho pantalon que apenas le pasa de la rodilla y un largo chaqueton ó chupa con mangas estrechas, en nada embaraza sus movimientos. En la cabeza

llevan un pañuelo arrollado á manera de turbante. Los régulos ó personas principales, usan las prendas de vestir de seda galoneadas de oro ó plata, y suelen aumentar una especie de gaban con mangas anchas y abiertas en los estremos. Algunos tienen el chaqueton ó gaban entretelado con mucho algodon, y les sirve como de una cota.

Las armas defensivas son: el *escudo* circular ó elíptico para medio cuerpo, ó grande para cubrir toda la persona; unos y otros sencillamente de madera, ó forrados por el esterior de cuero de carabao; de este mismo cuero que, bien curado es sumamente duro, hacen corazas y cascos; tienen tambien, aunque pocas, algunas cotas de malla.

Las ofensivas son: ó de fuego, ó blancas. Entre las primeras están los cañones, de que poseen una gran variedad, desde el calibre de 24 hasta el de 1. Los descuidan mucho, así como los fusiles y escopetas, escepto alguno que otro cañon que en cada fortaleza ocupa el lugar preferente, y al que miran como el principal, confiándole supersticiosamente la defensa y la victoria. Se les han cojido algunas veces culebrinas muy largas de á 4 y de á 3, y otras piezas pequeñitas que solo admiten balas de á 2 y de á 1 y que llaman *lantacas* y usan mucho. Fabrican pólvora y alguna municion, especialmente de cobre.

Manejan las piezas con bastante lentitud y suelen cargarlas hasta la boca, haciendo uso, á falta de otros proyectiles mejores, de piedras, clavos ó puntas de hierro, y aun de los pedazos de la concha *taclovo* ó *tacloo*, que es durísima.

Entre las cureñas, tienen algunas muy buenas y conocidamente de construccion inglesa; otras son pesadas y mal fabricadas por los moros mismos y que son por lo general de la forma de las de plaza, con ruedas ó sin ellas; para moverlas en todas direcciones, se valen de una disposicion muy semejante á la que se emplea en los buques de guerra, por medio de motones y cuerdas.

Su táctica artillera se reduce á conservar los fuegos hasta

que el enemigo esté muy próximo, para, siendo de este modo mas fácil la puntería, no desperdiciar disparos.

En sus espediciones por tierra no suelen llevar artillería; alguna vez, sin embargo, se les ha visto conducir falconetes ó lantacas, de las cuales se sirven colocándolas sobre horcones que se apoyan en un banquillo con tres pies.

Se ha notado por algunos con estrañeza que estas gentes hayan tenido y tengan artillería en abundancia; pero además de que la adquieren fácilmente cuando la necesitan, en Borneo y otros puntos, y de que se apoderaban de toda la que solian hallar en las muchas embarcaciones que apresaron cuando, mas fuertes que hoy, ejercian el pirateo en grande escala, ellos mismos, á no dudarlo, la fabrican. Digno es de notarse, que á la llegada de los españoles á estas islas, los indios fundian cañones en Manila y Tondo, y probablemente en Mindanao.

Las armas blancas, cuyo dibujo acompañamos, son: la lanza, el cris, el campilan, las fisgas, los zuabilines y los cuchillos. Su temple generalmente es bueno, y se ven algunas hojas de cris llenas de preciosos embutidos formando aguas, tan primorosamente trabajadas, que en nada desmerecen de las afamadas hojas de Damasco. Los puños son, por lo comun, de madera dura sacada de alguna raiz; muchos hay de marfil, y algunos, para uso de los Sultanes y magnates, de oro macizo.

No tienen por costumbre envenenar las puntas de las lanzas y fisgas como hacen los salvajes del Norte y algunos de los infieles que habitan las montañas. No hacen hoy tampoco uso de las flechas de que antiguamente se servian en la guerra.

Son muy diestros en el manejo de estas armas blancas, consistiendo principalmente el mérito de su táctica, en la agilidad de que están dotados y que da á sus rápidos movimientos cierto desembarazo y soltura. El moro dispuesto á combatir, cubierto con su rodela y manteniendo estendido y levantado l brazo derecho con el campilan, cris ó cuchillo en la mano,

se agacha, se endereza de repente, gira, salta de uno á otro lado con la velocidad del pensamiento, burlando así los golpes de su contrario; parece que huye, cuando, de improviso, cierra furiosamente sobre el enemigo, y no bien ha descargado el golpe, cuando se le vé á diez pasos de aquel, saltando y revolviéndose otra vez; todo esto acompañado de gritos agudos y horribles gestos que sirven, segun ellos, para aturdir y amedrentar al adversario. Si el arma que manejan es el campilan, que tiene ordinariamente en el pomo un lloron de cerda ó pita encarnada, mueven este pasándolo con rapidez y en distintas direcciones ante la vista de aquel para desvanecerlo. Cuando el arma de combate es la lanza, la arrojan con un tino particular, así como las fisgas y zumbilines de que hacen uso con especialidad cuando desde lo alto de los parapetos defienden el pié de los muros para oponerse á un asalto.

Nunca presentan caballería en las acciones; de manera que no debe contarse con esta arma, ni es de estrañar, conociendo la topografía del teatro de la guerra, poco á propósito para su empleo.

En resúmen, las cualidades militares del soldado moro, son: valor temerario cuando vé cortada ó difícil la retirada; poco arrojo para atacar en campo abierto á menos de una gran superioridad de combatientes; ágil, sóbrio, cruel hasta la barbarie con el vencido, é indiferente ó rencoroso con el vencedor. Poco diestro en el uso de las armas de fuego, pero muy superior en el manejo de las armas blancas; traidor, ignorante de la táctica reglada, pero astuto y conocedor del sistema de sorpresas y golpes de mano.

Pasemos ahora á dar noticia de su marina, que juega un papel muy principal en las campañas. Las embarcaciones con que comunmente hacen el corso, son, los *Pancos* y los *Barangayanes*, y tambien las *Vintas*, los *Pilanes*, los *Lancanes*, y los *Barotos*.

Los *pancos*, que suelen tener hasta 80 pies de *eslora* por

18 ó 20 de *manga*, son unos estraños buques en cuya composicion entra la madera, la caña, la *nipa* y el *bejuco*.

Sobre los estremos de la quilla, que no es sino un pedazo recto y grueso de madera, hay dos curvas que abren igualmente y forman el *lanzamiento* del buque, y sobre estas dos piezas asienta la tablazon, provista, en cada cuatro pies de distancia longitudinal, de un tarugo ó *castañuela*. Las tablas ajustan bien, y su enlace, en cada dos de ellas, se hace por medio de unas estaquillas que tienen dos pulgadas de largo, de palma brava ó de madera muy dura que penetran en ambas en sentido perpendicular al espesor de la madera, y tambien por una costura trabajada con bejuco partido hecha á través de unos taladros abiertos en una y otra tabla, que se corresponden y no llegan á la cara esterior, y que se calafatean ó embetunan despues con algodon, *bonote*, etc. Unos cuartones colocados sobre los tarugos de que hemos hablado, mas ó menos largos segun la forma y manga que ha de tener la embarcacion, se afianzan á ellos con ligaduras de bejuco y sirven de *bancadas* para los remeros. La *toletera* para armar les remos, es un tablon grueso que corre de popa á proa sobre los dos costados. A popa hay un saltillo donde se ponen los timoneles que manejan las *espadillas* con que se gobierna el buque. Montados en horcones de hierro van, á una y otra banda, los falconetes y lantacas, y á popa y á proa los cañones empotrados en fuertes piezas de madera. Para desahogo de la embarcacion, y aumento de remeros, se colocan unas seis ú ocho gruesas cañas ó viguetas sobre las toleteras, que sobresalen de los costados unos tres piés, y sobre estas partes salientes forman un corredor con su pasamano en el cual se arma el segundo órden de remos. En algunas, sobre este pasamanos como apoyo, se arma análogamente un tercero. Las velas son comunmente de *petate*, envergadas en entenas de caña; pero suelen tambien proveerse de aparejos semejantes á los de nuestras falúas, para que á cierta distancia se confundan con ellas.

Los *barangayanes* son buques parecidos á los pancos y construidos del mismo modo, pero su eslora no pasa de 55 pies, ni de 14 su manga.

Siguen las *Vintas* y *Pilanes*, que tampoco en su construccion son diferentes; solo que son pequeñas y de muy variadas dimensiones.

Los *Lancánes* y *Barotos* no son sino troncos huecos de un árbol de madera ligera, que suelen llevar en ambos costados unos marcos ó bastidores de caña llamados *batangas*, que flotan y contribuyen grandemente á su estabilidad.

Así la figura de todas estas embarcaciones como el número crecido de remos, concurren á que sean estos buques de primera marcha; y pudiendo armarse y desarmarse con facilidad, merced á su sencilla construccion, los pueden retirar y esconder sin grandes esfuerzos en los bosques ó mangles, subdividiéndolos en piezas si son de las mayores. Por su poco calado navegan por todas partes, particularmente las vintas que tienen suficiente con pie y medio de agua; así es que se las ve internarse por el mas pequeño riachuelo ó estero.

Los moros son marineros hábiles, y como al mismo tiempo son tambien escelentes nadadores, cuando la fuerza del viento ó un golpe de mar hace zozobrar á alguna de sus embarcaciones, la tripulacion se echa al agua y la endereza fácilmente.

Para dar una idea del gobierno establecido entre los moros, haremos conocer lo que dice el P. Gainza en su *Juicio crítico de las espediciones de Joló*, seguros de no poder ser mas exactos ni espresarnos con mayor sencillez y claridad, que aquel distinguido escritor:

«La grande isla de Mindanao está poblada por varias tribus ó naciones, de las que solo mencionaré dos, porque son las que mas se ejercitan en la piratería. Los mindanaos, propiamente dichos, dominan la parte Sudoeste comprendida entre el puerto de Pollok y el cabo de San Agustin, y se estienden

además desde la punta de Flechas por la bahia de Sibuguey hácia el estremo Sudeste de la isla. El estado social de estos pueblos debió ser muy semejante á lo restante del Archipiélago filipino, hasta que vinieron algunos misioneros árabes á catequizarlos para el mahometanismo, quienes se establecieron sólidamente en el rio Grande por haber hallado mejor acogida y mayor docilidad. Introdujeron algunas prácticas religiosas, tomaron en cambio sus mujeres, el idioma y muchos usos del pais, se acostumbraron con su órden social, adquirieron esclavos para aumentar su importancia, y llegaron á amalgamarse entre la elevada clase de los Dattos. Trabajando con mas union, maña y concierto que los mismos naturales, y poseyendo esclavos como estos, fueron progresivamente corroborando su poder, formaron entre sí una especie de confederacion, y establecieron una monarquía mista declarándola hereditaria en una familia, entre cuyos miembros elegian Sultan los Dattos de aquella raza. Se conocieron con el tiempo los inconvenientes de semejante sistema, y se determinó escojer en vida del Sultan dos succesores, llamando al inmediato *Raja-Muda*, y al segundo *Guata-Mansa*. Aunque semejante liga les dió grande predominio, se vieron, sin embargo, obligados á contemporizar con los antiguos Dattos del pais, y á dejar su libertad á los *Taos-marayaos*, de cuyo apoyo no quisieron ó no pudieron prescindir. Todos estos han conservado su total independencia y la accion directa sobre sus esclavos ó vasallos que llaman *Sacopes*. El Sultan por tanto, influye sobre los Dattos de familia, estos reparten su autoridad con los *Taos-marayaos*, que pudieran compararse con nuestros cabezas de Barangay, y los *Sacopes* quedan sujetos al despotismo de sus respectivos amos. El último resultado es una confederacion débilmente ligada con la autoridad central, una república aristocrática, cuyo jefe, con el nombre de Sultan, es electivo, y cuyos individuos propenden naturalmente á la independencia, y generalmente están siempre dispuestos á la discordia. Este gobierno,

que encierra abundante gérmen de disensiones intestinas, es una tiranía sobre los *Sacopes* infelices, y como en el número y calidad de estos se apoya únicamente el mayor ó menor influjo de sus amos, de aquí es que los mindanaos andan á caza de esclavos, no solo entre los Subanos, Lutaos y otras mil poblaciones de su isla, sino en nuestras Bisayas y en otras partes, porque no puede serles indiferente el perder el rango y preponderancia, y verse reducidos á nulidad.»

«Toda la destreza de los misioneros y Dattos árabes no bastó para atraer á sí á una gran parte de poblacion de Mindanao independiente, soberbia y belicosa, que ha sabido mantenerse en posesion de los rios y lagunas. Tampoco los esfuerzos que hicimos nosotros fueron suficientes para reducirlos al cristianismo, y todavía conservan su independencia rebosando al Norte de Mindanao al través de nuestras poblaciones de Misamis, por muchos desagües de rios caudalosos y la ensenada de Panguil, ocupando al Sur toda la costa desde punta de Flechas hasta cerca del puerto de Pollok, y estendiéndose por el Oeste hasta la bahía Sindangan, y por las orillas de los rios que desembocan en ella. Está gobernada por un considerable número de Dattos, cada uno de los cuales no reconoce superior, careciendo por tanto de enlace su régimen feudal. La libertad individual no tiene otro límite que el de la fuerza ó poder de cada individuo, y esta inmensa poblacion, designada por algunos geógrafos con el nombre de *Confederacion Illana*, en realidad no forma un solo cuerpo político, sino para defender su independencia cuando se halla amenazada. No habiendo entre ellos otra idea de dominio que la material de esclavos y señores, tienen por ídolo la libertad personal, no admiten freno de religion, no se acomodan á costumbres pacíficas, son muy pocas las formas civiles por las que arreglan sus diferencias, y de todo este complejo de costumbres y ejercicios, se han creado un carácter peculiar. Viven cargados de armas, habitan en casas que cercan con arte y maña, concurren á los mercados,

en los que el comercio y los contratos se hacen al través de dobles estacadas, y mantienen su espíritu belicoso ejércitándose de continuo en el robo y la rapiña. Con la piratería procuran reunir esclavos, que los engrandezcan y proporcionen la subsistencia, que por sí difícilmente podrian adquirir en la sociedad en que viven, y por lo mismo son en la tierra Illana de necesidad imprescindible. Es Datto el que dispone de *Sacopes;* es Sultan, el que mas temible se hace, y por eso los illanos cautivan á los cristianos, á los Malayo-Holandeses, á los Borneos, Mahometanos, Zamales de Joló, monteses de Mindanao, y se roban mútuamente los cautivos, si no pueden adquirirlos de otro modo con mayor facilidad. En una palabra, esta llamada sociedad solo puede considerarse como una gran madriguera de ladrones, ó como un criadero de hombres perjudiciales y feroces.»

TERCERA PARTE.

RESEÑA HISTORICA DE LOS ACONTECIMIENTOS MILITARES MAS NOTABLES.

I.

LLEGADA DE MAGALLANES A FILIPINAS.—SU MUERTE.—EL ADELANTADO LEGASPI.—FUNDACION DE MANILA.—LOS PIRATAS CHINOS.—LOS PIRATAS MOROS.—ESPEDICION DE GALLINATO.—IDEM DE OLASO.—FUNDACION DE ZAMBOANGA.—COMBATE DE PUNTA DE FLECHAS.

La historia de las maldades cometidas por los moros (1) en Filipinas, dá principio en una época bastante anterior á la conquista; pero nosotros la tomaremos en el primer tercio del siglo XVI, cuando aparecieron en aquellas aguas y empezaron á combatir el pirateo las armas españolas.

Era el sábado de Lázaro del año 1521, cuando el intrépido Magallanes (2) descubrió el Archipiélago de San Lázaro, denominado despues de Filipinas en honor de Felipe II; y el do-

---

(1) Se sabe que el Sultan de Borneo introdujo la predicacion del Alcoran en Filipinas, antes de la conquista.

(2) Hernando Magalhaes ó Magallanes, portugués, hijo de nobles padres, dedicado desde su juventud a la navegacion, estudió con gran provecho la cosmografía y la

mingo de Páscua, el dia que desembarcó á orillas del rio Butuan al Norte de la isla de Mindanao, tomó posesion de aquellas tierras en nombre de la Corona de Castilla, y plantó la cruz, emblema de la civilizacion, haciendo rezar en el campo una misa, la primera sin duda que se celebró en aquellas estensas y apartadas regiones.

Hecho esto, partió Magallanes en demanda de la isla de Cebú, en donde fué bien recibido de los naturales; pero el reyezuelo de la inmediata isla de Mactan, alarmado con la presencia de unas gentes para él estrañas, retó valientemente á Magallanes, quien herido en su honra por la audacia de aquel indio que se hallaba en guerra con el Rey de Cebú, desembarcó en sus tierras con 50 españoles, y adelantándose á través de malezas y pantanos, dió con su enemigo que se presentó seguido de gran número de servidores y de esclavos; trávase el combate con encarnizamiento, y aquel grande hombre lleno de honor, esperimentado y valiente, á quien parecia le estaba reservado llevar adelante grandes empresas, recibió un flechazo del que murió el dia 26 de abril del año 1521, asi como varios de sus compañeros

A Serrano, sucesor de Magallanes, hizo pocos dias despues

---

astronomia. Sirvió en la India Oriental á las órdenes de Alburquerque, distinguiéndose por su intrepidez en la toma de Malaca en 1511. Dotado de noble ambicion, y resentido del poco caso que hizo su pais de sus señalados servicios, determinó espatriarse, y acompañado del famoso cosmógrafo Ruy Valero, se presentó en 1518 en Valladolid á Cárlos I de España, quien supo estimar sus servicios y su génio; y como en aquel tiempo se diese gran precio á la posesion de las Molucas, ofreció al Emperador conducir allí una escuadra por la mar del Sur, calculando que la América concluiria, á semejanza del Africa, en una punta que podria doblar, entrando así en la mar del Sur sin pasar por el cabo de Buena Esperanza, por donde iban los portugueses. Vencidas grandes dificultades, logró el intrépido navegante que se le facilitasen cinco buques, y con ellos salió de Sevilla el 10 de agosto de 1519; el 1.° de noviembre de 1520 descubrió el estrecho de su nombre; perdió un buque, se le desertó otro, y con los tres restantes surcando una mar por ningun europeo antes visitada, buscando las Molucas, descubrió el Archipiélago de San Lázaro.—El P. Juan de la Concepcion, en su *Historia general de Filipinas*, dice que Cárlos I le honró con el hábito de Santiago.

una invitacion el Régulo de Cebú para asistir á un grán banquete; asistió confiadamente con 24 de los suyos, pero antes de concluirse el festin y á una señal dada por el infame magnate, cayeron una multitud de indios sobre los indefensos convidados que fueron todos asesinados cobarde y traidoramente; horrible ultraje que no pudo recibir el merecido castigo por hallarse la espedicion tan disminuida, fatigada y falta de bastimentos, que fué preciso abandonar las islas y regresar á la Península, tocando antes en las Molucas (1), para dar cuenta á la córte de sus glorias é infortunios. Sebastian del Cano (2), el primero á quien cupo la honra de dar la vuelta al mundo, se presentó en Sanlúcar de Barrameda el 7 de setiembre de 1522 con solo un buque y 18 personas, restos gloriosos de cinco navíos y 234 hombres que al mando de Magallanes habian salido de Sevilla el 10 de agosto de 1519.

A fines de abril de 1565, Miguel Lopez de Légaspi (3) con dos navíos y un galeon pequeño fondeaba en el puerto de Cebú. Presentóse de paz, pero los naturales le recibieron en ademan hostil; entonces, desembarcando su gente, mandó hacer fuego á la artillería de los buques, escaló sus estacadas y casas, y puso á la poblacion en precipitada fuga hácia los bosques. Concluidas las operaciones se estableció en la isla, é hizo construir en ella un fuerte de madera. Este fué verdadera-

---

(1) Las Molucas. Su situacion debajo del equinoccial á 300 leguas Este de Malaca, y las mismas, próximamente, al Sudeste de Manila. Es un grupo de cinco islas mayores que abrazan una estension de 25 leguas. La principal es la de Ternate, é inmediata á esta está la de Tidore, residencia que era del Rey que tambien tenia posesiones en Gilolo, Ceram y otras islas pequeñas.

(2) Sebastian del Cano. Natural de Guetaria.

(3) Miguel Lopez de Legaspi, de solar distinguido, nació en la villa de Zubarraja en Guipúzcoa. Fué Escribano mayor del Cabildo de Méjico, y despues Alcalde mayor en su gobierno civil. El 21 de noviembre de 1564, con dos navíos, un pequeño galeon y un patache, salió del puerto de Natividad en demanda de Filipinas. Descubrió el 3 de enero de 1565 la isla que llamó de los Barbudos; el 22 las Marianas, y el 13 de febrero avistó las islas, objeto de su viaje. Murió en Manila en agosto de 1572.

mente el principio de la conquista del Archipiélago Filipino.

La isla ofrecia pocos recursos para el mantenimiento de la gente y necesidades de la escuadra, lo que movió á Legaspi á dirigirse á Panay, donde tambien se fortificó, y desde cuyo punto se vió precisado á enviar constantemente espediciones en socorro de las posiciones que en varios puntos de ambas islas iban tomando los españoles, hostilizados ya por los muchos piratas que, procedentes de Joló, Borneo y las Celebes, infestaban aquellos mares; y tambien para contener las pretensiones de los portugueses que ocupaban las Molucas, celosos de las riquezas que otra nacion pudiera encontrar en aquellas nuevas posesiones. Tuvieron estos cerrado el puerto de Cebú, y con esto impedian la entrada de los bastimentos, lo que en ocasiones puso en grande aprieto á los españoles; y escarmentado de ello Legaspi, determinó buscar mejores posiciones en tierras mas abundantes, dirigiendo sus miras á la isla de Luzon, en donde habia, entre otros, un rico pueblo de moriscos llamado Manila, situado á la izquierda de la desembocadura del rio Pasig que desagua en el fondo de una estensa bahía de cerca de 30 leguas de circunferencia. Envió á dicho punto una espedicion que halló el pueblo defendido por un fuerte castillo de madera guarnecido de 12 piezas de artillería, y establecido en el mismo sitio que ocupa hoy la fortaleza de Santiago. A su arribo fueron bien acogidos los españoles por el Régulo del pais, pero no así por un sobrino suyo, persona de influencia, quien, aunque en un principio manifestó querer la amistad de los recien venidos, pronto dió señales de su disgusto, y desde la fortaleza en que se hallaba rompió el dia menos pensado un vivo fuego con sus cañones sobre nuestros buques, lo que obligó al jefe de la espedicion á verificar un desembarco, y con solo 80 españoles, atacó, escaló y se apoderó del fuerte y de todo cuanto en él se encerraba.

Poco despues de este acontecimiento se presentó en aquella bahia el mismo Legaspi con 280 españoles; y vencidas no po-

cas dificultades, usando unas veces de la prudencia y otras de su acreditado valor, se estableció definitivamente en aquellas playas en donde dispuso se reparase y aumentase el fuerte, y mandó construir una Iglesia, un Palacio y 150 casas. Este fué el origen de la capital de la Colonia. El Adelantado (1) Legaspi fué reconocido por Gobernador y Capitan general de las islas.

Una vez establecido el gobierno, fueron sometiendo los españoles siempre con la templanza y la moderacion, valiéndose de celosos, activos y valerosos misioneros, y solo haciendo uso de las armas allí donde eran recibidos con daño y resistencia material, á las tribus que habitaban en Luzon, á los moradores de las islas de Mindoro, Bohol, Negros, Iloilo, Leite, Capiz y costas de Misamis y Caraga al Norte de Mindanao; y sin duda hubiesen concluido en breve, y á pesar de su escaso número, de dominar todo el Archipiélago, sin la presencia en las aguas de Luzon de una respetable escuadra de piratas chinos, á cuya cabeza estaba un tal Li-Ma-Hong, que asoló las costas del Oeste de aquella isla y cometió las mayores crueldades y atropellos en los buques del comercio. Este intrépido bandido penetró por la bahía de Manila y aun atacó la capital, pero sus moradores, al abrigo de la fortaleza cuyas defensas aumentaron con gruesos parapetos y palizadas, y baterías construidas al esterior con barriles rellenos de arena, rechazaron enérgicamente el ataque obligando á los chinos á reembarcarse con mucha pérdida. Abandonaron estos la bahía y se dirigieron huyendo hácia el Norte, para establecerse en un punto de la costa al Oeste de la isla, en donde hoy está la provincia de Pangasinan; allí se fortificaron, pero el gobierno envió tropas de Manila que los arrojaron de sus posiciones y de la isla tambien.

---

(1) Adelantado. Antiguamente recibia este título el Gobernador de una provincia que, con algunos letrados, juzgaba de las causas civiles y criminales de todos los pueblos que le estaban sometidos, y en apelacion de los jueces inferiores de su provincia. Tenia además el mando de las armas.

Concluida esta campaña determinó el General gobernador enviar una escuadrilla á Joló y despues á Mindanao, lo que se hizo consiguiendo por el pronto que los moros de estas islas pagasen tributo; pero la mucha distancia á que se hallaban estos puntos de Manila, y mas que todo la falta de recursos del Gobierno entretenido con la deseada conquista de las Molucas (1) y religiosas empresas en el Japon, fueron causa de que aquellos moros dejasen, no solamente de pagar la citada contribucion, sino de reconocer los derechos de la España al territorio que ocupaban, quedando por consiguiente nulo el resultado de aquella y de otras no menos trabajosas espediciones enviadas al Sur del Archipiélago.

En 1589 se dieron en Madrid las órdenes para rodear con murallas la ciudad de Manila (murallas cuya mayor parte se conservan hoy), y construir la fortaleza de Santiago que sirve de ciudadela á la plaza; estos trabajos los dirigió en 1590 el Ingeniero militar D. Juan Jordan.

La presencia de los españoles en Filipinas; el arraigo que iban adquiriendo merced á sus atrevidas empresas en aquel privilegiado suelo; el acrecentamiento de la ciudad de Manila y su comercio, y la estension, en fin, de la conquista moral y material, originaron celos justificados á los chinos, cochinchinos y japones, como antes á los portugueses. Esto dió ocasion á sérios disgustos, graves contratiempos y continua ocupacion al Gobierno de la Colonia que, mas desahogado, la hubiera elevado en aquella época, á juzgar por sus aciertos, á un grado estraordinario de grandeza y esplendor.

Pero dejando á un lado estas consideraciones que se refieren al Archipiélago en general, y ciñéndonos al objeto principal de esta reseña, diremos, que ya á fines del siglo XVI los mahometanos de Mindanao y de Joló, de resultas de haber apresado un

---

(1) En union con los portugueses, cuya nacion formó una parte de la Corona de Castilla bajo el cetro de Felipe II.

barco de españoles, habian dejado de considerar á estos como seres extraordinarios segun los creyeron en un principio y recorrian frecuentemente las mal defendidas costas de Cebú, Panay é isla de Negros, saqueando los pueblos y llevándose cautivos á sus pacíficos moradores. Para reprimir sus escesos, salió de Manila el año 1602 en demanda de la isla de Joló una escuadrilla que conducia al mayor Gallinato, con 200 hombres bien armados y abastecidos para cuatro meses. Despues de una navegacion larga y penosa, arribaron á las costas de aquella isla y dieron fondo en una rada abierta al N-O., en cuyo fondo estaba situada, sobre las playas, la residencia del Sultan. Desembarcó la gente con buen órden, quedando en las embarcaciones algunos hombres solamente para custodiarlas.

Gallinato, á la cabeza de la columna, se dirigió directamente á un fuerte que descubrió en la cúspide de un cerro una legua distante de la costa, y haciendo alto á la otra orilla de un rio que vadearon con el agua al pecho, intimó la rendicion al Sultan. Este lo entretuvo políticamente mientras preparaba una salida, que efectuó, lanzando sobre los españoles hasta mil hombres armados que envistieron con rabioso denuedo. Los nuestros recibieron la acometida con serenidad, causándoles muchos muertos con el fuego de la artillería; y cuando lograron desbaratarlos, les siguieron al alcance apoderándose á la carrera de la primera linea de sus defensas; detuviéronse allí porque la posicion del fuerte central era muy buena, y se juzgó temeridad el asalto con tan poca gente. No queriendo sin embargo Gallinato retirarse, propuso cercarlo para rendirlo por la fatiga y el hambre; para esto se construyeron dos torres de madera, una á media legua de la costa en apoyo de la retaguardia de nuestra linea, y otra sobre la playa para proteger los buques; estableciéndose al mismo tiempo el cerco, con la esperanza de que los moros se rindieran. Pero esperaron en vano; las sendas desconocidas á través de la maleza, y la agilidad, la suspicacia y el atrevimiento mismo de los defen-

sores, les sirvieron para proporcionarse víveres burlando la vigilancia de los nuestros, quienes al cabo de tres meses se vieron precisados á levantar el campo y retirarse, abandonando el terreno conquistado.

No desmayó por esto el empeño del Gobernador general de las Islas que envió nuevas espediciones contra el mismo Joló, Mindanao y Basilan; pero lo reducido de estas, el rigor del clima, las dificultades de la navegacion, lo arriesgado de los desembarcos, los inconvenientes que ofrecia á cada paso un terreno sin comunicaciones, inundado en unos parajes y cubierto en otros de espesos manglares ó enmarañadas selvas, y finalmente, lo temerario del arrojo de los españoles en medio de tantas desventajas, fueron la causa del poco éxito que tuvieron aquellas empresas.

A veces el escesivo ardimiento en los combatientes los lleva mas allá del puesto debido, y desbarata los planes mejor combinados; especialmente en este género de combates en que la union es indispensable, y en los que, si costoso és el ataque, las retiradas son difíciles y peligrosas.

Que las espediciones eran reducidas, no es de estrañar, hallándose las fuerzas del gobierno diseminadas y entretenidas en diversas atenciones no menos importantes que las de los moros; tales son, la de reprimir la sublevacion de los chinos de Manila en 1603; la de los japones en 1608, y las posteriores de los indios en Bohol, en Cagayan y en Cáraga; la de reunir y equipar una escuadra de 30 velas que en 1606 salió de Manila para las Molucas, y otra que en 1627 desalojó de isla Hermosa á los holandeses, y por fin, la de sostener al mismo tiempo la fatigosa guerra que estos corsarios hacian á nuestros dominios ó mas bien á los galeones que volvian de Acapulco cargados de dinero, y en la cual el pabellon nacional sostuvo su buen nombre rechazando en Iloilo una escuadra de cuatro naos gruesas y un patache, la misma que desbarató despues en la embocadura de la bahía de Manila.

Llegó el año de 1628 en el que una horrorosa epidemia hizo estragos en Luzon, y pasados los momentos de conflicto y desaliento, el Gobernador general que lo era D. Juan Niño de Tabora, hizo disponer una nueva armada para obrar contra Joló y asentar con los mindanaos paces que ellos solicitaban aunque habian faltado abiertamente á las que antes se ajustaron. Componíase la armada de 70 embarcaciones é iban en ella 350 españoles y 2000 indios de pelea. El mando lo tenia don Lorenzo de Olaso, hombre acreditado de valiente y de conocimientos militares. Llegó sin novedad la escuadrilla á la rada de Joló, y se verificó rápidamente el desembarco de la gente; pero acometidos de improviso por una gran muchedumbre de moros que les disputaba las playas, hubieron de empeñar una reñida refriega en la que se batieron vigorosamente, y de manera que, en el término de dos horas, arrollando siempre al enemigo, llegaron al pié del fortificado cerro. Habíase proyectado atacar la posicion por ambos flancos simultáneamente, pero entusiasmado Olaso con la victoria conseguida y juzgando la empresa mas fácil de lo que era realmente, se adelantó, mas intrépido que prudente, por el camino mas corto á dar el asalto al fuerte. Tan áspera era la senda que seguia y tan impaciente su deseo, que arribó el primero al pié del muro con solos dos capitanes que por emulacion le acompañaron; acometió con brio, sosteniéndose con admirable firmeza y á pesar del gran número de moros que le cerraban el paso; pero resultando herido en un costado, cayó rodando del cerro abajo con sus dos ilustres compañeros que le siguieron mal heridos tambien. No habiendo quien sustentase la accion, decaidos ya los ánimos con la herida del General, y calculando, aunque tarde, lo difícil de la empresa, se retiraron los nuestros á los buques ardiendo en deseos de venganza. Diéronse á la vela, pero no queriendo dejar las costas de la isla, hicieron algunas entradas por diferentes puntos de ella; talaron los campos, saquearon los pueblos dando muerte á 40 moros y libertad á

varios cautivos; despues de lo cual, y de firmar los tratados de paz con el Régulo de Mindanao, regresaron á Manila sin haber ejecutado otra cosa de provecho.

Esta y otras bellas acciones malogradas, contribuyeron sin duda á sostener el atrevimiento y la insolente audacia de aquellos bárbaros en todo el primer tercio del siglo XVII. Pesadumbre causa y asombro, saber que en el año de 1616 llegaron á incendiar los astilleros que teníamos en las provincias, á pesar del numeroso gentío de las maestranzas, llevándose cautivos á los empleados y personas de distincion por cuyo rescate exigian crecidas sumas. En un millon de pesos se evaluó el importe de los robos y saqueos hasta 1634 en cuya época «saltando el moro en Tayabas» es decir, en la misma isla de Luzon, «prendió al Alcalde de la provincia, mató religiosos y casi de entre las manos se le escapó el Arzobispo de Manila.» Diremos para concluir que el número de personas muertas y cautivadas en un período de 30 años, ascendió, entre españoles é indios cristianos, á la escandalosa cifra de 20.000. ¡Tal era la situacion nuestra al frente de las hordas piráticas, en aquel tiempo que solamente ha legado á la historia páginas de sangre y de luto!... Con el objeto de remediar tantos males y considerando conveniente el establecimiento de puntos militares inmediatos á las guaridas de los moros, se fundó en 1630 la residencia de Dapitan en el fondo de una hermosa bahía, con buen puerto, al Norte de Mindanao; estendiéndose la poblacion al pié de un cerro alto de difícil acceso, en cuya cúspide se edificó un fuertecillo de madera capaz de una buena defensa; y en 1634 determinó el entonces Gobernador D. Juan Cerezo de Salamanca, fundar el presidio y fortaleza de Zamboanga en la estremidad Sudoeste de la misma isla, como punto de atalaya sobre el canal de Basilan para observar los movimientos que practicáran las escuadrillas moras procedentes del Sur de la Isla ó del grupo de las de Joló, que tenian costumbre y á veces necesidad de tocar en dichas costas de Zamboanga, cuando salian á sus cor-

rerías. Se eligió para establecer el presidio á D. Juan de Chaves, que con 300 españoles y 1.000 indios salió de Cebú á últimos de marzo de 1635, y fondeó frente de la costa de Zamboanga el 6 de abril.

Con una parte escogida de la gente, el Capitan Becerra ocupó las playas, reconoció las inmediaciones, abrasó algunos pueblos moros y despejó de enemigos el campo; despues de lo cual, dispuso Chaves se diese principio á los trabajos del establecimiento, edificándose la fortaleza por los planos y direccion del P. jesuita Melchor Vera. Se colocó la primera piedra el dia 23 de junio.

De importancia y no poco provecho fué la fundacion de Zamboanga, á pesar de los enemigos que tuvo; y muy pronto dió una buena prueba de su utilidad, en el acontecimiento siguiente:

Despues de una correria de ocho meses, que los piratas mandados por Tagal, General de Corralat Rey de Mindanao, hicieron en nuestros pueblos en 1636, regresaban tranquilamente á sus tierras cargados de riquezas y de 350 cautivos: pero como tuviese conocimiento de ello el Gobernador de Zamboanga, dió órden al Sarjento mayor Gonzalez para que saliese con una armadilla y el intento de atajarlos. Se dirigió este á Punta de Flechas (40 leguas al Este del presidio) por donde debian pasar, y los esperó, despues de rendir dos caracoas de moros que halló en aquella costa. La armada de Tagal, agena de la emboscada, vinose acercando; la dieron vista los nuestros, y tendiendo velas y animando á los bogadores, la alcanzan, la atacan con buena disposicion y pelean con buen órden. Aferradas las embarcaciones de uno y otro bando, combaten sin ceder un solo palmo; los abordages se suceden, y á través del humo espeso con que oscurece el aire el sostenido fuego de mosquetes y arcabuces, brilla el acero de las lanzas, de las espadas y las hachas golpeando sobre las rodelas ó contra los afilados campilanes, cuando no derriban al que, por su mala

fortuna, poca destreza ó escesivo ardor, alcanzan. Mas de una hora hacia que se oia el estruendo de las armas y las voces de los combatientes; pero ya los españoles llevaban lo mejor. Algunas caracoas enemigas que intentaron huir mar á fuera, se vieron cortadas y deshechas; otras que buscando su salvacion entre los mangles envistieron en tierra, encontraron allí la muerte; y al cabo, toda su escuadrilla quedó completamente desbaratada, escapándose una sola embarcacion que llevaba dos Religiosos cautivos. Quedaron en poder de los vencedores 300 prisioneros y un rico botin, pues además de los vasos sagrados, ornamentos y otras piezas de valor que llevaban, se encontraron en la escribanía del General Tagal, que murió en la refriega, 6.000 pesos de oro y varias alhajas. Tambien se dió libertad á 120 cristianos cautivados, pero otros muchos de estos perecieron en el calor de la batalla.

Cuando la armada victoriosa tomó la vuelta á Zamboanga para celebrar este fausto suceso, se despachó al P. Belin para que diese cuenta de lo ocurrido al Gobernador de la colonia, que lo era ya, para honra de España, D. Sebastian Hurtado de Corcuera, á quien el enviado encontró navegando hácia Zamboanga.

Vamos á seguir, sin separarnos un punto, la narracion que las crónicas hacen de los altos hechos y hazañas ilustres que, á las órdenes de aquel insigne caudillo, llevaron á cabo en Mindanao y Joló unos cuantos españoles, hermanos de los insignes varones que hicieron la conquista de Filipinas, y de los que batallaron y eternizaron sus nombres en Caxamalca, en Lepanto y en Pavía.

II.

EL GOBERNADOR DON SEBASTIAN HURTADO DE CORCUERA.—SUS CONQUISTAS EN MINDANAO Y JOLÓ.—EL GENERAL ALMONTE.—SUS ESPEDICIONES EN BUHAYEN, JOLÓ Y OTROS PUNTOS.—COMBATE CON LOS GUIMBANOS.—EPOCA FLORECIENTE DE LA COLONIA FILIPINA.

El 25 de junio de 1635 tomó posesion del Gobierno y Capitanía general de Filipinas D. Sebastian Hurtado de Corcuera (1), persona de instruccion, valor, religiosidad y esperiencia. Encontró á Manila ardiendo en desavenencias y disputas que las órdenes religiosas tenian entre sí y con el Arzobispo, y éste y aquellas con el Gobierno; pero con esquisito tacto y cordura logró acallar pretensiones desmedidas, perdonar agravios, y sosegar los ánimos mas exaltados sin descuidar ni desatender

(1) Caballero de la Orden de Alcántara; nació en Berruenda, en las montañas de Búrgos. Algunos escritores lo suponen hijo de Vitoria, en la provincia de Alava. Militó en Flandes distinguiéndose por su intrepidez, y fué Gobernador de Panamá, desde donde pasó á Filipinas.

por ello la verdadera cuestion vital para el pais, y en la que fijó sus miras desde los primeros dias de mando: la de los piratas del Sur.

Persuadido de que el mal éxito de la mayor parte de las operaciones militares anteriores era debido al aislamiento en que se hicieron, y de la necesidad de obrar con firmeza sin distraer sus fuerzas en pequeñas espediciones que costaban mucho y alcanzaban muy poco, determinó generalizar la guerra, llevándola al corazon mismo de las posesiones mahometanas.

Con esta idea, puesto á la cabeza de una fuerte escuadra de champanes y caracoas, salió en demanda de Mindanao el 2 de febrero de 1637.

El 20 llegó á Zamboanga, y allí concluyó la espedicion de organizarse, reuniéndose un total de 7 compañias de infantería española con 760 hombres, una de marineros y otras dos de bisayas y pampangos, con tres ó cuatro piezas de artillería de campaña; y cuando todo estuvo racionado y pronto, zarparon los champanes el 3 de marzo, verificándolo las caracoas con el Gobernador Corcuera el siguiente dia 4.

Navegaba la escuadra con vientos favorables, hasta que llegando á Punta de Flechas tuvo necesidad la marina de hacer alarde de su práctica y destreza, para luchar con la mar agitada, las veloces corrientes y los vientos furiosos que hallaron al doblar aquel tormentoso promontorio; pero vencidos todos los obstáculos con admirable perseverancia, la doblaron al fin continuando su derrota hasta llegar á la boca del rio grande de Mindanao, llamado entonces rio Corralat, del nombre del Sultan que residia y dominaba en aquel pais.

El Gobernador con cuatro caracoas se adelantó por el rio arriba, hasta descubrir sobre la márgen izquierda una gran poblacion bien fortificada y que se hallaba guarnecida con mas de 2000 hombres de pelea. Esta poblacion era *Lamitan*, córte y silla del Sultan Corralat.

A la vista de la fortaleza enemiga, guarida de tanto malvado, la alegría y el entusiasmo brillaba en el rostro de nuestros soldados, que con el ruido y movimiento que traian al aprestar sus armas, apènas si dejaban escuchar la voz del jefe que los arengaba, animado de ese espíritu guerrero que, bien dirigido, conduce siempre á la victoria.

Haciales ver toda la importancia que tenia la empresa que iban á acometer de domeñar aquella raza de gentes desalmadas y feroces, azote de las pacíficas provincias españolas, que sometidas al bárbaro yugo del pirata no podian adelantar en el camino de la civilizacion y de su bienestar. Les pintaba con vivísimos colores el mérito que iban á contraer á los ojos de su Rey y del pais, trayendo á su memoria para fortificar la esperanza, las acciones gloriosas con que enaltecieron sus banderas los tercios castellanos en Europa y en las Américas, y hasta los nombres de sus principales caudillos.

Concluida la alocucion, desembarcó el mismo Corcuera, y seguido de 70 españoles emprendió la marcha á Lamitan, llevando á vanguardia dos piezas de campaña. Dos caminos distintos encontró que conducian al mismo punto, pero su buena estrella le hizo tomar el que parecia menos trillado, que á seguir el otro, hubiese caido irremisiblemente en una emboscada que habian preparado los enemigos.

Le fué preciso durante la marcha vadear muchas veces uno de los brazos del rio. Era el primero que se arrojaba á los vados; y en uno de los recodos aparecieron de improviso entre los cañaverales y malezas cuatro moros que se lanzaron sobre él, pero les salió cara su temeridad, como á otro que desesperadamente se arrojó sobre el Capitan Ugalde.

Tan impensadamente llegó al pié de los defendidos muros y tan impetuosa fué la acometida, que turbados y sobrecogidos los enemigos al ver la audacia de los españoles, despues de hacer una débil resistencia se precipitaron en tumulto fuera del recinto, escapando con la mayor confusion y en seguimien-

to de su menguado Rey Corralat, quien se enlodó la cara para no ser conocido.

Media hora hacia que Corcuera habia desembarcado, y ya el pabellon de Castilla ondeaba sobre los baluartes de Lamitan en donde se recogieron 8 cañones de bronce, 27 versos (1), varios pinzotes, 100 arcabuces y mosquetes, y muchas armas blancas; tambien para castigo y escarmiento hizo ahorcar á 72 moros, despues de quemar 16 pueblecillos, talar los campos y destrozar 100 embarcaciones de todos tamaños.

Corralat y los suyos se encaminaron á un cerro alto y casi inaccesible, cerrado por todas partes de baluartes de madera mas ó menos fuertes y grandes segun la posicion que tenian; y tan perfectamente guarnecidos de gente y armas, que fiaban en ellos, juzgándolos inconquistables, la seguridad de sus vidas y reino. Decidió el General apoderarse de aquella altura, y para lograrlo encaminó hácia allí los pasos, dividiendo sus tropas en dos tercios ó columnas; una á cargo del Sargento mayor Gonzalez con los Capitanes Castelo y Becerra, que se componia de 40 españoles y 110 indígenas de la Pampanga y Caraga; y la otra, mandada por el General en persona, que la formaba el resto de la gente. Esta última marchaba con órden y silencio por un estrecho y áspero camino, hasta que al llegar á un repecho de muy difícil acceso el Gobernador mandó hacer alto, no queriendo pasar adelante sin verificar un reconocimiento; pero los que iban á vanguardia encargados de hacerlo, tan ambiciosos de gloria como impacientes por alcanzarla, despreciando no solo los riesgos sino tambien las prevenciones de su jefe, avanzan atrevidamente por la empinada cuesta que les condujo á un paraje en donde, tan ágria era la subida, que tuvieron que asirse con las manos de las raices y de las quebraduras de los peñascos, abandonando el uso de los mosquetes que llevaban suspendidos del hombro, y de las espadas su-

(1) Especie de culebrina de muy poco calibre.

jetas entre los dientes. Con tan ímprobo trabajo iban ganando el áspero terreno que regaban con sudor y sangre, ofendidos en tanto por los enemigos que ocupaban la eminencia. Ya tocan á los picachos mas altos, cuando un obstáculo nuevo, un ancho y profundo foso les cierra el paso. No desmayan por esto, antes bien, precipitándose en él, quieren trepar la escarpa haciendo escalas de sus manos y puñales. ¡Esfuerzo inaudito, empeño desesperado de inmolar su vida aquellos hombres animosos que, desangrándose, caian despeñados al fondo de la profunda hoya! El Capitan Ugalde recibió dos balazos, y uno en la espinilla el Sargento mayor D. Pedro Corcuera, quien no pudiendo permanecer en pié, hincó en tierra una rodilla y en esta postura continuó defendiendo valerosamente el puesto encomendado á su celo; al Alferez Amezquita que llegó el primero, con admiracion de los mas intrépidos, á tremolar la bandera sobre la fortaleza enemiga, le alcanzó una lanzada en la cabeza y muchos flechazos en la garganta; por último, 26 muertos y mas de 80 heridos regaban aquel suelo con su sangre generosa, cuando asombrado el General de la tardanza en dar el grito de victoria á pesar del brio del ataque, se adelantó personalmente para averiguar la causa. Mas al descubrir la empinada montaña, el foso y la posicion que ocupaba el enemigo, comprendió fácilmente la verdad; que el continuar la accion por aquel lado era entregar las tropas al degüello, sin próxima esperanza de vencimiento; entonces mandó tocar retirada, sin retroceder sin embargo un paso, hasta recoger y llevar consigo los heridos, como lo ejecutó.

Pero retirarse á su campo no era abandonar la empresa, antes al contrario, tenia este movimiento por objeto estudiar y mejorar el plan de combate, dirigiendo las fuerzas por sendas menos ásperas y á terreno mas fácil donde ejercitar el valor sin arrojarse vanamente al precipicio. A las 24 horas, el Sargento mayor Gonzalez con su columna avanzaba sobre un camino mas llano por la espalda del cerro.

De la defensa que hacian los moros no hemos hablado, ni es necesario, puesto que al decir que supieron resistir el impulso del porfiado asalto dado por los españoles, queda hecho el elogio de su tenaz y vigorosa resistencia. Pero como se vieran nuevamente y por distinto frente acometidos, cuando se hallaban mas entretenidos en celebrar la retirada de los nuestros á los que suponian rendidos por la fatiga y desanimados, se turbaron de tal modo, que dieron tiempo á las tropas de subir hasta un pequeño rellano en el cual, aunque con estrechez, podian fijar el pié y manejar con algun desembarazo las armas. Resueltos á vencer ó morir en todo trance, los españoles del capitan Castelo, apoyados por los indígenas embisten con tal resolucion, que arrollando á los moros que les salieron al encuentro, los castigan y persiguen con ardor hasta tocar á la estacada del baluarte sobre el que fijan gallardamente la bandera. Desmayan los defensores, y se arrojan huyendo del cuchillo por un escabroso derrumbadero llevando á la cabeza á su Rey herido de un balazo. En este momento llega el Capitan Becerra, tan enfermo, que lo conducian dos hombres por no poder tenerse en pié: encuentra una tropa de moros que iban aceleradamente á incorporarse con los que defendian el baluarte objeto del combate de la víspera; lánzase sobre ellos, los desbarata, y hostigados del fuego y de las picas, se precipitan por el despeñadero abajo, cediéndonos con la victoria el puesto, y con el puesto los baluartes, gran número de armas, é innumerables despojos.

Un pobre religioso cautivo hallaron en lo mas alto del cerro, ya rendido y lleno de mortales heridas; el cual, no queriendo ceder en heroicidad á sus compañeros, hizo que le llevasen algunos soldados heridos para confesarlos, y confesando despues él mismo, murió, con pesadumbre de todos, aquel mártir de la Religion, de la patria y del deber.

El General Corcuera dispuesto á sacar todo el mejor partido del buen desenlace de las operaciones militares anteriores,

despachó al Sargento mayor Palomino y al padre Oera para tratar con Moncay, Rey de Buhayen (territorio situado al Sudoeste y sobre las orillas de la gran laguna de Mindanao) el cual, temeroso de nuestras armas, se avino á cuanto le propusieron é hizo propósito y juramento de perseguir á Corralat hasta destruir á aquel tirano que, decia, le tenia usurpada una parte de sus dominios; ofreció tambien restituir todos los cautivos que tuviere, y permitir que los españoles se estableciera y fortificasen en sus Estados, tolerando tambien la predicacion del Evangelio. Al mismo tiempo, y sobre las alturas conquistadas, el pequeño ejército cristiano, despues de concurrir á una procesion que se hizo en accion de gracias, quemó la fortaleza, la mezquita y otros edificios.

El 25 de marzo se reembarcó el Gobernador, y dió la vela con direccion á Zamboanga para recoger allí nuevos laureles; pues sabedores de sus hazañas los Régulos de Basilan, isla entonces tributaria de Joló, se presentaron sumisos á dar obediencia al caudillo español, ofreciendo como Moncay, entregar los cautivos y admitir á nuestros misioneros. De Joló llegaron 200 familias solicitando un pedazo de tierra que poder cultivar, y donde establecerse para vivir á la sombra del pabellon de Castilla.

Concedido todo por el Conquistador de Mindanao, salió para Manila atraido por otros asuntos no menos importantes de órden y gobierno que reclamaban imperiosamente su presencia en aquella córte; pero antes envió una armada de 100 españoles y 1000 indios para recibir en su nombre la obediencia y sumision de los demás pueblos del territorio en que tuvo lugar la última campaña. Con igual objeto fueron dos emisarios á Joló, mas el Rey de aquella isla y sus dependencias, orgulloso de las ventajas conseguidas en las operaciones militares verificadas anteriormente en su residencia al abrigo de su encumbrado y bien fortificado cerro, y fiado en la muchedumbre de sus súbditos, contestó á los embajadores con amenazas y desprecios.

Para el carácter de Corcuera, hubieran sido bastante motivo para declararles la guerra (como al punto se la declaró) las palabras arrogantes que los embajadores obtuvieron por toda respuesta, si ya no existieran razones sobradas de derecho para hostilizar á aquellos bandidos, desdoro y escándalo de la humanidad.

Declarar la guerra, reunir una escuadra de 80 embarcaciones de todos portes, embarcar en ella 600 españoles, 1000 indios y algunos aventureros, equipos, raciones, etc., fué obra de un momento; y poniéndose él mismo á la cabeza de la espedicion, sale de Manila á fines de setiembre de 1637; llegó á Zamboanga, en donde para tomar disposiciones y esperar buenos tiempos se detuvo hasta el 1.° de enero de 1638; dos dias despues, fondea al frente de la indómita Joló. Tan prudente como guerrero, el Gobernador hizo que el padre Belin desembarcára y se presentára al Sultan para requerirle la paz y hacerle presente los funestos males qué trae consigo la crueldad inevitable de la guerra; nada, sin embargo, logró con él consejo, pero basta á su buena memoria el haberlo dado aun no siendo merecido.

Preparándose para el combate dividió la fuerza en dos secciones, al mando la primera del Sargento mayor D. Juan de Cáceres que desembarcó al Este de la poblacion, y la segunda al del General D. Nicolás Gonzalez que lo verificó al Oeste, no obstante el nutrido fuego de artillería que dirigian los enemigos á los dos puntos de desembarque.

La guarnicion de Joló se componia de unos 3000 joloes, muchos macazares auxiliares, y algunos basilanos que se negaron á prestar obediencia á nuestro General en Zamboanga. Los de D. Juan de Cáceres se vieron, al empezar su marcha en direccion del cerro, detenidos por los macazares que se mostraban diestros y valientes; y lo fueron de manera, que hubieron aquellos de hacer alto al pié de un árbol corpulento que por servirles de abrigo llamaron *de la vida*, y en cuya copa, y

apoyándola en las ramas mas fuertes, establecieron una esplanada con gruesos tablones para colocar sobre ella un cañon que dominaba la campaña, la que de este modo lograron despejar.

La columna del Oeste adelantaba muy poco á causa de las dificultades que presentaba el terreno, escabroso, cortado por esteros y pantanos, y lleno de malezas que servian muy bien para encubrir y proteger las emboscadas que por todas partes habian preparado los joloanos. Estos, siempre vigilantes, prevenidos y astutos, tomaron grandes precauciones para evitar una sorpresa, entre ellas la de colocar montones de leña en diferentes puntos de la fortaleza, con los cuales, haciendo hogeras, iluminaban el campo siempre que temian les amenazase algun riesgo.

Con mucha lentitud iban los nuestros avanzando por ambas partes, cuando un cautivo cristiano que por fortuna logró escaparse y venir á nuestro campo, declaró que si bien el camino del Este estaba mas defendido que el opuesto, era sin embargo el mas llano y accesible. Con tal noticia se alteró el plan de ataque dirigiendo á dicha parte lo mayor y mas escogido del ejército, que á poco llegó á situarse á vista de las murallas del fuerte formadas, como se sabe, con gruesos troncos de árbol perfectamente unidos.

Practicado el reconocimiento preliminar, se comprendió lo difícil que era acometer sin debilitar antes al enemigo: y por esto propuso Cáceres levantar un caballero ó espaldon elevado para dominar las estacadas. En el acto se dió principio á la construccion, pero tan molestados se veian los operarios por el continuado fuego de la artilleria enemiga, que apenas adelantaba el trabajo; á pesar de todo, continuándolo con notable insistencia, se dió por terminada la obra que costó no pocos sacrificios, y cuando habian ya transcurrido tres meses desde que empezó la campaña. La artilleria del caballero rompió un vivo fuego contra las estacadas, pero con escasísimo efecto,

pues sus defensores sin perder momento, se ocuparon en construir un espaldon de tierras y ramaje de 12 piés de espesor que recibia sin daño los proyectiles. Entonces se pensó y puso por obra, batir aquel parapeto por medio de unos gruesos maderos manejados á manera de *arietes*, espediente que fué preciso abandonar, porque no daba otro resultado que fatigar inútilmente la tropa.

Impaciente el Gobernador con esta nueva resistencia, dispuso que, á imitacion tambien de los antiguos, se trabajase un ancho socabon ó galería, que pasando por debajo de la muralla facilitase el paso de las tropas al interior del recinto; mas hizo la desgracia, que descubierto por la ronda enemiga en la noche misma de concluirlo, lo cerrase con fuertes maderos, estableciendo detrás de la cortadura una guardia de 200 hombres.

Tanto contratiempo hubiera desanimado sin duda á un jefe menos perseverante que Corcuera; pero este, sin titubear ni desalentarse por nada, dió órden para abrir inmediatamente unas minas y establecer en ellas cinco hornillos en determinados puntos. Una vez concluida esta operacion, se dió fuego á los tres primeros que levantaron con estruendo un baluarte con cincuenta hombres que le guarnecian. El efecto estaba previsto, y preparada en consecuencia una columna de asalto que inmediatamente despues de la esplosion se puso en marcha; pero los moros, recobrados del primero y natural espanto, se agruparon en la brecha y consiguieron rechazar valerosamente á los nuestros; se recurrió entonces á los dos hornillos aun cargados y situados al pié y en las dos caras opuestas de un baluarte al que, con espantoso ruido, arrancan de raiz lanzando al aire los muchos defensores que en él habia; acuden los nuestros á la nueva brecha con tal ímpetu y coraje, que salvando el foso relleno en parte de escombros, suben aceleradamente y se apoderan de la muralla, mas ¡cuál seria su asombro, viéndose allí barridos por los fuegos de artillería de un

nuevo recinto ó atrincheramiento interior! Grande fué la mortandad en nuestras filas de resultas de este atrevido ataque, siendo el primero que cayó teñido en su propia sangre el Capitan D. Juan de Cáceres, el militar veterano, de noble entusiasmo y valiente corazon.

Desengañado con esto del poco éxito de los asaltos, determinó el General cercar el cerro. La empresa era arriesgada, pues el circuito no podia ser menor de una legua; pero como nada se resiste á una voluntad firme y á un empeño decidido, hízose al cabo con estacada corrida, estableciendo de trecho en trecho y al alcance de las armas, pequeños baluartes y garitones de madera con comunicacion de unos á otros. Los moros incomodaban sin tregua á los nuestros con alarmas contínuas, en las que consiguieron matarnos algunos hombres y herir á muchos. Entretanto corria el tiempo y la esperanza desfallecia en el ánimo de las tropas que, rendidas de fatiga y de sufrir los rigores de una estacion cruda, empezaron á inquietarse condenando la temeridad de sus jefes. Y acaso hubiera sido necesario levantar el sitio, á no estar presente la gran figura de D. Pedro de Almonte (1) que reemplazó al malogrado Cáceres, y era hombre que reunia á un carácter enérgico, sagacidad y práctica de la guerra. Lo mismo que su antecesor, fué de opinion que se construyese una bateria á caballero de las fortificaciones enemigas; pero mas cauteloso que aquel, dispuso los trabajos de manera que estuviesen ocultos á los moros por medio de unos pesados cortinones de mantas y cueros. De esta manera, sin pérdidas y casi sin riesgo, en solos tres dias levantó la obra que al instante fué coronada de artillería.

Cuando todo lo tuvo preparado y bien dispuesto, mandó tocar sus clarines, á cuya novedad temerosos de un asalto

(1) D. Pedro de Almonte y Verastegui, caballero sevillano; abrazó desde muy jóven la carrera de las armas.

acudieron los moros en tropel hácia aquella parte. Entonces hace descorrer las cortinas y romper el fuego; al estrago que este produjo en el campo enemigo se sucede la briosa acometida de una columna de los nuestros que avanza rápidamente, forma un puente con tablones sobre el foso, hace pasar por él algunos cañones, sube á la muralla, y á despecho del fuego y desesperada resistencia que hacian los del atrincheramiento interior, valiéndose del método ya empleado, construye un espaldon que domina á aquella obra, y esta fué la operacion y punto decisivos de la victoria; pues amedrentados los defensores y con la esperanza perdida de poder resistir mas, humillando su orgullo, empezaron á tratar del rendimiento.

Solicitaron, pues, capitulaciones; pero el Gobernador dió por única respuesta que se entregasen á discrecion. Los macazares y basilanos lo hicieron fácilmente; no así los joloes, que temiendo sin fundamento una dura esclavitud en nuestras galeras, se determinaron despechados á procurarse la huida aunque para ello se viesen obligados á romper por medio de nuestro campo. Y así lo hicieron, pues al mismo tiempo que el General Almonte penetraba el 17 de abril en la fortaleza por la parte de Levante salieron ellos por la de Poniente; y luego en la noche, auxiliados por las sombras, se precipitan como un torrente sobre el cuartel del Gobernador, que no pudieron forzar á pesar de lo inesperado del ataque; pero aprovechándose de la confusion, descienden por el cerro abajo desparramándose y atropellándose en su acelerada fuga, y para no entorpecerla, acuchillan bárbaramente á los débiles ancianos que no pueden correr; y las madres, por aligerar la carga, arrojan al suelo á sus inocentes hijos con ináudita impiedad. Así lograron salvarse dejando solamente en nuestro poder sus riquezas que eran muchas y, entre algunos prisioneros, á su Reina con un sobrino llamado Tancun. Fiado el Gobernador incautamente en las promesas de aquella favorita del Sultan, la dió libertad para que llamase y detuviera á los fugitivos,

ofreciendola seguridad y perdon; mas aquella mujer, una vez fuera del campo, huyó velozmente y no se la volvió á ver mas. Otro tanto sucedió con Tancun, que pudo con astucia y cobarde perfidia, burlar tambien la generosidad del vencedor.

Tomada posesion de las fortificaciones, aprovechando parte de ellas se arregló un fuerte que asegurase la montaña; otro se construyó en la márgen derecha del rio para la aguada, y un tercero en la barra, que debia proteger á la estacion naval. Para guarnicion de los tres quedaron 200 españoles y otros tantos indios pampangos á las órdenes de un Gobernador de aquel nuevo distrito.

El General Corcuera dió la vuelta á Manila con los trofeos enemigos, y recibió los bien merecidos honores del triunfo que no escaseó por cierto la capital de la Colonia, aclamándola, con justicia, Conquistador de Joló y de Mindanao.

Volvamos ahora la vista á la última de estas islas, recordando que despues de la conquista de Lamitan y su territorio, Moncay Rey de Buhayen, deseaba con instancia hacer la paz con los españoles, y que para ello envió sus embajadores á Zamboanga con órden de firmar los tratados que debian asegurarla. Tambien acudieron los de Corralat, pidiendo sumisamente que contentándose el Gobernador con los daños hechos en sus tierras, les admitiese en su amistad.

Era proyecto de D. Pedro de Almonte fomentar al Rey de Buhayen para aniquilar á Corralat; y á este fin despachó al Capitan Marquez con su compañía y muchos pertrechos, para que se estableciese en Buhayen inmediato á la residencia del Sultan, levantase allí un fuerte, y operase sin descanso sobre los mindanaos; contando siempre para el buen éxito de este plan y campaña, con los auxilios ofrecidos por Moncay.

Llegó Marquez á Buhayen, mas apenas dió principio á la obra del fuerte cuando Moncay se manifestó resentido por ello, y pretendió que se le entregasen todos los cañones con

el fin de colocarlos en su fortaleza, quedando los españoles á su merced y disposicion. No contestaron los nuestros á las repetidas é impertinentes instancias de aquel Régulo, con lo cual, enojado y soberbio, intentó valerse de una traicion para tomar venganza del pretendido agravio. Para esto, y bajo frívolos pretestos, se apoderó y retuvo preso á un religioso llamado el P. Angel que se hallaba en su córte, y á quien hizo padecer mil torturas, hasta que recobró su libertad escapándose con ayuda de un moro á quien las crónicas apellidan *el Ingeniero* de Monçay, el que huyó tambien á nuestro campo cediendo á los ruegos de su mujer que era cristiana.

Con esto empezaron á estallar las desavenencias entre Marquez y Moncay; pero la verdadera ocasion y causa de romperse las hostilidades, fué la cuestion de los *Manobos*. Estos eran unos infieles que habitaban la espesura de los montes de Buhayen inmediatos á la Laguna, quienes habian sostenido una porfiada guerra de sucesion con Moncay, que logró vencerlos. Su jefe Monaquior, viendo en las disensiones entre los españoles y su antiguo enemigo un camino abierto á su fortuna, ofreció su ayuda á Marquez, bajó de los montes con mas de 2000 hombres, y cooperó con todas sus fuerzas á terminar los trabajos de nuestra ya comenzada fortaleza, que era un reducto cuadrado con cuatro pequeños baluartes, foso y camino cubierto, encerrando dentro los alojamientos y almacenes. Mas eran los buhayenes en tanto número, que la tenian cercada por todas partes.

Acudió entonces Marquez en demanda de auxilio al Gobernador de Zamboanga; pero este, que se disponia á darse á la vela con dos galeones, dos pataches y cinco champanes para socorrer nuestras posesiones en las Molucas, no pudiendo ir en persona á Mindanao, envió á Cristóbal de las Eras con diez embarcaciones, alguna gente y víveres; con cuyo refuerzo los nuestros pudieron salir de su recinto, recorrer los campos, recoger granos y talar las sementeras de los pueblos de Mon-

cay, el que comprendió con esto la imposibilidad de vencer á su enemigo por hambre como lo tenia imaginado.

El General Almonte despues de dejar socorro á la plaza de Ternate sin oposicion alguna, pues los holandeses dejaron libre el paso á nuestra armada con solo saber quien la mandaba (¡que tanto puede á veces la fama y nombre del Capitan en la guerra!), regresó tranquilamente á Zamboanga á 2 de marzo de 1639.

Informado de la situacion de las tropas de Marquez, combinó, con la actividad é ingenio de que habia dado señaladas pruebas, un plan general de campaña que consistia en enviar fuerzas en varias direcciones para divertir las del enemigo, evitando asi que reunidos en un punto, hiciesen difícil y costosa la tarea de castigar en Moncay la traicion y el atrevimiento.

Al Sargento mayor D. Pedro del Rio mandó con 70 embarcaciones á ocupar el puerto de la Sabanilla, situado entre las puntas de Flechas y Pollok en el fondo de la bahía Illana que está, como sabemos, al Sur de Mindanao; y fundar allí un presidio y fortaleza para 200 hombres. Simultáneamente, el Alcalde de Caraga D. Francisco Atienza, debia hacer una entrada en Malanao. D. Alvaro de Galindo con 16 buques se dispuso á correr las costas del Sur de la isla para llamar la atencion de los habitantes, que temiendo por sí mismos, no abandonarian sus pueblos para ayudar á los de Buhayen; y otra escuadrilla de 17 embarcaciones salió con el mismo objeto y en direccion de Joló.

Tomadas estas prudentes y acertadas disposiciones, Almonte dejó á Zamboanga y se presentó el 21 de marzo en la Sabanilla, á cuyo puerto arribaron tambien el Sargento mayor Maroto procedente de Manila, con 300 indígenas de Siao y ocho embarcaciones bien tripuladas de la propiedad del Datto ó Jefe principal del distrito de Sibuguey que se habia obligado en Zamboanga á prestar ayuda en la guerra con los Mindanaos.

Al aviso de tales preparativos y reunion de tropas, quisieron los moros privar á lòs nuestros de todo bastimento, para lo cual hicieron bajar por el gran rio muchas embarcaciones que debian recoger el arroz y el sagú, y destruir las sementeras; pero con la diligencia de las Eras se pudo evitar el daño, logrando apresar las mencionadas embarcaciones y alguna gente. En estas operaciones se hallaban, cuando aparecieron en el campo de Marquez la persona y division del General Almonte.

Tenia su fortaleza Moncay situada á media legua de la nuestra en terreno pantanoso á orillas de la gran Laguna. Era un reducto de planta irregular, con cinco pequeños baluartes; y sus muros, un macizo de tierras y piedras, ancho de 10 pies, con revestimiento interior y esterior de troncos de árboles bien unidos y enclavados firmemente en el suelo. Sobre estos muros corria un parapeto de tierras de 9 pies de espesor, en el cual se veian abiertas multitud de cañoneras. Ceñia el recinto un profundo foso, cuya anchura por la parte superior no bajaba de 14 pies, lleno de agua que tomaba de la citada Laguna, y mas allá del foso habia un camino cubierto con parapeto de mampostería. Preparados los moros á resistir el ataque, retuvieron el agua de la Laguna con presas, y soltándola de repente la vertieron en toda la campiña dejando la fuerza materialmente aislada, pues crecieron los esteros, y las tierras inundadas vinieron á convertirse en cenagosos pantanos.

Esto lo ignoraban los nuestros, que desde las posiciones que ocupaban no podian ver las defensas enemigas, ni aun sus cercanias, ocultas por los altos carrizos y los nipales. Se dió órden para segarlos y abrir camino, lo que ejecutaron 2000 indios, con lo cual llegaron á descubrir la estensa inundacion y que solo habia una loma seca en direccion del fuerte, y cercá de un estero que apenas tenia 8 piés de ancho. Entonces el General marchó con toda su gente por aquella loma, llevando dos culebrinas de á 10 y muchos de los soldados cargados

con faginas y cestones que preventivamente hizo construir; mas al llegar á cierta altura, fueron vistos del enemigo que empezó á disparar sobre ellos con gran furia queriendo impedir que pasasen adelante; siendo los primeros á romper el fuego, 10 moros que guarnecian una torrecilla que habia en el centro del fuerte, y era un gariton de madera construido sobre un árbol.

Sin cejar un paso, pero deteniéndose á la sombra de un carrizal, determinó Almonte atrincherarse empezando por afirmar el terreno, que era muy blando, con capas de faginas, en tanto que 100 mosqueteros, á pié firme, sostenian un vivo fuego contra el gariton, que acabaron por derribar á balazos con los 10 hombres que le defendian. Sobre el firme de faginas colocaron los cestones, y despues de rellenarlos con tierra aunque húmeda bien apretada, pusieron encima unas viguetas y sobre ellas los gruesos tablones con que formaron una esplanada para las culebrinas. Detrás de esta batería, cuyo parapeto se prolongaba á derecha é izquierda algunas varas, se levantaron las tiendas de lienzo embreado, poniendo á la cabeza y mas cercana á los peligros la del General. Este jefe, entre las disposiciones tomadas para el ataque y antes de romper el fuego, fué una la de situar seis embarcaciones en la boca del estero para impedir la fuga de los moros, y otra la de enviar al Capitan Lucero al frente de 120 españoles, 600 indios, y 2000 manobos mandados por Manaquior, con 4 bergantines bien artillados y algunas embarcaciones menores del pais, á ocupar un brazo del rio principal que desaguaba en este á 10 millas mas arriba y el que por medio de un laberinto de esteros y canales comunicaba con la fortaleza de Moncay.

Para reconocer bien el estado cualidades y grado de resistencia de las fortificaciones, fué necesario rozar la parte de carrizal que aun quedaba en pié, y á cuya sombra, como dijimos mas arriba, se levantó la bateria y tendió el campamento. La operacion era delicada y costosa por tener que trabajar al

descubierto, así es, que á pesar del órden con que fué ejecutada y de haberla dirigido Almonte en persona, esperimentaron la pérdida de seis muertos y 30 heridos.

Pero al descubrir las fuertes murallas, los fosos llenos de agua y el dilatado y bien dispuesto camino cubierto, comprendió el General la dificultad de tomar la obra con un golpe de mano. En su consecuencia hizo traer una pieza de 18 que estaba en la galera principal, y con ella y los obuses, se dió principio á un vivo cañoneo sobre un punto dado en el que creyeron seria posible abrir brecha. Al mismo tiempo despachó un refuerzo de hombres y armas á Lucero, con órden de que inmediatamente y á brazo se abriese un canal que permitiera á los bergantines acercarse, á distancia del buen tiro de sus cañones, al recinto enemigo. No tardó mucho aquel activo Capitan en dar cumplimiento á lo mandado, y habiendo conseguido aproximarse lo bastante, dirigió contra los parapetos el fuego de toda su artillería.

Cercados así, y batidos por todas partes de una manera inesperada sin saber ni adivinar por qué punto les amenazaba el mayor peligro, los moros, desesperados y aturdidos, á la cuarta noche del sitio y cuando las brechas iban en buen camino, despues de arrojar por espacio de una hora innumerables proyectiles y de pegar fuego á la fortificacion, rompieron por la parte de Lucero; encuentran á su paso á los de Manaquior que se presentan con intento de atajarlos, y confundidos y barajados con ellos, y sin dejar de sustentar una bravísima pelea, huyen por medio de los pantanos donde muchos rindieron la vida por no querer rendir las armas, y otros con su mismo peso quedaron atascados en el fango. El General que vió la hoguera, envia 12 españoles con espadas y rodelas, los cuales, acompañados de 50 siaos pasan el foso á nado, penetran en la fortaleza, y desde allí son impacientes testigos de la fuga de los enemigos.

Abiertas ó rotas las presas por órden de Almonte, el agua

buscó naturalmente su nivel, descubriendo los campos y las veredas por las cuales avanzan nuestras columnas abrasando y destrozando los pueblos, caseríos, almacenes y depósitos de grano. Las murallas, despues de estraida la artilleria y otros despojos, se arrasaron completamente; y por último, aquella córte del reino de Buhayen que pocos dias antes era un centro de riqueza y de poder, quedó reducida, por culpa del soberano, á un monton de escombros y de cadáveres.

Retirado Moncay á lo mas alto y escondido de los montes, hubiera sido inútil empeño y fatiga el perseguirlo; por eso se contentó Almonte con dejar una pequeña guarnicion en el presidio para evitar que el fugitivo Rey volviese á ocupar los pueblos asolados, y ofreció á Manaquior, que le daria si continuaba portándose fiel, el señorio de aquel pais.

Con esto bajó á la Sabanilla, en donde halló concluida la fortaleza y al Capitan del Rio de regreso ya de Malanao, en cuyo distrito, y acompañado del Alcalde de Caraga que acudió con 50 españoles y 80 caragas, llevando á su lado un religioso agustino llamado Fr. Agustin de San Pedro (á quien por su pericia militar y el brio con que se defendió en Cagayan de un ataque de los moros y varias entradas que hizo en sus tierras apellidaban el *Padre Capitan*), habia sujetado los pueblos de la laguna haciendo tributarios 3000 indios, despues de ejecutar algunos castigos en las tierras que permanecian devotas de Mindanao. Repartió el General con mano generosa la presa y botin, dedicando una parte al Príncipe de Sibuguey que habia contribuido con sus fuerzas al buen éxito de la campaña, sin reservar nada para si, sino la gloria de haberla dirigido y el merecimiento de los aplausos.

Hecho esto, toma la vuelta á Zamboanga, y en el camino salió á recibirle aquel Príncipe amigo que le hizo entrega de 30 cautivos y muchas armas, obligándose á pagar mil tributos al año, y á proteger y auxiliar la construccion de un fuerte para 50 españoles en la boca del rio de Sibuguey. Cuando llegó

á Zamboanga se celebraron con gran entusiasmo las fiestas religiosas en accion de gracias, y las civiles con que el pueblo agradecido saludaba á su Gobernador.

No descansó este mucho tiempo de la pasada fatiga; antes al contrario, tuvo que esgrimir su espada contra los joloes, á consecuencia de los sucesos que vamos á referir:

Despues de la famosa campaña mandada por Corcuera quedó, como sabemos, un Gobernador en Joló que lo era el Capitan Ros, y á su lado dos religiosos jesuitas que pusieron su celo y cuidado en reducir á la religion cristiana al Sultan y principales de aquella isla rebelde. El continuo trato que con ellos tenian les hubo sin duda de dar á conocer que, los mencionados moros, si bien aparentemente obedientes y atentos á la predicacion evangélica, ocultaban el traidor designio de acabar con los españoles, que los tenian subyugados sin permitirles ejercer el pirateo que habia sido hasta entonces su única ocupacion y manera de vivir. Dieron parte los religiosos al Gobernador del riesgo que presumian, pintándolo como inminente; pero no se alteró por eso el Capitan, suponiendo las sospechas aventuradas é hijas de un celo, aunque laudable, exagerado. Los misioneros tal vez ponderaban los peligros, pero tambien el Gobernador abandonaba demasiado la cautela; lo cierto es, que cierta mañana, y con pretesto de empadronarse, acudieron á nuestro fuerte una muchedumbre de joloes. Alarmados los soldados, no les permitieron saltar en tierra; y ellos entonces llenos de furor y rabia, ya por la desconfianza manifiesta de los nuestros, ya porque no lograsen sus siniestros fines, retrocedieron irritados, y fueron á dar sobre unos pobres operarios que trabajaban en las canteras. Allí murieron dos españoles y varios indios, escapándose los restantes, algunos mal heridos, por los pantanos y lodazales.

Terrible fué este golpe para el Gobernador, que ya no podia dudar de la mala fé y pérfidas intenciones de aquellos á quienes trataba como amigos; y consideró de absoluta necesidad

dar cuenta de todo, y reclamar los auxilios del Gobernador de Zamboanga que volvia por aquellos dias de su espedicion á Buhayen.

Inmediatamente que tuvo noticia de lo ocurrido, se presentó en Joló el incansable y ya renombrado General Almonte; y convencido por las averiguaciones que con mucho pulso mandó hacer y los engaños de que él mismo fué victima á los dos dias de su llegada, de la alevosía de aquellos naturales, les previno sin demora el escarmiento. Supo que el Sultan ó Rey de la isla se hallaba oculto en la eminencia de un monte distante tres leguas de la fuerza española, y que su hijo Paquian habia salido para reclutar socorros en las islas vecinas.

Tenia Almonte entre españoles é indios como 600 hombres, y otros tantos entre gastadores y conductores de víveres y municiones; hizo repartir la mayor parte de esta fuerza entre los Capitanes Morales y Zepeda, y despachó á estos con órden de traer al Rey de Joló vivo ó muerto, peleando hasta morir todos ó conseguir el intento (1). Al mismo tiempo dispuso la salida de la escuadrilla, bien pertrechada, al mando del Sargento mayor Mata y del Capitan Sarvin, en seguimiento de la armada del Príncipe Paquian; en tanto que tres divisiones, de á ocho buques menores cada una, se dirigian á los tres puertos mas concurridos de la isla para evitar la salida de los moros y la entrada de refuerzos.

Al abrigo de la noche y con el mayor silencio caminaban las tropas de Zepeda, que llegaron sin ser vistos ni oidos á las

(1) Orden del General Almonte á sus Capitanes.=«Señores Capitanes: Vuesas mercedes van con esta tropa; las cinco de la tarde son; en aquel cerro esta el Rey de Joló muy descuidado de este acontecimiento, y muy confiado en que en nuestro atrevimiento para acometerle no hay brío; tengo cercada la mar para que no se huya ni le entren refuerzos; así, á las ocho de la noche, sin que esta disposicion la entienda moro alguno, han de estar Vuesas mercedes con esta gente de armas, y han de pelear hasta que mueran todos; prendiendo, ó matando al Rey si pretendiere huir, y si lo consiguiere me avisarán con pronto despacho. Estoy en la satisfaccion, de que estas facciones son lo menos que pueden empreder obligaciones de tales soldados, y mis amigos.»

cercanías del escondite del Sultan, á quien hubieran probablemente sorprendido y preso, á no ser por la desgraciada casualidad de dispararse el arcabuz de uno de nuestros soldados, pues alarmados al ruido de la detonacion los moros de un pueblo inmediato, se vinieron sobre el camino para defender el paso; y fué preciso detenerse para rechazarlos con brio, por que se batian muy bien. Durante la refriega, el Sultan, apercibido de lo que ocurria, huyó en una barquilla escapándose de la isla, y con tal precipitacion, que se dejó abandonadas sus armas y familia; con lo cual, irritados los nuestros, pasaron á cuchillo cuantos moros hubieron al alcance. Despues de este suceso, todos los demás pueblos de la isla se rindieron sin hacer resistencia.

Mientras esto ocurria en tierra, una trajedia sangrienta se representaba en la mar. D. Pedro de la Mata habia logrado dar vista á la escuadrilla de Paquian, quien volvia de su escursion cargado de repuestos de todo género para auxiliar al Rey su padre; se esfuerza por darle caza y, aunque con mucho trabajo, lo consigue. Hace frente la armada enemiga, pero envestida impetuosamente por la nuestra, quedó desbaratada en brevísimo tiempo, y rota por cien parajes su línea de combate; viéndose los moros perdidos, apelan á la fuga vogando apresuradamente á buscar su salvacion entre los mangles; pero no les valió el hacer uso de su acostumbrada y buena táctica, pues perseguidos de cerca por los nuestros que hicieron prodigios de actividad y valor, los alcanzan en el momento de varar en las playas, y á su salvo ejecutaron en ellos muchas muertes, dando libertad á crecido número de cautivos.

Rehace Mata su escuadra y aun la refuerza con algunas de las embarcaciones que habian salido á ocupar los vecinos puertos (que volvieron con buen número de prisioneros y remolcando 20 buques apresados), é inmediatamente dirige el rumbo á Tavi-Tavi, en cuya isla, tributaria y muy principal de Joló, se decia que estaba el fugitivo Rey. Llega, recorre todas aque-

llas costas ignoradas hasta entonces de los españoles, coge é incendia multitud de barcos, y despacha seis de los suyos llenos de cautivos: por último, sujeta al dominio de Castilla mas de 7000 almas, y pasaron de 500 los bandidos que pagaron con su vida los muchos males que ocasionaron en nuestras posesiones.

Cuando regresó Mata á Joló cargado de armas y despojos, el General lo recibió con la bondad y consideracion que merecia; y para dejar completamente afianzada la paz, requirió á los *Quimbanos*, gente guerrera é infiel que moraba en las montañas confinantes á los joloes y enemigos suyos, para que no inquietasen á los que eran ya vasallos del Rey de España, so pena de hacer en ellos un castigo ejemplar. Pero aquellos salvages atrevidos y fieros, dieron por toda contestacion que, si los españoles se les atrevian les *harian conocer la diferencia que habia de ellos á los joloes.*

No era hombre D. Pedro de Almonte para sufrir con paciencia una respuesta insolente, ni que pospusiera los empeños de la honra á los intereses particulares, y así, aunque premiado su mérito con el baston de General del navío que hacia el viaje á Acapulco (destino entonces de mucho esplendor é importancia en las Islas) no quiso desamparar su puesto ni salir á buscar el honroso empleo, hasta castigar con mano fuerte y en persona aquella bárbara arrogancia. ¡Loable resolucion propia de pechos hidalgos, y ejemplo bellísimo de lealtad y de nobleza!

Para realizar su intento tomó las disposiciones que creyó conducentes al efecto, sin asistir no obstante á los combates; no por falta de deseos propios, sino porque á ello se opusieron, con sobrada razon, los Capitanes y religiosos, temerosos de librar á la casualidad la vida de aquel hombre, y malograr tal vez con su muerte todo lo hecho hasta allí. Salió, pues, y por su órden á campaña el Sarjento mayor D. Luis de Guzman con una lucida division, á 16 de julio, dirigiéndose por mar á las costas del Norte de cuyo lado era mas llano y accesible el

camino para las montañas. Arribó felizmente, pero al desembarcar se le opusieron denodados los guimbanos armados de todas armas y cubiertos hasta la celada de cuero de elefante (1) sin dejar á la vista mas que los ojos; siendo tan fuerte esta armadura, que solo podian romperla los proyectiles del mosquete. Por cinco veces se avalanzaron sobre los nuestros hasta tocar con los pechos en los arcabuces, ciegos de coraje y ébrios con el uso del anfion, pero otras tantas fueron rechazados con pérdida de muchos.

Retíranse un instante para tomar aliento, y las tropas aprovechando esta tregua, se reunieron todas en la playa; pero cuando ya se disponian á emprender la marcha, salen de nuevo como las fieras del paraje mas oscuro del manglar dirigiéndose á la vez sobre cinco puntos de nuestra línea; y de tal modo se hallaban acalorados y encendidos, que dieron una brillante carga, tan atrevida, que llegaban á chocar y á atropellarse con los soldados, hiriendo y dando rabiosos ahullidos, y pisando sobre los que, mutilados ó muertos, mordian el polvo enrogeciendo el suelo con su caliente sangre. En la vanguardia fué tan brava la acometida, que adelantándose el valeroso Guzman á contenerla, cayó herido mortalmente atravesado el pecho por dos lanzas enemigas. En este momento y como si la pesadumbre de aquel desastre diera á los españoles nuevos brios, se alza un espantoso clamoreo, los corazones se exaltan, y tomando á su vez y con soberbia la ofensiva, acuchillan á los principales caudillos moros, arrollan á la multitud que en vano procura resistir, que se declara en retirada y escapa tumultuariamente abandonando en el campo 200 cadáveres. El capitan Zepeda que habia tomado el mando, envia un despacho al General Almonte solicitando refuerzos, y hace conducir al fuerte al malogrado Guzman mas otros 20

(1) O de carabao ó de búfalo, que era, segun Covarrubias, de lo que aforraban sus adargas ó escudos los berberiscos, y se introdujo en España.

heridos graves; pero fué tal la actividad y el empeño que puso en perseguir y acosar á sus contrarios, que cuando llegó la tropa de refresco, estaba consumada la victoria. Cuatrocientos guimbanos, dice el Padre Murillo, quedaron muertos en el campo, y nuestras valientes compañías regresaron al cuartel general conduciendo sobre 300 prisioneros. Perdimos en esta jornada al Jefe Guzman, tuvimos 7 españoles y 20 indios muertos y además muchos heridos. Almonte dió libertad á los presos reservándose, como en rehenes, 30 de los mas principales; y dejando por Gobernador de la isla al Capitan Morales, se dió á la vela para Zamboanga; desde cuyo punto, y despues de hacer entrega del gobierno que habia tenido y conservado con tanto lucimiento, partió con direccion á Manila, llevando consigo para presentarlos al Capitan general, los muchos y ricos despojos de sus victorias.

Era el mes de agosto de 1639, y la colonia Filipina hallábase en la mejor y mas brillante época de estabilidad, poder y engrandecimiento, á que habia podido llegar desde la conquista. Estendia su dominacion desde el Norte de Luzon hasta los mares de Joló y Mindanao; tenia bajo su mano las Molucas é Isla Hermosa, y ocupados, como accesorios, varios puntos de Malaca (1) y de la India bajo la salvaguardia de los portugueses súbditos en aquella época de la corona de Castilla; de la nacion poderosa, reguladora por su saber y grandeza de la política en Europa, y única señora del Nuevo Mundo.

Pero ciñéndonos al Sur del Archipiélago, es decir, á esta pequeña porcion de sus dominios, diremos; que la elevaron al punto de esplendor en que se hallaba, el denuedo, la inteligencia y los heróicos sacrificios de Generales como Corcuera y

---

(1) Los portugueses se habian apoderado de Malaca en 1511, y la Holanda se la arrebató 130 años despues. Los ingleses en 1795 se hicieron dueños de este punto, que se lo disputaron mas tarde los portugueses y los holandeses; pero al cabo quedó en poder de la Gran-Bretaña en 1823.

Almonte, dignos de eterna fama; de Capitanes dotados de gran corazon y espíritu como Cáceres, del Rio, Morales, Mata, Guzman y otros muchos, cuyos esfuerzos se vieron perfectamente secundados por hábiles marinos, y sostenidos en mucha parte por sufridos y laboriosos misioneros; obrando todos mancomunadamente y con iguales miras, en circunstancias muy graves y en lances muy difíciles, con mas ó menos fortuna, pero con gloria siempre.

III.

PÉRDIDA DEL PORTUGAL.—SUCESOS DE MALANAO, BUHAYEN, JOLÓ Y OTROS PUNTOS.—EL AYUDANTE MARMOLEJO.—ABANDONO DE BUHAYEN.—LOS VOLCANES.—GUERRA CON LOS HOLANDESES.—EVACUACION DE LOS FUERTES DE JOLÓ.—LOS HOLANDESES ATACAN Á ZAMBOANGA.—MUERE PAQUIAN.—ESPEDICION A BORNEO.—SUBLEVACIONES DE LOS INDIOS.—TRAICION DE CORRALAT.—CORRERIAS DE LOS PIRATAS.—GLORIOSA ESPEDICION DEL GENERAL ESTEYBAR.

El estado floreciente de la Colonia y la sujecion impuesta por el Gobierno á los piratas, no debian desgraciadamente ser de larga duracion, por muchas causas de que mas adelante hablaremos, entre ellas los acontecimientos políticos de Europa. Estos han tenido y tendrán siempre, y muy particularmente cuando afectan á la madre pátria, una influencia decidida en las posesiones de Ultramar; pero acaso nunca fué tan grande como entonces, por las circunstancias especiales en que se encontraba el pais.

Perdido para la España el Portugal, que rompiendo los lazos que la unian á aquella gran nacion reconoció por su sobe-

rano al Duque de Braganza, todas las posesiones que los portugueses tenian por nosotros en la India, se separaron, como era natural y consiguiente, de la corona de Castilla. Al ruido de estas novedades se despiertan los holandeses, y se presentan en la liza empezando por apoderarse de Malaca, y con este triunfo y la separacion de nuestros antiguos hermanos, les pareció era llegado el momento de volver sus armas contra los dominios españoles y de conquistar unas islas de las que dos años antes se habian retirado, bien humillados por cierto, en vista del poco fruto de sus mal aventuradas espediciones. Mas, antes de referir lo que intentaron y consiguieron, digamos algo, para no interrumpir el hilo de la historia, de lo ocurrido en Malanao, Buhayen y Joló, con otros sucesos importantes.

El Alcalde de Caraga con el Sargento mayor del Rio y el Padre *Capitan*, habian sujetado, como sabemos, á los pueblos playeros de la Laguna de Malanao; pero aquellos habitantes, falsos como todos los moros, en cuanto se vieron libres de las tropas, incendiaron los camarines que les servian de iglesias y dejaron de pagar el tributo prometido. Pero D. Sebastian Hurtado de Corcuera que esto ignoraba, confiado en la buena fé del rendimiento, habia dispuesto que el Capitan Bermudez de Castro con 50 españoles y 500 indios de Bohol, llevando consigo los rehenes que los Malanaos dieron en prenda de su lealtad, se presentase en aquellas tierras para devolver estos y fortificarse en la Laguna. A su llegada los malanaos se fingieron amigos hasta recobrar los rehenes que les fueron entregados religiosamente; mas apenas comenzados los trabajos de construccion del fuerte por los españoles, se declararon aquellos en rebeldia, é instigados por Corralat, propusiéronse sacudir aquel freno de su libertad. Empezaron las hostilidades por cercar el campamento de Bermudez con una estacada para tenerlo de esta manera sujeto; y sobre unas balsas, hechas con *lancanes*, fabricaron unas torrecillas de madera y caña que hacian navegar por la Laguna, y se acercaban con ellas á nues-

tro atrincheramiento no concluido todavía, y sobre él disparaban sus falconetes y lantacas. Por la parte opuesta ó de tierra, armaron sobre cuatro ruedas un carro fuerte que lleno de zacate y yerba seca les debia servir para aproximarse á cubierto é incendiar las murallas que eran de madera. Con dificultad hallaríamos en las operaciones de sitio de los pueblos mas cultos á mediados del siglo XVII un plan de ataque mas astuto é ingenioso que el proyectado y llevado á cabo por aquellos naturales faltos de instruccion, de ejemplos y aun de recursos materiales. Y de tal manera asediaron á los nuestros con sus ataques simultáneos, figurados las mas veces, que al mes y medio de sitio, vencidos de la fatiga ocasionada por la necesidad de vigilar sin descanso, de noche como de dia, y aquejados por el hambre que empezaba á dejarse sentir, estaban ya á punto de rendirse; pero quiso su buena estrella que en aquellas circunstancias difíciles apareciese el Alcalde de Caraga con socorros de gente y víveres. A su vista los malanaos desampararon el campo, no tan presto sin embargo que pudiesen escapar del fuego que sobre ellos hicieron los que acababan de llegar y dieron en perseguirles causándoles algunas muertes. Corrieron despues las tropas todo el territorio sin hallar mas que pueblos abandonados, desiertos, anegada la campiña y taladas las sementeras. Considerando el Capitan Bermudez que por causa del estado de rebeldía en que estaban los naturales, y la falta de bastimentos, su posicion en la Laguna era inútil y muchos los riesgos á que su guarnicion quedaba espuesta, mandó destruir la fortaleza y se retiró á Iligan donde dispuso se levantase un fuertecillo á orillas del rio dejando en él una pequeña escolta para custodiarlo. Así terminó la empresa de Malanao, acaso por falta de inclinacion, de sufrimiento para la mucha fatiga ó de energía por parte de los capitanes, sin que bastase á rehabilitar á las armas del descalabro sufrido, una nueva espedicion que el Gobernador Corcuera envió cuando supo lo ocurrido; pues ni ejecutó mas que la anterior,

ni dió otro resultado que perder gente y malgastar dinero. A pesar de todo, y de las incursiones de los malanaos en las tierras de Iligan, se logró fomentar esta poblacion, merced á su Jefe militar Duran de Montforte y al fervoroso celo de los PP. jesuitas, algunos de los cuales perecieron lastimosamente en la demanda.

En Buhayen tampoco eran mas felices nuestras armas. Informado Moncay por sus numerosos y sagaces espías, del general descontento que por la escasez de víveres y trabajosa vida que traian reinaba en la guarnicion de la fortaleza española, y envalentonado además con haber apresado dos bergantines, uno que conducia socorros, en una emboscada, y otro por consecuencia de la horrible traicion de uno de los artilleros del mismo, que era flamenco, y con el cual cautivaron 20 españoles, pretendió hacerse dueño del fuerte y espulsar de su antiguo reino á los conquistadores. Y estando en su carácter y costumbres empezar las hostilidades con una infame alevosía, se acercó á la posicion de estos con pretesto de entablar negociaciones de paz, y consiguió por medio de sus embajadores que el Capitan Lucero, un religioso y un Alférez, sin otra escolta que unos cuantos soldados, no solo saliesen del fortificado recinto, sino que incautamente se apartasen de él un buen trecho; y hallándose conferenciando amigablemente, al parecer, salen repentinamente de una emboscada muchedumbre de moros que, arrojándose sobre los españoles, les dieron bárbara muerte sin dejarles tiempo para defenderse. Lucero aun con vida pero mortalmente herido, fué conducido en hombros por un criado leal al fuerte, en donde á poco espiró. Satisfechos del éxito de su accion cobarde, embistieron arrojados la posicion juzgando rendirla fácilmente, pero el Ayudante Zavala que habia tomado el mando, supo defenderla como á su clase y obligacion cumplia.

En tanto Manaquior, que hasta entonces (por mas que fuese cosa bien estraña) se habia conducido con fidelidad, intentó casarse con una hija de Corralat; y para satisfacer á su suegro

ofreció en dote poner en sus manos la fortaleza española con las tropas que la defendian. Para esto, dispuso que á título de amigos se introdugese en ella su caudillo Campon con 100 hombres escogidos, y una vez dentro, acuchillase á los centinelas y se apoderase de los baluartes. Hízolo asi en efecto Campon, pero avisado oportunamente Zavala de la traicion, despues de permitir la entrada á los traidores, mandó cerrar las puertas, y dando sobre ellos nuestros soldados los cosieron á puñaladas. Manaquior al saber esta desgracia quiso volver sus iras contra la guardia de 12 españoles que tenia, pero por fortuna habian huido todos á reunirse con sus compañeros.

Hallábase á la sazon en Zamboanga el oidor D. Pedro de la Rosa, persona de conocimientos especiales á quien el Gobierno habia comisionado para visitar nuestras fortalezas y presidios, y venia de hacer la visita de las que teniamos en las Molucas. Sabedor del aprieto en que se encontraban los de Buhayen, envió en su socorro al Ayudante Marmolejo, á la cabeza de 50 españoles con un champan y dos lanchones. Salió con efecto, este socorro navegando en direccion al rio de Simuay, seis millas al Norte del de Mindanao, en donde Corralat tenia su residencia; pero como embarazasen sus movimientos los lanchones, que eran muy pesados, se decidió á dejarlos en la Sabanilla, faltando en esto abiertamente á las órdenes que le habian dado; al abandonarlos, trasbordó su tripulacion y gente de armas al champan, y con solo este buque y dos lancanes continuó la espedicion.

Era Marmolejo un hombre atrevido, de mas corazon y brios que prudencia, y que separándose ordinariamente de lo justo y conveniente, arrastrado de un entusiasmo exagerado, buscaba alimento á su ambicion de gloria en todo lo ruidoso y estraordinario. Antes de subir por el ancho rio que debia llevarlo á Buhayen parecióle oportuno provocar personalmente al renombrado Corralat, y dar así principio á la campaña con un acto ostentoso de valor que bastára para dar fama á su nom-

bre; para esto envió un desafío á aquel Régulo diciéndole, que si tan valiente era como de público se decia, viniera á probar con él sus armas y esfuerzo. Aguardó tres dias, y como Corralat no pareciese, entróse por el rio adelante cansado ya de esperar; pero no porque el reyezuelo moro dejara de presentarse se irritó menos con la arrogancia del oficial español; por el contrario, ardiendo en deseos de castigar aquel atrevimiento, é instigado á ello por el mismo Manaquior, previnose para la guerra reuniendo hasta 200 embarcaciones todas pequeñas á escepcion de siete que eran ioangas con artillería, y toda esta armada la situó en un paraje por donde necesariamente habia de pasar el champan. Al sétimo dia de estar en acecho, aparece aquel barco adelantando con gran trabajo y á la espía para vencer la mucha corriente del rio. No se inmutó Marmolejo á la vista del crecido número de buques enemigos que al punto lo cercaron en ademan hostil, y mandó dar fondo disponiéndose con grande ánimo á defender cara su vida y la de los suyos. Las ioangas de Corralat y de Manaquior embistieron las primeras, y á lo rudo del choque, valerosamente rechazado, murió el hijo de Manaquior con cuya pérdida la consternacion y aun el espanto se estendió por toda la armadilla; pero recobrados pronto del primero y natural sobresalto, volvieron á la carga con mas coraje que nunca. Marmolejo hacia prodigios de valor y jugaba con acierto su artillería, sin que los destrozos que en el champan hacian los numerosos proyectiles de sus contrarios, ni el aspecto de los que muertos ó heridos cayeron á su lado durante la pelea sangrienta que duró todo el dia y parte de la noche, disminuyeran nada su ardor ni el aliento de su corazon imperturbable; mas, cuando una bala de á 10 entrando por la parte de popa desmontó todos sus cañones, cuando apercibidos los moros de este desastre lo rodearon con todos sus barcos acosándole por todas partes como los cazadores á una fiera, la defensa del champan hubo de ser por necesidad insuficiente, y aprovechándose de esta

debilidad Manaquior, que con la muerte de su hijo bramaba de ira y buscaba la venganza en medio del mayor peligro, echó el arpeo de abordaje y saltando en el desguarnecido champan seguido de resuelta muchedumbre, sujetó á los mas valientes de nuestros soldados descargando en ellos su furia, sin que bastasen á contenerla las voces de Corralat que gritaba para que no matase á los españoles ni al religioso que con ellos venia; pero solo siete escaparon con vida, entre ellos el temerario Marmolejo. Corralat hizo grande aprecio del valor de este hombre y quiso enviarlo á España temeroso del castigo que por la derrota sufrida le impondria el Gobernador de las islas; pero, como ahora diremos, de nada valió su generoso deseo.

Recorria el General Mata con su pequeña escuadra las costas Sur de Mindanao, y al tocar en la Sabanilla supo la catástrofe del champan; temió entonces por la muerte de los que estaban en Buhayen y para alejar de ellos los males que los amenazaban, entabló tratados de paz con Corralat, que se firmaron en Simuay y dieron por resultado la entrega por parte de este de Marmolejo y los demás prisioneros españoles con sus criados, y por parte de Mata el abandono de la fortaleza de Buhayen con cuya guarnicion se reforzó la de Sabanilla.

Irritado el Gobernador de la Colonia cuando tuvo noticia de lo ocurrido, y viendo en la conducta desacertada de Marmolejo la causa de todo, mandó que en el acto se le cortase la cabeza, lo que se ejecutó en la plaza pública de Zamboanga con sentimiento de cuantos lo presenciaron. ¡Severidad grande, cruel castigo que no diremos inmerecido ni injusto, pero sí en estremo doloroso por recaer en un hombre de buenas prendas, amante de su patria, y cuyo único delito fué un esceso de arrojo y de inconsiderado entusiasmo! Esceso que á dar buen resultado hubiérale quizas valido, por lo mismo que era grande la dificultad del empeño, la reputacion de un héroe, lauros y alabanzas; no concedidos por la Historia que, cuando vieja, juzga imparcialmente, pero si por los hombres de su

tiempo que como los de hoy y los de siempre, confunden de ordinario el mérito con la fortuna.

En Joló ocurrieron disturbios de consideracion promovidos por el Gobernador Morales que reclamaba, como en rehenes, una niña de 12 años, de buen parecer, hija de un moro principal. Resistióse el padre, y por no querer arrancar á la hija de los brazos de su madre, se ofreció él mismo en rehenes; pero aunque el Gobernador aceptó disimuladamente, hizo despues conducir á su casa á la que era objeto de sus torpes pretensiones. El dolor y la desesperacion del padre no tuvieron límites al saberlo, y con sus quejas justificadas conmovió al pueblo en términos, que indignados y exaltados aquellos naturales abandonaron todos la ciudad jurando tomar venganza del ultraje. Impetuoso y colérico Morales salió tras de ellos seguido de unos pocos con propósito de hacerlos volver, pero los sublevados le acometieron con gran furia, le hirieron gravemente y le obligaron á retirarse, con lo cual la rebelion llegó á su colmo y fué necesario tratar de contenerla por las armas. Mata que con sus bupues estaba en la rada, se dirigió precipitadamente hácia los pueblos en donde se habian refugiado los rebeldes, desembarcó, hízoles el daño que pudo y cogió prisioneros hasta 2000. Despues de Mata, que hubo de ausentarse, tomó el mando su segundo llamado Morales que verificó un desembarco en Paran; y como los moros al descubrirle se internasen, entróse inprudentemente por la espesura del bosque para darles caza, haciendo alarde de un destemplado arrojo; y hallándose muy empeñado en lo mas hondo é intrincado de las quiebras del monte y la maleza, á las dos horas de una penosísima marcha, rendida la gente y desanimada, hicieron cara los fugitivos, y arremetiendo con ímpetu desordenaron fácilmente á las tropas que acuchillaron á mansalva. Morales quedó tendido en el campo con otros 39 españoles víctimas de la impremeditacion y loca vanidad de su Jefe. Este suceso desgraciado levantó el orgullo de los moros y hubiera

sin duda acarreado la ruina y pérdida de Joló, si D. Agustin Zepeda su nuevo Gobernador, no hubiese reparado en parte el daño presentándose con 300 hombres en el lugar de la catástrofe, para ejecutar allí, como lo hizo, un severo y ejemplar castigo.

Vemos ya, por lo que va referido, como marchaban á su decadencia las nuevas conquistas españolas. Ahora entramos en la difícil época de la nueva guerra con los holandeses que vino á hacer de cada vez mas difícil la posicion del Gobierno. Antes, sin embargo, se nos permitirá que consignemos aquí el estraordinario y espantoso fenómeno que se vió en las islas por aquel tiempo, es decir, á principios de 1641. Tres volcanes, uno al Norte de Luzon, otro no lejos de Zamboanga, y el tercero en una isleta que está frente de la barra del rio de Joló, reventaron á la vez con espantoso estruendo, haciendo mil estragos y sumiendo en la afliccion y el luto á los aterrados habitantes de las poblaciones vecinas. A la una de la tarde la oscuridad mas completa envolvió como con un negro manto el pueblo y la fortaleza de Zamboanga, en donde por dos veces cayó una abundante lluvia de ceniza que dejó los campos cubiertos como de escarcha. Estendiéronse despues las sombras por toda la isla de Mindanao, y las cenizas alcanzaron á las de Cebú, Panay y otras equidistantes. Para verificar su erupcion el de la isleta cercana á Joló, retembló fuertemente la tierra, y estallando con violencia, vomitó llamas, arrojó al aire peñascos, y la ardiente lava derramándose como un torrente de fuego, arrastraba, arrancándolos de raiz, los árboles mas corpulentos, y dejó en brevisimo tiempo abrasada toda la superficie del suelo. Al Norte de Luzon no fueron menores ni los destrozos ni el espanto; y por último, fué tal la violencia de la accion simultánea de los tres volcanes, que su influjo se hizo sentir en muchos lugares, y su pavoroso estruendo se oyó en todas las islas del Archipiélago, en Molucas, en Cochinchina, en un espacio en fin, de mas de 900 leguas de circunferencia.

Dijimos al empezar este capítulo que los holandeses se habian hecho dueños de Malaca. Esto fué en 1640; y entonces, imaginando era fácil cosa el apoderarse de las islas Filipinas ó mas bien de las naos que de Acapulco venian cargadas de riquezas y oro, se presentaron con cuatro navíos en el estrecho de San Bernardino; pero ni esta espedicion ni otra igual que el año siguiente enviaron, pudieron conseguir la presa, merced á la diligencia y cuidado que se puso en que la precitada nave variase de rumbo á tiempo. Perdida, al menos por el momento, la esperanza de realizar sus miras, se dirigen con grandes fuerzas á Isla Hermosa y ponen sitio á Tanchuy, plaza importante que allí teníamos, y la que, á pesar de la obstinada defensa que hizo, hubo al fin de sucumbir al número de los enemigos, poniendo en manos de estos aquel interesante punto de escala para el comercio de Manila con China, y para las navegaciones de América y del Japon.

D. Sebastian Hurtado de Corcuera, temió, cuando tuvo noticia de la rendicion de esta plaza, por la seguridad de estas islas que gobernaba, y aplicó todo su celo á mejorar las defensas de Manila, suponiendo fundadamente que seria esta capital el punto objetivo de las operaciones del enemigo. No tardó este en aparecer con dos escuadras; una de 18 buques de varios portes, y otra de 12 navíos.

Nuestro ejército y nuestra armada hallábanse tan reducidos, que era necesario suplir el número con el valor, y el poder con el esfuerzo.

Las aguas del estrecho de San Bernardino, las provincias del Norte de Luzon y poblaciones marítimas de alguna importancia de las islas Bisayas, se vieron repentinamente invadidas por aquellos corsarios; pero no alcanzaron ni por mar ni por tierra ventajas de consideracion. Por último, á 10 de junio de 1647 entraron con 12 navíos por Mariveles en la bahía de Manila. La *Capitana* se acercó al puerto de Cavite, y haciendo al frente de las murallas de esta plaza una salva, mas por des-

precio que por cortesía, fué á reunirse á los otros barcos fondeados ya en las costas de Batan. Si en aquel momento hubiesen verificado un ataque formal contra Cavite, sin dar tiempo á la prevencion, la plaza y el puerto hubieran caido en su poder; así al menos lo aseguraba un hombre entendido en cosas de guerra, asomándose á la reja del húmedo y sombrío calabozo en que su desdicha le tenia encerrado, y el cual esclamaba impaciente apostrofando al Almirante holandés: «¡Mal soldado, hoy has perdido la victoria!» ¿Quién era aquel preso?.... Nuestra pluma se resiste á escribirlo. Era el General D. Sebastian Hurtado de Corcuera, el militar valiente, el buen caballero, el que despues de prestar grandes servicios en Flandes y en Cartagena, acreditó las armas españolas en el Asia, en donde sin desatender, durante su gobierno, lo civil por lo militar, ayudó poderosamente á los misioneros en su empresa civilizadora, favóreció las letras fundando en Manila el Real Colegio de San Felipe, y desempeñó las cajas reales de mas de medio millon ¡Triste condicion la de los hombres superiores!

Cuando D. Diego Fajardo llegó en 1644 para reemplazarlo en el mando de la Colonia, la envidia de muchos y el rencor de unos pocos de esos séres miserables que cifran su gloria en perseguir todo lo bueno y estimable, produjo mil quejas, enredos y despropósitos que impresionaron vivamente al nuevo Gobernador, el cual, examinando ya con marcada prevencion las cuestiones que se suscitaron en tiempo de Corcuera entre su autoridad, la Audiencia, el Arzobispo Guerrero y la Compañía de Jesus, creyó hallar motivo suficiente para embargarle sus bienes, desterrar á sus amigos y criados, y encerrarle indignamente en una lóbrega prision, en donde abandonado de las gentes innobles que solo se aparecen al brillo del poder y á las que prodigó en otros tiempos sus favores, vivió pobre y desgraciado el largo espacio de 5 años, hasta que habiendo apelado á la rectitud del Real Consejo de Indias, este tribunal severo reconoció su inocencia; con lo que el Rey D. Felipe III

le hizo llamar y le confirió el gobierno de Canarias; reparacion justa y necesaria, aunque inferior á sus merecimientos.

A los tres dias los holandeses vuelven con toda la escuadra sobre Cavite, ya prevenido á la defensa. Desde las ocho de la mañana hasta las siete de la noche no cesó un momento la artillería de los buques de disparar contra las murallas de la plaza, pero esta respondia con sus cañones tambien, y con tal acierto, que maltratados los buques, diezmada su tripulacion y mal herido el Almirante de un balazo en la cabeza, viéronse en la necesidad los enemigos de levar anclas y retirarse del combate.

Al rayar la aurora del siguiente dia, dejaban la bahía de Manila y se fueron á recorrer las costas de la Pampanga y otras tan desprevenidas como aquellas, para tomar venganza del sufrido descalabro; algun daño causaron, aunque no impunemente pues, mas ó menos enérgica, en todas partes encontraron resistencia, y tuvieron por último que dar la vuelta á Batavia sin haber hecho otra cosa que esperimentar reveses.

Pero dejemos ya estos acontecimientos del Norte del Archipiélago que demuestran, por lo menos, la necesidad en que el Gobierno se veia de atraer hácia aquella parte de los dominios su atencion, y volvamos la vista á Joló y Mindanao.

El Gobernador Fajardo, queriendo desembarazarse, para sostener mejor la guerra promovida por los holandeses, de la obligacion en que se hallaba de conservar las guarniciones de las fortalezas construidas en las islas del Sur, que dividian y por consiguiente debilitaban sus armas, dió órden al Gobernador de Zamboanga de asentar paces con Mindanao. Estas se hicieron con ventaja para los españoles, pero nos escusamos de dar á conocer su espíritu y detalles, porque los moros, segun costumbre, no tardaron mucho en faltar á lo entonces estipulado. Por el momento, sin embargo, fueron de alguna utilidad, porque pudo evitarse que los mindanaos se uniesen á los joloes ocupados en aquellos dias en solicitar la amistad de los holan-

deses. No deseaban otra cosa nuestros nuevos enemigos, y asi que, accediendo gustosos á la pretension, presentáronse con dos navíos en la rada de Joló ofreciendo al Sultan tomar de su cuenta la espulsion y esterminio de los españoles. Estos, encerrados en su fortaleza, se aprestaban á la defensa; y cuando se adelantó un parlamentario del Almirante holandés para intimar la rendicion al Gobernador, que lo era Ugal de Orella, este respondió: «que no se cansasen en enviarle embajadas, pues estaba en la firme resolucion de defenderse hasta perder la vida.» Con esto empezó á jugar la artillería de una y otra parte, siendo mucho el daño que recibieron las dos embarcaciones, particularmente la *Capitana*, cuyo Comandante murió de un balazo en el pecho; y como viesen los moros que al cabo de tres dias los españoles llevaban lo mejor, determinaron de cobrarse los ricos presentes que habian hecho á sus aliados, echarse sobre sus buques, y apoderarse de la artillería y otros efectos de guerra, siendo de este modo traidores hácia ellos como dias antes lo fueron con nosotros; mas descubierto por el holandés este proyecto, levó anclas y navegó en retirada, ofreciendo volver con mas fuerzas á dar cima á la comenzada empresa.

El Gobierno de Manila en vista de que los fuertes de Joló, bien dispuestos para hacer frente al poder de los moros, no tenian la suficiente resistencia para defenderse de enemigos europeos, decidió demolerlos; y para dar á este paso un colorido decente, que no tuviera visos de temor, mandó que el Gobernador de Zamboanga entablase, como se habia hecho en Mindanao, negociaciones de paz; asistió á estas el mismo Rey de Joló, ofreciendo muchas cosas, entre ellas y como en señal de reconocimiento del dominio que pertenecia al Rey de España sobre aquellas tierras de que era él un mero administrador, la de pagar el tributo anual de tres ioangas cargadas de arroz; por nuestra parte se les vendió como fineza lo que realmente era entonces necesidad, es decir, la demolicion de

los fuertes, y la retirada á Zamboanga de las guarniciones, material de guerra y todos los efectos que allí teníamos. Y fué fortuna el concluir este tratado tan pronto, pues á los dos dias aparecieron de nuevo los holandeses con cuatro buques grandes y tres menores. Sintieron amargamente la ausencia de los españoles, y para no malograr el armamento, se dirigieron con la escuadra sobre la plaza de Zamboanga, logrando coger al paso dos pataches de cuatro que conducian socorros de Ternate.

Fondearon por fin en la rada de Zamboanga y empezaron á cañonear vivamente las murallas de la fortaleza, al mismo tiempo que reconocian la costa para desembarcar y dar el asalto; pero convencidos por este reconocimiento de la dificultad de un ataque por mar, se trasladaron al puerto de la Caldera, (18 millas al Oeste-Noroeste de la poblacion) con el intento de verificarlo por tierra. El Gobernador español D. Francisco de Atienza, envió al Capitan Monforte con 50 españoles y dos compañías de indios para oponerse al desembarco del enemigo. Este, al dar vista á una estacada ó fuertecillo de madera que habia en la Caldera, empezó á disparar su artillería, y á su abrigo varias lanchas armadas atracaron á tierra barriendo las playas con las piececillas que llevaban á proa. Cuando les pareció llegado el momento de desembarcar, lo intentaron; pero saliéndoles al encuentro los españoles les acometen con tal denuedo, que despues de hacer en ellos cruel matanza, los obligan á retirarse y volver á los buques para buscar refuerzos. Por segunda y aun por tercera vez intentaron desembarcar, pero fueron siempre rechazados con pérdida de mas de 100 hombres, tomando los restantes por buen partido el reembarcarse y darse á la vela como lo hicieron con rumbo á Joló. Allí trataron de comprometer al nuevo Sultan Salicala para que les ayudase en su comenzada y malograda empresa, pero las indecisiones de aquel moro que acababa de jurarnos fidelidad, y la lentitud con que obran siempre aquellas gentes

hasta para dar una simple contestacion, hizo inútiles las instigaciones de los holandeses, los cuales, porque ya empezaba la monzon contraria de los Nordestes, se vieron precisados á regresar á Batavia. Era esta la tercera vez que volvian á su pais, llevando por único trofeo de sus afanes y empeño, el luto y la consternacion á sus familias.

Esta conducta del Régulo de Joló hacia presumir que se llegaba por fin á una época de quietud y sosiego; pero salió vana la presuncion, pues no tardaron en aparecer sobre las costas de Bisayas dos armadillas, una que se decia del Sultan y otra capitaneada por su heredero Paquian. Para alcanzarlas y combatirlas salen de Zamboanga 5 ioangas y 2 pancos, dándose vista ambas escuadras cerca de Burias, isla situada frente de la costa meridional de Luzon; y engañado Paquian por creer que la nuestra era la de su padre, se adelantó sin recelo con 9 embarcaciones y la *Capitana*. Dejaron los nuestros que se acercasen, y cuando estuvieron á conveniente distancia les ofrecen el combate. Comenzó este, y siguió por mas de una hora, envistiendo los españoles con calor y defendiéndose los moros con firmeza. Los dos buques principales y contrarios se buscan y se van mútuamente al abordaje. El bizarro Paquian, aunque herido de dos balazos, no solo se mantiene en su puesto, sino que se lanza con furor contra el Ayudante Isastegui que le aguarda sereno; pelean bravamente, y largo rato, hasta que el último de una fuerte estocada atraviesa el pecho á su contrario; cayó este sin exhalar un quejido, y los demás caudillos moros testigos de su desgracia, cayeron de ánimo y fueron sucesivamente rendidos. De las embarcaciones enemigas, unas se apresaron, otras se echaron á pique, y fueron rescatados 18 cautivos y muchas riquezas de las robadas ya por aquellos piratas en las islas.

Con este afortunado lance llegó á su colmo el entusiasmo de los marinos, y reforzando la armadilla con algunos buques tomados en Zamboanga, con Duran de Monforte á la cabeza

emprenden la navegacion al Nordeste de Borneo, de cuyos habitantes se supo que eran afectos á los joloes y al tráfico de esclavos. Llegaron felizmente á la famosa isla, y desembarcando sin oposicion de parte de los naturales, asolaron los campos, saquearon varios pueblos, abrasaron mas de 300 barcos, y dieron la vuelta con mas de 200 prisioneros y algunos cautivos libertos. Aseguran los jesuitas que fueron con la espedicion y permanecieron en Borneo, que empezó con muy buen éxito la reduccion de aquellos infieles, pero que abandonados ellos como quedaron á sus propios recursos y faltando á su empresa el fomento de las armas, se marchitó casi en flor una conquista que juzgaban fácil y de gran provecho para la colonia.

En aquella época era tan imperiosa la necesidad de activar la fabricacion y reparacion de buques, no ya del comercio, sino para atender á la guerra con los holandeses y á la continua que se hacia á los piratas, que los pequeños arsenales de las provincias de Tondo y la Pampanga estaban muy recargados de trabajo, y sin embargo sus productos no eran suficientes. Decidió por esto el Gobierno establecer otro en Bisayas, medida que fué de malísimo efecto en aquellas islas, suponiendo con sobrada ligereza sus habitantes que, por capricho de los gobernantes, se les queria sujetar al yugo de un trabajo muy penoso, sin discurrir que la abundancia de maderas hacia mas fácil allí que en otra parte la construccion de buques, y que estos habian de servir para la defensa de sus propiedades y familias. Nada bastó á tranquilizar sus ánimos ofuscados, y reunidos al fin y en gran número en el pueblo de Palapay de la isla de Samar, determinaron rebelarse y se negaron abiertamente á obedecer los mandatos de las autoridades: pronto cundió el movimiento á los pueblos vecinos; y los indios de Luzon, viendo á sus paisanos alborotados, aun cuando les faltaba el verdadero pretesto para imitarlos, se alzaron tambien en Camarines, Pampasinan, Caraga, Ilocos y la Pampanga. Acudióse prontamente á contener tan grave mal, y se logró sin dificultad sa-

cando tropas de Manila, Cebú y Zamboanga, que sofocaron la rebelion en sus principios sin disparar un tiro en algunas partes, y en otras porque sus capitanes se condujeron con la debida y conveniente energía.

Mientras que esto ocurria en Luzon, Corralat de Mindanao permanecia tranquilo guardando con desusada formalidad las capitulaciones firmadas en Simuay, y aun parecia contento de ellas; pero sus Dattos ó Principales que se veian privados del mejor ó acaso del único ejercicio que les proporcionaba riquezas y esclavos, le instigaban de contínuo para que las rompiese en beneficio de sus intereses: vacilaba la fé del Rey cuando llegaron á sus tierras unos embajadores del Gobernador general para confirmar la amistad antigua y llevarle algunos presentes. Eran estos embajadores los PP. jesuitas Lopez y Montiel, que con tres ioangas á cargo del Capitan Rivera dieron fondo en el rio Simuay frente de la residencia de Corralat. Avisarónle á este del motivo que los llevaba, y aun cuando la primera respuesta (con harto asombro de los recien llegados) fué seca y desabrida, instaron para ser recibidos y por fin lo consiguieron. Durante las conferencias se apercibieron los religiosos de que, faltando á lo estipulado, no se habia fabricado allí una iglesia para los reducidos, é hicieron cargos por ello, con lo cual se alteró visiblemente Corralat y bruscamente los hizo salir de su presencia. Un sobrino suyo llamado *Balatanay* los mandó entonces llamar, y presumiendo que por su medio lograrian tranquilizar al enojado Rey, acudieron presurosos los embajadores á su casa sin la menor reserva. ¡No se sabe ciertamente que és lo que debe admirarse mas en las relaciones habidas con los moros; si la perfidia de estos, ó la injustificada confianza ó sea temeridad imprudente de los españoles, en arriesgar inutilmente sus vidas en manos de aquellos insensatos! Apenas el P. Lopez entró en la casa de Balatanay, cuando un grupo de moros prevenidos por el infame Datto se arrojaron sobre él, y de una lanzada por la espalda y dos cuchilladas

en la cabeza lo derribaron al suelo, ya moribundo y revolcándose en su propia sangre; á su compañero Montiel acabaron con la misma crueldad, y de los españoles de la comitiva solo dos escaparon del sanguinario furor de aquel bárbaro. Quedaba el Capitan Rivera que permanecia en su barco aguardando el resultado de las conferencias é ignorante de todo lo ocurrido, cuando un moro se llegó á decirle que lo llamaba el Rey; confiado como los otros este español saltó en la playa, pero no bien puso el pié en tierra, de un terrible golpe de campilan que recibió en la nuca entregó el aliento víctima de otra nueva traicion. Despues de estas hazañas, la codicia de Corralat hizo entrar á saco las ioangas y se apoderó de cuanto en ellas habia.

Rotas de nuevo las hostilidades y de una manera tan inicua, no solo contra el derecho de gentes sino contra todas las leyes de la humanidad, temió Corralat el enojo de los españoles; y para oponerse á nuestras armas, reclamó para sí el apoyo de los Régulos de Joló y de Ternate. Supo esto el Gobernador de Zamboanga D. Francisco de Esteybar, y supo tambien que en Simuay se prevenia una fuerte escuadra de piratas; y para destruirla antes que se diese á la mar, despachó á 30 de diciembre de 1656 al jóven y bizarro *Bovadilla* con 10 caracoas bien tripuladas; pero era esta tripulacion de *Lutaos*, es decir de moros convertidos que habian sido súbditos de Corralat, los cuales, ya fuese por afecto á su antiguo señor ó ya por el miedo de caer en sus manos, á medio camino se negaron á bogar; y siendo de temer de su mala disposicion que en el momento mas crítico se pasaran al enemigo, fué prudente y aun preciso dar la vuelta á Zamboanga.

Sin nada que le estorbase el paso, la armadilla salió de Simuay y los piratas se hartaron de robar, saquear y cautivar hasta llenar los barcos de despojos y esclavos en las costas de la isla de Marinduque al Sur de Luzon, y en las de Mindoro al Sudoeste de Marinduque. Esta espedicion fué para ellos bien

afortunada, pues que para combatirla envió el Gobierno de Manila una pequeña escuadra al mando de un sujeto cuyo nombre las crónicas callan por rubor, que valiente en los salones y cobarde en el campo, maniobró de manera y con la habilidad bastante para no encontrar jamás al enemigo.

No era, por dicha, de este temple el Gobernador de Zamboanga Esteybar, quien á pesar del pasado contratiempo, ofendido de la osadia con que por do quiera se presentaban los subalternos y secuaces del Sultan de Joló, organizó como pudo una escuadra de caracoas y vintas, y mandándola en persona salió de Zamboanga á primeros de enero de 1658.

Ageno y muy ageno estaba este intrépido General del nuevo triunfo que la suerte le preparaba. Despues de haber hecho una corta escala en los pueblos playeros Namucan y Butic para arrasarlos y escarmentar á los moros mas rebeldes, dirigíase á Simuay, cuando á la banda del Sudoeste apareció un navío grande de guerra abrigando varias embarcaciones menores, y eran, segun al punto conocieron, holandeses de Malaca. Hubo un momento de vacilacion y de duda á la vista de aquellas fuerzas de los antiguos corsarios; mas resolviéndose Esteybar, mandó aproar hácia ellas izando la bandera blanca; á esta señal de paz contestó el holandés arbolando la roja y presentando su costado de estribor provisto de abundante artillería, con que disparó una andanada ocasionando en los nuestros bastante daño. ¿Qué hacer al frente del nuevo y poderoso enemigo con tan pocas y frágiles embarcaciones como los españoles llevaban, suficientes apenas para contrarestar las de los moros? Lo que cumplia al generoso aliento y ánimo esforzado de los menos fuertes pero no menos valerosos. D. Francisco Bovadilla acomete á boga arrancada y con tal ímpetu, que á poco logra ponerse debajo de la batería del navío; y lo mismo hizo el General Esteybar atracándose á la popa en donde sostuvo un vivo fuego con sus pocos cañones, acertando á introducir

una bala de á 10 en la Santa Bárbara del buque enemigo. Esto sucedió á tiempo que los marineros de Bovadilla, haciendo escala de los cabos, de las portas y mesas de guarnicion de aquel barco, subian intrépidamente al abordaje; mas al poner el pié sobre la cubierta, avisados que fueron de lo inminente del peligro, retroceden saltando á bordo de su bagel ó arrojándose al agua para mayor celeridad; y fué tan á punto y providencialmente, que verificándose en el acto la esplosion de la pólvora encerrada, estalló el navío con tal violencia, que volaron sus cuarteles por el aire y con ellos el capitan, el piloto, los oficiales y toda la gente, á escepcion de unos pocos de su numerosa tripulacion que se acogieron á la piedad de los nuestros; y no en vano, puesto que salvándoles las vidas, los retuvieron como á prisioneros en buena guerra, tratándolos bien y lealmente como correspondia á un vencedor culto y civilizado.

De las embarcaciones menores unas echaron á pique y otras se llevaron consigo al continuar la navegacion á Simuay, no habiendo alterado en nada Esteybar su primitivo plan. Llega por fin á la residencia del Sultan, acomete y vence á los pocos rebeldes que intentaron oponerse, se apodera del pueblo y lo destruye, y haciendo lo propio con otras poblaciones que encontró sobre las márgenes del rio, sigue su marcha hasta Buhayen. Allí descubre una armadilla prevenida ya para salir al corso, la desbarata fácilmente, abrasa todos los buques recogiendo en ellos muchos cañoncitos, mosquetes, campilanes y otras armas, y despues de imponer con algunos castigos severos á aquellos atrevidos naturales, regresó á Zamboanga victorioso y en gran opinion de entendido é intrepido capitan.

No eran, sin embargo, estos esfuerzos suficientes para contener á los piratas que de todas partes salian codiciosos de las presas que sabian hechas por los mindanaos; no siendo en pequeño número los procedentes de Joló, de quienes su mismo

Sultan se manifestaba temoroso afirmando quizás con hipócrita bajeza que no podia sujetarlos, y los cuales, con los reveses que habian sufrido en sus tierras, andaban desesperados acechando siempre la ocasion de saciar en nuestros infelices pueblos la sed de venganza que les animaba.

IV.

EL PIRATA CHINO KOSENG.—ABANDONO DE LAS FORTALEZAS DE ZAMBOANGA, LA SABANILLA, Y LA DE CALAMIANES.—CAUSAS DE LA PERDIDA DE NUESTRAS CONQUISTAS EN EL SUR DEL ARCHIPIELAGO.—NOTABLE SUCESO OCURRIDO EN MINDANAO.—REEDIFICACION DE ZAMBOANGA.—ES ACOMETIDA ESTA PLAZA POR LOS MOROS.—NUEVAS DISPOSICIONES DEL GOBIERNO PARA LA DEFENSA DE LAS BISAYAS.—ALI-MUDIN, SULTAN DE JOLÓ.—GRAN IRRUPCION DE MOROS.—EL PADRE DUCOS.—CONQUISTA DE MANILA POR LOS INGLESES.—HAZAÑAS MEMORABLES DE ANDA SALAZAR.—SE CELEBRA LA PAZ, Y LOS INGLESES SALEN DE MANILA.

A principios de 1662, un acontecimiento tan ruidoso como inesperado puso el sello á los desventurados dias que corrian entonces para el Sur de Filipinas, en donde despues de haber dominado como señores y tenido á raya á los inquietos moros, desatáronse los lazos que sujetaban sus bárbaros instintos, á los que dieron rienda suelta en menosprecio y mofa de nuestros afanes y lecciones severas.

Hablamos de la aparicion del pirata chino Koseng ó Kuesing, del que nos vamos á ocupar siquiera sea ligeramente, así por la importancia del sugeto, como por su influencia en la historia militar objeto de este escrito.

La monarquía china, la mas antigua del mundo, no dominada jamás por raza estraña, se vió en el último tercio del siglo XVII amenazada por los tártaros, que aprovechándose de la debilidad en que se encontraba aquella gran nacion á consecuencia de las guerras civiles que la desgarraban, pasaron sus fronteras, y saltando por encima de la famosa y celebrada muralla de las 500 leguas, se apoderaron del trono y del imperio arrancándolo de las manos del último soberano chino; este, al verse abandonado de los suyos por traicion ó cobardía, apeló al suicidio despues de hacer cortar la cabeza á la única hija que tenia, prefiriendo la muerte á ser juguete del orgulloso vencedor.

Un pescador chino llamado It Kuon, que habia nacido en Chiochi y vivido con su familia en la mayor miseria, abandonó la pobreza de su casa y marchó á Macao, pasando despues á Manila en donde estuvo practicando el oficio de cargador. Descontento de su suerte, y sintiendo en su corazon belicosos instintos, se dedicó á las armas empezando á ejercer el pirateo por los mares del Japon, y con tal arte y fortuna, que en breve tiempo se vïó dueño de las costas de aquel vasto imperio, y al frente de 3000 bajeles propios.

Derribada ya la dinastía china, el nuevo Emperador tártaro Xungchi, asombrado de los talentos ó temeroso de aquel genio cuyas proezas eclipsaban en algun modo el brillo de su gloria, quiso al parecer tenerlo por amigo; y para conseguirlo, le colmó de honores y distinciones titulándolo su Rey tributario, pero todo con la intencion siniestra de deshacerse de un hombre que podia llegar un dia á declararse su rival. Logró fácilmente su deseo, porque deslumbrado It Kuon con tantas aparentes finezas se le presentó para agradecérselas, que fué

tanto como entregarse en sus manos. Xuugchi entonces lo mandó prender, y no solo á él sino á cuantas personas se pudieron hallar de su familia; y cuando los tuvo reunidos, dispuso con alevosa crueldad enterrarlos á todos en un gran monton de pólvora que, inflamada, los redujo instantáneamente á cenizas.

Pues de aquel pobre cargador que subió á magnate y llegó á Rey, y que descendiendo rápidamente la escala de su fortuna pasó del trono á una prision y de la prision á la hoguera, era hijo Koseng; el cual siguiendo las huellas de su padre y aun con mas rapidez y facilidad que él, se vió, jóven todavía, famoso por sus piraterías, renombrado por su valor y General poderoso, pues si hemos de dar crédito á las crónicas, gobernaba 80,000 hombres, y surcaban los mares hasta 20,000 bajeles suyos.

Con tales medios de combatir, muy superiores á los que pudiera necesitar para continuar el corso y hacer frente á las reducidas fuerzas chinas que le perseguian, dirigió sus miras á Isla Hermosa, determinado de arrojar de aquella rica posesion á los holandeses sus poseedores; y para esto y con aparato formidable se presentó á fines de 1660 ante la plaza de Tayguan, punto principal y residencia del gobierno. Púsola un rigoroso sitio batiéndola con mas de 40 piezas gruesas, al mismo tiempo que cerraba estratéjicamente el puerto con una fuerte escuadra. Diez meses duraron los ataques, al cabo de los cuales los holandeses se rindieron capitulando, y el atrevido pirata hizo su entrada triunfal en la ciudad que le franqueó sus puertas.

Con semejante campaña en que por primera vez quedaron vencidas las armas europeas, Koseng levantó sus pretensiones á hacerse dueño de Filipinas, y con alardes de conquistador generoso, envió cartas al Gobernador de las Islas que lo era á la sazon D. Sabiniano Manrique de Lara, en las que con altivas y estudiadas frases, describe su poder, hace relacion de sus victorias, y ofrece perdonar al *pequeño Reino* de Filipinas

si se le presentase *cabizbajo* todos los años rindiendo párias, porque de lo contrario iria en persona con la armada á sujetarlo por la fuerza (1).

Falta de dineros y escasa de gente de armas se hallaba la colonia, pero el Gobernador, no obstante esto, respondió con la debida entereza y dignidad al mensaje del General chino, tomando al propio tiempo cuantas disposiciones le sugirió su celo para hacer una vigorosa defensa, particularmente en la capital, en la que á todo trance era preciso sostenerse. La tormenta sin embargo pasó sin estallar, porque murió Koseng de calenturas antes que los emisarios del Gobernador llegasen á Isla Hermosa con la respuesta dada por este, y porque el hijo y heredero del famoso aventurero no poseia las belicosas disposiciones de su animoso padre.

Pero el hecho es, que no por suspenderse la guerra fueron pequeños los males que originaron las amenazas de Koseng; pues entre las medidas de seguridad tomadas por Manrique de Lara, se cuentan: el derribo de muchos templos y buenos edificios cuya conservacion hubiera perjudicado á la defensa de la plaza de Manila; la espulsion de los chinos que ejercian en ella el comercio, á los que se juzgó prudente hacer salir del recinto de las fortificaciones (órden que les ofendió tanto, que se sublevaron y fué preciso domarlos por las armas); y por último, lo que es aun mas grave, que para reunir el mayor número de tropas posible en los puntos de primer interés defensivo, se mandaron evacuar las fortalezas de Zamboanga, la Sabanilla y Calamianes, quedando así y por largo tiempo completamente desguarnecidas y abandonadas á los mahometanos todas las posesiones del Sur conquistadas con tantas penalidades y trabajo. La consecuencia natural de esto fué, que libres de la presencia de fuerzas españolas aquellos crueles enemigos

(1) Véase el Apéndice núm. 2.

se esparcieron por todas partes, talando, saqueando y haciendo innumerables cautivos; unos que por inútiles mataban, y otros que llevaban consigo para obligarles á labrar las tierras ó aplicarles al remo.

«Este fué el término» dice en una escelente memoria el Coronel de Ingenieros Goecoechea «de la atrevida guerra general que el Sr. Corcuera declaró á los moros de aquellas islas; este el éxito de sus operaciones tan bien meditadas, y este por último el fruto de los esfuerzos, valor é inteligencia del General Almonte, que tan acertadamente supo ejecutar aquella empresa.»

Nosotros añadiremos á lo que dice este ilustrado escritor, algunas observaciones que nos sugiere el estudio de la época y de los acontecimientos, para darnos razon de las causas que originaron la decadencia de nuestro poder.

La religion y las armas, estos dos agentes poderosos con que habia de llevarse á cabo la conquista del Sur del Archipiélago como se llevó adelante y con tanto acierto la de la parte del Norte, debieron marchar siempre enlazados y obrar de comun acuerdo, sostenidos é impulsados vigorosamente por los desvelos y cuidados de un gobierno sábio, prudente y reparador. Pero los jesuitas á cuyo cargo estuvo la reduccion de los naturales, y los jefes militares que debieron fomentarla con las armas, pocas veces ó ninguna se hallaban conformes en la manera de conducirse. No hablamos aquí precisamente del momento de los combates, porque entonces no habia mas que españoles en quienes el entusiasmo y la nacionalidad eran superiores á todo otro sentimiento; nos referimos á la conducta que debieron observar cuando, establecidos ya en los terrenos conquistados, la cuestion era de arraigo y de engrandecimiento.

Acusan, tal vez con harta severidad, los jesuitas á los gobernadores de los establecimientos militares que se fundaron en Mindanao y en Joló, de querer apropiarse todo el honor de

haber reducido los pueblos; de vejar á los moros por el afan de enriquecerse; de ocuparse demasiado de comerciar á tiempo que descuidaban las guarniciones de las fortalezas teniéndolas faltas de víveres, cuando estos, dicen, han debido siempre proporcionarse en el campo enemigo. Los capitanes á su vez, se han quejado del despotismo de los jesuitas, de su empeño en manejarlo todo, y de sus continuas exigencias aun tratándose de las cosas de menos utilidad y provecho para el bien comun. Habria escesos indudablemente cometidos por unos y por otros, pero es lo cierto, que esta falta de union y acuerdo era un gran obstáculo para conseguir la reduccion de los astutos y pervertidos moros.

Por otra parte, la predicacion Evangélica, base fundamental de la conquista hecha de los habitantes del Norte, no pudo ni era fácil que pudiese dar iguales frutos entre los joloes y mindanaos. Eran las gentes del Norte idólatras, reverenciaban multitud de falsos dioses, adoraban al sol, á la luna, al cuervo, al caiman y otros animales; carecian, en fin, en esta materia de principios fijos; hasta puede decirse que no tenian religion, y que por ello se hizo fácil inculcarles las máximas de la cristiana; pero entre los habitantes del Sur que reconocen por su Dios á Mahoma, que bien ó mal practican las reglas que prescriben sus dogmas aunque de estos no comprendan, por su escasa ilustracion, mas que aquello que mas brusca y directamente hiere sus sentidos, es sumamente difícil obligarles á que abandonen sus arraigadas creencias, para enseñarles y hacerles practicar una religion nueva. Y no es otra, á nuestro modo de ver, la razon de lo poco que en esta materia se ha alcanzado.

Respecto del gobierno de la colonia, para que verdaderamente hubiera sido el apoyo y sosten de los dos grandes elementos de que hemos hecho mencion, debió hallarse constantemente poderoso en sus condiciones de fuerza y de estabilidad, para de este modo, por su influjo moral y material, inspirar la ne-

cesaria confianza en los conquistados, ante quienes habia de aparecer siempre como un modelo de organizacion política y administrativa. Por desgracia no era así. El brazo militar carecia de vigor, obligado como estaba lo principal y mas escogido del ejército á ocuparse en sofocar sublevaciones de los chinos, reprimir y castigar á los indios rebeldes, hacer frente á los holandeses invasores, y por último, en disponerse para la defensa contra las pretensiones del arrogante Koseng: y al mismo tiempo la marina con ser poca, esperimentó considerables daños combatida por recios temporales y navegando siempre por mares llenos de escollos y mal conocidos; y tanto es así, que en los últimos 40 años contaba mas de 50 buques mayores completamente perdidos, además de otros muchos estropeados y llenos de averías.

En cuanto al órden civil, habremos de confesar que tuvo épocas de hallarse en un total desconcierto. No hay mas que leer los anales de su historia, algunos contemporáneos, para enterarse de las frecuentes y turbulentas competencias entabladas en Manila por el jefe supremo de la colonia, la Audiencia y el Arzobispo; las desavenencias y disputas que en cuestiones de mas ó menos gravedad é importancia ocurrieron entre las órdenes religiosas y los jesuitas, y entre estos y aquellas con la Audiencia; allí tambien encontraremos los cargos y amargas recriminaciones que se hicieron por unas y otras corporaciones, los entredichos y escomuniones fulminadas por el jefe delegado de la Iglesia, las ruidosas violencias mas ó menos justificadas hechas por los Gobernadores, y finalmente, todas las escenas deplorables que, entorpeciendo el ejercicio de la autoridad superior, afectaban profundamente el ánimo de los naturales, y produjeron un completo desquiciamiento en todos los ramos de la administracion civil.

En resolucion, si á todo lo dicho, es decir, si á tantos elementos de debilidad, unimos la candidez con que se dejaron alucinar la mayor parte de los Gobernadores por las embajadas

y las cartas en estilo sumiso y vil que les dirigian los Sultanes solicitando tratos de paz con el pretesto de dar impulso al comercio, pero en realidad con el objeto de conseguir treguas que solo servian para que, sin riesgo, ejerciesen por algun tiempo su infame profesion; y la falta de un plan general de operaciones que regularizase la guerra, reducida, despues de las campañas de Corcuera, á una lucha de sorpresas y desagravios en la que nuestros enemigos, mas conocedores del pais, sacaban la mejor parte, encontraremos fácilmente la razon y verdadera causa del miserable estado á que llegamos á vernos reducidos.

A falta de otros medios mejores, para reprimir el pirateo se dispuso que los moradores de los pueblos y caseríos establecidos en las costas de las islas Bisayas y algunas del Norte, se reuniesen entre sí ó bien á las matrices de mas crecida poblacion para que ninguna de estas bajase de dos ó tres mil almas, y que se fortificasen formando unos atrincheramientos con estacadas ó palizadas y fosos. Algo eficaz fué por el pronto esta medida, aunque no lo bastante para contener y resistir á las fuerzas coaligadas de los moros, que de todas las islas salian á proveerse de esclavos haciendo cautivos. Así, con poca ventura y sin que ocurriese combate ni empresa militar notable en el Sur, finalizó el agitado siglo XVII.

Diremos antes de pasar al siguiente, que en el año 1695 se verificó la reduccion de las islas Marianas, situadas á 300 leguas al Oeste de Filipinas entre los 13 y 21 grados latitud Norte. Magallanes las descubrió en 1521; Legaspi tomó posesion de ellas en 1565, y aunque poco despues empezaron las misiones á trabajar para reducirlas, no se consiguió definitivamente hasta la época espresada, merced á la diligencia y méritos de su gobernador D. José Quiroga. No nos detenemos en esta conquista por no separarnos de nuestro propósito.

Con el siglo XVIII entró á reinar en las Españas la casa de Borbon por muerte de Carlos II, que por no tener sucesion declaró por su heredero á Felipe, nieto de Luis XV; y á princi-

pios de 1701, tomó posesion del Gobierno de Filipinas D. Domingo Zabalburu.

Halló este Gobernador algo pacíficos á los Sultanes de Joló y de Mindanao, bien que estos suelen aparecer fieles observantes de los convenios que con los españoles celebran, aun que ocultamente auxilien y aun dirijan á los corsarios piratas.

Ocurrió por entonces un estraño lance en que figuraron trágicamente aquellos dos atrevidos y orgullosos jefes. Propúsose el de Joló visitar al de Mindanao con el intento de asegurarse mas en su amistad, y ratificar los tratados de alianza que con él tenia celebrados. Al efecto, y para dar á su espedicion la ostentacion y pompa que consideraba dignos de su persona é importancia del objeto, organizó y vistió lujosamente una armada de 67 ioangas, á cuya cabeza se puso él mismo embarcándose en una vistosa y engalanada caracoa.

Llegó á Mindanao, y dejando siete embarcaciones en la mar para abastecer de pescado al resto de la escuadrilla, subió con los 60 buques restantes por el ancho rio hasta encontrar la costa y residencia de su antiguo amigo y aliado. Pero este, que veia con recelo aproximarse una armada tan formidable y tantas gentes, suponiendo intenciones hostiles en el joloano mandó cerrar inmediatamente la barra que cortaba el rio cerca de su desagüe en la mar, para imposibilitar la retirada de los buques si llegaba el caso de un rompimiento. Suspicaz y poco sufrido el de Joló, se quejó con energía de tan raro proceder y manifiesta desconfianza, mas el de Mindanao solo contestó con tibieza á estas reclamaciones, demostrando á las claras que aquella medida de precaucion se habia tomado por órden suya. Esto dió origen á una disputa muy acalorada, y para dirimirla, los dos Régulos se adelantaron de una y otra parte dispuestos á conferenciar. Al encontrarse se trabaron de palabras, siguieron á estas los denuestos y las amenazas, y el de Joló, mas impaciente que su adversario, en un momento de ira se arrojó sobre él, atravesándolo de una estocada. Este,

aunque mortalmente herido, dispara una pistola á la frente del matador; fáltale el tiro, pero no el ardimiento, pues echando mano á su cris le descargó una tan formidable cuchillada, que casi le separó del tronco la cabeza. A un mismo tiempo cayeron los dos sin vida.

A la vista de aquellos ensangrentados cadáveres, los partidarios de tan valientes rivales prorrumpen en gritos agudos, horribles juramentos y rabiosas amenazas, y pasando á vias de hecho, trabaron una reñidísima pelea que duró largo rato con muerte de muchos de ambas naciones, pelea que hubiera terminado por el completo esterminio de los de Joló, si estos no hubiesen conseguido romper la estacada que cerraba la barra del rio, lo que les permitió hacerse á la mar y tomar la derrota de sus tierras, saqueando de paso los pueblos playeros de aquella costa de Mindanao.

La consecuencia natural de esto fué, que estalló una guerra muy cruel entre los dos pueblos, guerra en la cual se pusieron en juego todos los ardides, astucias, traiciones y atrocidades de que eran prácticos los unos y los otros.

El sucesor del Régulo de Mindanao acudió á Manila en demanda de auxilios para destruir al de Joló, haciendo valer el último tratado de paz que su antecesor habia celebrado con los españoles; pero Zabalburu juzgó prudentemente, que en el acto de hacerse parcial de aquel, se declaraba contrario de este, y teniéndole por enemigo esponia de nuevo á sus invasiones violentas los castigados pueblos de las Bisayas; además de que, falto de medios para proteger á estos, tampoco los tenia para ocuparlos en servicio del reclamante, y aun las pocas fuerzas disponibles las necesitaba para hacer frente á las dificultades que pudieran surgir, y eran muy probables, declaradas como estaban contra España las dos potencias marítimas Holanda é Inglaterra; discurrió, pues, el arbitrio de concordarlos interponiendo su influjo y autoridad, pues imaginaba que por este medio ganaria sus voluntades. Con instrucciones al

efecto, envió por Embajador á un religioso jesuita; que pudo tranquilizar los ánimos y poner término á lo mas crudo de la lucha; pero de ningun provecho fué esta medida para las islas, pues mal dispuestos á ser agradecidos los moros, volvieron pronto sus armas contra ellas.

El General Bustamante que en 1717 tomó posesion del Gobierno, al examinar y estudiar la guerra contra los piratas y la manera de adelantar algo en favor de los pueblos, dió mucha importancia á la posesion de Zamboanga, desamparada como sabemos algunos años antes, y mandó en 1718 reedificar y mejorar la plaza, encargando de estos trabajos al Ingeniero militar D. Juan Siscarra. Al propio tiempo hizo construir en Labo, sobre las costas al Este de la Paragua, un fuerte de piedra; pero de tal modo se alarmaron é irritaron los moros con estas providencias, que Dulasi, Rey de Butic (uno de los varios territorios ó reinos en que se divide la gran isla de Mindanao), se propuso apoderarse de ambos puntos fortificados. Para esto en 1720 se presentó en la rada de Zamboanga con una buena escuadra; quiso dar el asalto al recinto, pero se estrelló su furor en la serenidad y esfuerzo de la guarnicion que lo rechazó causándole bastante daño. Los Sultanes de Joló y de Mindanao vinieron tambien sobre Zamboanga porque en ellos podia mas el temor de ver establecidos á los españoles tan cerca, que la consideracion debida á los buenos oficios del Gobierno, ocupado poco antes en sosegarlos; pero disimulando su proyecto, dijeron al Gobernador de la plaza que acudian á prestarle su apoyo contra Dulasi. Receloso el jefe militar español, adivinó el juego y, prudente como debia, no cayó en el engañoso lazo, porque ni les permitió entrar en la plaza como intentaban, ni se valió de ellos para nada, contentándose con no ofenderlos; entonces se vió claramente cuál era su infidelidad y perversa intencion, pues uniendo sus fuerzas á las de Dulasi, permanecieron á la vista de la fortaleza esperando una coyuntura favorable, es decir, un descuido que facilitara una traicion. Por

fortuna tenian que habérselas con un hombre vigilante, activo y resuelto; así es, que esperaron en vano dos meses, al cabo de los cuales, fatigados y furiosos por la tenacidad de la resistencia, se esparcieron por las islas y anduvieron cautivando por todas partes.

Alarmado el General Gobernador con los clamores de los pueblos, organizó precipitadamente una escuadrilla á favor de un donativo voluntario, y con ella se hicieron desembarcos en algunos puntos de las costas de Joló é islas que la rodean, castigando con severidad á los moros que podian cogerse al regresar de sus escursiones. Tambien por medio de una circular ordenó la construccion de pequeños fuertes en las playas menos defendidas por la naturaleza, y el reparo de los atrincheramientos que se levantaron en algunas partes á fines del siglo anterior, dando el mando de unos y de otros á los Alcaldes mayores ó Jefes de provincia. Este fué un error grave; pues muchos de ellos empleaban en su servicio y comercio á los soldados de las guarniciones, abuso que dió ocasion á mil disgustos, y últimamente al abandono de un sistema defensivo, acaso bueno si se hubiera organizado mejor.

Reinaba por este tiempo en las Españas la Católica Magestad de Felipe V, quien, á escitacion de los jesuitas, escribió una carta á Ali-Mudin Sultan de Joló, en la cual, y entre amenazas y ruegos, pretendia que este Régulo consiguiera de sus súbditos una mudanza completa en sus inveteradas costumbres, y que permitiese en sus dominios la predicacion del Evangelio.

Admitió, con efecto, el de Joló á los misioneros, y suplicó al Gobernador de Zamboanga le procurase licencia y buques para ir á Manila á visitar á la autoridad principal española, de quien esperaba ser bien recibido y aun alcanzar de su generosidad y buenos oficios, auxilios con que pudiera defender el trono que su hermano Bantilan pretendia usurparle, mal avenido con la proteccion que él daba á los cristianos en su pais.

Complacido por el citado Gobernador, se embarcó con una lucida comitiva, y llegó á Manila con gran contento del General que le hizo mil obsequios, disponiendo se le facilitase de los fondos del Erario una suma mensual para que se mantuviera y presentase con el decoro correspondiente á su clase. Agradecido, al parecer, á tales favores, Alí-Mudin hizo toda clase de ofrecimientos y promesas, y además, para desvanecer toda sospecha ó duda sobre la fé de sus palabras, pidió encarecidamente el bautismo. Encargáronse los jesuitas de instruirle para que nada se opusiera á que recibiese aquel sacramento, y la ceremonia se celebró al cabo de algunas semanas con mucha ostentacion y lujo, solemnizándola con ruidosas fiestas, comedias entretenidas, danzas, fuegos artificiales y toros, en señal de público regocijo.

Por aquel tiempo llegó á Manila el Marqués de Obando, nuevo Gobernador, y con noticia de lo ocurrido determinó de acometer á los joloanos con buena escuadra, y restablecer en el trono á D. Fernando Alí-Mudin, que este nombre tomó al hacerse cristiano. Sobre tal determinacion hubo en Manila diversidad de pareceres, pues muchas personas dudaban de la sinceridad de aquel moro; pero lo tomó con empeño el Marqués, y al cabo salió la espedicion con direccion á Joló alborozados ya todos con el pensamiento de tener al frente de aquel territorio á un Rey católico amigo íntimo de la España.

Iba Alí-Mudin con la escuadra protestando siempre de su buen deseo y dando todas las seguridades imaginables del propósito firme en que estaba de reducir á la obediencia y á la vida pacífica y honrada á los turbulentos pueblos que iba á gobernar, una vez que le volvieran á reconocer y respetar como á su legítimo y natural señor. ¡Palabras vanas! ¡Pérfidas intenciones! Por unas cartas que interceptó oportunamente el Gobernador de Zamboanga, súpose que la fidelidad de aquel moro era mentida, la rebelion de su hermano una fábula, su conversion burla y fingimiento, y todo, en fin, una ridícula

comedia, con la que el menguado Alí-Mudin se propuso enterarse del estado en que se hallaban las defensas de Manila, acaso con la quimérica esperanza de conquistarla un dia. En el acto se le puso incomunicado en una estrecha prision.

Grande y justificado fué el enojo que tan fatal descubrimiento produjo en toda la república, y no menor la desesperacion de los moros que, al saber como sus planes habian fracasado, salieron con gran coraje de sus tierras para saquear y aterrorizar nuestras costas; y como no bastasen para rechazarlos las disposiciones defensivas que en ellas se tomaron, se adoptó la nueva y peregrina idea de permitir á todos los habitantes que quisieran y tuviesen medios para ello, armar buques para el corso y perseguir y apresar embarcaciones y personas combatiendo al enemigo con sus mismas armas; dando libertad, para facilitar la ejecucion del pensamiento, á todos los presidiarios que voluntariamente se presentáran á tripular aquellos buques. Los leales filipinos respondieron con simpatía á esta escitacion y llamamiento del Gobierno, concurriendo presurosos con sus personas, armas y dinero; y tambien la mayor parte de las provincias hicieron grandes aprestos.

Sangrientos y terribles fueron los primeros encuentros entre enemigos tan encarnizados, pero la esquiva fortuna tenia abandonada nuestra bandera, y la mejor de nuestras escuadras que al mando del Gobernador de Zamboanga intentó un desembarco en Joló poniendo en sus playas un lucido tercio de escogidas tropas, fué desgraciadísima en su empeño, viéndose estas precisadas, despues de hacer prodigios de valor, á reembarcarse y emprender una retirada desastrosa, con gran pérdida de gente y de buques.

Como era consiguiente, despues de tamaño desastre, no tuvo medida el atrevimiento y la audacia de los piratas. Con escándalo inaudito viéronse las poblaciones marítimas de todo

efecto, envió por Embajador á un religioso jesuita, que pudo tranquilizar los ánimos y poner término á lo mas crudo de la lucha; pero de ningun provecho fué esta medida para las islas, pues mal dispuestos á ser agradecidos los moros, volvieron pronto sus armas contra ellas.

El General Bustamante que en 1717 tomó posesion del Gobierno, al examinar y estudiar la guerra contra los piratas y la manera de adelantar algo en favor de los pueblos, dió mucha importancia á la posesion de Zamboanga, desamparada como sabemos algunos años antes, y mandó en 1718 reedificar y mejorar la plaza, encargando de estos trabajos al Ingeniero militar D. Juan Siscarra. Al propio tiempo hizo construir en Labo, sobre las costas al Este de la Paragua, un fuerte de piedra; pero de tal modo se alarmaron é irritaron los moros con estas providencias, que Dulasi, Rey de Butic (uno de los varios territorios ó reinos en que se divide la gran isla de Mindanao), se propuso apoderarse de ambos puntos fortificados. Para esto en 1720 se presentó en la rada de Zamboanga con una buena escuadra; quiso dar el asalto al recinto, pero se estrelló su furor en la serenidad y esfuerzo de la guarnicion que lo rechazó causándole bastante daño. Los Sultanes de Joló y de Mindanao vinieron tambien sobre Zamboanga porque en ellos podia mas el temor de ver establecidos á los españoles tan cerca, que la consideracion debida á los buenos oficios del Gobierno, ocupado poco antes en sosegarlos; pero disimulando su proyecto, dijeron al Gobernador de la plaza que acudian á prestarle su apoyo contra Dulasi. Receloso el jefe militar español, adivinó el juego y, prudente como debia, no cayó en el engañoso lazo, porque ni les permitió entrar en la plaza como intentaban, ni se valió de ellos para nada, contentándose con no ofenderlos; entonces se vió claramente cuál era su infidelidad y perversa intencion, pues uniendo sus fuerzas á las de Dulasi, permanecieron á la vista de la fortaleza esperando una coyuntura favorable, es decir, un descuido que facilitara una traicion. Por

fortuna tenian que habérselas con un hombre vigilante, activo y resuelto; así es, que esperaron en vano dos meses, al cabo de los cuales, fatigados y furiosos por la tenacidad de la resistencia, se esparcieron por las islas y anduvieron cautivando por todas partes.

Alarmado el General Gobernador con los clamores de los pueblos, organizó precipitadamente una escuadrilla á favor de un donativo voluntario, y con ella se hicieron desembarcos en algunos puntos de las costas de Joló é islas que la rodean, castigando con severidad á los moros que podian cogerse al regresar de sus escursiones. Tambien por medio de una circular ordenó la construccion de pequeños fuertes en las playas menos defendidas por la naturaleza, y el reparo de los atrincheramientos que se levantaron en algunas partes á fines del siglo anterior, dando el mando de unos y de otros á los Alcaldes mayores ó Jefes de provincia. Este fué un error grave; pues muchos de ellos empleaban en su servicio y comercio á los soldados de las guarniciones, abuso que dió ocasion á mil disgustos, y últimamente al abandono de un sistema defensivo, acaso bueno si se hubiera organizado mejor.

Reinaba por este tiempo en las Españas la Católica Magestad de Felipe V, quien, á escitacion de los jesuitas, escribió una carta á Ali-Mudin Sultan de Joló, en la cual, y entre amenazas y ruegos, pretendia que este Régulo consiguiera de sus súbditos una mudanza completa en sus inveteradas costumbres, y que permitiese en sus dominios la predicacion del Evangelio.

Admitió, con efecto, el de Joló á los misioneros, y suplicó al Gobernador de Zamboanga le procurase licencia y buques para ir á Manila á visitar á la autoridad principal española, de quien esperaba ser bien recibido y aun alcanzar de su generosidad y buenos oficios, auxilios con que pudiera defender el trono que su hermano Bantilan pretendia usurparle, mal avenido con la proteccion que él daba á los cristianos en su pais.

Complacido por el citado Gobernador, se embarcó con una lucida comitiva, y llegó á Manila con gran contento del General que le hizo mil obsequios, disponiendo se le facilitase de los fondos del Erario una suma mensual para que se mantuviera y presentase con el decoro correspondiente á su clase. Agradecido, al parecer, á tales favores, Alí-Mudin hizo toda clase de ofrecimientos y promesas, y además, para desvanecer toda sospecha ó duda sobre la fé de sus palabras, pidió encarecidamente el bautismo. Encargáronse los jesuitas de instruirle para que nada se opusiera á que recibiese aquel sacramento, y la ceremonia se celebró al cabo de algunas semanas con mucha ostentacion y lujo, solemnizándola con ruidosas fiestas, comedias entretenidas, danzas, fuegos artificiales y toros, en señal de público regocijo.

Por aquel tiempo llegó á Manila el Marqués de Obando, nuevo Gobernador, y con noticia de lo ocurrido determinó de acometer á los joloanos con buena escuadra, y restablecer en el trono á D. Fernando Alí-Mudin, que esté nombre tomó al hacerse cristiano. Sobre tal determinacion hubo en Manila diversidad de pareceres, pues muchas personas dudaban de la sinceridad de aquel moro; pero lo tomó con empeño el Marqués, y al cabo salió la espedicion con direccion á Joló alborozados ya todos con el pensamiento de tener al frente de aquel territorio á un Rey católico amigo intimo de la España.

Iba Alí-Mudin con la escuadra protestando siempre de su buen deseo y dando todas las seguridades imaginables del propósito firme en que estaba de reducir á la obediencia y á la vida pacífica y honrada á los turbulentos pueblos que iba á gobernar, una vez que le volvieran á reconocer y respetar como á su legítimo y natural señor. ¡Palabras vanas! ¡Pérfidas intenciones! Por unas cartas que interceptó oportunamente el Gobernador de Zamboanga, súpose que la fidelidad de aquel moro era mentida, la rebelion de su hermano una fábula, su conversion burla y fingimiento, y todo, en fin, una ridícula

comedia, con la que el menguado Alí-Mudin se propuso enterarse del estado en que se hallaban las defensas de Manila, acaso con la quimérica esperanza de conquistarla un dia. En el acto se le puso incomunicado en una estrecha prision.

Grande y justificado fué el enojo que tan fatal descubrimiento produjo en toda la república, y no menor la desesperacion de los moros que, al saber como sus planes habian fracasado, salieron con gran coraje de sus tierras para saquear y aterrorizar nuestras costas; y como no bastasen para rechazarlos las disposiciones defensivas que en ellas se tomaron, se adoptó la nueva y peregrina idea de permitir á todos los habitantes que quisieran y tuviesen medios para ello, armar buques para el corso y perseguir y apresar embarcaciones y personas combatiendo al enemigo con sus mismas armas; dando libertad, para facilitar la ejecucion del pensamiento, á todos los presidiarios que voluntariamente se presentáran á tripular aquellos buques. Los leales filipinos respondieron con simpatía á esta escitacion y llamamiento del Gobierno, concurriendo presurosos con sus personas, armas y dinero; y tambien la mayor parte de las provincias hicieron grandes aprestos.

Sangrientos y terribles fueron los primeros encuentros entre enemigos tan encarnizados, pero la esquiva fortuna tenia abandonada nuestra bandera, y la mejor de nuestras escuadras que al mando del Gobernador de Zamboanga intentó un desembarco en Joló poniendo en sus playas un lucido tercio de escogidas tropas, fué desgraciadísima en su empeño, viéndose estas precisadas, despues de hacer prodigios de valor, á reembarcarse y emprender una retirada desastrosa, con gran pérdida de gente y de buques.

Como era consiguiente, despues de tamaño desastre, no tuvo medida el atrevimiento y la audacia de los piratas. Con escándalo inaudito viéronse las poblaciones marítimas de todo

el Archipiélago invadidas por la canalla mas desenfrenada. El pillaje, la violencia, el incendio, los insultos, los tormentos y la muerte, cubrieron de luto el suelo, y de todas direcciones llegaban á Manila amargas noticias de mil episodios sangrientos y de las mas horrendas crueldades. Larga tarea nos impondriamos si hubiésemos de referirlas todas; mas para dar de ellas una idea, basta un ejemplo. A pocas millas de Cebú apresaron un barco de cabotaje perteneciente al General de aquella provincia D. Manuel Ochoa, y despues de pasar á cuchillo la tripulacion toda, al Comandante que la mandaba y era español, lo desollaron vivo, despedazándolo despues bárbaramente hasta que, escapándosele por momentos la vida, exhaló el último suspiro en suplicio tan cruel.

¡Apenas la imaginacion concibe la existencia de esos tigres de la raza de los humanos, sin una idea generosa ni un solo sentimiento de piedad, como si pudiera haber hombres totalmente desprovistos de corazon y de conciencia, reducidos á la condicion infame del mas abyecto y miserable de los brutos! Tan peligrosa, y aun mas, era la navegacion por aquellos mares, como lo fué la del Mediterráneo en Europa, cuando infestada de piratas argelinos, escandalizaban estos al mundo con aquella ferocidad que manchó de sangre las desconsoladoras páginas de su historia.

Toda la fuerza española que los perseguia y que hubiera podido dar algun auxilio á los infelices bisayas, era una escuadrilla de 20 embarcaciones pequeñas al mando de un tal Valdés; pero aun esta lo hacia tan mal, que de nada sirvieron sus repetidas escursiones, viéndose precisado el Gobernador Arandia á quitar el mando á Valdés para dárselo al padre jesuita Ducos; que fué determinacion acertada, porque este religioso, hijo de un Coronel acreditado, heredó de su padre el valor, la prudencia y la serenidad que requiere el mando; de manera, que á poco de hallarse á la cabeza de la escuadrilla, cogió á los

enemigos mas de 150 embarcaciones, les destruyó tres pueblos, mató y cautivó innumerable gente, logrando con esto, si no esterminarlos, contener al menos el ímpetu de aquellos bandidos que lo asolaban todo.

Por los años de 1762 entró á gobernar las islas por muerte del Sr. Arandia, el Obispo de Cebú Sr. Ezpeleta, el cual, oprimido de cuidados y con la afliccion de ver al pais bajo el yugo de tan fiero enemigo, trató de ganar con favores á los Régulos de Joló y de Mindanao poniendo en libertad al primero, al falso Alí-Mudin, y enviando embajadores al segundo con encargo de llevarle ricos presentes y de pedir, mas que intimar, unas treguas ó capitulaciones de paz; pero estando en esto, ocurrió el suceso mas notable de la historia general de Filipinas. Hablamos de la conquista que de ella intentaron hacer los ingleses en octubre de 1762.

Y por cierto que si bien estos atrevidos isleños, á consecuencia de la guerra nuevamente declarada en noviembre de 1761 entre España é Inglaterra fueron sobre Manila, en donde apenas habria 1.000 soldados, con una fuerte escuadra de 13 navíos que embarcaba 6.830 hombres, y llegaron á tomar la plaza despues de arrojar sobre ella hasta 25.000 proyectiles entre balas, bombas y carcasas; y si consiguieron mas tarde realizar una invasion en el pais sin prévio anuncio ni justa y acostumbrada declaracion, no puede decirse, á pesar de todo, que estuvo de hecho en suspenso nuestra dominacion en el Archipiélago, gracias á un hombre eminente, á un sexagenario de corazon grande, de voluntad de hierro, que dotado de un patriotismo desinteresado y digno, supo, á despecho de la gravedad de las circunstancias, de la envidia de sus émulos y del orgullo de sus enemigos, sin otra marina que una insegura barquilla ni otro caudal que unos 500 pesos, ni mas ejército que sus criados, emprender la jigantesca obra de mantener las islas por el Rey de España, defendiéndolas contra un con-

trario poderoso, dueño ya de los mares y de la capital de la colonia (1).

Era este insigne varon D. Simon de Anda y Salazar, de edad de 62 años, Magistrado el mas moderno de la Audiencia de Manila cuando tomó posesion de esta plaza el Brigadier inglés Draper, por capitulacion que firmó el Gobernador que entonces lo era el Arzobispo Rojo. Este personaje, á quien las crónicos califican de meticuloso y débil, dió, á instancias de las demás autoridades y antes de capitular, el título de Teniente gobernador á D. Simon de Anda, que lo admitió cargando gustoso con toda la responsabilidad que en tan difíciles momentos habia en el conferido empleo; y escapándose en un botecillo, apareció en Bacolor, cabeza de la provincia de la Pampanga, en donde instaló la residencia del Gobierno de Filipinas. Allí, desplegando toda su actividad, y la travesura de que su mucho ingenio era capaz; ayudado eficazmente por los religiosos que con amonestaciones y ruegos atraian á los indios, reclutó gentes (2), compró armas y caballos, organizó compañías, fabricó municiones y pólvora de mejor calidad y mayor alcance que la inglesa (3), fundió cañones, construyó barcos, reunió caudales, y finalmente, en brevísimo tiempo llegó á verse en el caso y disposicion de contestar al Arzobispo Rojo (que temiendo los desastres de la guerra é instado por los ingleses, le escribia previniéndole que dejase las armas) las notables frases siguientes: «Ni antes ni despues de la rendicion de esa plaza tuvo, ni tiene V. S. I. ni otro, facultad para entregar al enemigo el dominio de estas islas; antes, por no ser señor de ellas, sino un mero Administrador; despues, porque ni aun éste débil título le quedó, ni aun el de la libertad; y el enemigo, como que entró por asalto y á discrecion, solo tiene

---

(1) Los ingleses entraron en Manila el 5 de octubre.

(2) Llegó á reunir unos 6.000 infantes y 600 caballos.

(3) Informe del Conde de Almodovar.

derecho á lo que dió de si el saqueo en el terreno que ganó; lo demás es violento, mal entregado y contra derecho de guerra; y así, si esta llegare en tiempo, requiero á V. S. I. en nombre de S. M. una y mil veces, no pase á firmar la entrega de estas islas; y si ya estuviese firmada, protesto á V. S. I. los daños, y que de ningun modo cumpliré tan injusto y violento tratado. Si el Rey británico quisiese dominar este pais, saben sus Jefes que ha de ser ganándolo primero con las armas, segun derecho de guerra; pero entregarse por terror pánico como niños, siendo yo Gobernador, seria vileza y traicion, que ni permitiré, ni corresponde á mi lealtad.....»

Asombrados estaban los ingleses de tanta audacia, é intranquilos teniendo á las puertas tan intrépido enemigo; por lo que con intento de sujetarle, pusieron á precio su cabeza y enviaron tropas para sofocar sus bríos; pero á todo supo Anda presentarse sereno y resistir con valor. Y como si esto no fuese bastante, quiso la suerte probar su energía y perseverancia con las sublevaciones de los chinos y de los indios en varias provincias del Norte de Luzon y en las islas de Panay y Cebú, unos que dieron el grito de independencia, y otros que para unirse al legítimo Gobierno imponian á este condiciones que estaban fuera de toda razon y sentido. Acudia Anda á todas partes, ya con la amenaza, ya con el consejo; perdonando aquí, ejecutando allí severamente á los culpables, sirviéndose siempre con un tino especial de buenos y leales servidores, entre los cuales descollaba el noble asturiano D. Pedro José Bustos que voluntariamente se puso á su lado y fué su *brazo derecho*, como el mismo Anda dijo al Rey cuando, mas adelante, se le presentó en Madrid.

No habia trascurrido medio año desde la pérdida de la capital, cuando Bustos, al frente de 1.000 infantes 60 caballos y algunos cañones, tenia continuamente en jaque á las fuerzas inglesas con las que se batió repetidas veces, ya con buena ya con mala fortuna, y llegó por fin á establecerse con parte de

sus tropas en Malinta á legua y media de las murallas de Manila. Desde allí hacia frecuentes correrías por los arrabales de la ciudad, y tenia en contínua alarma á sus defensores. En una de ellas despachó un destacamento al pueblo de Quiapo extramuros de dicha plaza, con órden de recoger las campanas del convento para fundir cañones; apercibidos los ingleses, hicieron salir contra él 100 infantes, 60 caballos y multitud de chinos; empeñóse una accion bastante reñida pues que duró mas de una hora, pero al cabo el destacamento se llevó las campanas. Estrechados de cada dia mas los sitiados por aquellas tropas fieles, mal equipadas, no muy bien armadas y organizadas tan á la ligera, retiraron todas las avanzadas que tenian fuera del recinto, disponiendo al mismo tiempo una gran salida para derrotarlas.

Con efecto, el 27 de junio de 1763 salieron en número de 350 infantes europeos, 50 caballos y muchedumbre de chinos. Bustos los espera, rompen el fuego ámbas líneas y no descansaron en todo el dia, hasta que ya bien entrada la noche y sin conocerse decididamente á qué lado se inclinaba la victoria, el comandante inglés se retiró en buen órden bajo las murallas, y Bustos quemó la casa de Malinta y fué á tomar nueva posicion en Meycabayan, un tercio de legua á retaguardia de la primera.

Empezaba á dejarse sentir en la plaza la escasez de víveres por las dificultades que habia en procurarlos, cortadas las comunicaciones al Norte por la columna de Bustos, é interceptadas las otras por las partidas y destacamentos que desde Bacolor dirigia el infatigable Anda, ya poderoso por haberse captado la voluntad de todo buen español, de los indios que admiraban su teson y acrecentamiento, y aun de los mismos ingleses que, sin embargo de ver en él al *cabecilla rebelde* que les disputaba su conquista, respetaban su denuedo y perseverancia.

Llegó por fin el dia 23 de julio, y una fragata inglesa que

fondeó en la bahia condujo los preliminares de la paz y cesacion de las hostilidades, segun convenio celebrado entre España, Inglatérra y Francia. «En cualquiera parte del mundo,» dice Martinez de Zúñiga «hubieran cesado las hostilidades y se hubieran convenido mútuamente los jefes de los dos partidos, luego que llegó tan plausible noticia;» pero como el consejo inglés comunicó los preliminares á Anda en pliego cerrado, en cuyo sobrescrito le titulaba *Jefe de las armas de S. M. C.*, este no quiso recibirle, porque *hallándose Gobernador, solo tratándole como á tal contestaria al consejo inglès*. Continuó, pues, la entablada guerra, sin ceder el jefe británico, ni consentir Anda en que aquel le usurpase el titulo de Gobernador de la Colonia, y negándose á reconocer y confesar que ni por un solo dia hubieran tenido las islas otra autoridad que la española, hasta que en enero de 1764, muerto ya el arzobispo Rojo, llegaron despachos de la córte por la via de China, en los cuales se le comunicaba á Anda la celebracion de las paces; y pocos dias despues, el jefe inglés recibió la órden para evacuar á Manila. Con el primer buque llegó tambien el nuevo Gobernador nombrado por el Rey, D. Gaspar de la Torre, á quien Anda con generoso desprendimiento entregó el baston mantenido con tanta gloria suya.

Cuando se hubo fijado el dia en que debia hacerse entrega de la plaza, adelantaron las fuerzas españolas llevando á su cabeza (por indisposicion del Sr. la Torre) al venerable Anda que entró radiante de alegria por sus puertas, y que haciendo arbolar la bandera de Castilla en las murallas de la ciudadela, mandó fuese saludada con ruidosa salva de artilleria, y que el pueblo celebrase con alegres fiestas la reconquista de la bella capital.

Quince meses permanecieron los ingleses en Filipinas, y en todo este tiempo el anciano magistrado, creando como por encanto medios de defensa y de ataque, manteniendo el órden y alentando el entusiasmo, logró, al inmortalizar su nombre,

oponerse y resistir con éxito á las fuerzas superiores del arrogante invasor. El pabellon de Castilla ondeó y fué respetado constantemente en las islas por propios y por estraños en todo aquel tiempo, y á pesar del ningun apoyo que pudo la metrópoli prestar.

Si la relacion de los hechos de este hombre verdaderamente estraordinario, hechos que gustosamente nos ocupariamos en describir con mas detalles si no fuese tarea agena hasta cierto punto á la índole de nuestro trabajo, ó si la débil opinion nuestra no bastase para conquistar á su memoria la admiracion de los buenos, concluiremos dando la mejor prueba de su relevante mérito, con manifestar cómo lo juzgaron sus mas encarnizados enemigos. Escribia un jefe inglés hablando de la conquista de Manila: «Es cierto que el Doctor Anda y Salazar ha obrado como caballero, y como ninguno de cuantos en estas islas se llaman caballeros..... contribuyó á sostenerlos (á los indios) la amabilidad, afabilidad y otras nobles prendas que conocemos y confesamos los ingleses en la persona del Doctor Anda y Salazar etc.»

Cuando D. Gaspar de la Torre tomó posesion del Gobierno, Anda y Bustos salieron para España y fueron recibidos en Madrid por Fernando VI como cumplia á la magestad del Rey y al mérito de tan buenos y leales servidores.

Cinco años despues, es decir, en 1769, el mismo soberano confirió al Sr. Anda el mando superior de las islas, de cuyo empleo tomó posesion en el siguiente de 1770.

V.

LOS PIRATAS MOROS EN LA BAHIA DE MANILA.—LOS INGLESES EN BALANBANGAN, SU DERROTA.—ATACAN LOS MOROS Á ZAMBOANGA, SIN FRUTO.—MUERTE DEL SEÑOR ANDA.—SE ORGANIZA LA MARINA SUTIL.—GOBIERNO DEL GENERAL AGUILAR.—PACES CON MINDANAO.—SUBLEVACION DE ILOCOS (1811).—SE PUBLICA LA CONSTITUCION DE 1812, ABOLIDA DESPUES.—COMBATE NAVAL.—MOTIN DE 1819 EN MANILA.—SUBLEVACION DE 1823 Y MUERTE DE FOLGUERAS.—CONSIDERACIONES SOBRE LA MANERA DE CONDUCIR LA GUERRA CON LOS PIRATAS.—DISPOSICIONES DEL GENERAL MARTINEZ.—ESPEDICION DE MORGADO.—TRATADOS DE COMERCIO.—PÉRFIDA CONDUCTA DEL SULTAN DE JOLÓ.—OCUPACION DE BASILAN.

Facilmente se comprenderá que en el periodo de la eventual dominacion inglesa, y aun algunos meses despues, los moros, aprovechándose de la situacion crítica de los españoles, se entregaron sin cuidado á su ocupacion favorita, llegando á tanto su descaro y desenfreno que á fines de 1769 penetraron con sus pancos en la bahía de Manila, y allí, dentro del tiro de cañon de la plaza, hacian presa en las barquillas de los pescadores tagalos, llevándose cautivos á estos infelices que descuida-

damente buscaban el sustento para sus familias, las cuales aguardaban con ansiedad, aunque en vano, su regreso. Y no era esto solo; sino que al abrigo de la oscuridad, llevaron en ocasiones su temeridad hasta el punto de desembarcar bien disfrazados en los muelles de la ciudad, y presentarse en la plaza del Palacio á la hora de la retreta cuando aquella se llenaba de gente; y sucedió un dia, que burlando completamente la vigilancia de las autoridades, cogieron en Malate (pueblo situado sobre la playa á una legua al Sur de Manila) y se llevaron cautivas, unas 20 personas que se retiraban de un entierro.

Habia recibido órden el Sr. Anda de mejorar las defensas de la capital y de perseguir y esterminar la pirateria, lo que procuró hacer con el celo que era de esperar; pero antes de pasar mas adelante, diremos algo de lo ocurrido á los ingleses en el Sur del Archipiélago.

Cuando el jefe británico entregó á Manila, fijó su atencion en Joló; y ofreciendo con doblez disimulada su proteccion á Ali-Mudin (que se apresuró á aceptarla y á embarcarse en el buque almirante) se dirigió á la citada isla con buena parte de la escuadra y tropas de desembarco. Mucho tiempo se detuvo ante la residencia del Sultan Bantilan, y no en vano, pues á fuerza de instancias logró que este le cediese y que Ali-Mudin confirmase la cesion de la isla Balanbangan, no distante de Joló. Sobre las costas del Norte de Borneo intentaron tambien establecerse ocupando á Tandun, punto inmediato á la capital ó residencia del Sultan de aquella isla, pero no pudieron conseguirlo.

Al tomar posesion de Balanbangan, la fortificaron, suponiendo les seria aquel establecimiento de mucho interés, entonces que no eran dueños todavia de Singapore, Pulo-Pinang y Malaca; pero la dureza, merecida por cierto, con que trátaban á los principales y Dattos de Joló cuando cometian alguna tropelia, dió ocasion á que aquellos se dividieran en dos bandos, uno por los españoles y otro por los ingleses á los cuales

el primero aborrecia de muerte. Uno de los Dattos quejosos era Tenteng, quien de órden del Gobernador de Balanbangan habia estado metido de cabeza en el cepo, y su resentimiento y ódio hácia el General británico era tal, que despreciando los avisos y amonestaciones del Sultan, andaba sin cesar reclutando gente y medios para tomar venganza de tan inusitado ultrage. Auxiliado por fin de un primo suyo llamado Daculá, pudo reunir hasta 300 hombres entre ilanos y esclavos, y con esta partida se situó en la isla de Bangui muy cercana á Balanbangan, con el deliberado intento de atacar la fortaleza inglesa y arrojar de la isla á sus defensores.

Eran estos en número de 120, bien armados y hechos al clima y género de vida que llevaban. Consistia su atrincheramiento en una batería alta de mampostería con multitud de cañones asestados al mar, pero abierta por la gola, la que, por hallarse apoyada en un bosque espesísimo, juzgaron segura y al abrigo de toda sorpresa; en el interior habia un segundo muro con parapeto ó sea una batería paralela á la primera, quedando entre las dos un espacio cubierto en donde estaban la casa del Gobernador, los alojamientos para la guarnicion y los almacenes.

La principal dificultad que á Tenteng se le ofrecia para llevar á cabo su proyecto, era la falta de buques con que poder trasladar su gente; mas á todo suplia su espíritu animoso y la viveza de sus hostiles deseos; en solos tres barotos, en cada uno de los cuales apenas cabian 8 hombres, verificó el traslado haciendo repetidos viajes con grande riesgo de ser descubierto. Hallóse por fin con toda su gente reunida en las playas de la isla opuestas al frente de la fortaleza, y caminando de noche con celeridad pero con esquisito silencio á través de las malezas y espesura del bosque, dieron en la mañana del 5 de marzo (1775) sobre la abierta gola, y habiendo cogido desprevenidos á los ingleses, acometieron tan rápida y decididamente, que á pesar de una firme aunque desordenada defen-

sa, los mataron á todos á cuchilladas. Horrible fué el destrozo que hicieron, y rico el botin que cayó en manos de Tenteng; 45 cañones, 250 fusiles, 200 quintales de pólvora, 22.000 balas, hierro, estaño y oro en barras, además de 24.000 pesos fuertes en plata acuñada.

Habia en el puerto dos bergantines, dos pontines y una barca; y á uno de los primeros se refugió el Gobernador del fuerte con 5 hombres, escapándose en un botecillo que tenia siempre preparado á la puerta de su casa; en cuanto llegó á bordo, mandó romper el fuego contra el establecimiento de tierra; pero Tenteng con los cañones en él cogidos, respondió con tan casual acierto, que partiendo de un balazo el cable que sujetaba uno de los bergantines muy próximo á tierra, encalló este arrastrado por la marea que subia; desciende entonces el atrevido moro á la playa, aborda el destrozado buque y se apodera de él, en tanto que la tripulacion aturdida se precipita en el agua, ahogándose así la parte de ella que no pereció al hierro de los vencedores. El Gobernador, despues de izar una bandera blanca de que aquellos no hicieron caso alguno, se hizo á la vela abandonando el lugar de la terrible catástrofe, cubierto el rostro de vergüenza y lleno de amargura el corazon.

Cuando el Sultan y los Dattos supieron el atentado cometido por Tenteng, montaron en cólera, lo declararon indigno de los derechos de joloano, y con sus secuaces fué proscripto del reino; pero todas estas resoluciones vinieron á tierra al presentarse en Joló el héroe de la jornada con sus ricos presentes, y al repartir astuta y generosamente una buena parte de ellos entre los irritados magnates. No mas hablar de proscripcion ni de castigo; el vencedor del inglés recibió toda clase de satisfacciones y parabienes de los mismos hombres que poco antes lo juzgaban con tanta y tan poco comun severidad.

Provistos de buena artilleria, municiones y dinero, consideraron los joloanos que ya les era inútil la alianza con los

españoles, y el mismo Tenteng quiso probar fortuna en Zamboanga tratando de sorprender esta fortaleza como lo acababa de hacer con la de Balanbangan; pero no pudo, por mas que lo intentó, gracias al celo y prevenciones del Gobernador D. Raimundo Español. De allí pasó Tenteng á Cebú en donde cometió infinitas piraterías, y no cayó sobre otras islas, porque se vió obligado á retirarse perseguido por las escuadrillas que despachó el Gobernador Anda, las cuales, si bien no le dieron alcance, contuvieron el mal haciendo algunas presas de buques piratas en las costas de las islas Zamales. Anda, al propio tiempo que acudia asi con las pocas fuerzas que tenia disponibles á contener la morisma, entabló negociaciones mercantiles con el Navab de Ternate, reparó y mejoró las fortificaciones de Manila y Cavite, estableció en el primer punto el Consulado de comercio, puso feliz término á un antiguo pleito entre los Obispos y las Ordenes religiosas, y murió como bueno y honrado en 1776, á la edad de 76 años cumplidos. Era, como hemos dicho, un hombre lleno de valor, de esperiencia, y dotado de un patriotismo tan verdadero, que fué, á no dudarlo, el móvil de todas sus hazañas, y al que tal vez deba hoy España la posesion que disfruta de la Colonia filipina. Mr. le Gentil que le conoció y trató, dice que «era un muy celoso servidor del Rey y muy desinteresado.» Sin embargo, se le ha tachado de poco modesto y de arrebatado; es posible que lo fuese, pero tambien es fácil que se le juzgara así, porque no hubiera en su tiempo en las islas, como dice el Sr. Mas, «un alma que se entendiera con la suya.» Mas, aun concediendo que tales defectos tuviese (que á ningun hombre le faltan los suyos), no son de tal naturaleza que puedan, de modo alguno, empañar la gloria que tan lealmente supo conquistar, y que hará siempre latir de orgullo y de entusiasmo el corazon de todo buen español.

Despues de una interinidad, sin cosa notable, de D. Pedro

Sarrio, entró á gobernar las islas en julio de 1777 un oficial de marina llamado D. José Basco y Vargas, despues Marqués de la Conquista, á quien debe la colonia su principal renta; la del tabaco. Celebró varios consejos de guerra para deliberar sobre la manera de cortar de raiz los males que causaban los moros, y en ellos se decidió aumentar las embarcaciones que se dedicaban á perseguirlos, reforzando las escuadrillas de *vintas* ó sea la *fuerza sutil*; así se verificó, formando con aquellas cuatro divisiones que se estacionaron en Cebú, Iloilo, Calamianes y Zamboanga, para atajar los pasos por donde ordinariamente solian aparecer los pancos piratas.

Sucedió á Basco D. Felix de Marquina, en cuyo Gobierno los moros causaron grandes estragos, porque esta autoridad, en vista de la gran estension de las islas, de los pocos buques de que disponia la marina, y por último, de la audacia, perversidad y número de los enemigos, desde un principio escribia desanimadamente al Rey «*este es un mal sin remedio.*»

Llegó por fin en 1793 el General Aguilar que es uno de los Gobernadores que, despues de Corcuera, han estudiado con mas afan la cuestion de la piratería; si bien no llegó, ni con mucho, la utilidad al empeño, á consecuencia de haber seguido el camino trazado por tantos de sus predecesores, de procurar ganarse la voluntad de los Sultanes con presentes y regalos, llamándolos á la amistad y tratándolos como á príncipes. Hizo sin embargo que se reuniese en Manila una junta de autoridades para que cada una espusiese en ella todos los antecedentes que hubiese sobre moros en los distintos ramos de la administracion. En dicha junta se hizo ver que, por entonces, pasaban de 500 personas de ambos sexos las que entraban anualmente cautivas en Joló; que los hombres viejos eran vendidos á los habitantes de los montes del interior, y sacrificados allí á los manes de cualquiera que moria entre aquellas familias salvajes; se analizó el sistema de gobierno establecido en aquellos pueblos, sistema que reduciendo el sulta-

nato á un título vano sin accion ni responsabilidad, hacia ineficaces, por no decir inútiles, los trabajos diplomáticos y los convenios que con ellos se celebraban; y finalmente, se dió á conocer la opinion de un hombre muy esperimentado en la materia y oficial de la marina sutil, Gomez, el cual decia, «Que si hubiera fuerzas humanas para esterminarlos (á los moros) este era el recurso que al punto debia adoptarse por no poder sacarse otro partido de ellos; que era el corso muy penoso, y ademas que no resarciamos los daños que nos causaban en una hora, con las ventajas que sobre ellos lográbamos en dos años.» Es de advertir que el voto de este oficial era muy atendible, pues reunia á un conocimiento grande de aquellas costas, la circunstancia de haber estado en observacion constante del enemigo, con el que tuvo muchos encuentros y le derrotó siempre.

Entretanto, como de resultas de las comunicaciones que mediaron entre Aguilar y los Sultanes, estuvieron los moros algun tanto pacíficos sin ofender á los mercaderes y buques de cabotaje que se arriesgaban á presentarse en sus costas, suspendiéronse las hostilidades con la risueña ilusion de haber resuelto amistosa y definitivamente el problema de la paz.

Esto no obstante, se dió principio por aquel tiempo á la construccion de lanchas cañoneras y falúas con las cuales habian de formarse, y se formaron en efecto, hasta seis divisiones, haciendo mas poderosas si no mas ligeras, las fuerzas de la marina sutil que hasta allí solamente dispuso de vintas.

Llega el año 1803, y los ingleses aparecen nuevamente en aquellos mares; y animando de paso á los joloanos para que ejerciesen el pirateo en nuestras costas (tal vez para alejarlos de las suyas), diciéndoles que solo pretendian ellos tomar á Manila y apresar la nao de Acapulco, se aproximaron á Zamboanga. Allí verificaron muchos reconocimientos é intentaron desembarcar en las inmediaciones de la fortaleza cu-

yos muros baña el mar en las altas mareas; pero la guarnicion prevenida se portó con tal bizarría, que hizo vanos los esfuerzos del enemigo y le obligó á reembarcarse con mucha pérdida: entonces se dirigió este á Balanbangan y recuperó, sin oposicion, aquella isla.

En el mismo año regresó á España la escuadra del General Alava que se hallaba en Filipinas hacia cinco años, enviada por el Rey para custodiar las islas con motivo de la guerra con Inglaterra. ¡Lástima grande que habiendo tenido allí el Gobierno de la Colonia tan poderosos buques con unas cincuenta lanchas cañoneras, muchas falúas y los considerables aprestos hechos por el recelo de una invasion inglesa, no se llevase á cabo una vigorosa espedicion contra la morisma! Decia el General Aguilar á S. M. en 4 de julio de 1806, que tenia acordado con el General Alava obrar formalmente contra los moros, pero que no pudo tener efecto por los apremios de la guerra. Si á semejante razon se añadió la falta de caudales ó de autorizacion ó quizás de actividad, lo ignoramos; pero es lo cierto que todo aquel armamento dió la vuelta á la Península sin haber emprendido alguna operacion séria en el Sur.

Balanbangan fué abandonado por los ingleses en 1805, probablemente porque no satisfacia esta posesion al objeto que se habian propuesto ó porque consideraban difícil su conservacion, por mas que les fuera de gran importancia el tener un pié en el codiciado Archipiélago; pero en cambio de este abandono, ocuparon cinco años mas tarde á Singapore en el estrecho de Malaca.

El General Aguilar ratificó las paces hechas de órden suya con el Sultan de Mindanao por el Gobernador de Zamboanga, confirmando y ampliando las de 1719 y 1794, aunque estas, lo mismo que las celebradas al principio de su mando, solo debian producir compromisos para el Gobierno y conveniencia é impunidad para los moros. Con efecto, á poco tiempo siguieron los piratas sus correrias, burlándose de la ineficaz perse-

cucion que se les hacia y aun de los mismos Sultanes que tales documentos firmaban.

En 1811 los indios de la provincia de Ilocos Norte (isla de Luzon) fraguaron una conspiracion que tenia por bandera la espulsion de todos los frailes que se oponian á su propósito de instituir una Religion nueva; aunque sin importancia en un principio, como llegasen á interesar en el movimiento á los monteses, tomó este ciertas formas que puso al Gobierno en la necesidad de reunir fuerzas y acudir prontamente á sofocar la rebelion, lo que logró en breve y sin gran efusion de sangre. Tres años despues, un nuevo conflicto que pudo tener gravísimas consecuencias, ató las manos al Sr. Aguilar, precisamente cuando, convencido ya de la inutilidad de los medios suaves en sus relaciones con las gentes del Sur, pensaba adelantar por las armas lo que no pudo alcanzar de otra manera. Nos referimos á la alteracion que produjo en el pais la publicacion en él, hecha por órden del Rey, de la Constitucion de 1812. Los filipinos, interpretándola á su manera, pensaron en la igualdad de las clases, en su identidad con todos los españoles de todas las gerarquías; se negaron, en consecuencia, á pagar el tributo, y esto dió márgen á quejas y reclamaciones, motines y escándalos, que se sucedian sin intermision originando mil compromisos y disgustos; hasta llegó el estremo de que, en algunas partes, el verdadero populacho desconociendo completamente el freno de la autoridad, derribó á los Ayuntamientos y puso en libertad á los presos de las cárceles cualesquiera que fuesen sus delitos. Y no bastó para templar el acaloramiento y agitacion de los ánimos la llegada del decreto firmado en Valencia aboliendo aquel nuevo régimen, porque no podian persuadirse los naturales de que en tan breve tiempo se hubiera cambiado esencialmente la forma de gobierno; preciso fué acudir á los remedios fuertes no siendo eficaces las razones; y si el mal se cortó de raiz, confesaremos ingénuamente que se debe en gran manera á la buena índole y

docilidad del pueblo filipino, que solo se aparta de la carrera del deber cuando algunos malvados, con fábulas ridículas y promesas mentidas, engañan su lealtad reconocida y buena fé.

En tanto, los moros campeaban libremente por donde mejor les parecia; establecieron en la isla de Basilan su cuartel general, y se reunian y organizaban para atacar á Zamboanga, proyecto que fracasó porque la division de fuerzas sutiles apostada en aquella rada logró desbaratar la escuadrilla enemiga. Obligados á levantar su campo, se esparcieron por las Bisayas y llegaron hasta Catanduanes, isla situada á dos leguas y media de las costas del Este de Camarines (provincia en la isla de Luzon) y allí asaltaron y apresaron una lancha y un parao de guerra que conducia el Real Haber, despues de capturar otras dos embarcaciones procedentes de Albay; por fortuna, el 26 de octubre del mismo año de 1818, gobernando ya el Sr. Fernandez de Folgueras, D. Pedro Estevan que mandaba una division de falúas encontró en las cercanías de las costas de esta última provincia 23 buques piratas, y sin darles tiempo para embarrancar en las playas como lo intentaron, les embistió récia y porfiadamente. El choque fué terrible pues no duró menos de trece horas, con mucha gloria para nuestras armas, que vencieron á pesar de la furia y arrojo con que se batieron los moros. Nueve pancos grandes se apresaron, y los 14 restantes que eran mas pequeños, se echaron á pique. Con esta dura leccion cuyos detalles llegaron pronto á Joló y Mindanao, y el éxito favorable de otros encuentros de menor importancia, se atemorizaron algun tanto los atrevidos corsarios, de manera que hasta el año 23 fueron en mucho menor escala las depredaciones y los insultos.

En 1819 apareció el cólera en Manila haciendo estragos considerables; los indios que desde la invasion inglesa veian con marcada prevencion á los estranjeros y á los chinos, imaginaron que la mortandad era ocasionada porque estos envenenaban las aguas del rio, y como la epidemia no cediese,

se reunieron tumultuariamente y ejecutaron en ellos mil atrocidades y muertes. El gobernador Folgueras se presentó á la multitud acalorada; hizo desbaratar los grupos, é imponiendo severos castigos contuvo á los amotinados. Despues acudió á la Córte, y al dar cuenta del escándalo ocurrido, hizo presente á S. M. la necesidad de reforzar el ejército, reorganizarlo y tomar otras medidas conducentes todas á la seguridad de la Colonia; por esto cuando fué á relevarlo el general D. Antonio Martinez, llevó consigo algunos jefes y oficiales del ejército de la Península. Al disgusto que la llegada de estos produjo entre los oficiales del pais por lo que paralizaba sin duda los ascensos de su carrera, se atribuye la conspiracion y sublevacion que estalló en Manila el 3 de junio de 1823, dirigida por el capitan Novales que se titulaba Emperador: sublevacion que ahogó el General Martinez prendiendo y ahorcando al rebelde, pero en la cual pereció vil y cobardemente asesinado por resistirse con fuerza á entregar las llaves de la Plaza, despreciando noblemente la vida en obsequio de una honra jamás empañada, el que era entonces Subinspector del ejército y segundo en el Gobierno, el Sr. Folgueras (1); el hombre que por espacio de nueve años y medio, en dos distintas y bien difíciles ocasiones, habia gobernado las islas con general

---

(1) D. Mariano Fernandez de Folgueras, Caballero profeso del hábito de Santiago, Gran cruz de Isabel la Católica, de la órden de San Hermenegildo, etc. nació en Barcelona el 21 de febrero de 1766. Empezó muy jóven la carrera de las armas, siendo nombrado Subteniente de ingenieros en 1785, y en este Cuerpo continuó hasta fines de 1805 en cuya época era Sarjento mayor de brigada. Estuvo en el sitio de Oran; desde allí pasó á la costa de Granada, despues al ejército de Cataluña, y con este se halló en las acciones de la Muga, Monroy, y defensa de las líneas al frente de Figueras. Despues de resistirse enérgicamente á firmar la entrega de esta plaza, quedó prisionero de guerra de los franceses cuando estos la tomaron. En 1797 era maestro de la Academia de Barcelona; en 1799 pasó á Mallorca y en el siguiente de 1800 al cordon de tropas de Andalucía que mandaba el Marqués de la Solana, hasta que agregado al ejército contra Portugal como Ayudante general adicto al E. M., hizo la campaña en aquel pais. En 1806, siendo ya Coronel, fué nombrado Teniente de Rey de Manila y Segundo cabo del Capitan ge-

aceptacion, y cuya muerte fué de todos sentida como estimada de todos su memoria (2).

Reflexionando el general Martinez sobre la dilatada guerra contra los moros, los gastos que ocasionaba el entretenimiento de la marina sutil empleada en hacer cruceros en persecucion del pirateo, el poco fruto que las repetidas aunque pequeñas espediciones daban, y el escasisimo que producian, si es que produjeron alguno, los pactos celebrados con aquellos turbulentos vecinos, escribia en 21 de febrero de 1824, lo siguiente: «Si hubiese medios de poder conciliar una paz estable con estos enemigos, se aprovecharia de ellos este Gobierno, por no cometer hácia la Religion y los hombres una especie de delito de que no podria escusarse. Pero ¿qué es lo que no ha hecho para reducirlos á las dulzuras de una sociedad civil y cristiana? ¿Quién es el que ha estado á la cabeza de este Gobierno, que no se ha desvelado por conservar en su integridad á los pueblos bisayas?..... y la naturaleza de los enemigos con quienes ha tenido y tiene que lidiar, previene, que no debe ni puede fiarse en su palabra, y sí en las fuerzas que tenga que oponer á sus crueles agresiones, cometidas repetidas veces en el mismo instante en que venia pidiendo la paz.»

Deducia de aquí que la única manera de combatir ventajosamente á estos enemigos, era la ya imaginada y realizada

---

neral de la Colonia, en donde obtuvo los ascensos sucesivos y prestó grandes y señalados servicios.

S. M. D. Fernando VII mandó que en las listas del ejército figurase constantemente en el lugar y clase correspondiente el nombre de este Jefe como si estuviese presente, «Debiendo (dice la Real órden de 3 de febrero de 1829) honrar la buena memoria y lealtad de Folgueras, y considerando el Rey N. S. que el sacrificio que hizo de perder su vida voluntariamente por defender sus sagrados derechos en tan remotos paises, es digna de la recompensa que su soberana piedad ha dispensado siempre á semejantes virtudes.....»

(2) Véase el Apéndice 3.

por Corcuera, es decir, la de acometerlos en sus propios establecimientos para imponerles con la destruccion de estos, y repetir en ocasiones oportunas las escursiones y los escarmientos severos.

Esta idea, que supone un estudio concienzudo de la difícil cuestion, merece ser desenvuelta, siquiera porque los acontecimientos que se han sucedido en lo que vá de siglo, han confirmado su mérito poniéndola el sello real de la esperiencia.

Espiar la salida de las escuadrillas moras; estar á la espectativa de sus movimientos, y procurar atajarlas antes que arribasen al puerto que se proponian asaltar para ejercer el pillaje y el cautiverio, tal habia sido hasta entonces la práctica habitual de nuestras armas; y esto se hacia con las fuerzas sutiles, es decir, con las falúas y lanchas cañoneras que necesitan como sabemos de cuatro y medio á seis piés para navegar, y cuyo andar no pasa de seis á siete millas con viento largo, de tres millas escasas al remo, y que nada pueden contra las corrientes cuando vienen de proa; mientras que los pancos pequeños y las vintas que usan ordinariamente los piratas, calan dos piés y aun menos, andan de seis á siete millas con solo los remos, que son muchos, y por su forma y construccion resisten, aunque sea con trabajo, la fuerza de las corrientes; así que, apelando á la fuga á la vista de nuestros buques con una velocidad que estos, faltándoles viento largo, no son capaces de tomar, se ponen prontamente fuera de su alcance; y como por idénticas razones tienen la facilidad de poder acercarse á todos los parajes de la costa por tendida que esta sea, con fondos buenos ó malos, en la seguridad de que á donde ellos llegan con sus vintas y barotos, las falúas (y por supuesto las lanchas) no han de poder verificarlo jamás, atracan descuidadamente á tierra internándose despues por los bosques ó abrigándose de los mangles, arrastrando consigo á fuerza de brazos las embarcaciones menores, y aun las grandes si tienen tiempo bastante (y el bastante es bien poco) para dividirlas en piezas.

Su táctica, pues, ha estado reducida, lo está todavía y lo estará siempre, á salir de noche y en silencio de una de sus muchas madrigueras de Mindanao, de Joló, de Basilan, de Tonquin, de Balanguingui etc.; bogar aceleradamente en direccion á la costa que se proponen asaltar; caer de improviso sobre los pueblos indefensos, saquear allí, incendiar y hacer cautivos; reembarcarse con precipitacion cargados de despojos y personas cautivadas, y regresar á sus hogares evitando todo lo posible el ser descubiertos por nuestros buques, ó en caso de serlo, recurrir á la fuga, en la cual la ventaja está siempre de su parte. Una vez en su terreno, ó se internan en los espesos bosques y mangles con la prodigiosa facilidad y ligereza que su género de vida y su misma naturaleza les procura, ó se encastillan en sus fuertes situados siempre en posiciones ventajosas, bien ó mal construidos, mejor ó peor artillados, pero muy suficientes sin embargo para resistir con éxito los ataques que pueden esperar de la poca gente de desembarco que las falúas y las lanchas pueden transportar en su reducido espacio.

Se desprende de estas consideraciones, que el sistema de nuestras fuerzas sutiles, bueno para los apostaderos, *esperando*, es de poco valor y mucho gasto, *persiguiendo;* y solo conveniente en este último concepto, cuando deban dirigirse con oportunidad á un punto dado para combatir allí, sin andar bogando á la ventura, rindiendo la gente de fatiga, sujeta á privaciones, espuesta á mil riesgos, y siempre en espectativa de una ocasion que rara vez llega de ejercitar las armas. Tarea penosa para nuestros marinos, los cuales, no obstante el poco lucimiento de ella, han sabido realzarla con algunos combates notables, y emplear útilmente su tiempo en trabajos hidrográficos.

Dando, pues, tan poco resultado la persecucion por mar, venia á ser con efecto urgente la necesidad de operar militarmente por tierra, ó por lo menos, de hacer uso de los dos medios combinados. Atacando sus madrigueras, se puede destrozar sus pueblos, abrasar sus buques y destruir sus fortale-

zas para cuya defensa el valor de esos corsarios crece, porque son los almacenes de sus rapiñas, á cuya sombra su altivez y arrogancia rayan en frenesí. Estas operaciones ofrecian y ofrecen siempre dificultades y peligros, pero era indispensable arrostrar estos si alguna vez habian de disfrutar las islas de sosiego y tranquilidad.

Volviendo ahora al general Martinez, diremos, que con propósito de hacer aplicacion de sus ideas, aquejado de las frecuentes representaciones que le dirigian los pueblos y de los lamentos de los cautivos que clamaban tristemente lejos del seno de sus familias, dispuso la salida de una espedicion, á la que dió instrucciones terminantes para deshacer las guaridas que tenian los piratas en Basilan, Dumanquilas, Pilas, Joló y Mindanao. Componíase la escuadra, puesta á cargo de D. Alonso Morgado, de dos goletas, cuatro lanchas cañoneras y seis falúas, con artillería de á 10 y de á 12, mas dos pontines y una goleta de transporte, conduciendo las correspondientes municiones de boca y guerra. Iban embarcados 100 hombres de tropa, al mando del Capitan D. Andrés Jimenez.

El 27 de febrero de 1825 se dió á la vela la escuadra en el puerto de Cavite, y llegó sin contratiempo á Zamboanga en donde se reforzó con dos lanchas y tres falúas de la division de fuerzas sutiles estacionada en aquel apostadero. De Zamboanga se dirigieron los espedicionarios al Sudoeste de Pilas, y habiendo descubierto allí, inmediato á la playa, un pequeño fuerte de madera, verificaron un desembarco y en menos de media hora lo tomaron por asalto; murieron en él hasta 50 moros, contándose entre ellos tres Dattos de los mas famosos en el pirateo, pues de uno de ellos se decia públicamente que cautivaba anualmente sobre 300 cristianos. En Joló atacaron la gran poblacion que se estiende á lo largo de la costa al Sudoeste de la rada del mismo nombre, y aunque los moros se resistieron bien al abrigo de unos fuertes que habian levantado á orillas del mar, sufrieron las pérdidas consiguientes al fuego de cañon

10

que durante diez horas hicieron nuestros buques. En la isla de Mindanao hallaron establecidas algunas baterías y estacadas sobre las costas de Sibuguey, Dumanquilas, Pollok y otros puntos; todas fueron vigorosamente atacadas, tomadas y arrasadas despues, y lo mismo que en Pilas y Joló, se quemaron las casas, pancos y cuanta embarcacion chica y grande encontráron; derribaron además los árboles frutales y todo lo que podia contribuir, de cualquier modo que fuese, á hacer habitables aquellos parajes de donde se pretendia desalojar al enemigo.

Concluidas estas operaciones, la espedicion regresó triunfante á Cavite, conduciendo gran número de cautivos rescatados á los cuales se dió libertad. Morgado recibió las felicitaciones del Capitan general y el merecido premio; no así el desventurado Jimenez, que en uno de los desembarcos, por adelantarse á la tropa que mandaba llevado de su misma fogosidad y valor, dió en una emboscada en donde los moros le mataron á golpes de campilan. Otros valientes murieron ó resultaron heridos, pero en corto número en proporcion al daño causado á los contrarios.

Mientras surcaban los buques las aguas del Sur presentándose de continuo á la vista de los moros, estos, siquiera por atender á su propia defensa, estuvieron retraidos y quedos; pero en el punto en que desapareció de allí nuestra bandera, tornaron á ejercer su oficio, con igual, si no mayor, audacia y desenvoltura.

A ejemplo de Martinez, el General Ricafort envió para contenerlos en 1827 una espedicion de lanchas, falúas y vintas en número de 20 con unos 500 hombres de desembarco. Llegaron á Joló, pero eran tan reducidas las fuerzas y los moros habian aumentado de tal modo sus defensas, que no pudieron desembarcar; hicieron sin embargo algunas escursiones por la bahía Illana á imitacion de lo ejecutado por Morgado.

Siquiera fuese por las armas cogidas, los fuertecillos des-

truidos y los cautivos libertos, demostrado estaba que el método adoptado era bueno, pero tambien que las fuerzas empleadas eran pocas, porque las cosas quedaban á medio hacer y porque en tanto que los piratas pudieran disponer de buques y armas, el pirateo no habia de cesar; por eso empezó á desarrollarse de nuevo en 1828, y consta por las declaraciones de algunos que estuvieron cautivos en Joló y en Mindanao, que desde dicho año hasta el de 36 pasaron de seis mil las personas cautivadas.

Sin embargo de estos antecedentes, el Brigadier Salazar Capitan general interino en 1835, fascinado por la idea de la importancia que á sus ojos habia de tener para el pais el fomento del reducido tráfico que se hacia con las islas ocupadas por los mahometanos, y tal vez con la esperanza de que, al darle impulso, se despertase en aquellos naturales el deseo de adquirir riquezas por un medio mas tranquilo y menos arriesgado que el pirateo, despachó un comisionado con amplios poderes é instrucciones reservadas, para celebrar tratados de comercio con los Sultanes de Joló y de Mindanao; celebráronse en efecto y se firmaron por ambas partes el 23 de setiembre de 1836. Tambien el Gobernador de Zamboanga concluyó otro con el régulo de Maluso, distrito belicoso del Sudoeste de Basilan.

Bien se condujeron estas negociaciones, y hubieran reportado, á no dudarlo, gran utilidad á la colonia, si los moros no fuesen lo que son; pero al cabo y al fin, produjeron lo que todas, *ni honra ni provecho*. Véase la censura que de ellas hizo el General Camba sucesor del Sr. Salazar, quien en 1837 escribia: «Yo no puedo persuadirme que el temperamento adoptado de hacer paz y alianza con el Sultan de Joló haya de proporcionar á nuestra navegacion y comercio ninguna ventaja sólida y permanente» y, mas adelante, en febrero de 38, cuando ya la esperiencia habia dado á conocer el valor de los últimos convenios, decia el mismo General: «los quebrantos que esperimentaron todas nuestras espediciones mercantiles el

primer año de *aquellos tratados*; las vejaciones que sufrieron, y los riesgos á que tanto las tripulaciones como los buques y sus cargamentos se espusieron durante su estancia en Joló, han plenamente comprobado esta idea.» Y realmente, ni las escursiones piráticas disminuian, ni mejoró la condicion del comercio de cabotaje, porque, como era de esperar, poco á poco los navieros fuéronse ausentando de aquellas costas, sin que el cebo de las ganancias pudiera compensar el continuo sobresalto en que vivian todo el tiempo que sus negocios les obligaban á permanecer espuestos á ser acometidos y sacrificados.

Los Sultanes, segun añeja costumbre, salvaban su responsabilidad declarándose impotentes para contener á sus subordinados; pero si se quiere una prueba mas de la mala fé con que ellos mismos obran siempre, la encontraremos en el tratado celebrado por el de Joló en 20 de febrero de 1845 con Mr. de la Grené, Embajador de S. M. el Rey de los franceses, cuyo primer artículo dice á la letra: «Cualesquiera que sean ahora y cualesquiera que hayan podido ser en lo pasado los derechos de los Sultanes de Joló á la soberanía de la isla de Basilan, que desde tiempo inmemorial ha sido mirada como tributaria de Joló, el Sultan y los Dattos infrascritos se empeñan en no llevar ningun impedimento á la toma de posesion del todo ó de una parte de aquella isla y sus dependencias, especialmente Malamawi y Lapinigan, por las fuerzas de S. M. el Rey de los franceses si quiere hacer allí establecimiento.» Por el 2.° artículo se empeñan los mismos Sultan y Dattos en favorecer la ejecucion de las medidas adoptadas por el Gobierno francés.

Despues de firmar este escandaloso documento en el que se desconocen y menosprecian claramente nuestros derechos mas sagrados, sin ponerlo en conocimiento del gobierno de Manila, ni respetar lo mismo que poco antes habian voluntariamente estipulado con él, aquellos insolentes magnates convinieron con

el mismo Mr. de la Grené en «Ceder como á prestado la isla de Basilan al gobierno francés por el término *solamente* de 100 años contados desde el dia que tomen posesion, pagando el gobierno francés la cantidad de 100.000 pesos en plata contada al Sultan de Joló etc. (1).»

Si á esto se añade que al presentarse en aquella rada el señor Brigadier de la armada Bocalan con una fragata y otros buques menores para hacer las reclamaciones debidas en favor de los intereses de España, hubo de sufrir que, á su vista, se atracasen á tierra cuatro pancos cargados de cautivos que llevaban al mercado, y recibir el atroz insulto de que los marineros de su buque que habian desembarcado para hacer aguada, fuesen impetuosa é impensadamente acometidos, haciendo befa de los contratos de paz que estaban vigentes, confesaremos que con harta razon esclamaba el General Claveria: «Por lo acaecido debemos desengañarnos del proceder de aquellos bárbaros, que no respetan tratados, ni cumplen promesas, y que por el interés son capaces de vender, si los dejasen piratear, hasta la tierra en que mandan.»

---

(1) Los franceses llevaron estos documentos sin los sellos y firmas indispensables para su validéz; hecha la correspondiente reclamacion por el gobierno de España al de Francia, éste último declaró aquellos tratados por de ningun valor.

El Capitan general de Filipinas, despues que el Gobernador de Zamboanga Figueroa se opuso á que el Almirante francés tomase posesion de Basilan, mandó que se eligiese un punto al Norte de la isla y se construyese en él un fuerte provisional; mas tarde, en 1848, se empezó la fábrica de una fortaleza de piedra con arreglo á los planos presentados por el Capitan de Ingenieros Bernaldez, que dirigió las obras hasta el año de 1851, en el que las concluyó el de igual clase y arma D. R. Carrillo.

VI.

CAMPAÑA DE BALANGUINGUI.

Cuando hablamos en el capítulo anterior de las principales guaridas de los piratas, es decir, de aquellas islas elegidas por estos para depósito de sus rapiñas, mercado de esclavos, y punto de reunion de las embarcaciones con que despues salian al corso, citamos á la de Balanguingui. Con efecto, esta isla, asi por su estraña topografía como por su situacion en el centro de las Zamales, se prestaba naturalmente al objeto apetecido, segun veremos mas adelante, pues antes de describirla y narrar los hechos que acabaron con su existencia, hemos de ver si realmente ha debido ser el punto designado para el desarrollo de las operaciones militares que con tanta gloria supo conducir el Capitan general D. Narciso Claveria.

Que la conducta insensata del Sultan de Joló pretendiendo vender al estranjero la isla de Basilan; que la traicion infame cometida cuando los marineros de la fragata *Esperanza* fueron á hacer aguada en las playas de la isla en que reside aquel magnate; que el desprecio manifestado abiertamente por todos los jefes mahometanos á los convenios y tratos de amistad celebrados con ellos; y por último, que el incesante clamoreo de los cansados pueblos cristianos, especialmente de los bisayas, exigia con imperio un pronto y ejemplar castigo que sirviera de escarmiento á todos, nadie lo ha puesto ni puede racionalmente poner en duda; pero la dificultad estaba en señalar con acierto entre tantas islas y tantos reyezuelos, Dattos y pueblos independientes, un blanco que tuviera las condiciones requeridas para que la empresa no fuera estéril, que ni el gobierno de la colonia disponia de los suficientes medios para invadir, ó siquiera amenazar simultáneamente los muchos puntos del territorio que ocupaban los piratas, ni todo se vence á un tiempo y de un solo golpe.

Las declaraciones de varios cautivos fugados de Joló y de Pilas; las averiguaciones hechas por el Gobernador de Zamboanga y los informes dados por los comandantes de los cruceros de la marina sutil, estaban conformes en que, si piratas se veian y abrigaban en todas partes, los peores y principales se hallaban en la isla de Balanguingui; por otra parte, el Brigadier Salazar, estando encargado del gobierno en 1836, escribia á propósito de esto al gabinete de Madrid: «En las islas *Zamales* que son propiamente aquellas que están sembradas desde Basilan hasta el SE. de Joló, es actualmente la guarida de los piratas, donde abrigados de la naturaleza de aquellos islotes rasos y llenos de maleza, conservan sus pancos, *principalmente* en Balanguingui..... De Balanguingui salen anualmente muchos pancos, que algunas veces llegan á 100, los cuales acaban de tripularse en Maluso, Pilas y bahía de Siudangan.»

Con estos antecedentes, decidió el General Claveria en 1845, que marchase en demanda de aquella isla una fragata de guerra con algunas lanchas y falúas, conduciendo á su Secretario el Coronel Peñaranda y alguna tropa de desembarco, para tomar noticias y aclaraciones sobre el terreno mismo, entenderse con los jefes de la isla, y al propio tiempo reconocer detenidamente las costas enterándose de la clase de defensas que en ellas hubiére, poblacion y otras circunstancias que se ignoraban de todo punto, y cuyo conocimiento era indispensable para ilustrar debidamente al gobierno.

Presentóse la espedicion en las aguas de Balanguingui, y fondeó á la parte del Norte y á la vista de uno de los fuertes que habia en la isla. Trató Peñaranda de ponerse en comunicacion con el Datto principal, pero este y sus secuaces, ya fuese por temor, ya fuese por arrogancia, se negaron terminantemente á recibirle, y llegaron á proferir amenazas contra los nuestros si persistian en su designio de desembarcar ó continuaban practicando reconocimientos en sus costas; y aun no contentos con esto, hicieron alevosamente algunos disparos de cañon á los buques en que tremolaba la bandera española; por lo cual, y á pesar de ser nuestra gente tan poca, y de no tener artillería que poner en tierra, ni escalas ni otro medio de dar un asalto al fuerte en que los moros se encerraron, se intentó, con mas ardimiento que prudencia, acometerlos y tomar venganza del ultraje; desembarcaron en efecto, embistieron con ímpetu, mas, como era de presumir, todos los esfuerzos que hicieron para trepar los muros fueron inútiles; y aquel tan noble empeño no dió mas resultado que matar unos pocos enemigos, destruir algunos pancos y entregar allí la vida algunos de nuestros mejores soldados con su Comandante Rodriguez, que pereció tambien batiéndose con notable bizarría.

El solo hecho de recibir mal al enviado del Capitan general, confirmaba el recelo, ó mejor dicho, la seguridad que se tenia

de que allí se albergase un pueblo de piratas que, en mengua de la civilizacion, practicaba el repugnante comercio de hombres; y aquel fuerte artillado que en la playa habia, con la noticia que se tuvo de otros del interior, tampoco dejaba la menor duda de que Balanguingui era, como se habia creido, un mercado de esclavos, un depósito de riquezas, fruto de robos y saqueos, y en fin, un baluarte poderoso de la perjudicialísima independencia de aquellos seres degradados, verdugos de los pacíficos y leales filipinos. Esto bastaba para señalar la isla maldecida como blanco del mas severo y vigoroso escarmiento; y el revés sufrido por las tropas de Peñaranda, pedia, por honor de la bandera, que este escarmiento fuese inmediato y de manera que jamás se considerasen sin amparo los que se acogen bajo la esclarecida enseña de Castilla.

Así lo comprendió el General Clavería y aun el gobierno de S. M., que con fecha 7 de setiembre del mismo año decia, hablando de Balanguingui: «Solo ha sentido S. M. que se retirasen las tropas sin tomar el fuerte donde se refugiaban enemigos tan dañinos, y desea que en la primera ocasion sea tomado, y castigados los que le defienden, para que el pabellon español sea temido y respetado en las regiones de Asia.»

Desde entonces el jefe superior de la colonia se ocupó, venciendo no pocas dificultades, en organizar una espedicion reuniendo los pocos buques de guerra de que podia disponer y formando una columna con sus mejores soldados; espedicion que habia de mandar en persona, dando con ello una prueba de amor al pais, y de respeto y obediencia á la voluntad espresa de S. M.

La isla de Balanguingui, situada á los 6° 5′ 30″ latitud Norte, y 125° 24′ 20″ longitud Este del meridiano de Madrid, tiene escasamente 6 millas cuadradas de superficie; es llana (véase la lámina 3.ª), cubierta por todas partes de mangles y maleza, de suelo tan bajo, anegadizo y pantanoso que, al crecer la ma-

rea, apenas deja en seco algunos pequeños arenales donde se descubrian los fuertes, y á la inmediacion de estos muchos esbeltos cocales y grupos de casas de tabla y nipa construidas sobre pequeños postes de madera para aislarlas de la humedad del suelo. Un canal principal y poco profundo divide la isla en dos porciones, y de este parten un sin número de brazos, esteros y canalizos, en distintas direcciones y de escasísimo fondo, los cuales se comunican y enlazan entre sí, haciendo de la isla un verdadero laberinto.

Las fortificaciones consistian en cuatro fuertes aislados, y situados como nos manifiesta el plano, uno al Norte y tres al Sur, y estos, segun el órden de importancia, se llamaban Sipac, Balanguingui, Sungap y Bucotingol. Vamos á describir suscintamente el primero, para dar una idea de su resistencia y construccion análoga á la de los otros tres.

El fuerte de Sipac (lám. 4.ª) era un gran reducto de planta irregular, reforzado por los pequeños torreones que flanqueaban las caras con dos órdenes de fuegos de artillería; los muros estaban formados de gruesos troncos de árbol de uno y medio á dos pies de diámetro, enterrados cosa de una vara, perfectamente unidos, y colocados en dos, tres ó mas filas paralelas (segun el espesor variable de la muralla) distantes entre sí unos cuatro á cinco pies, y relleno este espacio encajonado, de gruesas piedras, tierra y arena; la altura iba en disminucion del esterior al interior, siendo en aquella parte de 20 piés. Su espesor en el frente del mar y en el de tierra mas espuesto á los ataques, no bajaba de 18 piés, pero era bastante menor el de las caras que daban sobre los mangles y pantanos. La artillería mas baja la tenian colocada en unas casamatas rasantes abiertas en el espesor de los muros, y los cañones mas ligeros y las lantacas, en un segundo órden ó batería al descubierto. La figura de las casamatas era la de una pirámide cuadrangular truncada, con la base menor mirando á la campaña, en donde solo tenia una abertura suficiente

para dejar paso á la estremidad de la caña de la pieza; se asemejaban, por lo tanto, á una gran cañonera invertida, ó á una enorme aspillera.

Porque era el fuerte del Sur el mas fácil de embestir (los otros tenian á su pié el mar y los mangles), se habian acumulado en dicha parte las defensas accesorias, que consistian en una zona de 10 á 12 varas de pequeños pozos de lobo, y multitud de puas de caña bien afiladas.

Hecha esta ligera descripcion de los fuertes, pasemos á dar cuenta de la espedicion y su resultado.

Componíase la escuadra, al mando del Brigadier de la armada D. J. R. de Apodaca, de tres vapores de guerra (uno de 160 y dos de 100 caballos), dos pailebots, tres bergantines de transporte, y una fuerte division de marina sutil.

El 27 de enero de 1848 zarparon de la bahía de Manila con rumbo á Dapitan (al NO. de Mindanao) los pailebots de guerra convoyando á los tres bergantines, dos de ellos fletados por el gobierno, y otro perteneciente al comerciante de Iloilo D. Joaquin Ortiz, que le ofreció generosamente con su persona y algunos paisanos armados de su cuenta; en estos buques iban tres compañías de infantería á las órdenes del Teniente coronel Arrieta. El dia 6 de febrero se embarcaron otras dos compañías, un piquete de Alabarderos, otro de Seguridad Pública, un destacamento de Artillería con dos obuses de montaña, y otro de Obreros con un pequeño parque de Ingenieros en los vapores que salieron aquella misma noche conduciendo, el mayor de ellos que lo era el *Reina de Castilla*, al Capitan general y su Estado mayor.

Cuando estos vapores llegaron á Dapitan, ya estaban allí reunidos los pailebots y transportes, y tambien la division de lanchas y falúas; diéronse á la vela el 11, y el 12 volvieron á reunirse todos en la Caldera, desde cuyo puerto emprendieron definitivamente el derrotero á Balanguingui, despues de recoger al Gobernador de Zamboanga y algunas vintas tripuladas

por 150 paisanos armados, pertenecientes á aquel pueblo, y que eran prácticos en guerrear contra los moros.

El dia 13 fondearon los vapores al Norte de la isla, el 14 lo verificaron los demas buques, y el 15 se hizo un detenido reconocimiento de la costa y del fuerte de Balanguingui situado en esta y el que se determinó atacar primero.

Al amanecer del 16 empezó el desembarque, que se hizo con mucho órden, de cuatro de las compañías, y el de los zamboangueños con las escalas de asalto traidas de Manila. Formáronse las tropas no lejos del fuerte, aprovechando la circunstancia de estar la marea baja para pisar en seco, pues durante la pleamar permanece aquel enteramente aislado. Entretanto se enviaron algunas fuerzas á la parte Sur de la isla en observacion del fuerte de Sipac, del que, si bien se ignoraba su estension, armamento, etc., era pública voz que encerraba muchedumbre de enemigos y abundantes riquezas. La artillería de los buques de guerra que quedaron en el fronton del Norte, rompió el fuego contra las estacadas del fuerte de Balanguingui, pero, no obstante el acierto de los disparos, no causaba efecto decisivo, ni era estraño, si se considera lo pequeño del blanco, y que las balas que herian los troncos quedaban empotradas en ellos sin derribarlos, por estar perfectamente apoyados en el macizo de piedras; el mismo resultado daban las granadas que gracias si, al reventar, levantaban alguna astilla; solo las que arrojadas por elevacion caian casualmente en el interior de la obra, hicieron algun daño. Esto demostraba la imposibilidad de abrir brecha con la artilleria, al menos en breve tiempo, lo cual, lejos de disminuir, escitó el entusiasmo de las tropas que se dispusieron animosamente á dar el asalto.

Las ocho de la mañana serian cuando se formó la columna de ataque con 3 compañías de infantería y 150 zamboangueños, mas otra compañía de reserva; y á la misma hora desembarcó el Capitan general con su Estado mayor, compuesto de

su secretario, el Gobernador de Zamboanga, tres ayudantes de campo, y dos Capitanes de Ingenieros que solicitaron y obtuvieron el honor de marchar á la cabeza de la columna.

Suspendido el fuego de cañon, el Sr. Clavería dirigió algunas frases vehementes y llenas de energía á los impacientes soldados, que serenos, en formacion correcta, con el arma al brazo, sufriendo impávidos el nutrido fuego que los enemigos hacian, avanzaron resueltamente hasta el mismo pié del muro; una vez allí, colocan las escalas en diferentes puntos, protegidos durante esta operacion por la compañía de cazadores de reserva ocupada en dirigir su fuego graneado sobre los moros que desde lo alto de los parapetos, con horquillas, con palos y hasta con las manos, agarrando las estremidades de las escalas, pretendian arrojarlas al suelo, á lo cual se prestaba la circunstancia de ser estas demasiado largas, como construidas en Manila sin un conocimiento, siquiera aproximado, de la altura de la muralla; pero los nuestros sin dejarse abatir por este contratiempo ni por las muchas piedras, granadas de mano devueltas, zumbilines, etc. con que, al mismo tiempo que con el fuego de fusil defendian los piratas bizarramente su puesto, trepan por las escalas que pudieron conservar derechas, caen despeñados los primeros, entran otros á sustituirlos, y recortaudo á golpes de hacha la parte sobrante de las escalas, se mantienen firmes en ellas sosteniendo su coraje el ardor de la mas desesperada resistencia. Hubo momentos de ansiedad terrible en que empezó á dudarse del éxito, pero un grito de entusiasmo seguido de una brusca embestida, pusieron fin á la lucha y arrancaron á la duda la victoria. Los moros entonces procuran escapar á la muerte refugiándose unos entre los mangles, en donde son perseguidos por la compañía de reserva, y arrojándose otros al mar; pero de estos perecieron allí hasta 40 al fuego y cuchillo de la tripulacion de las falúas y los botes que les esperaba; algunos en fin, se ahogaron; y fueron los que se salvaron muy pocos.

Puede calcularse su pérdida en 100 hombres, y la nuestra en 7 muertos y 50 heridos ó contusos, entre estos los Coroneles Peñaranda y Figueroa.

Se encontraron en el fuerte 14 piezas de artillería, abundantes municiones y otros efectos de escaso valor (1).

Tomado el fuerte llamado de Balanguingui, la escuadra se dirigió á la parte Sur de la isla y fondeó frente del de Sipac, habiéndose antes intentado penetrar con las fuerzas sutiles por el canal al interior, pero su escaso fondo hizo la operacion imposible; dejáronse sin embargo á la entrada del mismo, algunas lanchas y falúas para cortar la retirada de los pancos enemigos.

Los dias 17 y 18 se emplearon en construir, en la inmediata isla de Fárol y bajo la direccion de los ingenieros, unas 200 faginas para cubrir con ellas las primeras filas de la columna de asalto que tanto habia padecido en el ataque anterior, y 30 escalas mas fuertes y con dimensiones mas arregladas que las

---

(1) Orden general del 17 de febrero de 1848 en Balanguingui:=«¡Soldados!=Las esperanzas espresadas en la órden general del 15 fueron ayer enteramente cumplidas. Balanguingui fué nuestro, no sin resistencia, ni sin valor de sus defensores; pero el vuestro fué mayor, y escalando esos muros de tanta nombradía en este Archipiélago, disteis pruebas de lo que valeis y de lo que puede esperarse de vosotros. Os vi disputaros el honor de la victoria y la sangre que derramasteis prueba que no era fácil. Muy complacido he quedado de vosotros. Las tres compañías de ataque de los regimientos de Asia, 1.° de línea y 2.° ligero, y la del segundo de línea que formaba la reserva, maniobraron como en un ejercicio, y á la señal de ataque los bravos que las componen nada dejaron que desear. ¡Honor al ejército de Filipinas! y honor á la marina que con sus fuegos, sus auxilios y la decision personal de todas sus clases, preparó y ayudó al triunfo que ha privado á los piratas de su nombrado fuerte, de 14 piezas de artillería y de mas de 80 hombres, que han perecido en las puntas de vuestras bayonetas, por la metralla de las falúas y ahogados en la fuga, cuando viéndoos dentro del fuerte esparciendo la muerte, se tiraron por los muros conociendo ser vana su resistencia!=Preparaos, soldados, á otro triunfo. El fuerte de Sipac igual ó mayor que el de Balanguingui, nos espera; y confio que por vuestro valor tremóle en él muy pronto la bandera de Castilla. En este ataque tendrán lugar de distinguirse los que ayer no pudieron trabajar por la limitacion del terreno firme. Yo os veré tambien y premiaré, y propondré á S. M. las recompensas debidas al mérito, cuando adquiera los datos necesarios para ser justo.=NARCISO CLAVERIA.»

que se inutilizaron en Balanguingui. Tambien se practicaron en tierra algunos reconocimientos para determinar el frente de ataque, buscar el mejor sitio para el desembarco y campamento de las tropas, y el conveniente para el establecimiento de una batería de obuses.

Levantado el fuerte de Sipac en la garganta de un istmo; y ceñido en casi todo su perímetro por el mar y los pantanos, solo se presentaba algo mas accesible el frente del Sur ó de tierra, y esto por un paso angosto y cortado por la línea de pozos y puas de caña de que ya hicimos mencion. Elegido este frente para el ataque, estaba indicado un cocal que se estendia á este mismo lado y á unas 1000 varas de la fortaleza, para la reunion de las tropas. La batería se situó á 400 varas de la misma, en la prolongacion de la capital de su ángulo SO.; y la construyeron los artilleros bajo las órdenes y direccion del Capitan de Ingenieros Bernaldez, valiéndose de tablones extraidos de los pisos de las casas mas inmediatas, de fajos, faginas y piedras sueltas, únicos materiales que se encontraban á mano.

Concluidos los trabajos preliminares al anochecer del 18, se dispuso que desembarcase la fuerza, operacion difícil, por que siendo la costa muy tendida, las embarcaciones, aun las mas pequeñas, no podian acercarse á la playa, lo que obligaba á los soldados á lanzarse al agua que les pasaba de la cintura y marchar asi cerca de una milla de distancia; se estableció el campamento en el paraje designado de antemano, sosteniéndose, desde la oracion á la diana, la mitad de la gente sobre las armas por temor de una sorpresa. A eso de las nueve se trasladó á una de las casas inmediatas que habian desalojado los moros, el pequeño parque de Ingenieros; los obuses se colocaron en su batería, y á retaguardia del campo las cajas de municiones y otros efectos de guerra. Pasó la noche con tranquilidad, sin otro incidente que el haberse estraviado, al pasar del parque al campamento, uno de los oficiales de Ingenieros que, engañado por las voces que oia y caminando á través del

bosque de mangles sin hallar camino ni senda que le guiase, fué á dar sobre la fortaleza misma; y aunque al descubrirle los defensores de ella le hicieron una descarga y salieron á su alcance, pudo salvarse al abrigo de los centinelas destacados por la guardia avanzada de la posicion amiga; por lo demás, no trataron los moros de hostilizar ni aun de inquietar á las tropas.

Amaneció por fin el dia 19, y al toque de diana, las baterías de los buques y la de tierra atronaron el espacio con el sostenido fuego de sus cañones y obuses, lanzando innumerables proyectiles contra los parapetos del fuerte.

El dia se presentó hermoso; claro el cielo, despejada la atmósfera, tranquilo el viento y sosegada la mar; y haciendo contraste con aquella calma apacible y dulce serenidad de la naturaleza, el estampido arrogante de los bronces, el estruendo formidable de las armas, anunciaban un dia espantoso de desolacion y de muerte. Entre las imprecaciones y los lamentos de los fanáticos y de los heridos, oíanse las voces de júbilo que daban unos y otros combatientes cuando, al choque de la bala ó al reventar de la granada, seguia un destrozo que para estos vigorizase la defensa ó para aquellos facilitára el asalto. En nuestras filas el entusiasmo habia subido á su estremo, y era manifiesto el deseo de venir á las manos; y los piratas á su vez, bien seguros de su valor y esperanzados del triunfo, haciendo alarde de su loca intrepidez, colocaron al lado de su bandera un cuervo amenazando muerte y un lienzo rojo como pidiendo sangre.

Derramaba el sol el fuego de sus rayos sobre aquel pedazo de tierra tan inmediato al Ecuador, pero aunque envueltos por una sofocante atmósfera, nuestros soldados, lejos de rendirse á la fatiga que aquella producia, aguardaban impacientes la voz de ataque; así que, en el momento de presentarse en el campo la persona del Capitan general con el Estado mayor y una brigada de marina que solicitó el honor de compartir los

glorias de tierra, cuando despues de una corta alocucion y de un fervoroso ¡viva la Reina! se dió la órden de avanzar; la columna formada de antemano, al compás de la música militar adelanta atrevidamente con el mismo órden, con la misma serenidad, con el mismo denuedo que al frente de Balanguingui. Al encontrar la línea de pozos de lobo y de puas, que hicieron bastante mal, y cuando necesariamente habia de ser lenta y trabajosa la marcha, toda la artillería enemiga callada desde que cesó el fuego de los buques, hizo una descarga general que puso instantáneamente en nuestra vanguardia á 35 hombres fuera de combate, incluso el capitan que la mandaba. No se dió por esto un solo paso atrás; por el contrario, como pudieran hacerlo las mejores tropas del mundo, siguen adelante los que quedan, arrojando al suelo las faginas por despreciar este medio de ir á cubierto; parten á la carrera, llegan al pié de las estacadas, ponen las escalas, trepan por ellas, y al encontrarse, empéñase una lucha ardiente entre el valor sobresaliente de los nuestros y el arrojo desesperado de los sitiados. El fusil, la escopeta, la pistola, las armas blancas y las arrojadizas, las granadas de mano, las piedras, todos los medios de ofender se ponen en juego de uno y otro lado y se manejan con igual brio. Una espesa nube de humo y polvo envuelve á los que pelean cuerpo á cuerpo, y hubo ocasion de distinguirse apenas los contrarios. Oficiales, sarjentos, soldados y paisanos ruedan por las escalas ó muertos ó heridos, pero no por eso la refriega pierde su energía, sino que los que abajo quedan disputan por subir los primeros, aunque saben que arriba no han de poder sostenerse, porque un nuevo obstáculo, un valladar formado sobre el muro con estacas y listones fuertemente enlazados y enclavados en el parapeto, hace imposible el empeño de fijar sobre estos el pié. No importa, allí mismo á pecho descubierto, con hachas y sables se desbarata la valla, y los mas intrépidos coronan los primeros el parapeto, y sobre él y aun dentro del recinto, se disputa á palmos el terreno con

mas furia, si es posible, y mayor encarnizamiento que antes. «La defensa, dice en su parte el General Clavería, era desesperada, porque los piratas creian el fuerte intomable y allí tenian por esto crecido número de familias y de efectos. En su desesperacion se vió á algunos clavar sus campilanes en el seno de sus mujeres é inocentes hijos, y buscar la muerte en nuestras bayonetas. Otros se tiraron por el lado opuesto, al cual ya habia pasado, segun mi órden anticipada, la compañía de Carabineros del 2.° ligero y al pié del muro hallaron su fin. Esta situacion hizo que en los grupos muriesen personas inofensivas; unos por sus mismos dueños, otros por nuestros fuegos, y el aspecto del interior del fuerte cuando subí á él era horroroso. La muerte en todas sus formas se presentaba por todas partes, y de ella se libraron crecido número de víctimas estableciendo órden y haciéndolas salir de los hoyos donde los moros las habian metido cubriéndolas de esteras.»

En efecto, el espectáculo que á los ojos se ofrecia era imponente. En los parapetos corria la sangre, caliente todavía, que manaba de las recientes heridas de los muchos que allí combatieron y quedaron sin vida; en el interior del fuerte, es decir, en el reducido espacio de 850 varas cuadradas, grupos de cadáveres hacinados sobre un suelo por ellos enrojecido; cureñas rotas, cañones, banderas y proyectiles en gran cantidad, casas y camarines ardiendo, hombres, mujeres y niños arrastrándose en la agonía, nubes de polvo y de humo; calor, fetidez, y todo lo que puede con mas fuerza embargar los sentidos é impresionar vivamente el ánimo.

Cayó por fin el fuerte de Sipac como habia caido el de Balanguingui, á impulso del entusiasmo mas puro por la mejor y mas santa de las causas. Sofocada toda resistencia, arbolada la bandera de Castilla sobre los baluartes, la satisfaccion de la victoria recompensó los afanes y esfuerzos de aquel puñado de valientes.

La mortandad de los piratas en esta jornada fué grande:

340 cadáveres se quemaron en monton para evitar su corrupcion, que hubiera precipitado el calor intenso que hacia, y pasaron de 150 los moros que se cogieron prisioneros, mujeres y niños en su mayor parte, todos heridos ó estropeados, y que fueron conducidos al hospital de sangre en donde se les prodigaron toda clase de auxilios. Además, en los pantanos perecieron muchos; y no pocos en la mar, cuyas olas, en las calladas horas de la noche, arrojaban sus cuerpos mutilados sobre las desnudas playas.

«En el rudo combate de este dia (añade en su parte el General) nuestra pérdida fué de consideracion. Murió el Capitan del 1.° ligero D. José María Ataide, y salieron heridos mis dos ayudantes de campo D. Toribio Escalera y D. Luis Escario, un alabardero de mi guardia, el Teniente de Infantería don Manuel Robles, los Subtenientes de la misma arma D. Mariano Montilla, D. Francisco Gil Jurado, D. Francisco Olaguer, don Antonio García del Canto, el de igual clase de Carabineros D. Joaquin Ortiz y el Capitan de Ingenieros D. Emilio Bernaldez.» En las otras clases hubo 16 muertos, 124 heridos, algunos muy graves, y 22 contusos.

Como los moros tenian depositadas en aquel recinto sus riquezas, halláronse, además de las banderas, multitud de armas de fuego y blancas, 66 piezas de artillería, la mayor parte de bronce; balerio, metralla, sacos de pólvora, ricas piezas de sedería y brocado, bajillas de plata, algunos vasos, brazaletes y alhajas de oro, libros de oraciones en árabe, y variedad de otros objetos de menos valor y mérito; todo lo què fué inventariado y recogido por los dependientes de la Hacienda militar. »

Pero lo verdaderamente interesante fué el rescate de 300 cautivos que escaparon de la isla, pertenecientes unos á nuestras provincias y otros á las Neerlandesas. Enfermos, desnudos y llenos de miseria, lloraban de contento bendiciendo á sus hermanos que, al vencer á los causantes de la tristísima

siutacion en que estaban, rompieron y desbarataron la mas dura y amarga de las cadenas (1).

Cerca del fuerte conquistado de Sipac, hallábase el de Sungap separado solamente del primero por un cocal; su guarnicion habia causado el dia anterior algunos heridos á una partida nuestra encargada de un reconocimiento. El General, aprovechándose de la confusion que en todas partes entre los piratas reinaba, en los momentos de perder el primero de di-

---

(1) Orden general del 20 de febrero de 1848 en el vivac de Sipac:=«¡Soldados! Este fuerte ha cedido ayer al acierto de los tiros de los buques de guerra, de la bateria del ejército, y al valor de los soldados, de la brigada de marineros que voluntariamente se han ofrecido al asalto y al de los bizarros zamboangueños. Sus defensores han manifestado una decision digna de mejor causa, y una ferocidad propia de su carácter. Vosotros al oir mi órden, mi «¡viva la Reina!» y el paso de ataque, os precipitásteis bajo los muros entre los escollos con que se intentaba detener vuestro ardor, entre lluvia de balas, metralla, piedras y flegas arrojadas: nada os detuvo, soldados, marinos y paisanos de la espedicion, nada; y á los pocos minutos subisteis por las escalas puestas con decision, á coronar un muro de seis varas de altura, donde se ofreció otro obstáculo que vencer, en el valladar improvisado con que los piratas quisieron deteneros. ¡Mejor hubiera sido para ellos y para la humanidad no contener así vuestro arrojo!..... porque causó el espectáculo de ocupar vosotros dos lados del fuerte y los enemigos los otros, quedando en el centro grupos de mujeres y niños, que en el concepto de invulnerable habian encerrado en este recinto, sufriendo el fuego de unos y otros. ¡Contaron sin duda con su valor para defenderlo, y no con el vuestro para atacarlo!!! Todo lo arrollásteis al fin, y entonces se vió á algunos de aquellos bárbaros introducir sus campilanes y lanzas en el seno de sus mujeres é hijos por no entregároslos, y arrojarse á la muerte sin rendirse. Escena terrible es la que se presentó á mis ojos cuando subí trás de vosotros á contener vuestra indignacion, y me complazco sin embargo en anunciar que vi algunos actos generosos, que prueban sois tan valientes como humanos..... Las naciones que tienen en ellos (en los mares) establecimientos os deben este servicio importante, y los muchos cautivos rescatados, su libertad. Muy pronto ocuparemos todo el resto, y acabando de destruir los medios de vivir, los de defensa y los muchos pancos y embarcaciones menores que servian al pirateo, irémos á descansar orgullosos de haber hecho un gran servicio al género humano y muy particularmente á Filipinas, dejando en este Archipiélago una prueba de que no se nos insulta impunemente. Los bravos guerreros de ayer se han humillado hoy ante Dios, pidiendo por las almas de los cristianos que ayer sacrificaron su existencia. Todos hemos asistido á los funerales, que la pompa marcial y religiosa posible en estas circunstancias ha preparado á los restos del Capitan Ataide y demás que ayer murieron .... ¡Séales ligera la tierra que han bañado con su sangre!!!=CLAVERIA.»

chos fuertes, habia hecho adelantarse al Capitan Bárcenas con su compañía para intentar sobre el segundo un golpe de mano; á la carrera llegaron los soldados hasta el estremo del cocal poco distante de los muros, notando con sorpresa que nadie aparecia sobre los parapetos ni se percibia el menor ruido. Fácil era suponer que estaba abandonado; no obstante, por sospechas de una traicion, arma poderosa entre aquellas gentes, pareció conveniente aproximarse con cautela. Hiciéronlo así sin detenerse hasta el pié mismo de las estacadas, pero ni un tiro, ni una voz, ni la menor señal de que estuviera el fuerte guarnecido. Entonces arriman las escalas y suben por ellas descuidadamente, mas el primer soldado que pisó el parapeto, cayó desde lo alto mal herido de un golpe de campilan; ¿y por quién?..... por un moro, único hombre que custodiaba aquel baluarte; por su alcaide, que abandonado de todos sus compañeros refugiados ya en los mangles y pueblecillos del interior, hizo juramento de defender el puesto hasta morir, y lo cumplió dignamente. ¡Rasgo sublime de abnegacion y denuedo, que en otro lugar y por mejor causa, hubiera merecido las alabanzas mayores! Citamos este hecho, y el que ponemos á continuacion, para demostrar hasta dónde alcanza el fanatismo de esas fieras que imaginan estarles abiertas las puertas del paraiso cuyas delicias se prometen gozar, con solo morir dando antes la muerte á un cristiano. Otro moro principal se fué hácia la estacion de lanchas y falúas fondeadas en la boca del canal; la tripulacion de estos buques vió que se acercaba lentamente en direccion suya un hombre con altivo ademan, sereno, mirando á todos lados con indiferencia al parecer, y su cris en la cintura; como era natural, no hicieron prevencion alguna suponiendo, al verlo solo, que vendria á pedir indulto ó que seria tal vez un cautivo que se libertaba, cuando en el punto de pisar aquel hombre la borda de la falúa que encontró mas cerca, tiró del cris y se lanzó con gran furia sobre el primer soldado que pudo alcanzar; es decir, que fué á

buscar una muerte segura sin otra esperanza ni consuelo que el de hacer antes todo el mal que en su mano estuviere.

En Sungap se recogieron 13 cañones de pequeño calibre. Quedaba el cuarto fuerte por tomar, el de Bucotingol: en este, segun declaraciones de los cautivos, trataban de hacer resistencia los moros que pudieron escapar de los otros tres. Para tomarlo se mandó el 25 por la mañana una compañía reforzada con algunos zamboangueños á las órdenes del Coronel Peñaranda que fué acompañado del Capitan de Ingenieros Munarriz. Con mil trabajos para desembarcar y despues para cruzar los mangles que le rodeaban, consiguieron descubrir el fuerte así como á sus defensores que, descuidados, se hallaban fuera merodeando; cargáronlos con impetuosidad sin darles tiempo para subir por una escala de mano que tenian arrimada á la estacada, y la que sirvió á la tropa para penetrar en dicho fuerte, y apoderarse de él, y de los tres cañones que le guarnecian.

Inmediatamente los botes armados y las vintas entraron por los canales y esterillos abrasando al paso gran número de pancos y otras embarcaciones, y fueron á dar sobre los pueblos de Buasuan, Suitan, Pahat y Pandan-pandanan, que allanaron y redujeron á escombros, lo mismo que los caseríos inmediatos á los fuertes en cuyas principales viviendas hallaron hasta 10 cañones; y por último, para que desapareciese la única produccion útil de la isla, se cortaron sus ocho mil piés de coco.

Entretanto, los oficiales de Ingenieros con los obreros y auxiliados por dos compañías de infantería, disponian los combustibles necesarios para consumir por el fuego las fortalezas, como medio el mas seguro, mas pronto y mejor de destruirlas, en vista de la clase de revestimientos que tenian y de ser caliza toda la piedra de los rellenos.

Por fin, aquel mismo dia 25 por la tarde, trasladada á bordo la artillería recogida en los atrincheramientos y en los

pueblos; reembarcadas las tropas y dada la conveniente colocacion en los buques á los heridos, á los prisioneros, y á los cautivos que pudieron escapar con vida de la refriega y del inhumano trato de sus antiguos señores, la escuadra se dió á la vela, apartándose de aquel lugar asolado, sobre cuya superficie se elevaban las columnas de humo, iluminadas por el resplandor de las llamas que los fuertes ardiendo despedian (1).

Despues de una ligera detencion en las islas de Tonquil y Pilas para enterar á sus habitantes del castigo impuesto á sus rebeldes vecinos, el General llegó á Zamboanga con los vapores el 28, y el 29 lo verificaron los demás buques. En aquella plaza celebráronse alegres fiestas por el reciente triunfo de nuestras armas, y tambien solemnes funerales como último obsequio tributado á los valientes que murieron en el campo del honor.

La plausible noticia del completo esterminio de los piratas de Balanguingui se recibió en Manila el dia 28, y fué inmenso el júbilo de la poblacion que recorria alborozada las calles de la capital disponiendo fiestas y aplausos para los vencedores El 5 de marzo se cantó en la catedral un *Te-Deum* en accion de gracias, y el General segundo Cabo D. Antonio María Blanco, al frente de las tropas de la guarnicion tendidas en parada, pronunció una calorosa y entusiasta alocucion. Por estos dias andaba el Capitan general visitando algunas de nuestras provincias, y renovaba con los Sultanes de Mindanao y otras islas las relaciones de amistad antiguas, pero haciéndolo nuevamente bajo la influencia del poder y la victoria.

Un repique general de campanas, las salvas de artillería y las aclamaciones del pueblo, anunciaron el arribo de aquella autoridad á su natural residencia en la capital de la Colonia,

---

(1) Vease el Apéndice 3.

á donde ya se encontraba el ejército espedicionario. «A las tres de la tarde fondeó el vapor, y media hora despues recibió S. E. las felicitaciones de las principales autoridades y corporaciones de las islas. Una comision del Ayuntamiento puso en manos de S. E. una magnífica espada que habia sido de antemano preparada, como un obsequio dedicado al vencedor de Balanguingui. Desembarcó este á las cinco de la tarde en el muelle Real, en el que habia una magnífica pagoda y un arco erigido por la principalía de la Provincia; montado á caballo, y puesto á la cabeza de las fuerzas que habian tomado parte en la jornada, pasó el puente grande y recorrió las tropas tendidas en la calzada hasta llegar al arco triunfal levantado en la misma por el ejército y armada, al pié del cual le felicitó S. E. el Segundo Cabo á nombre de sus compañeros de armas. Las tropas desfilaron para sus cuarteles, S. E. se retiró á Palacio, y las iluminaciones y serenatas pusieron término á esta especie de ovacion.» (1).

Satisfecha S. M. la Reina del comportamiento de aquel ejército leal, recompensó á los que tuvieron la suerte de ser propuestos para el premio; y concedió al ilustre General en jefe, la Gran cruz de San Fernando, y un título de Castilla con la denominacion de Conde de Manila, Vizconde de Clavería; promoviendo tambien á Jefe de Escuadra al Comandante general de marina.

Los cautivos libertos fueron inmediatamente conducidos á sus respectivos pueblos y devueltos al seno de sus familias; asi los de Filipinas, como los súbditos holandeses; y los prisioneros se repartieron por las provincias de Luzon para que pudieran vivir con libertad, cambiar de costumbres, civilizarse y llegar un dia á ser propietarios como los demas indios, y co-

(1) P. Gainza.=Memoria y antecedentes sobre las espediciones de Balanguingui y Joló.

mo lo eran ya otros muchos moros cogidos en diversas ocasiones.

Al terminar esta reseña, justo es decir dos palabras sobre la verdadera importancia que hayan tenido las operaciones militares que acabamos de describir, ya se examine el hecho de armas aislado, ya se analice la utilidad que de ellas reportó el pais.

Con solo detenerse un momento á considerar la situacion geográfica de Balanguingui, deducirá fácilmente cualquiera que debió ser mucha la intensidad del calor en las horas de combate, y grande el destemple producido, durante la noche, por la fria y penetrante humedad de un rocio abundantísimo; agregábase á esto el no haber alojamientos en el campo, la escasez de agua, pues lo alterado de la mar unas veces y otras la fuerza de las corrientes contrarias, impeliendo en opuesto sentido á los botes que la conducian á tierra, llegaron en ocasiones á impedir que aquellos atracasen á la playa, viéndose por esta razon las tropas obligadas á beber de la salada y malsana que estraian de unos pozos abiertos en el terreno arenisco; la falta de noticias respecto del número de habitantes, género y valor de las defensas y otras circunstancias del interior de la isla, pues apenas se conocian con mediana exactitud las costas, lo que hubo de ocasionar mas de un entorpecimiento y riesgo; el corto número de tropas de desembarco si se atiende á que no pasando de 500 los hombres que entraron en fuego, subió á 229 la cifra de los que quedaron fuera de combate; y por último, la abundante artilleria y otras armas con que el enemigo defendia sus posiciones (1).

Con tales datos habremos de confesar que hubo mérito militar, y no pequeño, en emprender la espedicion y en terminarla felizmente.

---

(1) Sirva de ejemplo para conocer los medios de combatir de que disponian los

Su utilidad ha sido controvertida; algunos han pretendido sostener que el inmediato resultado de la empresa acometida seria el de avivar el encono de los piratas y hacer por esto mas desgraciada la suerte de nuestros pueblos; no faltando tampoco quien la censurase porque con ella no quedó de una vez y para siempre sepultada toda la morisma. La historia imparcial debe examinar el primer cargo supuesto, pues en cuanto al segundo, no hay para qué refutarlo, conociendo un poco el carácter, las costumbres, el número y gobierno de los moros, y porque no es razon bastante para negar la conveniencia y oportunidad de una campaña, la de que, con ella, no se proporcione á un pais toda la paz ó todos los beneficios que se comprendan posibles; por el contrario, motivo hay suficiente para justificarla y realzarla á los ojos del mundo civilizado, si mejora la situacion ó existencia de aquel pueblo, de una manera

---

piratas, la adjunta copia oficial de la artillería que les fué cogida en Balanguingui:

PIEZAS.	DE BRONCE.	DE HIERRO.
Obús de 6.	1	»
Cañon de 24.	»	1
— de 12.	»	1
— de 8.	1	2
— de 6.	2	2
— de 4.	10	2
— de 3.	2	»
— de 2.	12	5
— de 1.	6	9
Culebrina de 2.	1	»
Falconetes de 4.	2	»
— de 2.	2	»
Lantacas.	41	»
Cañones inútiles de varios calibres.	»	4
	80	26
	106	

Balerio. . . . . 200 balas de varios calibres.
Metralla. . . . 6 arrobas.
Varios sacos de pólvora.

que esté en la debida proporcion con los sacrificios que para llevarla á cabo se le impusieron.

El hecho es, que desapareció de la tierra una de las mayores y mejor defendidas madrigueras de aquella raza de hombres implacables y fieros; que sucumbieron muchos de sus principales caudillos; que se les privó de un formidable armamento, y se satisfizo á la humanidad ultrajada abriendo las prisiones de tantos infelices como gemian en la esclavitud. Además, nosotros hemos tenido ocasion de juzgar de la sensacion profunda, del terror pánico que causó en todos los distritos mahometanos la noticia de los sucesos de Balanguingui, y del respeto con que los Régulos de Mindanao y otras islas acudian á Zamboanga á mendigar la proteccion de los españoles, y á protestar, siquiera fuese con hipocresía, de su fidelidad y del propósito de abandonar en lo sucesivo el ejercicio del pirateo. Hasta el año de 1847, los partes mensuales que los jefes de provincia remitian al gobierno, estaban llenos de relaciones trájicas, de sorpresas, cautiverios, saqueos y episodios sangrientos; en aquel mismo año pasáron de 450 las personas cautivadas en solo el grupo de las islas Bisayas; pues bien, en el año de 1848 no hubo noticia de que lo fuese una sola, y en el siguiente de 1849 consta, que solo seis, tres infieles en la isla de Negros y tres cristianos en la provincia de Iloilo, cayeron en manos de los piratas. Asi que, como por encanto, tendió el comercio sus alas reanimándose visiblemente; estableció factorías en Barás, al Sur de Mindanao, y al despachar sus buques y cargamentos para todas las islas, cruzaba tranquilamente aquellos mares antes tan temidos; de este modo empezó á desarrollarse el gérmen principal de la riqueza del pais en un intérvalo de paz, que sino fué todo lo duradero que exigia el estado de postracion en que se hallaba, hizo conocer, sin embargo, palpablemente su benéfico influjo.

Y no fué solo en Filipinas donde se cogieron los frutos de esta campaña, pues el Gobernador general de las posesiones

Neerlandesas escribia en 25 de febrero de 1849 al Conde de Manila las notables frases siguientes: «A los esfuerzos enérgi-»cos y reiterados de V. E se debe principalmente que la anda-»cia de estos piratas haya disminuido mucho. Por tanto V. E. »ha adquirido derechos al reconocimiento del mundo civiliza-»do y de la Holanda en primer lugar.»

No insistiremos mas sobre este punto; basta dejar consignado que, aparte de las ventajas materiales del momento, las provincias españolas, y aun las estranjeras, empezaron à respirar al verse libres de los peligros, sobresaltos y saqueos con que sus implacables enemigos las tuvieron sumergidas en la desesperacion y el duelo, nada menos que 300 años. Este resultado califica por sí solo la empresa de Balanguingui; honra la memoria del caudillo ilustre que supo dirigirla, y aumenta una página de gloria á la historia de las acciones memorables de la marina y del ejército de Filipinas.

VII.

VIGILANCIA DEL GOBIERNO.—RUMORES FALSOS.—PEQUEÑA ESPEDICION A MALUSO.—ACONTECIMIENTOS QUE PREPARARON LA CAMPAÑA DE JOLÓ.

No porque á los piratas, de resultas de la severa leccion dada en los tristemente célebres pantanos de Balanguingui, se les viera andar errantes, abatidos y llenos de espanto; ni porque una y mil veces protestáran, segun costumbre, de su arrepentimiento y mejores deseos de mudar de vida abandonando su arriesgado oficio, podia el gobierno de la colonia fiarse de tales protestas, ni de aquella manifiesta humillacion llevada hasta la bajeza; así como no debia contentarse tampoco con lo hecho reposando tranquilamente sobre los recogidos laureles, ni menos prometerse, como dijimos mas arriba, que la cuestion del pirateo fuera cosa concluida, con solo recordar que el mismo Corcuera de esclarecida memoria, á pesar de la mayor

escala de sus empresas y de haber ocupado materialmente los territorios mahometanos, no llegó, ni con mucho, á realizar tan lisongera esperanza.

Por esto el Conde de Manila, dispuesto á no dejar de la mano tan grave asunto para no esponerse á perder en un momento de injustificable confianza lo que supo alcanzar á tanta costa, vigilaba sin descanso, espiando los movimientos é intenciones de su enemigo con la mayor perseverancia.

A principios de 1849 empezaron á circular alarmantes rumores sobre si los moros volvian á ocupar la devastada isla, y aun se tuvo por cosa segura que trataban de fortificarse en ella. Sin dar entero crédito á semejantes anuncios, pero con deseos de calmar la pública ansiedad y averiguar lo que hubiese de cierto, salió de Manila en el mes de febrero, y por órden del Capitan general de las islas, el Comandante general de marina D. Manuel de Quesada, con dos vapores de guerra en los que hizo embarcar una compañía del regimiento de Asia: uno de aquellos recogió á su paso por Zamboanga al Comandante de Ingenieros de la plaza, y además se incorporaron en este mismo punto cinco falúas, ocho vintas y varios lancanes tripulados por 70 paisanos armados.

El dia 27 por la tarde, se hallaban ya todos estos buques en el fondeadero de Sipac. Desembarcada la tropa y marinería, se practicó un reconocimiento general y minucioso de toda la isla; se derribó una pequeña estacada, único atrincheramiento que en toda ella se llegó á ver; se quemaron algunas casas, la mayor parte á medio construir, y multitud de embarcaciones menores que estaban en el canal y en los esteros por los cuales solo podia adelantarse arrastrando los botes y vintas por un fondo lleno de piedras y raices, viéndose tambien obligados los esploradores á desembarazarlos de los muchos troncos de árboles cruzados y otros obstáculos con que los naturales se propusieron interceptar el paso. No hubo ocasion de combatir, porque solo se presentaron unos cuantos moros aislados que

no hicieron resistencia, y algunos cautivos á quienes en el acto se dió libertad.

En los seis dias que duró el espresado reconocimiento, la marinería, así como la infantería del ejército, trabajó con loable celo, sufrimiento y constancia, sin que entibiase su ardor la necesidad de operar siempre sumergidos en fango y agua, ni el embarazo de los mangles; por eso decia el Sr. Quesada en su parte, al hablar de las operaciones del primer dia: «Se emprendió el regreso á bordo por el mismo claro de manglar, tanto mas preciso para todos cuanto que llevaban horas de trabajo personal, de estar metidos en el agua hasta la rodilla en lo general y á mas de la cintura en las hondonadas, por un piso de fango arenoso con madréporas ó coral muy cortantes que arrancaba y cortaba el calzado, causando lastimaduras vivas en los piés, á todo lo cual se agregó luego la mayor dificultad para arrastrar las embarcaciones. Pero hízose todo, y todos quedaron á bordo de sus respectivos buques al ponerse el sol, sin tomarse en todo el dia otro alimento que el agua llevada en cantimploras, barriles de mano y bombones de caña, pues la isla no tiene otra que la salada.»

Desde Balanguingui pasó la escuadrilla á situarse frente de Lob, pueblo principal de la isla de Tonquil; aquí los habitantes arbolaron la bandera blanca y seguidamente la española en virtud de una capitulacion ajustada entre el jefe español y el Panlima Bombali Datto el mas caracterizado de aquel territorio.

Visitáronse despues las islas de Tapiantanan y Pilas en las que nada ocurrió de notable, y regresó la espedicion á Zamboanga. De allí el Brigadier Quesada marchó á la provincia de Davao, al SE. de Miudanao, para conferenciar con los Régulos y Dattos que gobernaban los distritos mahometanos inmediatos á dicha provincia, y los cuales tenian en continua alarma á los habitantes de los caseríos sometidos á la jurisdiccion de su Alcalde mayor. Hecho esto, dió la vuelta con los vapores á Manila

satisfecho de poder asegurar que los rumores eran exagerados, puesto que halló por todas partes sumision y respeto, y presente en la memoria de los moros el vigor desplegado por las armas españolas en el año anterior.

Por aquellos dias recibió el Gobernador de Zamboanga la noticia de haber sido apresados tres infieles en la isla de Negros, segun manifestamos en el último capítulo, y otros partes en que se le anunciaba la presencia de una escuadrilla enemiga en las aguas de Iloilo; y como de las diligencias prácticadas sin demora para investigar la procedencia de aquellos piratas, resultase que eran unos cuantos cabecillas del pueblo de Maluso en Basilan, resolvió pasar á esta isla y pueblo, é imponer á sus habitantes el merecido castigo.

Acompañado del Comandante de Ingenieros de la plaza, del jefe de las fuerzas sutiles y al frente de 100 hombres, salió el 29 de mayo de Zamboanga con una lancha, cinco falúas y ocho ó diez barotes, logrando en la madrugada del 31 descubrir el rio de Maluso y dar fondo on frente de la barra. Cerraba esta la entrada de aquel de tal manera, que á baja marea solo habia un pié de agua; circunstancia que hizo materialmente imposible el paso de las falúas, teniendo en consecuencia que echar mano de los barotos, para remontar el mencionado rio de tortuoso curso, anchura variable y bastante fondo en lo general. A la hora de navegar por él, los guias señalaron sobre la márgen izquierda las casas de la poblacion que se buscaba, á tiempo que la vanguardia cruzaba algunos disparos de fusil con unos moros ocultos por el manglar. Procedióse al desembarco de la gente venciendo la dificultal de hacerlo en una orilla escarpada con una elevacion de mas de dos varas, y se formaron tres pequeñas columnas que atacaron el pueblo en direcciones distintas; pero como los moros se declararon desde el primer momento en precipitada fuga, solo se hizo una descarga que mató á dos de ellos. Dueños enteramente del campo los nuestros, se dividieron en partidas para recorrer

todas las sendas, las alturas y los caseríos que se descubrian á lo lejos, sin poder hallar por parte alguna un ser viviente; y perdida que fué la esperanza de llegar á combatir, se dedicaron á quemar las casas, inutilizar las embarcaciones y cortar los árboles frutales. Estando en esto, descargó una fuerte tempestad de agua con tanta furia que anegó repentinamente los campos, hizo crecer el rio, y fué necesario reembarcarse con precipitacion atendiendo menos á la boga que á la operacion de achicar el agua que llenaba los barotos, con *labos*, con *bombones* y hasta con los sombreros para evitar que se fueran á pique.

El resultado de esta pequeña espedicion fué mas bien moral que material; el daño ocasionado fué poco y mucha la fatiga del soldado: esto há sucedido y sucederá con frecuencia, tratándose de unos enemigos á quienes es mas difícil alcanzar que vencer.

Ya estaba la tropa y marinería en las lanchas y se disponian estas á darse á la vela, cuando reconocieron por el OE. un vapor inglés. Conducia este buque á Sir James Brooke, agente de Inglaterra cerca de los Príncipes de Borneo, y Gobernador de Labuan y otras islas sus adyacentes, cedidas por aquellos á la Gran Bretaña; y este personage que acababa de estar en Joló con el objeto que mas adelante diremos, venia á conferenciar con el Gobernador de la plaza de Zamboanga, á cuya rada se dirigió luego la escuadrilla y llegó el 1.° de junio.

Así se procuraba mantener viva en la imaginacion de los moros la idea de que el Gobierno de Manila no se adormecia con los triunfos, antes bien con esquisita vigilancia observaba continuamente sus pasos, firme en su propósito de no dejar impune ninguna tentativa de nueva invasion; y por cierto que con este método de acudir rápidamente á reprimir con mano fuerte los instintos salvajes de aquellos incorregibles corsarios, castigando con la mayor severidad las tropelías y vejámenes que causaren por pequeños que fueren (y á la verdad que tra-

tándose de cautivos, por pocos que estos sean el daño siempre es grande), con este sistema, decimos, de replesalias sin tregua ni descanso, se lograria acaso sofocar el pirateo y poner un término á tan bárbara cóstumbre haciendo que los moros la abandonasen para siempre, si no querian que su raza desapareciese por completo de aquel suelo. Pero ¿era posible hacer esto? tiéndase la vista (como ya otra vez hemos dicho) por la multitud de islas del Sur del Archipiélago; mídanse las leguas de costa que desarrollan; fíjese la atencion en los innumerables rios, ensenadas, senos, baraderos, etc. que en ellas se forman; y al considerar despues lo reducido de nuestra marina de guerra en aquellos mares y la clase de buques que la constituyen, habremos de lamentar sin remedio la impotencia en que allí nos vemos para llevar adelante el pensamiento con toda la constancia, todo el rigor y toda la energía que requiere el caso. Y todavia pudiera lograrse en parte el objeto supliendo con el valor y fuerza de voluntad la falta de recursos materiales, si estos, cualquiera que fuese su importancia, se pudieran aprovechar dedicándolos á este solo y determinado servicio; pero cuidados de diversa índole, nubes de distinto color que suelen aparecer sobre aquellos horizontes, vienen, como sucedió en la época á que nos referimos, á perturbar los planes, á complicar las situaciones, y á dar un giro nuevo á los negocios.

Ni en los límites de esta reseña ni en las páginas de una historia militar, cabe detallar sucesos que son puramente de carácter político; sin embargo, como quiera que han sido, no diremos el único fundamento, pero sí una de las principales causas que motivaron las operaciones militares subsiguientes, indicaremos, siquiera sea por encima y á la ligera, aquellos que se dibujan en primer término.

La Francia con sus establecimientos en las Marquesas y su presencia en China; la Holanda con sus posesiones y su bien

entendida colonizacion en Java, en Sumatra y en Borneo; la Inglaterra, con el vasto imperio de la India, que estiende sus brazos á Malaca y al mar de China, y sus conquistas en Australia, nueva Zelandia y grupo de islas de Labuan; estas tres potencias animadas del natural deseo de dar mayor ensanche y actividad á su comercio, y estimulada, cada una, de los celos á la vista de las adquisiciones de las otras dos, han tenido siempre y conservan gran empeño por enseñorearse de algunas de las islas y puertos del Sur de nuestro Archipiélago, cuyo valor por esta sola consideracion aumenta, elevando cada dia mas la importancia de ese límite, al parecer abandonado, de nuestros buenos y antiguos derechos en el Asia.

Sin buscar ejemplos en lo pasado para sustentar esta verdad que por otra parte nadie ignora, recordaremos que la Francia en 1845 hizo los mayores esfuerzos para ocupar la isla de Basilan, si bien esta ocupacion no llegó á verificarse, merced á las oportunas reclamaciones hechas por el Gobierno de Madrid, iniciadas por el de la colonia, y á la buena fé del gabinete de las Tullerías.

Los holandeses con la razon, ó acaso pretesto, de exigir la devolucion de unos cautivos que decian haber hecho los joloanos en sus posesiones, se presentaron en abril de 1848 con dos corbetas de guerra en la rada de Joló; y como no recibiesen del Sultan de la isla la satisfaccion que pidieron, cañonearon la poblacion y los fuertes por espacio de 24 horas, pero la artillería de los moros contestaba y lo hacia con el acierto suficiente para causar muchas averías en una de las corbetas, viéndose estas en la necesidad de retirarse. Regresaron pues los holandeses á Borneo, no sin asegurar que volverian á tomar *satisfaccion mas cumplida*.

Por último, el inglés Sir J. Brooke, el mismo que vimos aparecer en la embocadura del rio de Maluso, concluyó con el mencionado Sultan de Joló en 29 de mayo de 1849 un tratado de comercio, segun se llamaba, pero cuyas tendencias iban

mucho mas allá; pues basta leer su artículo 7.°, para calcular su inmensa importancia y la manera indigna con que aquel Régulo traidor daba al olvido sus juramentos de fidelidad al Rey de España, y el reconocimiento hecho, así por él como por sus antepasados, del derecho incóncuso que tenia desde tiempo inmemorial esta nacion al territorio de que él pretendia disponer á su antojo. Dicho artículo 7.° dice á la letra así: «S. A. el Sultan de Joló para precaver toda futura ocasion de desavenencia, promete no hacer cesion alguna de territorio dentro de sus dominios á ninguna otra nacion, ó á súbditos ó ciudadanos de ellas, ni á reconocer vasallaje ó feudalidad á ninguna otra potencia *sin conocimiento de S. M. Británica.*»

Crítica por demás era la posicion del Capitan general de Filipinas, asediado por todas partes y con la perspectiva, como dice muy bien el P. Gainza (1), de que ocupadas por el estranjero aquellas tierras meridionales, «minadas por el contrabando y abiertas las Bisayas á la devastacion de los piratas, veríamos estinguirse nuestro comercio, é inutilizarse las ventajas de nuestra preciosa posicion.»

Parado el golpe respecto de Francia, y aun el dispuesto por la Holanda mediante las representaciones del General Claveria contestadas satisfactoria y cortesmente por el Gobernador general de las colonias holandesas, quedaba en pié la necesidad apremiante de paralizar los efectos del tratado de Sir J. Brooke, de quien se decia preparaba en Labuan, para verificar el cangeo del indicado convenio, una espedicion armada que debia caer sobre Joló en enero de 1850.

Urgia el tiempo, porque la herida pudiera llegar á ser tan profunda que fuera la cura imposible; por esto el Gobernador de Zamboanga pasó á Joló con los comandantes de la marina sutil y de Ingenieros, en cuanto tuvo noticia de lo ocurrido y de lo que se proyectaba, es decir, en junio de 1849.

(1) Véase la Memoria antes citada.

Despues de conferenciar estos jefes con el Sultan y sus Dattos, haciéndoles severos cargos por su irregular y aun criminal conducta, propúsose como el medio mejor de conjurar por entonces la tormenta que al Sultan mas que á nadie amenazaba, el de ocultar la bandera irresponsable que tenia, y adoptar la española que deberia en el acto arbolar en el palacio y en las fortificaciones. Reconocieron los jefes moros la oportunidad de este consejo; disculpáronse de haber firmado el tratado inglés con no poder ni saber calcular sus consecuencias; se dieron por engañados, y en fin, pretendieron destruir la alarma producida por su aleve proceder. No nos atrevemos á decir si habia ó no verdad en aquellas palabras y protestas, por mas que nos sobren motivos para recelar de ellas; pero en último resultado y lo cierto fué, que si bien se manifestaron propicios los caudillos á usar nuestra bandera, el pueblo fanático arrastrado por los *seriphs* ó *panditas* que, á pretesto de que la suya era importada de la Meca les amenazaban con el furor del Profeta, se negó abiertamente á tolerar el cambio; y hasta las mujeres y los ancianos, haciendo causa comun con los jóvenes guerreros, se reunieron armados y dando desaforados gritos al rededor de la morada del Sultan, manifestando bulliciosa y acaloradamente su resolucion. Mucho menos se necesitaba para que no se atreviese á insistir en su propósito, si lo tenia, aquel Sultan imbécil, pusilánime y sin poder; de modo que á los 27 dias de negociar, de ir y venir y de agotar su paciencia y sufrimiento en larguísimas conferencias, desagradables cuestiones ó inútiles razonamientos, los tres comisionados dieron la vuelta á Zamboanga dejando, segun estaba, la dificultad en pié (1).

---

(1) Pero no se perdió enteramente el tiempo, pues en estos dias el Capitan de Ingenieros Bernaldez pudo enterarse del estado de la artillería y otras armas, y del número, posicion, tamaño y resistencia de los fuertes, formando en consecuencia un cróquis, que fué el que mas adelante sirvió para tomar las disposiciones de ataque contra aquel punto.

Por aquel tiempo, los habitantes de los pueblos vecinos á la factoría establecida en Barás, mal avenidos con el incremento que esta iba tomando, é inquietos al ver cómo los españoles se fortificaban en aquella costa y en la inmediata isla de Ibus dando á entender con esto que pensaban fijarse y permanecer indefinidamente en aquellos parajes, comenzaron á hostilizarlos manifestando su descontento; y si bien no hubo encuentro ni accion formal y decisiva, las continuas amenazas y robos y las consiguientes molestias y recelos, entorpecieron, ó mejor dicho, paralizaron de tal manera el tráfico y marcha de los negocios, que precipitaron el abandono de aquel naciente y utilísimo establecimiento.

Poco despues, una escuadrilla de moros que salió de Tonquil y se reforzó con algunos pancos procedentes de las islas de Belaun y Bocotuan, fué á caer sobre la isla de Samar y mas tarde apareció en Camiguin; en ambos puntos cometió mil tropelías, y al regresar á su madriguera condujo hasta 75 cristianos de ambos sexos, no incluyendo en este número á los niños y ancianos, porque los habian arrojado bárbaramente al agua considerándolos como una carga inútil. Reclamó enérgicamente el Capitan general al Sultan de Joló (á cuyos dominios pertenecia Tonquil) sobre este nuevo acto de vandalismo, el primero de tamaña consideracion despues del hecho de armas de Balanguingui, y el Sultan y su Consejo (1) dieron por toda respuesta y satisfaccion que, conociendo el derecho con que S. E. reclamaba justicia y lo infame del atentado, habian votado el esterminio de Tonquil; pero que en atencion á su falta de prestigio para hacerse obedecer y de fuerzas con que poder sujetar á aquellos súbditos rebeldes, dejaban á nuestro cargo el imponer el castigo á que se hubiesen hecho acreedores, y exigir la devolucion de los cautivos.

Agrupemos ahora todos estos antecedentes, y del conjunto

(1) Este se llama entre los moros el Rum Bechara.

que resulte, por poco que fijemos la atencion veremos desprenderse: primero, *las pretensiones exteriores*; segundo, la desleal é indigna conducta de los joloanos: tercero, la perfidia de los Dattos de Tonquil promoviendo nuevamente el pirateo; cuarto, la impotencia, por confesion propia, de aquellos para imponer á estos; y por último, la necesidad de demostrar con un acto de severidad y firmeza, que la tolerancia tiene su término, y el Gobierno español medios suficientes para vengar los ultrajes hechos á su pabellon, para hacer que sus derechos sean respetados, y para conservar la integridad de sus colonias en el Pacífico.

VIII.

CAMPAÑA DE JOLÓ.

Era la una de la tarde del dia 11 de diciembre de 1850.

Los habitantes de Manila acudian presurosos á las playas de esta ciudad siempre fiel, llevados de la natural curiosidad que en ellos despertaban los muchos preparativos que en mar y en tierra se hacian, anunciando la próxima salida de una espedicion militar, en pocas horas y con el mayor sigilo dispuesta.

En efecto; entre la multitud de buques fondeados en la anchurosa bahia, se distinguian los vapores de guerra *Isabel II* y *Sebastian del Cano*, la corbeta *Villa de Bilbao*, y el bergantin *Ligero;* los dos primeros encendian sus máquinas y alistaban los últimos su complicado aparejo, al mismo tiempo que una columna de 500 infantes, 100 artilleros con dos obuses de mon-

taña y algunos obreros de fortificacion, era revistada en el muelle de Isabel II y estaba pronta á embarcarse al primer aviso; éste se recibió á la una y media y, en el acto, personal y material fueron conducidos á bordo de los mencionados buques.

A las tres salió de su palacio el Capitan general D. Antonio de Urbiztondo, Marqués de la Solana, y con el Secretario de gobierno, dos Ayudantes y un oficial de Ingenieros, se trasladó al primero de los vapores, que montaba el Comandante general de marina, Brigadier D. Manuel de Quesada.

A las cuatro se levaron anclas, y la pequeña escuadra abandonó el puerto sin que nada pudiera traslucirse de las intenciones del Gobernador, quien solamente habia dicho al despedirse: «Voy al Sur de Mindanao.» Pero dejando por ahora á Manila con su incertidumbre y sus sospechas, sigamos á la espedicion que, contrariada por los vientos, tuvo necesidad de recalar en la ensenada de Calavite (isla de Mindoro), y aun de permanecer en ella dos dias, al cabo de los cuales continuó haciendo rumbo á Panay y Zamboanga, en cuyo último punto entraron los vapores el 17, y tres dias despues los barcos de vela.

Allí se agregaron al Estado mayor del General en Jefe el Gobernador y el Comandante de Ingenieros de la plaza; á las tropas espedicionarias, dos compañías de infantería mas 102 zamboangueños armados; y á la escuadra, un vapor, seis falúas, un barangayan y seis lancanes. El parque de campaña se completó con 70 escalas y 50 camillas, construidas bajo la direccion de los oficiales de Ingenieros que tambien hicieron preparar los tablones y ligaduras necesarias para formar oportunamente balsas de desembarco y baterías flotantes.

Los proyectos del General, envueltos hasta entonces en el misterio, comenzaron á manifestarse claramente. Despues de realizar el esterminio ya decretado de Tonquil, se proponia refrenar la audacia del Sultan de Joló demostrándole lo inconve-

niente y absurdo de los tratados que contra toda razon y derecho habia firmado con gentes estrañas, y exigirle, valiéndose de la persuasion ó si preciso fuera de las armas, que en adelante adoptára por suya la bandera española, única que debiera tremolar en todas las dependencias de la corona, á cuya sombra se despejaria la complicada situacion que el mismo Sultan habia creado, y se haria desaparecer todo futuro pretesto de ocupacion estranjera.

Salió, pues, la escuadra de Zamboanga, y dió fondo en la mañana del 24 en el estrecho canal que separa las islas Belaun y Bocotuan, auxiliares de la de Tonquil. Durante la travesia se fueron á pique los lancanes, arrebatados por la mucha marejada que levantaba un viento duro del NE.; pérdida que era por cierto muy sensible, en atencion á que esta clase de embarcaciones, por su poco calado, se manejan con facilidad y son un escelente recurso para los desembarcos. Una vez en el canal, se envió á la primera de las mencionadas islas una columna al mando del Comandante Coballes, y otra de estas á la segunda de aquellas, que dirigió el de igual clase Ochoteco. El resultado de esta operacion fué, que en Belaun se quemaron 250 casas y unas 16 á 20 vintas y barotos, se talaron los campos, y en un encuentro sostenido con una partida de moros que quiso hacer frente, se mataron 3 y se cogieron 17 prisioneros, entre ellos el *Panlima* ó Datto principal. En Bocotuan se practicó un minucioso reconocimiento de la isla, y como su jefe se mostrase humilde y propicio á reducirse y tratar de paz, celebróse un convenio de amistad, jurando aquel y los suyos sumision y respeto á la soberania del Rey de España.

Arreciaba el viento, crecia la mar y las corrientes iban aumentando su fuerza, con lo que se hizo materialmente imposible el desembarco en Tonquil, y por esto, y por no desperdiciar dias, se decidió pasar á Joló; pero abierta esta rada al ONO., no hubo forma de mantenerse en ella, y los buques se vieron obligados á fondear al abrigo de la isleta de Pangasina

y á perder allí dia y medio. Por fin el 29, mejorado el tiempo, lograron coger el deseado fondeadero.

La capital del reino de Joló y residencia del Sultan y su gobierno, está situada al NO. de la isla de aquel nombre, sobre la playa y en el fondo de un entrante de gran diámetro que forma, entre sus dos puntas Diangapit y Matandá, una rada muy desabrigada y peligrosa durante la monzon de los NE.

Tan inmediata á la orilla que las aguas en la pleamar bañaban el pié de los muros, se veia una línea de cinco fortalezas (véase la lám. 5.ª), colocadas en defensa recíproca, bien artilladas y no mal dispuestas; siendo las principales y mas resistentes las de los estremos, es decir, la del Sultan que ocupaba la derecha, fundada entre un estero y un rio que la servian de foso, y la del Datto Daniel que cerraba la izquierda de la línea sobre una pequeña eminencia tajada hácia la marina. Estas, como las intermedias, eran en su forma y construccion semejantes á las de Balanguingui que en su lugar hemos descrito.

Por la espalda de los fuertes (abiertos cuatro de ellos por su gola) y aun del interior de los mismos, destacábase la poblacion mora con sus casas de madera ó de caña y nipa, abrigando unas 6.000 almas; y al frente, en camarines ó barracas construidas sobre postes y dentro ya de la mar, el barrio de los chinos comerciantes que pasarian de 500.

Mas allá del pueblo, como si mirásemos al centro de la isla, se levantan unos montecillos cuya altura aumenta progresivamente á medida que se alejan de nuestra vista, separados por angostos valles cortados por barrancos, pantanos, y súcios lodazales llenos de maleza. Tres fuertes habia establecidos en los puntos culminantes, pero lo bastante retirados para que sus fuegos pudieran alcanzar ni entorpecer las operaciones que se hicieran en la playa.

En general, el aspecto de la capital de Joló era imponente por la doble línea de sus fortificaciones, y la abundante artille-

ría que sus baterías mostraban; pero las colinas risueñas que la ceñian en torno y en cuyas elegantes cumbres y entre cristalinas fuentes se alzaban millares de corpulentos árboles proyectando sus apiñadas ramas en el cielo, y derramando sombra en las pendientes cubiertas de verdura, de flores y de variadas y vistosas plantas; la multitud de plátanos y coceteros que meciendo sus largas y flexibles palmas ofrecian generosamente sus frutos regalados; la bulla y algazara del barrio marítimo de los chinos; y finalmente, el sin número de barquillas que, al rasgar las olas en todas direcciones, iban rozando la costa con sus ligeros remos, hacian desaparecer la severidad del cuadro, y daban al conjunto cierta animacion, belleza y alegría, que no deja de tener su encanto para quien por vez primera llega á visitar aquella region apartada.

A la caida de la tarde del 29, segun hemos dicho, fondeó la escuadra española en línea y frente á los muros de Joló; y despues de hecho y contestado el saludo de costumbre, dispuso el General que al siguiente dia 30, un oficial de Ingenieros acompañado de otro de marina y un intérprete, fuesen á tierra conduciendo un pliego para el Sultan á quien debian anunciar la presencia en aquellas aguas de la autoridad superior de las islas, y el deseo que le animaba de tener una entrevista con él ó con dos de sus Dattos que al efecto nombrase.

Serian las once de la mañana cuando los comisionados atracaron á la costa al volver de una punta que les ocultaba enteramente de la vista de los buques. Todo parecia estar en silencio; mas al pisar la playa, viéronse de repente rodeados y acometidos por un tropel de gente miserable que con ademanes violentos y dando desaforadas voces les amenazaban, intimándoles la retirada y jurando darles muerte si daban un paso adelante. No es fácil en tales momentos y circunstancias asegurar por dónde pasa la línea del deber; pero en la duda, los oficiales se dispusieron á arrostrarlo todo, menos aquello que pudiera en manera alguna mancillar su honra. Despues

de intentar, aunque en vano, calmar al irritado populacho, adelantáronse á despecho de las amenazas; y quizá esta resolucion les salvó, pues habiendo tomado la direccion del fuerte principal, de él salieron varios Dattos que se les acercaron y protegieron separando las bocas de los fusiles y los hierros de las lanzas asestados al pecho y á la cabeza de dichos oficiales que, sin este inesperado socorro, hubieran irremisiblemente perecido; y aun alguno de aquellos Dattos se vió muy espuesto, por haber hecho uso de su campilan á falta de otros medios de hacerse respetar y obedecer (1).

Era tal el desórden y la confusion que reinaba, que mas de dos horas emplearon los dos españoles en andar 100 pasos y poder llegar al fuerte y palacio del Sultan; pero cuando verdaderamente el furor y la desesperacion de los moros no tuvo límites, fué cuando los vieron dispuestos á subir por la escalera que conducia á la sala de los consejos; allí, traidoramente y por la espalda descargaron una cuchillada al oficial de Ingenieros que, sin herirle la cabeza, le rajó el sombrero; y otra al oficial de marina que tampoco llegó á lastimarle, pero le arrancó la charretera del hombro. Solo el intérprete resultó ligeramente contuso en la espalda. En tan críticos instantes, y cuando iba á empeñarse como último estremo una lucha desigual pero sangrienta, el Sultan, descendiendo apresuradamente la escalera, se abrazó á los dos enviados, sirviéndoles de escudo é impidien-

---

(1) Se dispuso al medio dia que el Capitan de Ingenieros D. Emilio Bernaldez y el Alférez de navío D. Manuel Sierra saltasen en tierra con dos intérpretes conduciendo una comunicacion para el Sultan; mas estaba tan alborotado el populacho, que fué gran fortuna que el Datto Mollok y otros los custodiasen por sí mismos hasta la residencia del Sultan para protejerlos de la multitud que al fin no dejó de hacerles algunos insultos.—El P. Gainza.

Llegada á Joló la escuadrilla, se mandaron dos parlamentarios al Sultan, que fueron maltratados por los habitantes, escapando difícilmente de la muerte.—*Revista militar*. Tomo 9.

.....frente á los fuertes de la poblacion, en la cual aseguro en mi honor y conciencia que ambos parlamentarios corrieron riesgo inminente de muerte entre aquellos bárbaros mahometanos.—El General D. Manuel de Quesada.

do al propio tiempo que hiciesen uso de sus espadas; solo asi consiguió hacerlos entrar sin otro daño en la espresada sala, de la cual fué preciso cerrar puertas y ventanas porque por unas y otras queria penetrar la canalla, que á grandes voces y con insistencia pedia la muerte para aquellos *castilas* (1), ó bien que les fuesen entregados.

A duras penas pudo lograrse un poco de calma, y ocupada la presidencia por el Sultan rodeado de los magnates y de algunos esclavos con armas, dieron principio los comisionados por entregar el pliego que traian, y que tradujo fielmente el intérprete; inmediatamente despues, esplicaron cuáles eran los deseos del Capitan general y su presencia en la escuadra; todo lo que escuchó el Sultan con indiferencia, aparente al menos, y los Dattos con recelo y manifiesta turbacion. Media hora pidieron para deliberar y dar una respuesta que se redujo por fin á decir, que el estado de agitacion en que se encontraba el pueblo, no les permitia separarse de sus puestos para visitar como querian al Marqués de la Solana, porque estaban seguros de que se opondrian á ello aquellas gentes que los rodeaban, y especialmente los de la montaña, que para socorrerlos habian abandonado sus hogares y no respetaban como los del llano la autoridad del Sultan. Insistieron sin embargo los enviados en la conveniencia de aquel acto, no ya solo de cortesía sino de obligacion; pero fué en vano. Entonces, sin dejar de mostrarse agradecidos á la proteccion de que eran deudores á algunos de los Dattos alli presentes, acriminaron severamente la conducta aleve observada con ellos desde su arribo á las playas; llamaron su atencion sobre el justificado enojo del jefe español cuando se enterase de lo ocurrido, y sobre las consecuencias que este traería si no daban, para calmarlo, una satisfaccion cumplida; pero lejos de pensar

(1) Asi llaman á los castellanos, y por estension á todos los españoles.

en ella, murmuraron como por compromiso levísimas disculpas, lo mismo que si se tratase de un asunto sin la menor importancia.

En vista de lo cual, y convencidos de que ni los razonamientos ni las amenazas podrian influir en la resolucion del consejo, aquellos oficiales determinaron de retirarse á dar cuenta del mal éxito de su difícil comision. Abrian ya la puerta del salon, cuando el Sultan los detuvo con el pretesto de que al presentarse de nuevo en las calles serian infaliblemente asesinados, víctimas de un atropello que él mismo confesaba no tener medios de evitar. Era una especie de arresto en el que se pretendia dejarlos, ó tal vez conservarlos como prendas de seguridad para el caso de un rompimiento; pero como se negasen abiertamente á permanecer en tan crítica y estraña situacion, y porfiasen por salir de cualquier manera que fuese y á pesar del peligro que pudiesen correr al verificarlo, uno de los Dattos mas influyentes, despues de conferenciar con sus compañeros, les condujo por las habitaciones interiores del palacio hasta una puerta secreta que comunicaba directamente con la playa; y de una canoa que en esta hallaron tripulada por seis esclavos, se valieron para alcanzar el bote del vapor que los aguardaba; no sin que las inquietas turbas, al comprender que habian sido burladas y se les escapaba la presa, dejasen de hacer algunos disparos de fusil al cruzar el inseguro esquife por delante de los fuertes.

Fácil es suponer el efecto que la narracion de este desagradable suceso produciria en el ánimo del General; y aunque al punto exigió del Sultan, por medio del intérprete, que le entregase los principales cabezas del motin, dando todas las seguridades imaginables para que dos de los Dattos pasaran á conferenciar con él, ni una cosa ni otra le fué concedida. No nos cansaremos de repetirlo; ni conveniente ni digna es, á nuestro modo de ver, esa establecida costumbre de tratar de igual á igual con gentes constituidas y educadas como lo están los mo-

ros, porque la generosidad y la templanza no son armas para combatir el engaño y la osadía.

Todas las consideraciones á la amistad prometida, el respeto á la paz, la benevolencia del Gobierno y su noble empeño de evitar la efusion de sangre, habian merecido, no solo el desden, sino el insulto y el escarnio de parte de aquellos mismos hombres que pudieran haberse aprovechado, como otras tantas veces lo hicieron, de las pacíficas disposiciones del Gobernador; pero con su conducta no le dejaron á este mas arbitrio que el de vengar á sangre y fuego el agravio hecho al pabellon español.

Y sin duda que á estar convenientemente preparados para ello, un desembarco inmediato, el asalto á los fuertes y el destrozo y esterminio de cuanto se pusiera por delante, hubiera sido la razonable consecuencia del escandaloso acontecimiento de aquel dia; pero no estándolo, preciso fué resignarse por entonces y dar la vuelta á Zamboanga; sobre lo cual, y á riesgo de parecer difusos, diremos algunas palabras, siquiera porque esta retirada ha sido objeto de muchos y, en general, mal fundados comentarios.

Si la espedicion organizándose por completo en Manila y saliendo de aquel puerto hubiera podido seguir el rumbo directo á Joló, sin arribar como hubo de hacerlo á Mindoro, á Panay, Zamboanga y Pangasinan; y silenciosamente y de improviso hubiese aparecido en su destino, contaba con sobradas fuerzas para hacer entrar en razon á los joloanos que se negaron á escucharla; pero como la escuadra se vió obligada á detenerse á causa del temporal en unas partes y por la necesidad de reforzarse en otras, corrieron entre tanto las horas y los dias, y este tiempo perdido fué de gran valor para los joloanos, que con las noticias anticipadas que tuvieron de los movimientos y fuerza de nuestros buques, y el recelo que en ellos despertaba el recuerdo de la irregular y falsa conducta que últimamente observado habian, se alborotaron y

pusieron en cuidado. Resultó de aquí que acudieron en demanda de auxilio á los habitantes de los pueblos vecinos y moradores tranquilos de las cumbres, cuya ignorancia supieron astutamente esplotar á su favor haciéndoles creer que los españoles, por el solo placer de hacer daño, venian para destruir sus hogares, apoderarse de sus bienes, robar sus mujeres y dar muerte á todos los hombres que no fueran de su raza y color; y es inútil decir que agitados, enardecidos aquellos entendimientos rudos al escuchar tanta ridícula patraña, descendieron sedientos de venganza á reunirse con las gentes de la ciudad para vender caras sus vidas y haciendas.

Así fué, que á la llegada de nuestra escuadra, la artillería de los fuertes de ordinario descuidada y mal dispuesta, estaba colocada en batería, y cargadas todas las piezas; en vez de 6.000 almas, tenian en la poblacion hasta 10.000 hombres de pelea, porque los ancianos, las mujeres y los niños fueron preventivamente enviados al interior; abundaban los víveres y las municiones de guerra; los caudillos elegidos vigilaban de continuo sus puestos; en una palabra, se habian tomado por los moros todas las disposiciones que indican la firme resolucion de hacer una defensa vigorosa.

Esto sentado, conviene tener presente que por encontrarse allí lo mejor y mas escogido de nuestra marina militar, y la persona del Capitan general cabeza del Gobierno de las islas, se hubiera calificado y con razon de grave imprudencia el arriesgar un combate sin contar con muchas probabilidades de conseguir la victoria, y estas desgraciadamente no existian. Alterada la mar por la constancia de los vientos nordestes, amenazaba la seguridad de los buques ó al menos su estabilidad, lo que hacia presumir la ineficacia del fuego de sus baterías que pide cierto reposo en las aguas; la naturaleza y configuracion de la costa prometia mil dificultades para el desembarco, pues que para efectuarlo debian marchar las tropas á pecho descubierto una milla de distancia con el agua á

la cintura, y en direccion de los fuertes para envolverlos despues y atacarlos por la gola (que era el movimiento que parecia mas seguro) con la esposicion de hallar á su paso fuerzas considerables ó defensas ignoradas, pues que solo se tenia conocimiento de las que habia en la playa; además que para esta empresa no llegaban á 500 los soldados disponibles, de los cuales mas de 100 eran paisanos con pocas y malas armas de fuego; víveres quedaban para diez dias, de modo que, no logrando el primer ataque, no se podia pensar en secundarlo; y la retirada en caso de descalabro hubiera sido sin remedio desastrosa y de un efecto moral fatalísimo. ¿Quién es capaz de calcular las consecuencias de una derrota en aquellas circunstancias y con los elementos que estaban en juego?

Se sabe y se dice que la artilleria de los moros era inferior en calidad á la de nuestras baterias: es cierto; pero colocada la suya detrás de los parapetos de los fuertes, y situados estos sobre los puntos de una curva cóncava hácia el mar, el cañoneo hubiera sido sin duda en perjuicio de nuestros buques. Para convencerse de esto, basta recordar lo ocurrido al frente de Balanguingui en 1848 cuando el abrir brecha fué imposible, y en 1849 cuando las corbetas holandesas tuvieron, mal su grado, que retirarse llenas de averías, sin haber podido en 24 horas de cañoneo derribar un solo tronco del revestimiento de las murallas.

En vista, pues, de todas estas consideraciones, el General resolvió llevar á efecto la destruccion de Tonquil, y dar la vuelta, como dijimos, á Zamboanga, en donde habian de reunirse los elementos indispensables y de todo género, para ejecutar definitivamente sobre Joló lo que aconsejaba y aun exigia el lastimado honor de nuestras armas.

Diremos para concluir, que al amanecer del 1.° de enero de 1851, hallándose los buques en franquia y á pesar de la actividad con que se hizo la maniobra de levar anclas y darse á la vela, recibieron estos algunos balazos de una descarga ge-

neral de la artilleria enemiga, causándonos siete muertos, cuatro heridos, y varias, aunque pequeñas averías, en los cascos y arboladura. Por nuestra parte y sin dejar de navegar, se arrojaron con acierto multitud de granadas, para contestar al villano insulto de los defensores de Joló.

Al dia siguiente 2, muy de mañana se detuvo la escuadra entre Bocotuan y Belaun, y despues de hacer un nuevo reconocimiento de estas islas, se trasladó á Tonquil. El 4 desembarcaron en sus playas hasta 600 hombres al mando del Coronel Conti, pero contra lo que era de esperar, los guardadores de este cuartel general de los piratas, no hicieron resistencia formal; solo se presentaron aquí y allí diseminados algunos grupos armados que fueron en el acto disueltos; dos fuertes abandonados, unas 1.000 casas y 106 embarcaciones se redujeron á ceniza; además se cogieron cuatro moros, recibieron la muerte 25, y se rescataron 29 cautivos.

Destruida la amenazadora Tonquil, se recogió la gente á bordo, los buques se pusieron en movimiento, y á medio dia del 5 verificaban su entrada por el canal de las islas de Santa Cruz, en la rada de Zamboanga; dos horas despues, el Comandante general de marina salió para Manila con dos vapores, en uno de los cuales iba el Secretario de gobierno con pliegos é instrucciones del General en jefe para el Segundo Cabo de las islas.

Grande fué la desventura de todos los que tuvieron la desdicha de presenciar lo ocurrido en Joló el 29 de diciembre y el 1.° de enero: pero el abatirse y el doblar la altiva frente ante los contrarios golpes de la fortuna, es de ánimos apocados y mezquinos; especialmente en las ocasiones solemnes en que se juega el decoro y la dignidad del pais: por suerte, aquellas pobres cualidades no son propias del carácter español. Cuanto mas difícil se presentaba á sus ojos el empeño de acometer á los rebeldes en su formidable guarida, tanto mas crecia y se desarrollaba su entusiasmo y valor, y esta disposi-

cion de su espíritu no solo la sintieron y halagaron, sino que supieron trasmitirla á los leales habitantes de Filipinas. Españoles é indios, empleados y particulares, grandes y pequeños, todos con la misma fé y como movidos por igual resorte se decidieron por la guerra, apresurándose cada cual con aquello que podia á procurar recursos de toda especie, que por cierto nunca faltan allí donde hay unidad en el pensamiento y firmeza en la voluntad. Gentes, armas y dinero se reunieron como por encanto, y con tales elementos y en el brevísimo trascurso de 15 dias, se organizó en Manila un refuerzo de mucha consideracion.

Y mientras la capital de la colonia disponia tropas, alistaba barcos, compraba y almacenaba provisiones, reunia caudales y armaba la milicia voluntaria para guarnecer la plaza que se habia desprendido de casi todos sus soldados, las compañías que quedaron en Zamboanga ocupaban su tiempo en ejercicios diarios, ejercitándose en las evoluciones y maniobras de su instituto; los oficiales de Ingenieros improvisaban alojamientos para 2.000 hombres, dirigian la construccion de escalas de asalto, camillas para los heridos y balsas de desembarco; y como para fabricar estas se necesitaren lancanes y no los tenian, el Capitan Carrillo de aquel Cuerpo marchó á Basilan, en cuya isla, y teniendo á sus órdenes solamente algunos soldados y un centenar de presidiarios, trabajando dia y noche sin descansar y con mucho celo é inteligencia, botó al agua en pocos dias mas de sesenta, y con ellos, los obreros ayudados por la marinería construyeron hasta 30 balsas capaces de trasportar cada una 80 hombres.

Un religioso agustino, llamado el P. Pascual Ibañez, se brindó para trasladarse á Cebú y traer de aquella provincia embarcaciones y gente de armas. Dióle licencia el General; y el jóven sacerdote, lleno de fé y atrevido, organizó en pocos momentos una flotilla de 21 barangayanes tripulados por 750 hombres armados de lanza y rodela, y al frente de ella se pre-

sentó en Zamboanga el 25 de enero, siendo recibido por todos con merecido aplauso.

Otro español, capitan de milicias de Iloilo D. Joaquin Ortiz, se apareció con un bergantin de su propiedad, ofreciendo sus servicios á la cabeza de 100 voluntarios, equipados, armados y y mantenidos de su cuenta.

Por último, en los dias 6, 7 y 8 de febrero, fueron llegando de Manila los vapores, y el 12 los trasportes; quedando definitivamente compuesta la nueva espedicion de la manera siguiente:

EJERCITO.

General en Jefe.

Plana mayor; los Jefes y Oficiales que asistieron anteriormente con el aumento de dos Ayudantes, un Coronel de Artillería, otro Coronel y un Comandante de Ingenieros, y los Médicos, los Capellanes y los empleados de la Administracion militar.

		Jefes.	Oficiales.	Individuos de tropa.	Paisanos.
EN LAS FILAS.	Artillería europea. . . .	»	4	101	»
	Idem.	»	7	152	»
	Obreros de fortificacion.	»	1	30	»
	Infantería.	10	118	2593	»
	Bisayas de Cebú.	»	1	»	525 (1)
	Voluntarios de Iloilo. . .	»	1	»	100
	Zamboangueños.	»	»	»	300
	Total.	10	132	2876	925 (2)

(1) Aunque hemos dicho que vinieron de Cebú 750 hombres, no contamos aquí con los destinados al remo.

(2) De estos 925 paisanos, 175 eran conductores de los efectos del parque de Ingenieros, y un número igual se destinó al servicio de los hospitales de sangre, y trasporte de camillas, botiquin, etc.

ARTILLERIA. . . . . 6 obuses de montaña.
INGENIEROS. . . . . El parque completo de campaña.

MARINA.

Buques. .	De guerra.	Corbeta.	1
		Bergantin.	1
		Vapores.	3
		Lanchas cañoneras. . .	2
		Falúas.	9
	De transporte. . . .	Barcas.	4
		Bergantines.	5
	Barangayanes.		21

Y además se llevaron varias vintas, lancanes y balsas que se conducian á remolque.

Cuando todo estuvo listo y ordenado, se hizo embarcar con la distribucion conveniente el material y el personal, despues de celebrar una misa en el campo para implorar el favor del cielo; y al rayar el alba del 19 de febrero, es decir, á los 45 dias del cañoneo aleve de Joló, el Marqués de la Solana abandonaba la rada de Zamboanga para reducir á escombros aquella fuerte y arrogante ciudad.

Los buques, especialmente los de vela, se vieron durante esta navegacion en mas de un conflicto á causa de los vientos contrarios, y arrastrados por las veloces corrientes cuya potencia es tal, que en ocasiones no basta para vencerla, aun con viento favorable, la habilidad del mas esperimentado marino; pero al cabo todos los barcos salieron airosamente de su empeño, con el eficaz auxilio de los vapores. Uno de ellos sin embargo, la corbeta de guerra *Villa de Bilbao*, dió en la mañana del 20 sobre un bajo desconocido de coral, y al caer de pronto de diez y siete en tres brazas de agua, quedó barada y con averias en el fondo. Este fué un contratiempo sensible, no

solo por la belleza del barco sino porque su precaria situacion habia de entorpecer ó retardar las operaciones. Para aligerarlo, se hizo pasar la mayor parte de las tropas que conducia á los buques de trasporte; con esta medida se logró, ya entrada la noche y aprovechando la subida de la marea, ponerlo á flote aunque haciendo 60 pulgadas de agua por hora. Tambien el vapor *El Cano*, una barca y un bergantin, estuvieron á punto de naufragar por acudir con presteza en socorro de la corbeta. Mas de 500 hombres se destinaron á este último buque para el rudo trabajo de las bombas, se forró el casco esteriormente con una lona embreada á fin de dificultar la entrada del agua, y cuando esta disminuyó alguna cosa, continuó el lastimado buque su derrota á remolque de dos vapores; pero como por el estado en que se hallaba no hubiera sido fácil jugar su artillería y el trabajo de las bombas tenia á la gente necesitada de descanso, fué necesario coger el primer fondeadero que se halló al paso, poner en tierra las tropas, establecer un campamento, y dedicarse sin levantar mano á perfeccionar en lo posible la reparacion provisional que se hizo; con efecto, valiéndose de buzos se aplicó por debajo de la quilla una empavesada, claveteándola bien y llenando con estopa los huecos que entre ella y el forro de los costados quedaban; cortóse la bodega por un mamparo fabricado de mampostería, bien á popa del palo mesana, y con estas y otras inteligentes y activamente ejecutadas disposiciones, se pudo lograr que el agua bajase á 30 pulgadas; con cuya mejora el buque tornó á recibir á bordo las tropas que habia desembarcado, y el 27 en la tarde fué á reunirse á los otros que ya estaban fondeados en la rada de Joló en dos grupos separados como indica la adjunta lámina número 5.

El bien combinado plan de ataque estaba reducido á embestir la linea de las fortificaciones por ambos lados simultáneamente; y una vez conquistados los baluartes estremos, caer sobre los del centro que, para entonces, amenazados de frente

y de flanco, no tendrian defensa posible. Para esto, el total de la fuerza se dividió en dos columnas al mando respectivamente de los Coroneles Conti y Soto, compuesta la primera y que habia de obrar sobre el flanco izquierdo de la posicion enemiga, de 4 jefes, 43 oficiales, 970 individuos de la clase de tropa y 300 paisanos, mas una reserva de 542 de los primeros con 25 oficiales; y la destinada al flanco derecho, de 4 jefes, 37 oficiales y 1.324 hombres, de ellos 700 soldados con una reserva de 655 de estos últimos; la primera columna llevaba dos obuses de montaña, y cuatro la segunda.

Al amanecer del dia 28 empezó el desembarco de las tropas silenciosa y ordenadamente, facilitando esta delicada operacion los botes y vasos menores de la escuadra, que con su pequeña artillería y apoyando á las compañías de vanguardia, despejaban la playa de algunos grupos de moros de á pié y de á caballo que intentaron sostenerse en ellas. A las siete, es decir, apenas trascurridas dos horas, se hallaban formadas en sus puestos las tres columnitas parciales en que se dividió la de la derecha nuestra, y las cuatro que componian la total de la izquierda. El Capitan general desembarcó en este último costado.

Desembarazados ya los buques y dada la señal de ataque, se dispusieron para cañonear los fuertes; estos á su vez, empezaron á jugar su artillería con no poca actividad y acierto. El espectáculo era magnífico; la corbeta sobre sus anclas, inundaba con el fuego de sus terribles obuseros la poblacion y sus defensas: el bergantin *Ligero* favorecido por la virazon, navegaba presentando alternativamente uno y otro costado á la posicion enemiga, y siguiendo en cuanto le era posible los movimientos de los tres vapores que, en bordos de E.NE.—O.SO. á toda fuerza de máquina, con andar de 8 á 9 millas, paseaban gallardamente la rada vomitando proyectiles. Y alguno de ellos avanzó hasta ponerse á tiro de fusil de los parapetos de tierra que habian quedado bien descubiertos, porque los moros que-

maron el barrio de los chinos que les ocultaba la vista de la escuadra.

En esto la columna de la izquierda, siguiendo la direccion del fuerte Daniel, marchaba por una pequeña ciuta que queda entre la mar y un bosque desde el cual los enemigos intentaron, aunque en vano, cortarla. Cuando la vanguardia llegó á encontrarse dentro del tiro de cañon del segundo fuerte, ó sea el de Asibi, recibió una descarga general de la artillería del primero. En el instante, y como si el estampido del cañon fuese la señal de acometida, la primera de las columnas parciales al mando del Coronel Iribarren, se arrojó con ímpetu al asalto por el paraje cabalmente mas difícil aunque á primera vista no lo pareciera, es decir, por un portillo estrecho, pendiente y resbaladizo; y állí, despreciando los peligros, sostienen con bravura una profiadísima refriega, sufriendo los disparos de unos cañones del baluarte Daniel que tomaban la posicion de flanco, y contra los cuales se hizo jugar la batería de obuses bien situada y dirigida por el Capitan de artillería Herrera Dávila. Pero la defensa que los moros hacian era desesperada, y tanto, que á pesar del brio del ataque no se adelantaba un paso; amigos y enemigos disputándose á palmos el terreno, caian juntos en el mismo monton, y al cabo de una hora, sin alcanzar ventaja manifiesta, hubo que ceder el puesto y replegarse, aunque sin abandonarlo enteramente. Avanza entonces la segunda columna mandada por el Comandante Aperregui y la de paisanos á cuya cabeza iba el P. Ibañez, y con este refuerzo vuelve á renovarse la accion con encarnizamiento. El fusil y la espada, la escopeta y la pistola, la lanza y el cuchillo, todas las armas son buenas en aquellos crueles combates de hombre á hombre en los que ocurrieron lances personales muy distinguidos. El intrépido religioso trepa á lo mas alto de la muralla, dirige á los suyos con su voz y los estimula con su ejemplo; acude á todas partes, reprende á los tibios y aplaude á los valerosos, con igual serenidad y pericia

militar con que los jefes y oficiales dirigen y estimulan al soldado; mas en el momento en que quizás saboreaba el triunfo, le alcanzó una bala en el hombro derecho, que poco despues le arrancó la vida; tres oficiales cayeron á su lado heridos mortalmente, y confundiéndose los cadáveres de los enemigos que pasan de 70, con aquellos de nuestros valientes, hacinados unos y otros como estaban llegaron á obstruir el ya difícil paso, de forma que se hizo de todo punto impracticable. El General en vista de esto destaca tres compañías de la reserva que dirige su secretario Enrile, las que, á la carrera, van al primer ángulo del fuerte no distante del portillo. Nuevo encuentro, nuevas pruebas de valor y nuevo ásalto; pero el enemigo no ceja, antes reune sus fuerzas y rechaza con ardor á los primeros que intentaron subir y fueron los de la primera mitad de la compañía del Capitan Saló que los guia. La tercera columna, la del Comandante Olloqui, acude en apoyo de sus compañeros que reanimados vuelven á la carga; 4 oficiales y 25 soldados habian sido ya muertos ó heridos cuando el Subteniente de infanteria Bibiano coloca sobre el parapeto la bandera numeral de su columna; no pudo sin embargo sostenerse, y envuelto con otros cayó derribado del muro abajo; levántase ligero, vuelve á subir y á fijarla, y esta vez fué para siempre; porque las voces de victoria llenaban el espacio, y los pocos defensores que escaparon con vida, no pudiendo resistir mas, apelan á la fuga, huyendo precipitadamente á refugiarse en uno de los inmediatos fuertes.

Tomada posesion del conquistado, el Capitan Garnier con su compañía persigue á los fugitivos y los alcanza en el momento en que se afanaban con la mayor confusion por entrar en el fuerte de Daniel; dá entonces una carga á la bayoneta, y confundido con ellos penetra en el recinto, se echa sobre los cañones, y acuchilla á los pocos que intentan atajarlo; los moros al fin, llenos de espanto, se arrojan desde los parapetos á la campaña y á los manglares, dejando en nuestro poder aquel

baluarte que habia adquirido cierta celebridad por su buena construccion, y por la importancia del Datto á que pertenecia.

Recogidos los muertos y trasladados los heridos á los buques, se establecieron puestos de guardia y tomaron otras oportunas medidas para conservar las nuevas posiciones; despues de la cual, dos compañias se adelantaron á reconocer los fuertes inmediatos de Maribajal y Buyoc, los que hicieron muy poca resistencia, y fueron pronto y fácilmente ocupados.

Las tropas de nuestra ala izquierda habian llenado cumplidamente su cometido (1). Veamos ahora cuáles fueron las operaciones de la derecha.

Despues de formadas en la playa las tropas, artilleria y reserva de este lado, emprenden el movimiento (sirviéndoles de guia un cautivo liberto) á través de unas colinas inmediatas á la costa y que están al Sur de la poblacion, con el objeto de ganar unas alturas que dominaban por la espalda al fuerte del Sultan. Con mucha pena iban ganando el áspero terreno sin camino ni senda, conduciendo á hombros los obuses y cajas de municiones, cuando se oyó gran estrépito de voces y aclamaciones de una gruesa partida de hasta 600 moros, que apareció coronando las eminencias que ceñian la hondonada ó barranco en que se veia entonces empeñada la segunda de las columnas parciales mandada por el Comandante Coballes, habiéndolo

---

(1) «Soldados.=Habeis merecido bien de la pátria y de la Reina con vuestro valor, apoderándoos de los fuertes de Daniel como un amago de la decision con que mañana ireis a abatir el pabellon del Sultan Mahamad al grito eléctrico de ¡Viva la Reina! Vuestros compañeros del flanco derecho se os unirán para tener esta gloria; pero es preciso para adquirirla, órden, subordinacion, decision y seguir las huellas de vuestros jefes y oficiales. Así que se reciban de los buques los ranchos cuidarán los señores jefes de columna de su distribucion y de que se tomen todas las disposiciones necesarias para que al toque de diana puedan formar las columnas de la manera que se disponga. Escusado parece recomendar á militares valientes la vigilancia, cuando es tan sabida la vergüenza de una sorpresa.=Urbiztondo.=Cuartel general en el fuerte del Datto Daniel, 28 de febrero de 1851.»

pasado ya la primera que iba á cargo del de igual clase Ochoteco.

Hicieron alto las dos, y rehaciendo sus fuerzas Coballes, incita á los enemigos á venir á las manos; no se hicieron estos esperar mucho, pues enardecidos á la vista de los nuestros y confiados en su ligereza y conocimiento práctico del suelo, descienden por ambos lados y con rapidez de la montaña, lanzando multitud de agudas armas arrojadizas y haciendo disparos de fusilería; repitieron el ataque segunda y tercera vez, llevando su atrevimiento hasta el estremo de coger con sus manos las bayonetas de la primera fila dé soldados que á pié firme resisten el choque; toman estos á su vez la ofensiva, cargan con denuedo, y desbaratan los grupos enemigos que á la desbandada se dispersan en todas direcciones á buscar su salvacion en los bosques: 19 hombres quedaron tendidos en el campo. El Comandantante Ochoteco que con parte de su columna habia prestado algun apoyo á la de Coballes, en cuanto vió la accion terminada continuó tranquilamente la marcha seguido de las otras dos; reuniéndose todas á las nueve de la mañana en la posicion buscada, ó sea en la altura á retaguardia del fuerte del Sultan, y á la distancia de un tiro largo de fusil de la gola de aquel gran baluarte.

En la noche nada ocurrió de notable. Solo por la parte de la izquierda se oyó algun fuego de fusil que las avanzadas hicieron, para rechazar las intentonas con que los moros ocultos en los manglares procuraban inquietarlas. Las tropas de la derecha que pernoctaron en la playa á donde habian regresado por determinacion de su jefe á esperar órdenes para las operaciones del siguiente dia, en cuanto amaneció este, que era el 29, repusieron sus municiones y tomando la senda ya conocida, vuelven á situarse en la altura de que habian tomado posesion la víspera.

Las columnas de Ochoteco y de Coballes, sin detenerse en la cumbre empiezan á descender por una quebrada de la monta-

ña, al final de la cual se descubrian los dos fuertes de Moloc y Buloc cuya existencia se ignoraba, y determinaron apoderarse de este último que era el mas próximo. Dificultaba el intento la circunstancia de hallarse situado en el centro de un estenso y fétido barrizal; pero esto no fué bastante para contener á los soldados animosos que lo pasaron sin titubear, metiéndose en el fango hasta el pecho; y sorprendiendo la entrada de un portillo que tenia la muralla y estaba medio abierto, ocupan esta deshaciéndose de los pocos moros que la defendian; dejóse allí un piquete para custodiar este punto de apoyo á retaguardia, y prosiguió el comenzado movimiento siguiendo una cómoda calzada que puso á las columnas en la gola misma del fuerte del Sultan, fuerte que habian abandonado ya los enemigos, á causa sin duda del mal éxito que tubo la obstinada resistencia que hicieron por su derecha y de los horrorosos estragos causados por la artillería de la escuadra.

Poco quedaba ya por hacer; Coballes con dos compañías marchó á esplorar el terreno de las cercanías y á verificar un reconocimiento del fuerte de Moloc, que ocupó sin que nadie se le opusiera; el oficial de Ingenieros Bernaldez, con igual gente, quedó encargado de el del Sultan, y trabajando por atajar el incendio ocasionado en la muralla por el proyectil de un obusero. Ochoteco con las compañías restantes siguió la direccion que debia ponerle en contacto con la izquierda del ejército, al mismo tiempo que el Coronel Conti con la tercera de sus columnas y la reserva, bajaba al llano para incorporarse á las otras fuerzas.

Media hora despues, el Marqués de la Solana se alojaba en el que fué palacio del Sultan Mahamad Pulalon de Joló (1) y

---

(1) «Soldados: El escármiento que vuestro valor dió ayer á los joloanos, ha sido bastante para que abandonando el Sultan y los Dattos sus fortalezas, las dejen en vuestro poder entregándose á la fuga. Habeis completado vuestro triunfo y podeis envaneceros de que con el escarmiento de estos argelinos del Asia habeis hecho un

esta habia sucumbido á la voz del general español y por los es- esfuerzos de aquellas valientes tropas que merecieron, como las mejores, el bien del pais.

Fué una cruel leccion la recibida por los piratas joloanos que se habian juzgado invencibles; mas de 300 perdieron allí la vida, entre ellos varios de sus mejores caudillos; de nuestro lado hubo 36 muertos y 92 heridos.

Cuatro dias permaneció el ejército victorioso en las nuevas posiciones conquistadas, para desmontar y embarcar despues las 112 piezas de artillería recogidas (entre las que habia de todos tamaños y calibres), formar el inventario de los efectos de algun valor que se encontraron, levantar el plano de las defensas y del teatro de las operaciones, y por último, reunir y dar la distribucion conveniente al pié de los revestimientos de las murallas y en el interior de las cañoneras, á una gran cantidad de combustible para abrasar los fuertes cuya destruccion se habia resuelto definitivamente por el Capitan general, despues de oir la opinion de un consejo de jefes y oficiales facultativos que estudió detenidamente la cuestion importante de si sería conveniente, y en su caso posible, la ocupacion de aquel territorio, ó darse por satisfecho con lo ejecutado hasta allí.

Dadas las órdenes para proceder al reembarque al amanecer del 4, dos Capitanes de Ingenieros se dedicaron á construir un muelle provisional, no menor de 70 varas de largo, puesto que debia llegar hasta la separada línea de sonda para el calado de las falúas y barangayanes; al efecto se aprovecha-

---

servicio á la humanidad y á vuestros compatriotas. En los fuertes de Mahamad Pulalon se arbola la bandera española, y ya no será Joló el núcleo de un mercado de piratas que aterraba al Archipiélago burlándose de sus promesas. A primera proporcion haré conocer á la Reina nuestra señora cómo mereceis vuestros servicios, vuestro valor y sufrimiento, y cuán satisfecho estoy de vuestro comportamiento y del de la marina, que ha cooperado á la importante empresa de escarmentar estos piratas, y someterlos á su antigua dependencia.=Antonio de Urbiztondo.=Cuartel general en el fuerte principal del Sultan Mahamad Pulalon 1.° de marzo de 1851.

ron de cuantos maderos, postes, ligaduras y tablas de piso pudieron recoger en el derribo de las casas mas inmediatas. En solo cinco horas de trabajo se dió la obra por terminada, y gracias á ella y á la actividad con que maniobró la marina sutil, dos horas despues todas las tropas se hallaban á bordo de sus respectivos buques; antes de retirarse las dos últimas compañías se habia pegado fuego á la poblacion y á los fuertes que las llamas devoraron, sostenidas por la cuidadosa preparacion que se habia hecho del combustible, pues caia en aquella ocasion la lluvia á torrentes y lo inundaba todo.

Al amanecer del 5, la escuadrilla española abandonaba la rada dejando á sus espaldas un monton de escombros y de ruinas, restos de la capital de Joló. Terrible contraste para quien ocho dias antes la vió tan poderosa y altiva, rodeada de fortalezas, y respetada y temida de los territorios vecinos y de sus rivales los pueblos de Mindanao!

El fugitivo Sultan y sus Dattos, ocultos en lo mas recóndito de sus bosques y abandonados allí de todos los suyos que empezaron á mirarlos con desprecio, queriendo conquistar la perdida amistad de los españoles y el amparo del Jefe de la colonia, pidieron con vivas instancias y obtuvieron el asentimiento del gobierno para celebrar un tratado de paz, que firmó con ellos, autorizado convenientemente, el Coronel Carles Gobernador de Zamboanga; en él suplican los no ha mucho tan soberbios magnates, que todas aquellas posesiones sean incorporadas de hecho á la corona de Castilla, su *única Señora y Protectora*, por considerar á nuestros Reyes como á sus legítimos soberanos, no solo en virtud de los convenios ajustados en épocas anteriores, sino *muy particularmente por la reciente conquista de Joló;* se comprometen á no levantar fortificaciones ni comprar armas de fuego sin permiso del gobierno español, y á cooperar con su auxilio á la pronta ereccion de una factoría en aquellas costas, para promover

el tráfico y dar impulso al comercio. (Véase el Apéndice V.)

El objeto de la espedicion se habia llenado cumplidamente. Por ella nuestra bandera tremolaba en las playas joloanas hollando á sus piés el estandarte mahometano. Por ella, el Sultan mas influyente de la morisma reconocia y declaraba lo que nunca debió borrar de su memoria, es decir, que no era sino el vasallo de una nacion poderosa, sin el mas pequeño derecho para enajenar porcion alguna de un territorio que solo por tolerancia ocupaba; y finalmente, ella hizo desaparecer y arrancó de sus manos un formidable armamento á grandes espensas reunido, y las fortalezas, trabajo de mas de un siglo, á cuyo abrigo los mas fieros piratas burlando la vigilancia de nuestros cruceros, llevaron su locura hasta imaginarse invencibles y nos provocaron al combate.

A los escritores y críticos que por ignorar algunos de los detalles que hemos dado, han calificado de poco menos que inútil el resultado obtenido, sin mas razon que la de saber no habia seguido á la conquista la ocupacion material de la isla, les rogamos que fijen por un momento su atencion en las causas que motivaron la campaña, y comprenderán como nosotros, que alcanzó á satisfacer todo lo que de ella debió razonablemente esperarse. Por lo demás, no es dudable que la indicada ocupacion de tan hermosa isla y sus adyacentes, hubiera sido un hecho de gran importancia y escelente bajo todos conceptos; sobre todo si los nuevos colonos, al mezclarse con los antiguos, hubiesen logrado introducir en el pais los adelantos de la agricultura, el gusto por las artes, la aficion al trabajo, la actividad y buena fé que con la industria vigorizan el comercio favorecido allí por la riqueza inagotable del suelo, y por último, la religion, las buenas costumbres y el órden administrativo, que hicieran de aquel pedazo de tierra el centro de una civilizacion que difundiera sus brillantes luces por aquelas islas hasta hoy desventuradas, por mas que en su seno encierren tantos elementos de vida y de felicidad. Pero por mas

lisongera que sea la perspectiva de este cuadro que dibujan la imaginacion y el deseo, no podemos olvidar que para convertir el pensamiento en realidad y poner en práctica la idea, se pedian como indispensables tres cosas que andaban por entonces bien escasas: marina, brazos y caudales.

IX.

REGRESO DEL CAPITAN GENERAL Á MANILA.—ESPEDICION A MINDANAO.—COMBATE EN LAS AGUAS DE CALAMIANES.—FUNDACION DE POLLOK.—PROGRESOS DE ESTE ESTABLECIMIENTO.—REBELION DE SUGUT.—ESPEDICIONES MILITARES EN ÉSTE DISTRITO.

En la ciudad de Manila, las autoridades, las corporaciones religiosas militares y civiles, y aun los vecinos todos, se disputaban á porfía el lucimiento de los festejos con que habia de ser recibido á su regreso el ejército vencedor de los joloanos. Disponia la iglesia solemnes funciones; el pueblo de Tondo preparaba una corona de laurel para ofrecer al héroe de la jornada, y el Ayuntamiento con igual objeto hizo construir una magnífica espada y un baston, ambas cosas de un trabajo esquisito y delicado; ensayaban las músicas militares himnos guerreros compuestos al intento; levantábanse con asombrosa rapidez arcos triunfales; cubrian la trasparente superficie del caudaloso Pasig multitud de engalanadas barcas y sutiles canoas, y

en suma, todo se dispuso de manera que cuando el 20 de marzo el Marqués de la Solana hizo su entrada en la capital, su marcha desde las playas á palacio fué un triunfo, una ovacion completa. Los filipinos supieron mostrarse agradecidos en aquella ocasion, como tres años antes lo fueron con los vencedores de Balanguingui, y S. M. la Reina cuando tuvo conocimiento del glorioso hecho de armas y sus ventajosas consecuencias, envió sus plácemes y recompensas á los que de cualquier modo habian contribuido á sostener el esplendor de su trono y el alto renombre de la pátria.

No por esto se desatendian los asuntos del Mediodia; desde el dia 6 de marzo, el Comandante Coballes acompañado de un oficial de artilleria y otro de Ingenieros, se ocupaba sin levantar mano, en disponer todo lo necesario para el desempeño de una comision de sumo interés que el Capitan general habia confiado á su celo y actividad, y consistia en esplorar la costa meridional de la isla de Mindanao, y poner en conocimiento del Sultan de Cotta-bato y de los otros Régulos sus vecinos, los resultados de la última campaña. Además, debia de elegir un punto convenientemente situado en la bahía Illana para atravesar, partiendo de él, con facilidad y presteza toda la mencionada isla, en el supuesto de ir á buscar las playas del Norte, ó sean las de la provincia de Misamis. Por su parte, el ingeniero Bernaldez, recibió oportunas instrucciones para rectificar los planos que existian, así del rio Grande como del puerto de Pollok, fondeadero de Barás y otros puntos; estudiar su importancia política, militar y mercantil; dar informes sobre la mayor ó menor utilidad que presentaria el establecimiento en ellos de factorías, y la fundacion de un puesto militar; formar los itinerarios de la proyectada marcha á Misamis, y acudir á cuanto de su servicio reclamase el jefe principal de la espedicion. Salió esta de Zamboanga el dia 10 del espresado mes, y se componia de 400 soldados y 100 paisanos armados. Los mindanaos se esmeraron en obsequiarla por todas partes; aplau-

dian la decision y el valor que los españoles habian mostrado, y hasta se manifestaban satisfechos y alegres al saber la derrota sufrida por sus rivales los de Joló; lo cual no impedia que se llamasen sus amigos y mejores aliados, que esto vale la amistad con tales gentes.

La travesía de la isla se verificó con toda felicidad, desembarcando las tropas en las playas de Curumatan (elegidas como mejores para emprender la marcha), y desde las cuales, sin otro auxilio que la aguja y unos guias que facilitó el Sultan del rio Grande, se puso en movimiento la columna al amanecer del 28, y el 2 de abril hizo su entrada con toda solemnidad en Misamis, pueblo fortificado de la provincia del mismo nombre, y situado en la embocadura de la ensenada de Panguil. (Véase la lám. 1.ª) Ninguna resistencia opusieron los naturales á los espedicionarios, y solo hallaron estos en el fondo de los valles y por las márgenes de los rios, algunos caseríos abandonados.

El deseo de acertar y la constancia en el empeño, supieron como siempre, en esta ocasion, dominar todos cuantos obstáculos se ofrecieron al paso. En la mar, por ejemplo, la falta de vientos favorables y la crecida reventazon de las soberbias olas en la costa, entorpecia la navegacion, y dificultaba los desembarcos; así es, que uno de los bergantines de la flotilla, empujado por la veloz corriente y sin medio de vencerlas, encalló en un bajo que lo tuvo diez horas sujeto, si bien por ser este de arena menuda no le ocasionó daño notable; y en tierra hubo de hacerse la marcha por terrenos incultos y desconocidos, á través de bosques vírgenes casi impenetrables, salvando rios de bastante caudal, entre ellos el tortuoso Manuangan que vadearon sobre 40 veces, y trepando entre otras alturas la elevadísima cordillera del Randaya que corre de Este á Oeste penetrando en sus enmarañadas selvas en las que era preciso ir abriendo camino con las hachas y cuchillos; pero nada pudo entibiar el entusiasmo de aquellos escelentes soldados, que solo en las primeras 24 horas anduvieron sin mostrar fatiga doce

leguas y media, y eso que llevaba cada uno sobre sus espaldas, además de sus armas y doble dotacion de cartuchos, siete dias de víveres.

La flotilla, despues de desembarcar las tropas en Curumatan, se habia dado á la vela; y doblando el cabo de Zamboanga, Punta Gorda y Punta Tagló, fué á recogerlas á Misamis. Allí las tomó el 14 y salió con direccion á Manila, en cuyas aguas fondeó á la caida de la tarde del 26.

La conquista de Joló habia producido su efecto; pues sobrecogidos los moros, confesaban la inferioridad de sus armas y aun de su raza; la humildad llevada hasta la bajeza habia sustituido á la arrogancia insolente, no solo en la redaccion de los nuevos tratados sino hasta en las conversaciones particulares. Temian hoy lo que pretendian despreciar ayer; y á esta disposicion de sus ánimos se debió sin duda la facilidad con que, una espedicion tan pequeña, atravesára toda la grande y poblada isla de Mindanao sin verse en la necesidad de disparar un tiro. No sucedia esto en la Paragua, porque allí no habia llegado aun la noticia de nuestras victorias; y confiados los piratas en su número y en lo escaso de nuestras fuerzas marítimas en aquella costa, aparecieron en ella de improviso, pero solo sirvió su arrojo desmedido para añadir unas hojas de laurel á la corona del triunfo.

Recorria frecuentemente las aguas de su demarcacion la division naval de Calamianes, y hallábase á fines del mes de abril al SO. de la Paragua cuando tuvo sospechas de que se preparaba una espedicion pirática que debia salir de aquellas costas ó reforzarse en ellas. Ignorábase el rumbo que pensaria tomar y la fuerza que podria reunir, mas con todo, púsose en observacion y acecho nuestra escuadrilla, que disponia solamente de cinco falúas á las inmediatas órdenes del Teniente de navío D. Claudio Montero. No tardaron los moros en dejarse ver, pues el dia 3 de mayo, navegando las falúas á unas 12 millas distantes de la costa E. en la latitud de 8° 53″ descubrie-

ron cuatro grandes pancos con dobles tandas de remos, armados de lantacas y falconetes del calibre mayor que suele alcanzar esta clase de piezas. Al punto se fueron sobre ellos las falúas, y estando á 20 brazas de distancia les intiman la rendicion; pero los moros, lejos de escuchar el aviso, sin responder nada tomaron sus disposiciones para combatir; entonces Montero *conociendo la ventaja y honor de tomar la iniciativa*, mandó romper el fuego que se dirigió muy bien, y al que los pancos contestaron con tal viveza y abundancia de proyectiles, que dieron bien á entender lo preparados que venian. Más de un cuarto de hora duraba ya el terrible combate entre unos y otros barcos separados apenas un tiro de pistola, cuando la falúa que estaba á la izquierda de nuestra línea, incendiada por la voladura del repuesto que comunicó sus llamas á la Santa Bárbara, saltó dividida en mil pedazos, poniendo en gran peligro á la inmediata que inundó de astillas y pedazos de cabo ardiendo; pero esta no se retiró de su puesto, antes bien se apresuró á salvar los restos de la desgraciada tripulacion de la primera, cuyo comandante el Alferez de navío Otalora y el Médico-cirujano Madrid, fueron víctimas de aquella lastimosa catástrofe.

Los enemigos que la presenciaban alzaron gritos de júbilo, dando por decidida en su favor la victoria; eran sin embargo prematuros, pues irritado el corage de nuestros valientes marinos, á la voz de su jefe se arrojaron al abordaje. Mas inmediata que las otras la falúa del Alferez de navío Lopez Roda, embiste la primera contra un panco, despues de hacer sobre la tripulacion de este una descarga de fusilería. Dicho oficial y el Teniente de infantería Llobregat fueron los primeros que pisaron la borda enemiga; y allí, espada en mano, rechazan valerosamente el brusco ataque de un grupo de hombres que los rodea y los acosa sin descanso; protegidos por algunos marineros y soldados sostienen con serenidad la lucha y se apoderan por fin del buque contrario, pero quedando tendidos

sobre la cubierta, gravemente heridos, ambos oficiales. Otras dos falúas, en una de las cuales iba el comandante de la division, abordan otro panco de los mayores, y en breves instantes logran apresarlo lleno de cadáveres; por último, la falúa restante va sobre el panco tercero, y aunque su guarnicion se retiró al fondo para hacer allí mejor defensa, fué toda pasada á cuchillo. El último de los pancos era el mas chico é iban en él algunos infelices cautivos á quienes los moros, cuando se imaginaron perdidos, mutilaron con inaudita crueldad; en el acto fué echado á pique lo mismo que los otros tres, despues de estraer de ellos la artillería y arrancarles las banderas. Cuando todo estuvo concluido, y despues de recorrer las aguas con el afan de descubrir algunos restos de la malograda tripulacion de la primer falúa, regresaron las otras á su punto ordinario de estacion, conduciendo unos 20 cautivos que escaparon de la matanza. Mas de 100 piratas perecieron aquel dia, consistiendo nuestra pérdida en un oficial y el facultativo mas 12 hombres muertos, y en otros dos oficiales con 12 individuos de tropa y marinería heridos, la mayor parte de consideracion.

La noticia del éxito feliz de este brillante episodio de nuestras guerras (que así nos atrevemos á calificarlo al recordar lo que varias veces hemos dicho sobre la ligereza de los pancos, lo pesado de las falúas, y la habilidad del moro en el manejo del arma blanca indispensable en los abordajes), llegó á Manila pocos dias despues del regreso de la espedicion de Mindanao y Misamis; y como todavía estuviesen frescos los laureles recogidos en Joló, fué muy grande el contento que produjo en nuestros pueblos, y el desaliento de los piratas perseguidos y derrotados por todas partes.

El General Urbiztondo que no separaba su vista de cuanto tenia relacion con el gobierno de las islas del Sur, consideró era llegada la ocasion propicia para establecerse militarmente en la estendida costa meridional de Mindanao, que desde Zamboanga hasta el seno de Davao estaba enteramente entregada

á los moros; y dando su aprobacion á los trabajos y proyectos que como resultado de su comision habia presentado el oficial de Ingenieros Bernaldez, decretó la fundacion del Establecimiento de Pollok. Para llevarle á cabo, nombró al espresado oficial, quien á la cabeza de una columna de infantería y llevando consigo gran cantidad de materiales de construccion, debia ocupar aquella costa, levantar en paraje conveniente un fuerte de campaña semejante á los destruidos en Joló, con sus cuarteles y almacenes; reanudar las relaciones entabladas de antemano con todos los Sultanes y Régulos de la isla; proteger la colonizacion, fomentar el comercio, y en resúmen, crear un distrito nuevo que, enlazando á Davao con Zamboanga ya en comunicacion directa con las provincias de Caraga y Misamis, cerrase la cadena que habia de tener sujetos á los inquietos moradores de la hermosa y floreciente Mindanao.

A últimos de agosto de 1851, salió de Manila para Zamboanga un bergantin del comercio fletado por el Gobierno y cargado de víveres y de materiales, y el 22 de setiembre lo verificó el vapor de guerra *El Cano*, con el comandante y parte de las tropas espedicionarias mas dos obuses de montaña, dirigiéndose al mismo punto, á donde no llegó hasta el 2 de octubre porque tuvo precision de arribar á Iloilo á consecuencia de un recio temporal que sufrió en la travesía.

En Zamboanga se incorporaron otros buques, otras tropas, y los presidiarios que trabajaban en aquella comandancia de Ingenieros, de manera que la espedicion llegó á tener:

Buques. Un vapor, un pailebot y cinco falúas de guerra; un bergantin, una falúa y una lorcha, mercantes.

Tropas y operarios. Un jefe, 11 oficiales, 7 empleados de Hacienda militar, Sanidad, etc., 252 individuos de tropa, y 160 trabajadores presidiarios.

El dia 28, todas las embarcaciones menores levaron ancla y comenzaron la navegacion en demanda del puerto de Pollok; siguiéronlas el 29 la lorcha y el pailebot, y el 30 el bergantin y

el vapor; pero la falta de viento y el capricho de las corrientes, fueron causa de que las falúas y la lorcha no llegasen á su destino el dia 1.° de octubre cuando lo verificaron los otros buques.

El puerto de Pollok ó de Sugut, se halla situado al N.NO. de Cotta-bato; dista unas 7 millas de la embocadura del rio Grande de Mindanao, y es, aunque de poca estension, bastante bueno porque en el seno que forma á la parte del Sur quedan los buques abrigados de todos los vientos, y aun á la del Norte lo están durante toda la monzon del NE. Tiene las costas bajas y en general despobladas, viéndose solamente en ellas varios pueblecillos y algunas casas aquí y allí diseminadas. De las dos puntas que forman su entrada, la del Sur es elevada, señalándose entre todas las colinas que á esta parte se agrupan, la llamada Panaran por ser ancha y despejada, por tener al pié un manantial de agua potable, y porque domina el fondeadero mejor y la gran porcion de terreno en que hoy se estiende la poblacion cristiana. Esta estremidad, pues, fué la elegida para ser ocupada; y la colina Panaran á cuya inmediacion se veia un espeso bosque con escelentes maderas de construccion, fué la que desde luego se calificó de buena posicion militar, designándola como el punto preciso en que debia edificarse la fortaleza. De ella se tomó posesion el dia 4, poniendo en tierra la fuerza que se habia hasta entonces reunido; pues aunque faltaban 70 soldados, se hizo necesario desembarcar á riesgo de ser mal recibidos de los naturales, en atencion á que el agua escaseaba en los buques, y á que en la mucha gente aglomerada en ellos empezaron á desarrollarse unas calenturas malignas.

Por fin el dia 6 cogieron el puerto las falúas y la lorcha, con lo que el 7 por la mañana se arboló el pabellon nacional en lo mas alto de la posicion con todas las formalidades de ordenanza, fijándolo en el ángulo mas saliente de un atrincheramiento formado de estacada corrida con aspilleras y dos cañoneras para los obuses, construido todo en 16 horas.

Con estraordinaria rapidez corrió por toda la isla la noticia de la llegada de los españoles; y de Cotta-bato, de Paivan, de Lalabuan, de Barás, de Malanao, de Sugut, en una palabra, de cuantos pueblos se comprendian en un rádio de 8 á 10 leguas en contorno de Panaran, vinieron los Sultanes y Régulos ó sus representantes á visitar al Comandante gobernador del nuevo establecimiento, y era mucha la admiracion que les causaba la actividad con que las obras se hacian, y sobre todo unas casas portátiles de zinc que en pocos minutos se armaron á su vista; y como fueron recibidos con señales de aprecio y obsequiados de la mejor manera posible, depusieron el temor que fué la impresion primera que la presencia de los nuestros hubo de producir en sus ánimos, y fraternizaron al cabo con los oficiales y los soldados que trataban de inspirarles confianza, y llegó á reinar entre todos la mejor armonía.

Entre tanto, la tropa como los presidiarios trabajaban con provecho de 10 á 12 horas al dia, soportando el rigor del clima, y haciendo aparecer como por encanto los edificios para alojamiento y almacenes, puentecillos sobre los barrancos, caminos en el llano, sendas en los bosques, y finalmente el fuerte de madera y piedra capaz de contener una guarnicion de 250 hombres, compuesto de una batería semicircular que amenaza la entrada del puerto, unida por dos lienzos de muralla á los salientes de un fuerte abaluartado que mira á la parte de tierra.

Mas para referir detalladamente cuanto allí se ejecutó, las dificultades que para ello se hubieron de vencer, etc., menester sería que perdiera este escrito el carácter de reseña que le hemos dado, que nuestra pluma corriera con destreza, y que al mismo tiempo no tuviera esa apariencia al menos de parcialidad y aun quizá de propia alabanza, que reconocemos como un riesgo muy natural en que vendríamos fácilmente á caer; por lo mismo nos limitaremos á decir, que lo que entonces se hizo es una prueba mas del gran partido

que puede sacarse del soldado filipino, en todas las ocasiones en que lo exija la conveniencia y el interés del pais.

Terminaba el mes de enero de 1852; los moros seguian visitando el establecimiento con frecuencia, y traian algunos géneros y frutos de sus tierras para traficar con los buques de cabotaje que de Manila y de las Bisayas acudieron allí á buscar negocios; é iban solos, á todas horas y comunmente sin armas; siendo esta última circunstancia bien singular por cierto, atendido su carácter y sus costumbres. Las obras estaban á punto de concluirse; la marina avanzaba mucho en la construccion de un muelle despues de haber edificado unos grandes almacenes para depósito de carbon de piedra; mas cuando parecia que la creacion de aquel puesto militar tocaba á su término breve y felizmente, un suceso inesperado vino á turbar la paz, y á poner en alarma los espíritus amenazando trastornarlo todo; hablamos de la rebelion de los habitantes de la sultanía de Sugut.

Situada esta al N. del puerto de Pollok, abraza una gran estension de terreno desde las costas hasta el pié de una elevada cordillera de montañas que corre del NE. al SO., y la separa de la Laguna y de los pueblos de Lanao, que han llevado siempre la fama de belicosos y de inclinados á la piratería: y bien fuese por la influencia que estos ejercian sobre sus vecinos los de Sugut, bien por la enemistad que de muy antiguo existia entre el Sultan del último territorio y el del rio Grande á quien suponian protegido particularmente por los españoles, es lo cierto que la permanencia de nuestras tropas en Panaran tenia en continua agitacion á los pueblos sugutanos, los que careciendo de medios bastantes para declararse abiertamente en oposicion, ocultaban su disgusto con delicada hipocresía, aguardando que se presentára una coyuntura favorable para sorprender nuestra posicion y apoderarse de ella; logrando de esta manera dar satisfaccion á su orgullo que consideraban menospreciado, y vengarse del pretendido favor de

sus rivales, los de Cotta-bato. No pudieron, á pesar de su pe
severancia en el empeño, burlar la vigilancia de la guarnicio
del fuerte; é irritados por ello, apelaron á la traicion, en
pleando toda su habilidad y ardimiento en sorprender y caut
var unos cuantos trabajadores indefensos que se hallaban re
cogiendo arena en las inmediaciones del rio *Bu*, siete milla
distante del establecimiento. Sucedió esto el dia 6 de febrer
y fué de este modo; que hallándose 11 presidiarios con un
pequeña escolta ocupados en la faená que hemos dicho, s
presentaron, como diariamente sucedia, algunos moros co
tabaco y buyo para su venta; llegada la hora de descanso, y
estando reunidos los descuidados cristianos y mezclados co
los moros, aparece una multitud de estos que estaban á pre-
vencion emboscados, caen sobre los soldados de la custodia
matan á dos que intentan resistir, desarman á los otros y se
llevan cautivos á todos los presidiarios, consumando en meno
tiempo del que se tarda en referirlo, un crimen premeditado
con tanta sagacidad como cobardía.

Un soldado que pudo milagrosamente escapar dió cuenta
de todo al gobernador, y como por las diligencias que hizo
practicar en el acto supo este que aquellos piratas eran gente
de Lalayangan y Paran, dependientes de Sugut, reunió 80 hombres y embarcándose con ellos en unos pequeños y frágiles
lancanes, atravesó el puerto aprovechando unas horas de calma, y á las once de la noche cayó sobre aquellos pueblos é hizo
ejecutar un castigo ejemplar y severo. Al amanecer del siguiente dia otra columna se dirigió á los varios de Nituan y
Liua tambien declarados rebeldes, y sufrieron igual suerte
que los primeros.

En tanto que esta activa persecucion aterraba á los sublevados, continuaban las indagaciones para descubrir el para
dero de los cautivos y la persona del jefe principal del pirateo
logrando por fin averiguarse que este era un Datto que aun
entre los suyos tenia fama de bandido, y que el mismo Sulta

de Sugut se habia hecho cómplice del delito, recogiendo las ropas y cadenas arrancadas á los presidiarios, algunos de los cuales estaban ya en su poder.

Coincidió la terminacion de tales averiguaciones con la llegada á Pollok del nuevo gobernador el Teniente coronel Oscariz, oficial ventajosamente conocido, que traia una compañía para relevar parte de la guarnicion del fuerte. Este jefe, inmediatamente que tomó el mando y se hizo cargo de lo que pasaba, antes de que se hiciera el relevo dispuso un ataque formal contra la capital, que se suponia fortificada, del distrito ya declarado enemigo; y al amanecer del 2 de abril, embarcando 250 hombres en un vapor y varias falúas, y acompañado del gobernador relevado que no quiso dejar de concurrir á la espedicion, se dirigió á las costas de Sugut.

Tendiendo la vista por el cróquis adjunto (lám. 6) se podrá formar una idea de la clase de terreno en que se iba á operar; accidentado y cubierto por la derecha, y en la izquierda cortado por un ancho y profundo manglar muy pantanoso. La línea de puntos representa la direccion que tomó la columna, la cual al subir á la primera altura halló en su cima un fuertecillo á medio construir de que se apoderó sin resistencia y desbarató en seguida; bajó despues por la pendiente opuesta, pasó vadeando el rio, y cuando despues de tres horas de una marcha penosa se encontraba empeñada en lo mas cerrado de un bosque, la compañía de vanguardia se vió de repente á cien pasos de una estacada guarnecida con artillería; el Capitan Gutierrez que mandaba aquella compañía, avanza resueltamente arrostrando el nutrido fuego de los cañones y guiando á sus soldados hácia un portillo abierto que el fuerte tenia. En este momento, avisado el jefe Oscariz de que algunos moros de la guarnicion de aquel trataban de fugarse por el lado opuesto al del ataque, se adelantó para atajarles el paso haciéndose acompañar únicamente de seis ú ocho soldados; apenas se hubo separado del resto de la columna que formaba la reserva, sor-

prendióle un grupo de los fugitivos que á la desesperada se arrojaron sobre su gente; cuerpo á cuerpo luchó con dos de ellos y los mató; pero alcanzado por un casco de metralla que le atravesó la muñeca izquierda y el pecho, cayó gravemente herido, recibiendo además, estando ya en tierra, dos cuchilladas en un brazo por mano de aquellos bárbaros. Recayó en ocasion tan crítica el mando en Bernaldez; este, dejando una pequeña custodia al jefe herido, dispuso que adelantase la reserva hasta quedar formada á 20 pasos de la muralla y marchó á unirse á la compañía del Capitan Gutierrez que se sostenia en el punto de ataque con firmeza; apoyada así y bien de cerca por tropas de refresco, y aun antes que pudieran estas tomar parte en la accion, embiste impetuosamente á los que defienden el portillo, los envuelve y escarmienta, y obligándoles á despejar el paso, se apodera del fuerte, ciudadela de la capital de Sugut que fué abandonada de los pocos que aun quedaban, dejando en su interior 50 cadáveres y ocho piezas de artillería, tres de grande y cinco de pequeño calibre.

Correspondian con estas operaciones por tierra las que practicaba la marina reconociendo las costas, fogueando á los moros que huian atravesando las playas, quemando algunos pueblecillos y asolando la campiña.

El éxito de la espedicion fué notable; y aun lo hubiera sido mas si hubieran podido permanecer los nuestros hasta el siguiente dia en el terreno conquistado. Pero al sol abrasador de la mañana, siguió una tempestad de agua que la desprendia á torrentes y empezó cuando lo mas recio del combate; las municiones estaban perdidas, faltaban los ranchos y no habia facultativos ni botiquin para atender á los heridos, pues aunque estaban aquellos en los buques, el jefe de la marina ignoraba la posicion que las tropas tenian en medio, como hemos dicho, de un bosque. Por todas estas razones y muy especialmente por la última, fué menester tratar de reembarcarse antes que entrase la noche. Claváronse pues ligeramente los

cañones, se prendió fuego á la estacada, con cañas y bejuco se improvisaron unas camillas, y colocando en ellas á los once heridos mas graves, se puso en movimiento la columna.

El camino hasta la playa no pudo hacerse en menos de dos horas; y esto á través de terrenos inundados porque la marea crecia, y vadeando el rio dos veces con el agua al cuello. Ya serian las nueve de la noche cuando las tropas vencedoras entraban en el fuerte español de Pollok.

Doce dias despues, otra espedicion de fuerza igual y al mando de Bernaldez (otra vez encargado del gobierno de aquel distrito hasta el restablecimiento de Oscariz), volvió á Sugut, y siguiendo en su marcha el itinerario marcado en el cróquis por la línea de trazos, halló la capital abandonada y en pié parte de las murallas del fuerte, que sin duda por hallarse empapadas en agua las estacadas cuando trataron de quemarlas el dia 2, no habia prendido en ellas el fuego; los cañones estaban allí, pero enterrados; así, mientras que una parte de la columna recorria los campos y arrasaba los pueblos, la restante se ocupó en destruir por completo las fortificaciones, sacar y conducir á brazo los cañones para colocarlos en unas balsas que al efecto se habian construido y situado en el rio, y en echar por tierra la residencia del Sultan, el cual tuvo á buena suerte el poder escapar y refugiarse en los montes de Lanao.

Volvió á reinar la calma en cuanto alcanzaba con su influencia el establecimiento español: rescatáronse seis de los cautivos (los demás habian perecido de fatiga y de hambre), y las obras del fuerte volvieron á adquirir su actividad acostumbrada, hasta su conclusion que fué á los nueve meses y medio de haberse tomado posesion de la colina de Panaran; y al pié de esta y al abrigo de la fortaleza se empezó á edificar un pueblo con barrios cristianos y chinos, base y principio de una provincia nueva, que ha de reportar, si no se abandona, grandes utilidades al comercio y á la represion del pirateo.

CONCLUSION.

Damos por terminada aquí nuestra tarea, porque desde fines de 1852 hasta la fecha, no ha ocurrido en el Sur de Filipinas suceso alguno verdaderamente notable que deba tener cabida en esta reseña, á escepcion del combate que en 21 de agosto del año próximo pasado sostuvo el vapor de guerra *Magallanes* con una division de pancos piratas en las aguas de Cebú, y cuyo brillante resultado fué dar muerte á 30 moros, coger 13 prisioneros y rescatar 17 cautivos, despues de echar á pique ocho de aquellas embarcaciones.

Sin embargo, la guerra no ha concluido; los instintos del pirateo no han podido estinguirse; la ignorancia, la holgazanería y el arraigo de las malas costumbres de toda su raza, son

causa de que entre los moros continúe siendo una necesidad el ejercicio de la piratería, porque teniendo esclavos lo tienen todo; riquezas, comodidades é importancia en su pais. La breve narracion que hemos hecho de la dilatadísima lucha de siglos que en tan apartadas regiones han sostenido y sostienen las armas españolas contra esos bárbaros, inhumanos y siempre atrevidos isleños, demuestra claramente que solo el terror les obliga, y que, desvanecido este, cualquier otro medio de reducirlos es ineficaz, ó por lo menos de una lentitud desesperante. Despues de cuatro años de paz, consecuencia principalmente de las operaciones sobre Joló, las provincias Bisayas han estado no há mucho espuestas á una invasion formal. En Zamboanga y en Pollok, dos oficiales españoles fueron asesinados á principios del año último por los moros de las inmediaciones; en el interior de Basilan han ocurrido desórdenes; en fin, el miedo pasó, y el mónstruo de aquellas mares amenaza volver á levantar su horrible cabeza.

A pesar del tiempo trascurrido en lucha constante; del mérito indisputable de muchos de los gobernadores que ha tenido la colonia; del valor, del celo y del entusiasmo de los españoles y del soldado filipino, todavía no ha podido afirmarse la paz y dar á nuestros pueblos el sosiego apetecido; es, pues, evidente la dificultad de conseguirlo.

No obstante; de lo difícil á lo imposible hay una gran distancia, y bien vale la cuestion la pena de ocuparse en resolverla.

La importancia de las islas, cuya posicion las hace cada dia mas interesantes y codiciadas; y el valor inmenso de los frutos que ofrecen liberalmente unas tierras cuyas entrañas corresponden en riqueza á la fertilidad de su superficie, reclaman con sobrado derecho la atencion del gobierno, que además y muy principalmente no puede desatender los incesantes clamores del pueblo leal que habita en aquel pais bendecido por la Providencia.

No intentaremos nosotros presentar aquí la resolucion que

se busca, porque está muy lejos nuestra suficiencia de llegar á la altura de nuestros deseos; pero quisiéramos con toda la vehemencia de un español amante, como el que mas, de su país, que una comision compuesta de hombres entendidos, laboriosos y conocedores de la materia, ocupándose esclusivamente del Sur del Archipiélago filipino, examinase:

1.° Los tratados y convenios celebrados en distintas épocas y con diferentes autoridades; las causas que los motivaron, y y la utilidad que nos trajeron, teniendo presente que, con ligeras escepciones, la parte política, digámoslo así, de tódos ellos está reducida á decirle al moro: *Te haré la guerra si obras mal; pero para que no obres mal, te concedo honores y consideraciones, te acojo bajo mi proteccion, te aseguro el puesto que ocupas, etc.*; especie que enorgulleció de tal manera á los Régulos con quienes se trató, que no ha habido forma despues de hacerles comprender el verdadero valor de tales concesiones; y el orgullo es una fuerza mas que vencer.

2.° Si convendria proteger la colonizacion de chinos y de naturales bisayas ú otras gentes del pais, en Mindanao, distritos de Pollok, Davao, la Isabela y otros que se vayan ocupando en el grupo de las Zamales.

3.° Si la ocupacion que paulatinamente se vaya haciendo de las islas, ha de llevarse por las costas ó avanzar desde las costas al centro.

4.° Qué partido podrá sacarse de entablar relaciones de amistad con los monteses y gentes del interior que son mas tranquilos que los moradores de los pueblos playeros.

5.° Si pueden esperarse buenos resultados de la ereccion de una compañía de comercio, que quizás llevaria al pais muchas familias mal halladas en otros menos fértiles, suaves y benignos; si bien dicha compañía deberia formarse con otras bases que la estinguida Real de Filipinas, y otra organizacion que la inglesa, visto el estado actual de las desventuradas posesiones de la India.

6.° De qué modo influirá en la paz, en el bienestar y en los adelantos de nuestra colonia, el resultado próspero ó adverso que pueda tener para Inglaterra la guerra que sostiene en sus mencionadas posesiones, y la que estalla al pié de las murallas seculares de China.

7.° Si será hoy oportuno, acumulando recursos sin reparar en gastos que han de ser reproductivos, el establecerse militarmente en Joló, como se hizo en Pollok de Mindanao; y si en esta última isla debe tomarse posesion del rio Grande, cosa digna de sério estudio.

8.° Si la organizacion del ejército de Filipinas, su equipo, armamento, instruccion, etc., cumplen con las condiciones apetecidas por la naturaleza del teatro de operaciones, el clima, y la clase de enemigos.

9.° Qué medios hay y cuáles serian los mas aceptables para aumentar allí nuestra marina de guerra, dotándola de buques, con preferencia de vapor, fuertes, ligeros y de poco, muy poco calado para vigilar las costas; sin perjuicio de otros mayores para la comunicacion de las islas entre sí (1).

10.° Hasta qué punto es conveniente la presencia de los Misioneros durante los primeros meses de la ocupacion de un territorio, en atencion á la repugnancia que los moros presentan á mudar de religion; y en todo caso, estudiar la oportunidad que habria en llamar á los PP. jesuitas, recordando lo que en otro tiempo hicieron en beneficio de la corona y de aquellos naturales.

11.° y último. Qué ventajas traeria la formacion, varias veces proyectada, de un Gobierno que comprendiera el grupo de islas del Sur con inclusion de la Paragua y Calamianes, separado del resto de la colonia y con la sola dependencia de

(1) Despues de escritas estas páginas hemos sabido que la autoridad superior de Filipinas ha llamado á licitacion al comercio para el servicio de cuatro líneas de vapores; dos en Luzon y dos en Bisayas. La subvencion ofrecida asciende á 43.000 pesos fuertes, y sobre ella se admitirán proposiciones.

Capitan general ó Gobernador principal, en lo tocante á la resolucion definitiva en asuntos graves de interés general para el país.

Resueltas estas cuestiones en general como los puntos mas culminantes, los detalles de ejecucion deben confiarse á personas inteligentes bajo las órdenes de un jefe competente y práctico el cual, lo mismo que sus subordinados, comprenda toda la necesidad que hay de conservar sobre el moro esa fuerza moral que, mas que nada, constituye allí nuestro poder; porque si una vez los indígenas gobernados llegasen á descubrir en el jefe que los guia y á quien inmediatamente observan, que el afan de atesorar le hace aparecer mezquino; que su poca actividad le presenta débil, ó que su falta de prudencia le conduce á empeñar un combate en el que salga vencido, se acostumbrarian á mirar á la autoridad española sin veneracion, hasta sin respeto. No olvidemos que, ilustrándose el moro á medida que frecuentra el trato de los cristianos, no pueden desatenderse ni la malicia de sus actos, ni la estimacion y aprecio que hagan de nuestra conducta; y que la supersticion por una parte y por otra el deseo tan natural de disputar el suelo en que se ha nacido, les hace valientes y aun temerarios en la pelea.

Es preciso que concluya de una vez esa guerra que parece interminable; guerra que corta los brazos á la agricultura y al comercio en medio de la fertilidad y la abundancia; que es un escándalo de la civilizacion, y un gérmen de descontento y de lágrimas que apura la paciencia de algunos millones de almas, que solo necesitan de paz y de proteccion decidida del gobierno, para convertir á Filipinas en la mejor de las colonias.

APÉNDICES.

APENDICE PRIMERO.

Los soldados y ministros de la guerra y de la marina en los primeros tiempos de la conquista de Filipinas, á escepcion de la gente de armas que fué con los conquistadores, solian ser todos los moradores y estantes en las islas que sin sueldo ni estipendio alguno tenian sus armas, é iban á todas las jornadas y pacificaciones que se ofrecian, y guardaban los fuertes y presidios, ciudades y poblaciones. El gobernador á cuya merced estaban, conforme á sus méritos y servicios les proveia de encomiendas, oficios y aprovechamientos de la tierra. En este tiempo, dice un escritor de principios del siglo XVII, la soldadesca de las islas era la mejor que se hallaba en las Indias, muy prácticos y ejercitados por mar y tierra, temidos y respetados de todas aquellas naciones; preciábanse de sus armas, y de dar buena cuenta de sus personas.

El campo de los 400 que se fundó en 1591, se componia de arcabuceros y mosqueteros, y constaba de

Un Sargento Mayor con.	35	ps. fs. mensuales.
Seis Capitanes á.	35	id.
Un Ayudante de Sargento Mayor (Capitan de campaña) con.	16	id.
Seis Alféreces á.	16	id.
Los Mosqueteros con.	8	id.
Los Arcabuceros con.	6	id.

Además el Maestre de Campo, disfrutaba 199 $\frac{1}{3}$ ps. fs. mensuales, y los Alcaides de las fortalezas, 33 $\frac{1}{3}$.—El general de las galeras, tenia 66 $\frac{2}{3}$ id, y el Capitan de cada una de estas, 25.

APENDICE 2.°

Hé aquí el estracto de la carta que el arrogante Koseng, despues de la victoria conseguida en Isla Hermosa, envió al Capitan general de Filipinas y que condujo Fr. Victorio Riccio, misionero dominico de Zubincheu con titulos de Mandarin y Embajador:

«Razon conocida es, así antigua como moderna, que á los es- »clarecidos Príncipes, escogidos por el Cielo, cualquiera des- »cendencia de nacion estraña, reconozca con tributos y párias. »Los necios Holandeses, no conociendo ni entendiendo los »mandatos del Cielo, obraron sin miedo y sin vergüenza, »agraviando y tiranizando mis vasallos, y aun robando, y sal- »teando mis Champanes de mercancías. Por lo cual tiempo ha- »bia que yo queria formar Armada, para castigar sus culpas, »pero dándome el Cielo y la tierra un raro sufrimiento, y an- »chura de corazon, continuamente enviaba amonestaciones y »exortaciones, como de amigo, esperando que se arrepintie- »sen de sus culpas, y se enmendasen de sus pecados. Pero »ellos mas duros, y mas desbaratados, y perversos, no se die- »ron por entendidos. Yo pues, enojándome grandemente en el »año Sintiv en la cuarta luna (1), levantándose la fuerza de mi »enojo, formé Armada para castigar sus delitos. Y en llegando »los prendí, y maté, y destruí sin número, sin tener los Holan-

(1) Abril de 1661.

»deses camino por donde huirse, que desnudos humildemente »pedian estarnos sujetos. . . . .

. . . .

. . . .

»Envio pues, por delante al Padre Embajador, y mandato de »consejo y aviso amigable, para que vuestro pequeño Reino, si »reconoce el querer del Cielo y los propios yerros, venga ca»bizbajo á la Regia, cada año ofreciendo párias. Y en tal caso »mando, que vuelva el Padre á darme respuesta de la embaja»da, y yo daré perfecto y sólido crédito, y seré ajustado, per»donaré vuestras antiguas culpas, concediéndoos vuestro Real »lugar, y dignidad, juntamente mandaré á los mercaderes »que vayan allá á sus contratos. Y cuando vosotros engañados, »no caigais en la cuenta, llegará luego Armada, que vuestras »fuerzas, estanques, ciudades y almacenes, lo precioso, y las »piedras mismas juntamente abrasaré, y destruiré aunque pi»dan pagar tributo, y reconocimiento, no lo podrán entonces »alcanzar. Ejemplo ocular sean los sucesos del Holandés, y el »Padre en tal caso, no es menester que vuelva por delante. »Males, bienes, ganancias, y daños están á la raya y término, »y falta muy poco. Vuestro pequeño Reino muy apriesa lo pien»se, no dilate para despues el arrepentimiento. Solamente avi»so amigablemente, amonesto y enseño. En dies y seis años »del Rey Yunglie, en siete de la tercera luna (1) en Isla Her»mosa.—Koseng.»

Veamos ahora la contestacion del Capitan general á Koseng que llevó el mismo Padre Riccio. Dice así: «D. Sabiniano »Manrique de Lara, Caballero de la órden de Calatrava, del »Consejo de S. M. Católica del Rey nuestro señor D. Felipe IV, »gran monarca de las Españas, y de las Indias Orientales y »Occidentales, Islas, y tierra firme del mar Océano, su Go»bernador y Capitan General en las Filipinas, y Presidente de

(1) A 21 de abril de 1662.

»la Audienciâ, y Chancilleria Real, donde reside etc. A Ko-
»seg, que rige y gobierna las costas marítimas del Reino de
»China. No hay Nacion que ignore que los Españoles solo obe-
»decen á su Rey, reconociendo y adorando á Dios todo pode-
»roso, criador del Cielo y tierra, causa de todas las causas,
»sin principio, medió, ni fin, y que en su ley santa viven, y
»en su defensa mueren. . . . .
. . . .

»Atended á los dioses que adorais, forjados del metal que de aquí »llevais. Premeditad la adoracion y sumision, que habeis pasado »á su orígen, y hallareis, que está debajo del dominio y jurisdic»cion y potestad del Rey nuestro señor, y alcanzareis que es en »todo soberano, y cuando habiaís de tratar de vuestra conserva»cion motivando agravios, amenazais con guerra, ostentando »poder. Y como quiera que se ha estrañado, quitando toda cau»sa de desagradecimiento, mandé saliesen de estas islas los »Sangleyes que en ellas habia, gozando de sus comodidades, y »grangerías libremente, con sus haciendas, y vageles; porque »tengais mas copia de ellos, para venir, sin hacer caso del »alboroto que movieron algunos recelosos, de que se les qui»tasen las vidas, por lo inadvertido de vuestra carta, (que »culparon atrevida, falta de razon y seso), usando de toda »piedad, por no empeñar en poco los aceros, ni disminuir el »valor que Dios nos ha dado, tal, que doblando y redoblando »vuestra potencia mas de lo que encareceis, nos parece corta »á emplear los brios con la obligacion. Y asi se os responde, »que en vuestra voluntad no está el hacer grandes, ó meno»res Reinos, por ser corta, y limitada vuestra vida y compren»sion, que nacisteis ayer y habeis de morir mañana, sin que »en el Orbe haya ni quede memoria de vuestro nombre, que »no sabeis mas mundo que el de la China, y por acá corren »diferentes aires, son las influencias distintas, y de cerca los »calores otros de los que se perciben de lejos por los ojos, »ó por los oidos, que quedan cerrados todos los puertos, y tier-

»ras, para no admitir ningun vagel, ni persona vuestra, sino »fuere arrepentido por los medios de la paz, y con el resguardo »competente al fin de la conservacion, y timbre honorífico de »las armas Españolas, y gloria de Dios nuestro señor; y que si »perseverais sereis recibido como enemigo, correrán por »vuestra cuenta las muertes, que habeis amado con los peli- »gros, y precipicios, que os amenazan, firmes y constantes á »la defensa natural, y derecho de las gentes. Y si no os quisié- »redes cansar, avisando, los Españoles os irán á buscar, aun- »que tendreis bien que entender con los Tártaros, y con los »mismos que os siguen, y os aborrecen, y con la nacion Ho- »landesa, que os dará á merecer, volviendo por su reputacion »como lo sabe hacer, sin que esteis en parte ninguna seguro, »aguardando de Dios los buenos sucesos, que esperimentare- »mos, pues el mar, los vientos, el fuego, la tierra, y todo lo »criado han de ser, y se han de conjurar contra vos, alcanzan- »do los triunfos, que ostenta la Cruz de nuestros Estandartes »por señal de toda la redencion; y porque no dudeis la res- »puesta, vuelve Fr. Victorio Riccio, vuestro Embajador, y mio, »para que le recibais como tal, y hagais guardar los fueros de »Embajador, que se acostumbràn entre los Príncipes y Seño- »res Soberanos. Dios os dé el conocimiento verdadero que de- »seamos con el bien de proximidad, que observamos. Manila »y julio 10 de 1662.»

APENDICE 3.°

Proclama del Capitan general de Filipinas despues de sofocada la revolucion de Manila el año 1823.

FILIPINOS.=Los altos é incomprensibles decretos del Ser Supremo, de aquel Dios, el Dios de vuestros padres, que por medio del Gobierno Español os sacó del estado de infieles al de católicos cristianos, reduciéndoos al gremio de su Iglesia, esos mismos son los que velan por vuestra conservacion y la de vuestros hijos y familia, dispusieron que yo viniese á estas islas con una porcion escogida de dignísimos y valientes militares para oponerme á las pérfidas maquinaciones de malvados ambiciosos, que pretendian hacerse soberanos de ellas: odiando siempre verter la sangre humana me contenté con arrojar de este delicioso pais á los malvados que trataban de oprimiros; pero lejos de haber servido de ejemplo mi conducta generosa, agentes ocultos de aquellos concibieron locos y atrevidos proyectos que quisieron poner en práctica con las armas en la mano. El dia 3 del presente junio el perverso Novales, ex-capitan del Rey, con el ex-subteniente del mismo cuerpo Ruiz, y la mayor parte de la clase de sargentos sedugeron á los incautos soldados, y asesinando cobardemente al dignísimo Teniente de Rey y Subinspector de este ejército, el Excmo. Sr. D. Mariano Fernandez de Folgueras, trataron de apoderarse de la fuerza de Santiago y de la plaza; habiéndose frustrado el tomar la primera por las acertadas providencias del Sargento mayor D. Pláci-

do Duro, no dejaron sin embargo de conseguir el apoderarse del palacio y plaza de armas, aprisionando varios oficiales y otras personas: pero advertido yo del horrible atentado, vuelo rápido como el rayo, y á la cabeza de una corta columna compuesta del bizarro cuerpo de artillería, y los valientes granaderos del batallon de la Reina y restos del del Príncipe, y cazadores de Luzon, entro en la plaza, y ayudado del valeroso batallon de Pampangos, dirigido por ilustres oficiales que los mandaban, cuyos nombres se darán al público, y de la intrépida caballería ligera de Luzon, consigo desbaratar á los cobardes que, encerrados en el palacio y casa de cabildo hacian un fuego dirigido por el medio, de donde fueron lanzados por los valientes que defendian la justa causa; aprisionados todos, han sido fusilados Novales y Ruiz con otros quince traidores en castigo de sus delitos, perdonando la vida á la clase de soldados y cabós que fueron ciego instrumento de su iniquidad. Proyectaba Novales hacerse Emperador de las Filipinas; saquear los templos, casas de misericordia y de particulares, y degollar á cuantos indios y europeos se opusiesen á sus intentos; cargar con nuevos impuestos á los habitantes del pais para enriquecerse, fugándose luego con la presa; pero la divina Providencia que vela sobre esta parte escogida de la nacion española no quiso consentir tal infamia: la cuchilla de la ley, la terrible cuchilla de la ley puesta en mi mano, sostenida por el Señor de los Ejércitos caerá sobre los malvados que quieran perturbar el órden. Filipinos, el Gobierno español os protege, y sus leyes benéficas aseguran vuestra libertad: no querais sucumbir á manos de tiranos usurpadores que os sumirán en la miseria y en la mas ignominiosa esclavitud, y vivid confiados que en vuestro apoyo sabrá derramar su sangre el Capitan general de estas islas.=Juan Antonio Martinez.

APENDICE 4.°

Traduccion literal de una carta escrita al Sultan de Joló por una mora de las que se cogieron mal heridas en el fuerte de Sipac, en Balanguingui.

Empiezo á hacer la mas clara relacion de lo ocurrido, y doy las gracias á Dios de todo corazon, encargándole mil saludos, y rogándole al mismo Dios le colme de toda felicidad.—Un sacope suyo le remite esta carta juntamente con Dayda á causa de las seis personas entre hombres y mujeres que ahora se hallan aqui en poder de los cristianos (1).—Yo y Dayda pasamos á comunicar al Datto Nasadolin y á su hijo Inguinguin.—El vapor negro descargó muchos cañonazos hasta el medio dia, y ya no hemos podido aguantar.— Permanecieron seis dias hasta que acabaron de destruir nuestra fortaleza.—Sentimos la mayor afliccion, y asi preferimos el sepulcro.—Escuchadnos sacopes de Sultan, y estad seguros que desde nuestros antepasados no se habia visto una ocurrencia semejante y tan fatal.—El Capitan Olancaya habló entonces; moriremos mártires todos á un mismo tiempo, pues ya es el último fin de nuestras devociones.—Y dijo á Otó su hijo, que ya no habia remedio. ¡Oh Iman Baidola, moriremos los dos juntos!—Dima dijo, tio mio, no hay que acobardarse, moriremos mártires todos y saldremos de este mundo.—Contestó Donato; no hay que detenernos, por las vidas de nuestros abuelos.—Bintó repuso; padre mio, no hay por qué detenerse, vamos á morir peleando y no nos separaremos mas.

Al Sultan de Joló.—Es procedente del sacope Camarang.

---

(1) Estos seis moros que se citan eran los que habian correspondido á la provincia de Pangasinan en el repaito que se hizo en aquellas de los prisioneros.

APENDICE 5.°

Convenio celebrado en Joló en 30 de abril de 1851.

Acta solemne de incorporacion y adhesion á la soberanía de S. M. C. Doña Isabel II, Reina constitucional de las Españas, y de sumision al Gobierno supremo de la nacion, que hace el muy escelente Sultan de Joló Mahamad-Pulalón y los Dattos Mahamad-Bullo, Mulok, Daniel-Amil-Bajal, Ban-Dá-Jalá, Mulok-Cajal, Amil-Baral, Tamangon-Yo-Han, Sana-Ya-Han, Naip, Mamancha con el Serib Mahamad-Binsarin, á nombre y representacion de toda la Isla de Joló, al Sr. Coronel graduado don José María de Carles y O-Doile, Gobernador militar y político de la provincia de Zamboanga, Islas de Basilan, Pilas, Tonquil y adyacentes, como plenipotenciario y especialmente autorizado por el Excmo. Sr. D. Antonio de Urbiztondo, Marqués de la Solana, Gobernador Capitan general de las islas Filipinas.

Artículo 1.° El muy excelente Sultan de Joló Mahamad-Pulalon, por sí, sus herederos y descendientes; los Dattos, Mahamad Bullo, Mulok, Daniel-Amil-Bajal, Ban-Dá-Jalá, Mulok-Cajal, Amil-Baral, Tamangon, Yo-Han, Sana-Ya-Han, Naip, Mamancha y el Serib Mahamad-Binsarin de su espontánea y libre voluntad declaran: que á fin de reparar el ultraje hecho á la nacion española el dia primero de enero del presente año, desean y suplican sea la isla de Joló con todas sus dependencias incorporada á la corona de España, que de algunos siglos á

esta parte era ya su única Señora y Protectora, haciendo de nuevo en este dia acta solemne de sumision y adhesion, reconociendo á S. M. C. Doña Isabel II, Reina Constitucional de las Españas, y á los que sucederla puedan en esa suprema dignidad por sus soberanos señores y protectores segun de derecho les corresponde; tanto por los tratados celebrados en épocas remotas, por el de 1836 y adiciones hechas por el actual Gobernador de Zamboanga en agosto último, como tambien muy particularmente por la reciente conquista de Joló verificada en 28 de febrero del presente año, por el Excmo. Sr. D. Antonio de Urbiztondo, Marqués de la Solana, Gobernador, Capitan general de las islas Filipinas.

Art. 2.° El Sultan y Dattos prometen solemnemente mantener integro el territorio de Joló y sus dependencias, como una parte del Archipiélago perteneciente al Gobierno Español.

Art. 3.° Se establecen las relaciones amistosas, que existirán en lo sucesivo.

Art. 4.° Renuevan la solemne promesa de no egercer ni permitir que nadie egerza la pirateria en los dominios de Joló, de perseguir á los que se dediquen á este infame tráfico; declarándose enemigos de todas aquellas islas que lo fueren de la España, y aliados de todos sus amigos.

Art. 5.° Desde este dia, arbolará Joló la bandera nacional Española en sus pueblos y embarcaciones, y el Sultan y demás autoridades constituidas usarán la de guerra Española, bajo los mismos principios que se hace en los demás dominios Españoles, sin poder hacer uso de otra alguna, ni en mar, ni en tierra.

Art. 6.° Declarada la isla de Joló y sus dependencias parte integrante del Archipiélago filipino que pertenece á la España, se reconoce franco el tráfico en bandera Española, en todos los puertos dependientes de la sultania, sin traba de ninguna especie, como se hace en los puertos de la nacion.

Art. 7.° Reconocida por el Sultan y Dattos de Joló la so-

berania de España sobre su territorio; soberanía robustecida ahora, no solo por el derecho de conquista, sino por la clemencia del vencedor, no podrá levantarse fortificacion de ninguna especie en el de su mando sino por un permiso espreso del Excmo. Sr. Gobernador Capitan General de estas islas: deberá prohibirse tambien la compra y uso de armas de fuego de toda especie sin una licencia de la misma superior autoridad, pues serán reputadas como enemigas las embarcaciones donde se encuentren armas de otra especie que las blancas que se usan en el pais de tiempo inmemorial.

Art. 8.° Queriendo el Gobierno Español dar una prueba inequívoca de la proteccion que concede á los joloanos, se espedirán al Sultan y Dattos los competentes Reales títulos que acrediten su autoridad y categoria.

Art. 9.° El Gobierno Español, garantiza con toda solemnidad al Sultan y demás habitantes de Joló, el uso y práctica de la religion que profesan á la que no se pondrá la menor traba, respetando igualmente sus costumbres.

Art. 10. Garantiza tambien el Gobierno Español, el derecho de sucesion al actual Sultan, y su descendencia en el órden establecido, é interin no falte á estos convenios; otorgándose igual garantia en sus dignidades y categorías á las clases privilegiadas, á quienes se conservarán todos sus derechos.

Art. 11. Los buques y efectos joloanos gozarán en los puertos Españoles, sin diferencia alguna los mismos privilegios que disfrutan los naturales de Filipinas.

Art. 12. Escepto para los buques Españoles, se conservarán los derechos con que ahora sostienen el Sultan y Dattos el rango de su clase, á fin de que sea siempre con el lustre y decoro que deben sustentarlo; á este objeto los satisfarán todos los que lleguen á los puertos, estableciéndose despues otros medios, con que realcen su dignidad y aumenten su prestigio.

Art. 13 A fin de asegurar y robustecer mas y mas la autoridad del Sultan, como tambien para promover el contínu

tráfico que debe producir la riqueza de Joló, luego que el Gobierno lo disponga y en armonía con el artículo 3.° del tratado de mil ochocientos treinta y seis, se formará una factoria guarnecida con fuerzas españolas, para cuyo establecimiento deberán facilitar el Sultan y Dattos cuantos auxilios estén á su alcance, como tambien los naturales, á quienes se satisfará su trabajo y los materiales que acopien, al justo precio que tengan en el pais.

Art. 14. Siendo el sitio mas á propósito para la factoria el llamado cotta de Daniel inmediato á la Rada, se establecerá en dicho punto; pero cuidando de no ocupar en manera alguna el cementerio que tienen allí los naturales, que deberá respetarse religiosamente, prohibiendo se levante edificio alguno, á fin de evitar el perjuicio que se seguiria despues á los que allí edificasen.

Art. 15. El Sultan de Joló podrá espedir pasaporte á todos los individuos de sus dominios que lo soliciten, señalando los derechos que deben satisfacer al espedírselos: tambien queda autorizado á refrendar ó poner su sello, á los pasaportes de los Españoles que visiten su residencia.

Art. 16. Tomando en consideracion lo espuesto por el Sultan de Joló y convencido de cuán ciertos son los perjuicios que le ha ocasionado la quema de sus fuertes y palacio, el Gobierno Español le otorga un sueldo anual de mil quinientos pesos para que pueda en cierto modo indemnizarle de las pérdidas sufridas, y le sirva al propio tiempo á sostener con el lustre que corresponde el décoro debido á su persona y dignidad. Las mismas consideraciones impelen al Gobierno Español á conceder á los Dattos Mahamat-Bullo, Mulok y Daniel-Amil-Bajal, seiscientos pesos anuales á cada uno, y trescientos sesenta pesos al Serib Mahamad-Binsarin por sus buenos servicios prestados al Gobierno Español.

Art. 17. Los artículos que contiene esta solemne acta tendrán desde este dia toda su fuerza y valor, debiendo sin em-

bargo quedar sujetos á la superior aprobacion del Excmo. Señor Gobernador Capitan General de estas islas Filipinas.—Toda duda que pueda sobrevenir sobre el testo de esta acta será zanjada atendiéndose literalmente al Español.—Firmado en Joló á los diez y nueve dias del mes de abril de mil ochocientos cincuenta y uno.—Sigue el sello del Sultan.—Id. el del Datto Mahamad-Bullo.—Id. el del Datto Daniel-Amil-Bajal.—Id. el del Datto Mulok-Cajal.—Id. el del Datto Tamangon.—Id. el del Datto Sana-Ya-Han.—Id. el del Datto Mamancha.—Id. el del Datto Mulok.—Id. el del Datto Ban-Da-Jalá.—Id. el del Datto Amil-Baral.—Id. el del Datto Yo-Han.—Id. el del Datto Naip.—Y la firma del Serib Mahamad-Bisarin.—El Gobernador Militar y político de la provincia de Zamboanga etc.—José María de Carlés y O-Doile.

(Sigue la aprobacion del Capitan General de las islas á nombre de S. M. la Reina Doña Isabel II.)

FIN.

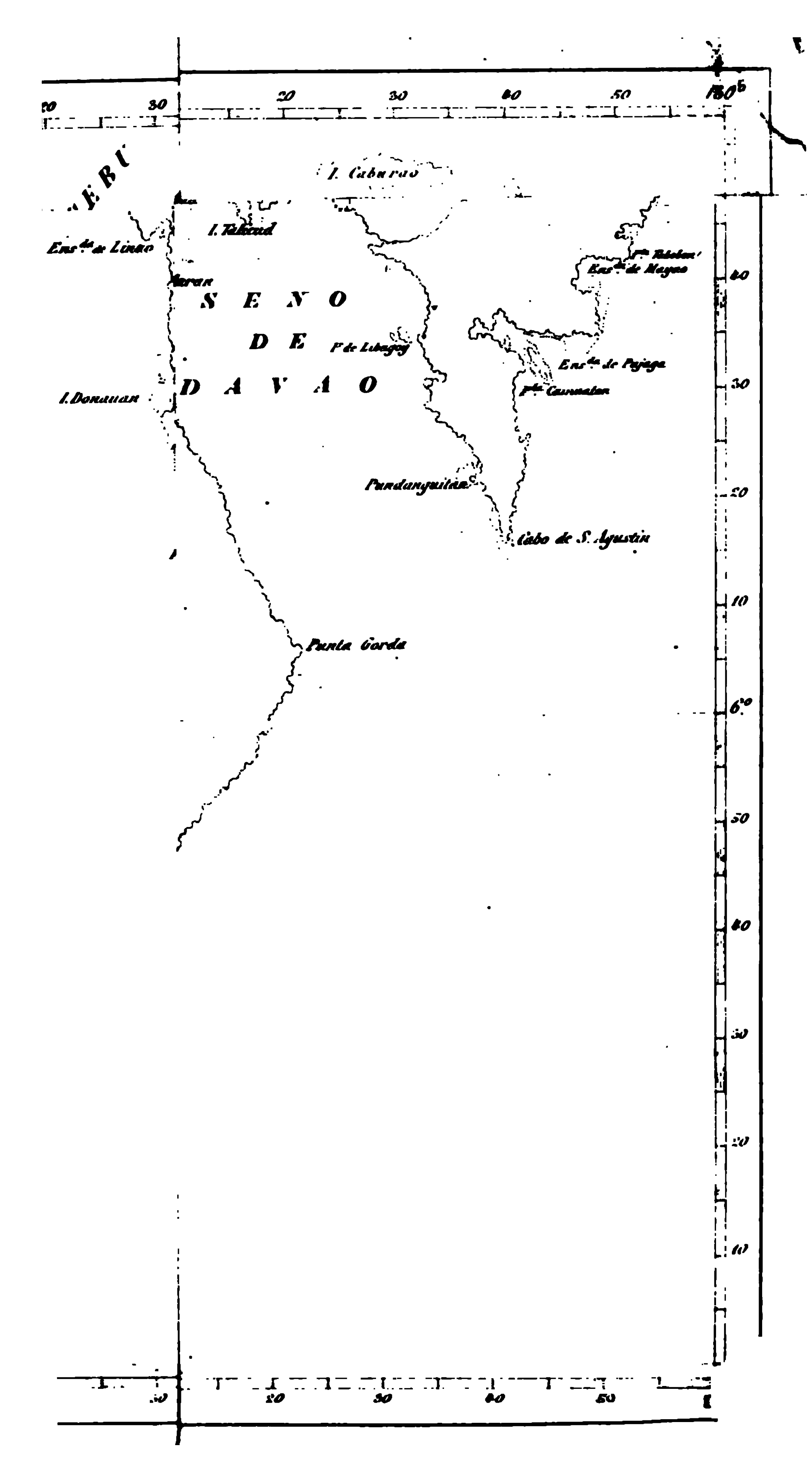
INDICE.

LAMINAS.

ERRATAS.

Página.	*Linea.*	*Dice.*	*Léase.*
20	27	Tapiantaun.	Tapiantanan
28	9	(Desques Fernando VII,	(Despues Fernando VII);
89	20	que la unian.	que le unian
91	7	Sigio XVII.	Siglo XVII,
138	10	con unas.	con inas
144	4	Tonquin.	Tonquil
149	nota	1851.	1850
154	13	suscintamente.	sucintamente





I. Caburao
I. Talicud
Ensda de Linao
Baran
SENO
DE
DAVAO
Pa de Lubagoy
I. Donauan
Pta Tububan
Ensda de Mayao
Ensda de Pujaga
Pta Caunnatan
Pundanguitan
Cabo de S. Agustin
Punta Gorda